

Herminia Terrón de Bellomo
María Soledad Blanco

Adiós, Jujucito, adiós

El Éxodo en la literatura de Jujuy



tiraxiediciones

ADIÓS, JUJUCITO, ADIÓS.
El Éxodo en la Literatura de Jujuy.

Antología

ADIÓS, JUJUCITO, ADIÓS.
El Éxodo en la Literatura de Jujuy.

Antología

Herminia Terrón de Bellomo
María Soledad Blanco
(Comp.)

Jujuy 2020

© Herminia Terrón de Bellomo

© María Soledad Blanco

Adiós, Jujucito, adiós. El Éxodo en la literatura de Jujuy

Herminia Terrón de Bellomo y María Soledad Blanco

2da ed. 2020 - San Salvador de Jujuy: Tiraxi Ediciones, 258 p. ; 24x18 cm.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-47753-0-6

1. Narrativa Argentina. 2. Historia. 3. Guerras de la Independencia. I.

Terrón de

Bellomo, Herminia, comp. II. Título.

CDD A863

1a ed. 2012 - Ediciones Culturales de Jujuy, colección Bicentenario.

Universidad Nacional de Jujuy, Secretaría de Cultura de la Provincia de Jujuy



tiraxiediciones

Diseño Gráfico & Layout: D.G. Cristian Romano

Corrección Editorial: Mónica G. Rivera

Cuadro de tapa: Pintor anónimo de mediados del siglo XX (Museo Histórico Provincial de Jujuy)

ISBN 978-987-47753-0-6



2020 Año del General Manuel Belgrano
a 250 años de su nacimiento y 200 de su muerte



Belgrano hace bendecir la bandera en Salvador de Jujuy, el 25 de Mayo de 1812.
Óleo de Guillermo de Ré. Museo Histórico Provincial Julio Marc, Rosario, Santa Fe.

Discurso pronunciado por Manuel Belgrano, en Jujuy, el 25 de mayo de 1812 (Bendición de la Bandera)

"Soldados, hijos dignos de la Patria, camaradas míos: dos años ya que por primera vez resonó en estas regiones el eco de la libertad y él continúa propagándose hasta por las cavernas más recónditas de los Andes; pues que no es obra de los hombres, sino del Dios Omnipotente que permitió a los Americanos que se nos presentase la ocasión de entrar al goce de nuestros derechos; el 25 de mayo será para siempre memorable en los anales de nuestra historia y vosotros tendréis un motivo más de recordarlo, cuando veis en él por primera vez, la bandera nacional en mis manos, que ya os distingue de las demás naciones del globo, sin embargo de los esfuerzos que han hecho los enemigos de la sagrada causa que defendemos, para echarnos cadenas y hacer más pesadas que las que cargaba. Pero esta gloria debemos sostenerla de un modo digno con la unión, la constancia y el exacto cumplimiento de nuestras obligaciones hacia Dios, hacia nuestros hermanos, y hacia nosotros mismos, a fin de que la Patria se goce de abrigar en su seno hijos tan beneméritos, y pueda presentarla a la posteridad como modelo que haya de tener a la vista para conservarla libre de enemigos, y en el seno de su felicidad. Mi corazón rebosa de alegría al observar en vuestros semblantes, que estáis adornados de tan generosos y nobles sentimientos, y que yo no soy más que un jefe a quien vosotros impulsáis con vuestros hechos, con vuestro ardor, con vuestro patriotismo. Sí, os seguiré imitando vuestras acciones y todo el entusiasmo de que sólo son capaces los hombres libres para sacar a sus hermanos de la opresión. Ea, pues, soldados de la Patria, no olvidéis jamás que nuestra obra es de Dios; que él nos ha concedido esta Bandera, que nos manda que la sostengamos, y que no hay una sola cosa que nos empuje a mantenerla con el honor y el decoro que le corresponde. Nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros conciudadanos, todos, todos, fijan en nosotros la vista y deciden que a vosotros es a quienes corresponderá todo su reconocimiento si continuáis en el camino de la gloria que os habéis abierto. JURAD CONMIGO ejecutarlo así, y en prueba de ello repetid: ¡Viva la Patria!"

(Archivo capitular de Jujuy)

ÍNDICE

PRÓLOGO

Herminia Terrón de Bellomo

..... 15

ESTUDIO PRELIMINAR

María Soledad Blanco

..... 19

COPLAS HISTÓRICAS

Anónimo

..... 33

HIMNO AL ÉXODO JUJEÑO

Manuel Florencio Corte

..... 34

EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE BELGRANO

Jorge Villafañe

..... 35

EL ROMANCE DEL ÉXODO

Horacio Carrillo

..... 39

CHABELA MENDEZ

Mario César Romano

..... 61

AMOR DE MADRE Y AMOR DE PATRIA

Elba María Espinoza

..... 77

LAS EMPANADAS DEL ÉXODO

Stela Fernández

..... 88

EL ÉXODO JUJEÑO

(UN EPISODIO DE IMPORTANCIA CAPITAL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA)

Guillermo Zalazar Altamira

..... 90

LA EMOCIÓN DEL ÉXODO

Fabián Storni

..... 103

EL ÉXODO. HISTORIA Y ROMANCE

Elvira Palacios de Zorraquín

..... 105

ROMANCES DEL ÉXODO

Tito Maggi

..... 111

DEL JUJUY HEROICO

Delia Murguiondo

..... 120

LOS DECIDIDOS

Rubén Alejo Barros

..... 129

CANTO DE AMOR JUJEÑO

Carlos Hansen

..... 136

JUJUY EN EL DÍA DE SU PRIMER ÉXODO

Miguel Ángel Pereira

..... 139

CANTO AL ÉXODO. POEMA ÉPICO (Fragmento)

Marcos Paz

..... 143

CANTO AL GENERAL BELGRANO Y SU BANDERA

Domingo Zerpa

..... 147

AURORAS DE LIBERTAD (Fragmento) <i>Marcos Paz</i>	151
BELGRANO, EN EL ÉXODO <i>Ernestina Acosta</i>	158
ÉXODO JUJEÑO <i>Miguel Ángel Pereira</i>	160
A JUJUY Y SU HEROICO ÉXODO <i>Celina Padilla de Mengual</i>	163
LA 23 DE AGOSTO (Zamba) <i>Jorge Hugo Chagra</i>	164
EL ÉXODO JUJEÑO <i>Rodolfo Álvarez</i>	166
ÉXODO JUJEÑO <i>Lucía Rueda</i>	170
ÉXODO JUJEÑO -1812 <i>Elva Meles</i>	171
SOTA DE BASTOS, CABALLO DE ESPADAS (Fragmento) <i>Héctor Tizón</i>	180
ROMANCILLO DEL JURAMENTO <i>Domingo Zerpa</i>	199

GESTA HEROICA (LOA AL 23 DE AGOSTO DE 1812)	
<i>Carmen Hebe Tanco</i>	
.....	201
LA PARTIDA (AL 23 DE AGOSTO DE 1812)	
<i>Ana María Gius</i>	
.....	202
CUENTO DE AGOSTO	
<i>Ana María Gius</i>	
.....	204
A LA MUY LEAL Y CONSTANTE SAN SALVADOR DE JUJUY	
<i>Elba D'Abate de Zenarruza</i>	
.....	207
EL NIÑO DEL ÉXODO	
<i>José Saúl Sánchez</i>	
.....	209
LA PRIMERA JURA	
<i>Rafael Hugo Reyes</i>	
.....	212
ESTANDARTES Y PENDONES IMPERIALES...	
<i>Irma Romero de Aparicio</i>	
.....	215
RETABLO DE UN SOLDADO DESCONOCIDO	
<i>Ernestina Acosta</i>	
.....	218
LA PATRIA. ALBA DEL 23 DE AGOSTO	
<i>Germán Walter Choque Vilca</i>	
.....	222
POEMA DEL ÉXODO	
<i>Irma Martiarena</i>	
.....	224
CANTO AL ÉXODO JUJEÑO	
<i>María Rosa Villalba de Poma</i>	
.....	227

AL ÉXODO JUJEÑO <i>Fortunato Ramos</i>	228
JUJUY: ¡TIERRA HEROICA! <i>Fortunato Farfán</i>	229
ÉXODO JUJEÑO. “POR UN TIEMPO DE LAPACHOS” <i>Carlos Santiago Spadoni</i>	234
GESTA HEROICA. PATRIA, PUEBLO, TIERRA, DOLOR, CAMINO <i>Amalia González</i>	235
HOMENAJE AL ÉXODO JUJEÑO <i>Félix Navarro</i>	236
CANTO AL ÉXODO JUJEÑO <i>Dora Blanca Tregini</i>	238
AGOSTO DE LAS CARRETAS <i>María Isabel Zelaya</i>	240
DE LAPACHOS FLORECIDOS (Fragmento) <i>Pablo Aguiar Cáu</i>	242
EL ÉXODO. OFRENDA A LA PATRIA DEL PUEBLO JUJEÑO <i>Domingo Zerpa</i>	252
A modo de epílogo: ROMANCE DEL VEINTITRÈS <i>Alberto Alabi</i>	255

NOTA DE EDICIÓN

Esta es una edición corregida, y como tal las novelas, cuentos, obras teatrales y poemas compilados llegan hasta el año 2000, como se señala en el prólogo de 2012.

No hemos ampliado la exploración, aunque es nuestra intención realizarla para actualizar la antología en 2022, a los 210 años del Éxodo.

Sin embargo, hemos decidido cerrar esta segunda edición, a modo de epílogo, con un Romance de Alberto Alabí, voz sobresaliente en el campo actual de las letras jujeñas.

La presente edición corrige algunos errores de escritura de la primera.

También completa el poema “La partida”, de Ana María Gius, que fuera involuntariamente publicado de manera incompleta.

Finalmente, agrega un poema de Irma Romero de Aparicio, en su momento trasapelado.

PRÓLOGO

En vísperas de celebrar el Segundo Centenario de la gesta heroica del Éxodo jujeño, sentimos la necesidad de dar a conocer las producciones literarias efectuadas a lo largo del siglo XX sobre este hecho memorable. Aunque numerosos, los textos no han tenido gran difusión y se encuentran dispersos, de allí nuestro interés en reunirlos. Su recuperación importa porque ellos ofician como relatos que, en sus tramas discursivas, transmiten el modo de ver la historia como formación de la nación según el imaginario dominante en cada época.

Al decir *relato* no nos estamos refiriendo sólo al género narrativo sino a toda construcción discursiva capaz de generar sentido desde la ficción o fuera de ella y se encuentren o no incluidas dentro de los llamados “géneros literarios”.

No podemos dejar de recordar que en el siglo XIX se realizó una tarea similar, aunque más amplia, que dio por resultado *La lira argentina*, tan apreciada en su momento y hasta nuestros días por el valor documental que encierra. En esos momentos, la recopilación demostró que con la lírica comenzaba a moldearse una poesía que afirmaba la naciente independencia intelectual en todos los sectores de la sociedad.

Sin embargo, y tal vez iniciando lo que luego sería una constante en las letras argentinas en el sentido de no incluir lo que sucedía lejos de Buenos Aires (por distintas razones), el Éxodo como uno de los pasos fundamentales de nuestra independencia política está ausente en esta primera realización bibliográfica o balance de lo escrito en tiempos de batallas, triunfos y derrotas. O, para ser más optimistas, tal vez esta gesta esté incluida en lo que Pedro Barcia en el Prólogo a *La lira argentina* llama “otras manifestaciones” relacionadas con nuestra historia, como por ejemplo “Defensa y triunfo del Tucumán por el General Belgrano”, fechada en 1820.

El contenido del libro fundacional (ya que es más que una antología) alcanzó a todo el territorio de lo que hoy llamamos República Argentina y esa es una de las grandes diferencias con nuestro intento, ya que nosotros nos limitamos sólo a las producciones poéticas de Jujuy; de todas maneras, hay una coincidencia en la intención: constituir un legado poético que una generación pasa a otra. Consideramos que queda pendiente un trabajo más abarcador, que in-

cluya producciones referidas al Éxodo aparecidas en otras regiones del país, si las hubiera. De esta manera se darán a conocer textos motivados por el patriotismo que hoy están relegados por el olvido.

En esta antología se encuentran nombres que nunca más se hallaron como autores de otros textos, tal vez porque emigraron o, simplemente porque no siguieron escribiendo, como lo hacen muchos adolescentes una vez superada la adolescencia o escritores noveles que después tomaron otros caminos.

Además de las motivaciones hasta aquí señaladas, nos impulsó un afán crítico y didáctico. En cuanto al aspecto crítico, no queremos significar con eso que aplicamos criterios valorativos ni la utilización de técnicas académicas que dificultaran la lectura de los textos antologados; al contrario: hemos evitado el exceso de referencias bibliográficas, que en algunos casos serían extensas y abrumarían al lector. En cuanto al afán didáctico, creemos que esta antología será apreciada y utilizada por docentes de los distintos niveles de enseñanza y facilitará su labor en el aula, simplificando la tarea de búsqueda de material literario.

Dentro de la labor didáctica, es importante tener en cuenta que estos textos pueden y deben generar un espacio de reflexión muy específico, relacionado con la idea de identidad y formación de una cultura que se inicia en momentos históricos trascendentales. Los textos incluidos atestiguan la rica tradición literaria de esta región del país y su proyección y renovación en el tiempo.

Quienes lean esta antología podrán reconocer que no sólo el Éxodo como hecho histórico une temáticamente los poemas; en su conjunto se podrá apreciar que existe una mirada en ciertos aspectos unívoca hacia la gesta considerada como parte de los grandes relatos fundacionales de una nación, mirada que se extiende para dar sentido al despojo que las circunstancias provocaban, para explorar la experiencia traumática en distintos personajes y hacer que todo ello sea contenido en la memoria.

En los textos aquí reunidos prevalece la manifestación del sentir del pueblo en sus distintas formas de expresión: algunas son de festejo, de alabanza y otras son lamentos y expresión de dolor.

También resulta interesante rastrear en los poemas los usos de la oralidad en cuanto a recreación del habla, no sólo en la inclusión de términos propios de la zona, sino en la cadencia que se logra con ellos y el resultado rítmico que alude a un modelo de mundo, todavía vigente en algunas regiones de la provincia. Sin remontarnos en el espacio, ese ritmo logrado por el “efecto de oralidad” remite al tiempo feliz de la infancia, común a los hombres de todas las épocas.

En cada antología el tiempo es un factor esencial porque presenta un fresco de la época en que fueron escritos los textos, tanto en su aspecto socio-histórico como en el del uso del lenguaje y de las posibilidades que el momento histórico ofrecía a los escritores. Por ello, no hemos realizado correcciones del léxico sino cuando era evidente un error de tipeo o una falla de edición y sólo si entorpecía la lectura.

Es posible que, como sucede en toda antología, haya escritores que estén ausentes y que debieran haberse incluido, así también, que algún género esté poco representado. A ello podemos argumentar que hemos incluido todos los textos que logramos reunir en nuestra búsqueda, que fue intensa.

Hemos consultado numerosos libros, artículos de diarios y revistas, y, por supuesto, otras antologías ya que consideramos que un libro como este puede y debe abreviar en ellas, como así también en recopilaciones realizadas por el propio autor o por instituciones e investigadores. En todos los casos se optó por la versión última y, de esta manera, respetamos las modificaciones realizadas por el autor, lo que se explica en la nota al pie correspondiente. Por ello esta antología muestra los cambios y modificaciones que el “canon” ha ido experimentando a lo largo del siglo, cambios que los poetas han ido ejerciendo en su incesante trabajo con el lenguaje.

Componen este libro escritos de muy diversos autores, algunos de ellos poco conocidos, mientras que otros integraron grupos o fueron parte activa en la creación y publicación de revistas que resultaron fundamentales para las Letras de la provincia durante el siglo XX y que, a pesar de la importancia alcanzada, en esta antología no nos detenemos en detallar esas

actividades, porque consideramos que hay sobre estas publicaciones bibliografía suficiente y accesible que, de ser necesario, puede ser consultada.

Esta compilación está organizada siguiendo un orden cronológico, según fecha de edición y/o fecha de recepción del premio, en caso que lo hubiere, y, como se podrá observar, sólo se han incluido textos aparecidos en el siglo XX, por un criterio de acotación temporal. No obstante, el devenir histórico no ha prevalecido sobre el hacer poético, en el sentido de poiesis, es decir, no es la forma literaria en su evolución lo que interesa, sino la pluralidad con que lo poético se manifiesta.

Con este criterio, en nuestra búsqueda de los textos no hemos dado preferencia a ninguno de los géneros elegidos por los escritores, pues tanto nos interesaban la narrativa, la ensayística como la lírica y la dramaturgia. De ahí que a primera vista surge la diversidad en la forma de expresión.

En cuanto al título elegido para este libro, decidimos colocar el primer verso de una copla muy popular en Jujuy, cantada por los niños de escuela primaria y siempre recordada a través de los años; copla que abre esta antología y que fue extraída del Cancionero de Juan Alfonso Carrizo.

El último texto incluido en la edición anterior pertenece a Domingo Zerpa. Si bien no es el único texto publicado en el año 2000, consideramos un justo homenaje y un cierre atinado para este libro, recurrir a un ensayo de uno de nuestros autores más prestigiosos.

Con distintos modos de expresión, la voz dominante es la de celebración de un hecho valorado por el pueblo durante el siglo XX, y en ella se percibe claramente la sinceridad en lo dicho y el afán de acentuar el sentido de nacionalidad, tan duramente adquirido en las luchas de la independencia.

Herminia Terrón de Bellomo

ESTUDIO PRELIMINAR

A lo largo del período emancipatorio, la ciudad de San Salvador de Jujuy tuvo que soportar tres procesos emigratorios y once invasiones realistas. Sin embargo, es la primera de las migraciones, conocida como *Éxodo jujeño*¹, la que quedó registrada en la memoria colectiva del pueblo jujeño, y no así en los anales de la historia nacional. Esto se puede comprobar a partir de los reiterados reclamos que vienen realizando los intelectuales jujeños de reivindicación de lo local frente a lo nacional y de los sucesivos intentos por parte de la literatura de fundar, mediante la palabra, la gesta histórica que contemple la propia hazaña como hito trascendental.

Es así que la literatura ha ido rescatando los avatares de aquel éxodo y construyendo una memoria colectiva, una forma de representarlo, según la cual el sacrificio de aquel acto ha sido el hecho más sobresaliente de nuestra historia.

Si atendemos a los textos literarios encontrados, que tienen como asunto el Éxodo, notamos épocas de mayor manifestación y épocas en la que aparentemente ésta fue menor. Las razones de la variación señalada pueden ser materia de un interesantísimo análisis: pensar, por ejemplo, que la alta presencia de la temática a principios de siglo seguramente está ligada al nacionalismo cultural propio del Centenario. Asimismo, el relativo abandono de la temática por parte de la literatura de fines de siglo XX podría entenderse como una manifestación del “universalismo” reinante no sólo en el ámbito del arte sino en todos los otros campos sociales, en tiempos de una pretendida “globalización” económica, mediática y cultural. Por supuesto,

1 El término “éxodo” para referirse a la gesta jujeña no se origina en el mismo momento en que ésta ocurre, sino recién a fines del siglo XIX. El primer registro que se tiene sobre este uso es el de Joaquín Carrillo en su *Jujuy. Apuntes de su historia civil*, de 1877 (reeditado en 1980 por los Talleres Gráficos del Boletín Oficial), como lo señala la historiadora Viviana Conti: “¿Por qué la palabra Éxodo? En la terminología de la época -lo que se lee en la documentación oficial y privada- se hablaba de exilio, destierro, ostracismo, abandono. Nuevamente es la historia oficial decimonónica quien le adscribió un carácter mítico y sagrado: ‘Como una tribu de la familia de Jacob, aquella sociedad hizo con dolor i lágrimas los preparativos para aquel écsodo, i despidiéndose con llanto i amargura de aquella tierra querida, amenazada por el realismo, marchó resignada hacia su peregrinación...’ (Conti, Viviana. 2012. “Introducción” al libro sobre historia del Éxodo jujeño que se encuentra en proceso de edición por parte de la Secretaría de Turismo y Cultura de la Provincia).

estas afirmaciones no tienen más que el carácter de hipótesis, puesto que el estudio de las variaciones de la representación del “éxodo” en la literatura, con base en los cambios políticos y sociales producidos a lo largo del siglo XX, excede el espacio con que aquí contamos.

El “Romance del Éxodo” de Horacio Carrillo, pensado desde la perspectiva literaria del Romanticismo (con su construcción del argumento en base a personajes tipo, opuestos en su pensamiento y cultura, y con la presencia de la naturaleza como expresión del ánimo y del carácter de los personajes), propone ya a principios de siglo una serie de elementos que descubrimos luego atravesando distintos poemas, cuentos y dramas escritos alrededor de la gesta jujeña.

Por ejemplo, en el libro titulado *Éxodo*, publicado en 1927 y que recoge cuentos de estudiantes secundarios de la época (del Colegio Nacional N° 1 y de la Escuela Normal), la perspectiva que asumen estos relatos es muy similar a la propuesta por Carrillo, de modo que se construye desde una mirada romántica en la que las relaciones interpersonales son representativas de la situación política, social e ideológica de una época.

Tanto en el “Romance del Éxodo” como en “Chabela Méndez” (el primer cuento del libro antes mencionado), se retoma parte de la tradición literaria latinoamericana, en la que se plantean amores, romances “fundacionales” prohibidos o perseguidos. Al modo de *Cumandá*, *Aves sin nido*, *María* u otras tantas novelas de nuestro continente, en estos textos, el amor entre dos jóvenes patriotas o entre un joven patriota y una dama hija de español peninsular, es el disparador de conflictos generacionales y políticos que se resuelven a favor de la incipiente revolución y sus ideales, o como tragedia que se constituye en símbolo del sufrimiento, de la fractura, que da origen a “la patria”.

Esta misma línea plantea, mucho más cerca en el tiempo, Marcos Paz en su drama *Auroras de libertad* (1960), en el que uno de los argumentos principales es el amor del Capitán Mariano Helguera² con Isabel Sánchez, hija de español peninsular, siempre alrededor del

2 Personaje posiblemente basado en Gerónimo Helguera, quien bajo el mando de Manuel Belgrano realizó la expedición al Paraguay en 1810, combatió en Tucumán (1812) y en Salta (1813) y luego se trasladó con el Ejército al Cuartel General de Jujuy. También junto a Belgrano, emprendió la Campaña sobre Santa Fe en

Éxodo y las luchas independentistas como trasfondo histórico en el que las disputas familiares cobran sentido.

Y si los sentimientos entre los hombres no son otra cosa que metáforas de la floreciente nación, el amor a la patria es equiparable al amor de una madre por sus hijos, como claramente lo plantea el cuento “Amor de madre y amor de patria”. Allí vemos a una mujer entregar a su hijo a las milicias, es decir, hacer su aporte más prodigioso a la patria. Este hecho es, en definitiva, un acto heroico equiparable o más doloroso aún que cualquier otro, al punto tal que Jujuy toda se encarna, en el poema de Elba D’Abate de Zenarruza, como una mujer que ha dado sus hijos a la patria: “¡Ay Niña! *Qué de prisa se maduró tu vientre; / (...) cual verdadera madre, ayudaste a tus hijos / a partir con el viento. / (...) ¡Quién ha sufrido tanto como tú, el abandono, / la soledad, el fuego, la gloria y el silencio!*”.

Pero no es el único modo en que las mujeres participan de la contienda. En el mismo cuento, se dice que éstas fueron al parque “*a ayudar a la maestranza a rellenar cartuchos para el ejército, mientras otra parte se entregaría a la tarea de hacer vendas e hilas*”. Esta representación de las mujeres como ayudantes en la preparación de vendajes y proyectiles aparece también en el poema de Rodolfo Álvarez y en el fragmento de la novela de Héctor Tizón.

De modo que, aunque no entran en batalla, su papel es muy importante en la recuperación de las fuerzas del ejército conducido por Belgrano, como lo relata Elva Meles: “*Nadie se ha dado reposo, en el hospital de campaña, Angélica, junto a otras mujeres, lavan heridas, colocan vendajes, o simplemente prestan su mano para el momento final*”.

Así, se inscribe en la tradición histórica a las mujeres jujeñas que apuntalaron con su trabajo el combate de los hombres. Equiparándolas a las “Damas Mendocinas” o las “Patricias Argentinas”, los textos literarios pretenden construir una historia en la que la mujer local tenga

marzo de 1819. Acompañó al ilustre General en su posterior viaje a Buenos Aires y fue uno de los que estuvieron en la cabecera de su lecho de muerte. (*Diccionario General de Jujuy*: diccionariojujuy.gov.ar)

ganado su lugar y pueda decir, con exaltado entusiasmo, como aquellas: “*Yo armé el brazo de este valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad*”³.

Las historias de romances y la presencia de la mujer como héroe coadyuvante de la independencia se enmarcan dentro del simbolismo de esta gesta, estrechamente ligado a la BANDERA, la noción de PUEBLO y la imagen del general BELGRANO como prócer máximo de los jujeños. Como si los tres elementos constituyeran partes de un todo simbólico, la mayoría de los textos tiene una mención para cada uno, aunque profundizan más en uno o en otro de esos aspectos:

1. La bendición de la bandera propiciada por Belgrano en la Iglesia Matriz y llevada a cabo por el canónigo Juan Ignacio Gorriti, está tematizada en *Auroras de Libertad* así como en el poema de Rodolfo Álvarez: “*Belgrano enarboló la noble enseña / que en la iglesia matriz se bendijera, / y les habló así a los jujeños: / “A vosotros, jujeños, os confío / la enseña primigenia de la Patria, / por el grande valor con que habéis ido / a defenderla en Tucumán y en Salta.”*”

Como queda claro en este poema, permanece en muchos textos la confusión respecto de la bandera bendecida y la bandera donada por Belgrano al pueblo, que no son la misma, como bien lo señala Cicarelli en su libro recientemente reeditado en esta Colección Bicentenario⁴. Como menciona este autor, a lo largo del siglo XX se pensó que la bandera bendecida por Gorriti era la misma creada por Belgrano y jurada junto al Paraná, y que finalmente fue donada al pueblo de Jujuy. Sin embargo, respecto de lo primero no está del todo probado, mientras que sí se sabe que la Bandera Nacional de Nuestra Libertad Civil es distinta de la bandera azul y blanca, la que tenía carácter militar. Estas confusiones son reproducidas en varios de los textos aquí incluidos, como en el Canto III del poema de Delia Murguiondo: “*Cuando Belgrano entrega a Jujuy, como reconocimiento a su lealtad, la Bandera bendecida por el canónigo Gorriti y jurada por el pueblo jujeño*”. Y es que la verdad histórica no importa tanto

3 Palabras de presentación de las damas de la Sociedad Patriótica, redactadas por Bernardo de Monteagudo en 1813.

4 Cicarelli, Vicente. 2012. *Belgrano y la Bandera Nacional de Nuestra Libertad Civil*. Ediciones Culturales de Jujuy, Colección Bicentenario.

en la representación literaria como la construcción simbólica de una gesta que está sustentada, en definitiva, en un espíritu de “nacionalidad” patriótica aún antes de que se constituyera la nación. La imagen literaria de la jura y bendición de las banderas en Jujuy parece coincidir con la historiografía decimonónica orientada a “revelar” la existencia de una “nación”, la que, a decir verdad, se encuentra en pleno proceso de construcción.

2. La figura de Belgrano, por supuesto, está tematizada en casi todos los textos, a veces resaltando su heroicidad, en otras su racionalidad, o lo difícil de su decisión, pero ofreciendo siempre una representación del héroe “paternal”: al mismo tiempo que toma una trabajosa disposición con su Bando, es humano y comprende los dolores, las contrariedades, y demuestra profusión de cuidado con cada hombre o mujer que necesita de él, con “dulces palabras de aliento”. Recto pero cálido, implacable pero humano, así es la imagen literaria de este héroe-padre de los jujeños.

En general, acompaña esta rectitud moral con una figura esbelta, propia de la representación del héroe de la Historia decimonónica que se prolongó hasta fines del XX: *“Cuando el General Belgrano apareció aquella tarde de abril de 1812 al frente de su ejército, pareció que en él llegaba encarnada la libertad de la patria, la patria misma; y, en la multitud ansiosa, puso su gallarda figura”* (Mario César Romano). Así lo describe también Tito Maggi cuando Belgrano asiste al baile realizado el 25 de mayo de 1812, donde aparece engalanado. En algunos casos, como en el cuento de Ernestina Acosta, la representación del héroe lo transforma en un semidiós: *“¡Ah! mi general Belgrano! el viento se hacía pedazos en sus muñecas. (...) Sí. Era un dios meditativo caminando por la nave central de la Iglesia con la Bandera guarnecida por sus brazos”*.

Sin embargo, hay también otras propuestas del perfil, como en el fragmento seleccionado de *Sota de bastos, caballo de espadas*, de Héctor Tizón, que profundiza más en la psicología del héroe, expresando sus dudas respecto de la guerra y en gran medida desmitificándolo en relación a las figuras construidas por la historiografía tradicional. Aunque “petiso”, “regordete” y “enfermo”, se muestra un hombre convencido de sus ideales, decidido del camino a tomar para conseguirlos y que ejerce su autoridad sin máculas: *“ordenó ahorcar al amo, ‘sin forma alguna de juicio’”*. Pero esa insistencia en resaltar la autoridad de Belgrano está desti-

nada a destacar su imagen como el hombre justo, con conciencia de clase y dispuesto a dejar su lugar de privilegio entre la clase acomodada en pos de los pobres e indefensos.

La mayoría de los textos cita algún fragmento del bando emitido por Belgrano, tomándolo como ejemplo de decisión y firmeza. La importancia que éste adquiere está dada por su capacidad de convencimiento, pero también por su dureza respecto de quienes no lo respeten. Así, los calificativos con que se lo adjetiva hacen hincapié en lo dramático del hecho: trágico, cruel, terrible, severo.

Frente a estos discursos, aparece una sociedad jujeña desdoblada, reaccionando favorablemente respecto de la necesaria migración tanto por sentirse amedrentados como por convencimiento en los ideales libertarios. Es decir, si el bando expresaba dos facetas de Belgrano (su retórica patriota y su firmeza), hay quienes reaccionan ante la primera característica mientras que otros reaccionan por temor a las represalias. Por supuesto, prima la representación del “pueblo convencido” frente a la del “pueblo atemorizado”, dado que: *“Cumplióse el bando de Belgrano sin necesidad de recurrir a sus penalidades, por el patriotismo del pueblo jujeño”*, según Fabián Storni, idea retomada, entre otros, por Jorge Villafañe (*“No era preciso el “terrible Bando” con que Belgrano ordenaba el éxodo. Ya estaba en la conciencia de todos”*).

En el fragmento de Tizón, quienes se oponen al bando belgraniano son las clases pudientes, las que revisten el poder político y económico, los hacendados y comerciantes; mientras que el resto de la sociedad, el pueblo llano, acepta marchar, en parte por verdadero convencimiento en una revolución que, cree, cambiará su situación futura. De hecho, son ellos, los más pobres, los que van a ver a Belgrano para expresarle su apoyo y disposición, mientras que las gentes acomodadas ponen objeciones y van a pedir concesiones.

A diferencia del reclamo de los más poderosos, Belgrano, apoyándose en sus ideales, se planta con carácter fuerte, firme, inconvencible: *“El gobierno y el diputado le habían pedido morigerar el bando. El caudillo, regordete y en camisa (...) no cambiará una sola palabra del bando, leído ya en todas las esquinas redobles previos de tambor: **Mi bando se ha de cumplir con la mayor exactitud posible.** Vino el diputado y pronunció un discurso pidiendo por las mujeres, los ancianos y los niños, en ese orden, y, para redondear, hizo una frase, de acento*

clásico, sobre la insensatez de las guerras (...) yo no oigo los clamores de los particulares, sino el bien general... mis medidas están tomadas”.

El fragmento de la novela de Aguiar Cáu plantea esta misma situación, de manera muy similar a la forma en que lo hace Tizón. Sin embargo, la retórica de Belgrano es más argumentativa, tiende más a la elocuencia que a la firmeza: “— *Pero es injusto. Este pueblo sufre todos los contratiempos de una guerra interminable y se le exige un sacrificio demasiado grande. Abandonarlo todo. Por lo menos se podría contemplar el caso de los ancianos, los enfermos y los niños — dijo don Teodoro mientras inclinaba su cuerpo sobre el escritorio como hablándole en secreto (...) Ya lo ve. Esto se hará para el bien de todos; tal vez con los años puedan entender el valor de esta retirada. Juntaremos fuerzas y ánimos. Todos tenemos nuestros miedos y dudas; no se olvide que mi estado de salud no es óptimo. Sin embargo, con la protección de la Virgen nuestra empresa concluirá con bien — concluyó el prócer mientras doblaba la carta que tenía en la mano”.*

En el poema de Tito Maggi se continúa esta idea de un Belgrano aparentemente débil pero interiormente valiente y atrevido: “*Si antes estábamos mal / Ahora seremos perdidos. / ¡Qué entenderá de batallas / Este mocito lampiño! / Belgrano que los escucha / Dice allá para consigo: / Estos que hoy me recelan, / mañana vendrán sumisos”.* Aquí la supuesta debilidad de Belgrano no está dada por su aspecto enfermizo y regordete, como en la figura que propone Tizón, sino, al contrario, en su atractivo físico, que hace pensar a quienes conocen de batallas que es un muchacho de ciudad que poco puede aportar a la guerra. Sin embargo, este engaño respecto de su carácter, motivado por su imagen exterior, pronto será resuelto: “*Comprenden que aunque es tan guapo, / Tan galán y tan cumplido, / Tiene un pecho de león / Con una cara de niño / Y si le cumple ser fuerte / No se irá con paños tibios”.*

Una imagen similar propone Delia Murguiondo: “*Todos observan sus gestos, / su porte, su vestimenta; / parece hombre de romance / más que varón de pelea”.*

En fin, ya sea por su aspecto débil, o extremadamente fino, lo que en general se representa del prócer es una oposición entre su talante físico y su inteligencia, siendo esta última la característica sobresaliente en la configuración heroica de Belgrano. En todo caso, en donde

hay desacuerdo es en su aspecto exterior, y no en cuanto a sus valores. En todos los textos el héroe aparece reivindicado en todas sus virtudes: la entereza moral, el valor y la inteligencia, como conductor de un pueblo que, en definitiva, termina por parecerse a su líder, desde una heroicidad que no es sólo la del combate, sino también la del renunciamiento, como lo dice Fortunato Farfán: “*Así se incorporó, Jujuy a la causa de Mayo y en las luchas por la independencia argentina y americana se destacó por su entrega total, por su renunciamiento, por el heroísmo de sus hijos y por el sacrificio holocástico de su pueblo*”.

Por su parte, Marcos Paz en su poema épico, *Canto al Éxodo*, sostiene la figura de un Belgrano “rebelde” frente al poder central, que desobedece una orden en virtud de un bien común; no se trata tanto de un héroe guerrero sino, sobre todo, de un héroe lógico (en tanto estrategia) y moral (en cuanto lo guían los principios e ideales de libertad). Marcos Paz lo representa como “héroe subversivo”, porque sus principios le impiden cumplir la orden de Buenos Aires de retroceder hasta Córdoba.

3. A la par de este héroe individualizado va emergiendo la figura de un héroe colectivo: el pueblo⁵. Éste aparece en todos los textos mencionados como el artífice último de la gesta, la mayor parte de las veces convencido de los ideales patrióticos y no como reacción frente a la amenaza del bando. Si en todos los textos esta configuración “popular” del Éxodo está presente, donde adquiere preeminencia, porque ese pueblo está conformado por hombres y mujeres con nombre y apellido, es en *Sota de bastos y caballo de espadas* de Tizón.

El foco puesto en la crueldad que implicó la partida se evidencia en la reiterada mención de los marchantes más débiles: niños, mujeres, ancianos, enfermos e “impedidos”, como lo dice Félix Navarro: “*Niños, mujeres y viejos / Abandonan sus hogares*”. Aunque la expresión

5 Durante el periodo emancipatorio, en el que se enmarca el Éxodo, “el pueblo fue uno de los sujetos modernos que se consolidaron como referentes políticos con la Revolución Francesa; en América Latina es (...) una especie de significante vacío que se irá llenando con el contenido de las múltiples y efímeras alianzas guerreras con las que las elites generan sus espacios” (Montaldo, Graciela. *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Beatriz Viterbo Editora). Por supuesto, la noción de “pueblo” se va resignificando a lo largo de los siglos XIX y XX. Sin detenerme a analizar a qué sujeto hace referencia en estos textos, entiendo que pueden ser un importante punto de estudio las inclusiones y exclusiones que propone la categoría “pueblo” en cada época y cada autor.

más sentida de este pueblo la da Maggi en los versos que señalan el desgaste que la larga marcha va produciendo: “*Se oye llorar a los niños; / Mujeres se desvanecen, / Hay viejos que caen rendidos, / Pero hay manos que sostienen / Y que ayudan al vecino*”. De modo que se trata, a pesar de la dureza del periplo, de un pueblo solidario, mancomunado en el amor a la patria y la libertad.

En otros textos, dentro de este colectivo denominado “pueblo” se destacan, además del padre Gorriti, otros personajes centrales. Entre ellos, sobresale la presencia de “los Decididos” como un héroe central de la gesta jujeña. La característica sobresaliente de este grupo es, de acuerdo a los textos recogidos, su cultura y formación en los ideales libertarios, al mismo tiempo que su destreza en el manejo del caballo y las armas gauchas, su conocimiento del terreno, y su fuerte lazo con la tierra: “*La selva los amamanta / como si fuesen sus críos / y en la alfombra de hojarasca / hunden su paso felino / pregustando en el acecho / y astutos mimetismos*”, los describe Rubén Barros en su poema enteramente dedicado a Los Decididos.

Al parecer, no todos los que conformaron el batallón de Decididos eran jujeños, sino que muchos provenían del Alto Perú, por causa del avance realista desde el norte. Sin embargo, en la representación hegemónica del grupo está su carácter local, de manera que se constituyen, junto al padre Gorriti, en la cara más jujeña del heroísmo. Queda claro este valor simbólico en el relato de Elba Espinosa: “*Lo constituían los jóvenes más distinguidos de Jujuy*”, o en el poema épico de Marcos Paz: “*Allá van ‘Los Decididos’ / con más bravura que nadie. / ¡Qué escuadrón de valentías! / ¡Qué de bizarro linaje...! / Los Decididos despliegan / el lema de su estandarte: / ¡Jujuy, será de Jujuy /y nunca del que la invade!*”.

Y si Belgrano no batalla, para eso están los Decididos como héroes netamente épicos. Son de algún modo el personaje histórico que ejecuta en la acción bélica los ideales de Belgrano y el pueblo en su conjunto. De allí el papel decisivo de Belgrano en su rol de gran orador y su “arenga”, realizada el 25 de mayo con motivo de la bendición de la bandera. Es éste el elemento que termina por unir al héroe individual y al héroe colectivo en un solo sentir.

Es notorio que varios autores sostengan la denominación de “arenga”, con clara carga épico-belicista, al discurso pronunciado por Belgrano frente a su tropa. Si las formas de de-

signación, las categorías que se utilizan para nombrar, son fuentes en las que se manifiesta la intención del enunciador, está claro que la utilización de la palabra “arenga” busca enlazar la representación del Éxodo con las gestas medievales fundacionales. El Cid, Carlomagno, pronuncian también arengas frente a sus ejércitos, con los que buscan enardecer el valor de sus soldados frente a la inminente batalla.

También en coincidencia con los cantares de gesta, no es menor la importancia que tiene, en ese discurso público, la religión, puesto que frente a un pueblo creyente las ideas de libertad y patria se asocian al mandato divino. Así liga patria y fe, Belgrano primero, y luego Gorriti: *“Esta que veis en mis manos / es la divisa primera / (...) Sabed que es obra de Dios, / que Él os concede esta enseña, y con decoro y honor / os impulsa a mantenerla.”*, reproduce las palabras del bando Delia Murguiondo, mientras que el canónigo Gorriti del poema de Tito Maggi, reclamando a aquellos que no quieren cumplir la orden de migrar, asocia el éxodo con el sacrificio de Jesús: *“Por salvar a nuestras almas / Hizo Dios morir al Hijo, / Y por salvar a la patria / ¿No haréis este sacrificio?”*.

Siguiendo esta línea, el padre Gorriti aparece como figura reflexiva, guía “espiritual” de Belgrano y del pueblo, y, finalmente, quien logra convencer al conjunto de los jujeños, desde su púlpito, de seguir las órdenes del General.

Ligando las ideas de una nacionalidad soterrada, sojuzgada, que lucha por aflorar en la superficie, y un mandato divino de libertad e independencia, la gesta se impone como destino ineludible, como un sino que ha de cumplirse contra toda oposición: *“Nacía en el pueblo la conciencia de la responsabilidad de su propio destino”* dice Fortunato Farfán, mientras que Palacios de Zorraquín reafirma: *“Hombres y mujeres que el destino empuja, / Los llamó la patria, los tocó el destino, / y allá van dolientes, cansados, vencidos / por ásperas rutas cumpliendo su Sino”*.

Tito Maggi, además, enlaza este destino de migrantes con la tradición judeo-cristiana: *“Allá va la caravana, / A cumplir con su destino / Como el pueblo de Israel / Cuando se marchó de Egipto / Y como nuevo Moisés / Belgrano muestra el camino”*, postura que retoma Domingo Zerpa al recordar que *“la palabra Éxodo tiene resonancias bíblicas. En el Libro de*

los Libros se cuenta cómo el pueblo judío impulsado por la fe dejó las calles de Egipto y se entregó al desierto”, lo que lleva a Spadoni, por analogía, a calificar a Jujuy como “Pueblo Elegido”, así con mayúsculas.

De modo que en todos los textos el aspecto religioso del Éxodo aparece como el motivo que logró convencer al pueblo. Atento a esto, Belgrano nombra Generala del Ejército del Norte a la Virgen de Paypaya, y luego a la de las Mercedes, como lo mencionan el relato de Carrillo y el poema de María Rosa Villalba de Poma.

Además de esta tríada BELGRANO-BANDERA-PUEBLO, hay otros tópicos que aparecen reiterados. Un elemento de aparición repetida es la presencia del Chañi como una suerte de dios tutelar del valle jujeño. Se configura como un gigante petrificado que comparte los sentimientos de las gentes jujeñas, sufriendo con ellos o clamando el grito de guerra. Esta presencia del Chañi como tótem, como elemento animado que es símbolo y tutor de la comunidad, si bien atraviesa todo el siglo XX, está marcadamente resaltada en los relatos de principios de siglo.

De similar importancia es la presencia, como símbolo identificador, de los ríos que trazan el contorno de la ciudad y le dan, al mismo tiempo, abrigo, resguardo y belleza. Clara referencia a esta cualidad maternal de los ríos Grande y Chico la encontramos en el poema de Dora Blanca Tregini: *“Le están naciendo dos ríos / con sus canciones de cuna, / como si fuera una niña, / (río Grande y río Chico, / almas tenéis de nodrizas), / y allá sonrío y espera / la gloria que se avecina”*.

Complementan el “paisaje heroico” el cerro Zapla y los lapachos. El primero, aparece como otro custodio de la pequeña ciudad, hermano menor del Chañi, que demarca el límite de lo propio. Más allá de él, todo es tierra de otros, todo es ajeno, de modo que cruzarlo es abrir un interrogante: *“El Chañi en la frente se ató una diadema / y el Zapla en los ojos se ató un horizonte”*, lo expresa poéticamente Germán Choque Vilca. Desde allí vuelven la mirada los migrantes, para ver por última vez, antes de darle vuelta al Zapla, los pastizales quemados y la aldea abandonada: *“Mirando hacia atrás, descubrieron los caminantes, como mojones*

del sacrificio consumado, las hogueras colosales en que se consumían los campos” (Zalazar Altamira).

Por su parte, los lapachos están presentes en numerosos textos. Aunque en muchos de ellos aparecen como meros elementos paisajísticos, en otros enmarcan la partida dándole color, prefigurando un retorno glorioso, un regreso triunfal: *“Y así fue como en agosto, / florecidos los lapachos, / marchó Jujuy a la gloria / vestida de azul y blanco”*, sintetiza Domingo Zerpa.

Finalmente, hay que señalar otro aspecto que emerge, aunque más soslayadamente: la recuperación de un glorioso pasado indígena del que el pueblo jujeño es heredero. Así, la presencia de lo incásico como “alma” rebelde frente al invasor, será tematizada por Villalba de Poma (*“En tu sacrificio hay tesón del Inca / y del Español”*), Marcos Paz y, sobre todo, Jorge Villafañe, quien dice: *“De ese cruzamiento sublime injerto de dos razas fuertes surgió el alma americana, nuestra alma argentina; y haciendo honor a la heroica estirpe cuyos blasones eran el heráldico león del escudo famoso y el Sol, emblema del Inca, esa alma nació invicta e invencible”*.

Éstas son algunas líneas de reflexión que pueden orientar el abordaje de esta antología. Se han planteado aquí algunas regularidades y diferencias respecto del modo en que los textos recogidos proponen una forma de representar la gesta del Éxodo jujeño y el modo en que ésta se ha incorporado a nuestra percepción del hecho. Sin haber agotado el tema, el material que aquí se presenta, amén de su valor literario, puede servir para el estudio de los imaginarios simbólicos respecto de los hechos del pasado y cómo éstos se construyen desde los actos escolares, los discursos historiográficos y, por supuesto, la literatura.

María Soledad Blanco

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a la Biblioteca Popular de Jujuy y a la Biblioteca de la Escuela de Comercio N° 1 “José Antonio Casas” por la gentileza y disposición durante nuestra tarea de investigación.

También un reconocimiento a nuestros colegas por sus significativos aportes.

COPLAS HISTÓRICAS⁶

1

¡Adiós, Jujuicito, adiós!
Te dejo y me voy llorando;
la despedida es muy triste
la vuelta, quién sabe cuándo.

2

¡Vamos tucumanos,
vamos hermanos!
Que corre peligro
el bravo Belgrano.

6 Nota de las Compiladoras (NdC): Las coplas fueron extraídas del *Cancionero Popular de Jujuy* de Juan Alfonso Carrizo, reeditado por la Universidad Nacional de Jujuy en el año 2009. Las notas que aparecen a continuación corresponden ya a la edición original:

(1)El 23 de Agosto de 1812, el pueblo de la ciudad de Jujuy, obedeciendo a un bando del Gral. Manuel Belgrano, abandonó sus hogares y se puso en marcha hacia Tucumán. Este episodio se conoce en la historia con el nombre de Éxodo jujeño y remito al lector a la interesante conferencia que sobre el tema dio el Dr. Daniel Ovejero en 1931, publicada también ese año.

Cuenta la tradición lugareña que un joven oficial de la patrulla encargada de recorrer la ciudad, para informar al jefe sobre el cumplimiento de la orden, al dejar la ciudad desierta, cantó esta copla. Así me refirió el Dr. Ovejero quien tuvo la gentileza de darme estos datos y la copla.

(2)Es también copla del Éxodo, la cantaban los soldados jujeños durante la retirada del ejército y de la población en masa. Numerosos jefes oficiales del ejército y muchos de los soldados eran tucumanos, o se habían alistado en esa provincia, por eso dice: ¡Vamos tucumanos!

Manuel Florencio Corte

HIMNO AL ÉXODO JUJEÑO⁷

Guerreras legiones, soberbias, ufanas
que desde Lima mandara Abascal,
invaden las altas provincias peruanas
siguiendo a esta tierra como vendaval.

A fines de julio, Belgrano impaciente,
por bando ordenaba a la población
seguir con su tropa bisoña valiente
el triste camino de la emigración.

En el equinoccio de las primaveras
la gran caravana llegó a Tucumán
luchando en el “El Campo de las Carreras”
al godó vencieron con Pío Tristán.

Febrero llegaba con sus luminares
escena sublime la de Juramento
victoria completa la de Castañares...
el odio no cabía en su sentimiento.

CORO

Nuestro canto en su honor ¡compañeros!
cantemos, cantemos canciones de amor,
por nuestra Bandera, Belgrano creador,
¡cantemos jujeños, un canto de amor!

7 NdC: la música corresponde a Laureano Rodríguez. No contamos con la fecha de composición del *Himno al Éxodo*. Un dato que es de destacar es que Manuel F. Corte presidió en 1936 los primeros Juegos Florales en Homenaje al Éxodo Jujeño. También escribió el *Himno a Lavalle*.

Jorge Villafañe

EN EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE BELGRANO⁸

(Del Secretario de la Comisión de Homenaje, en la plaza de su nombre, ante una manifestación patriótica, el 18 de Junio de 1920).

Señores:

En la Grecia simbólica, que recibió —como una flor de loto venida en las corrientes periódicas del Nilo— la vieja civilización de los misteriosos pueblos de Oriente, uno de los cultos que con más fervor trabajaban la mente excelsa del espíritu griego, era el culto a los héroes.

Ese espíritu es el que canta con hondas sugerencias el poema de la *Ilíada* sublimizado por la hermosa inspiración de Homero. Y ese culto transmitido íntegramente a la Roma soberana, se irradió, tal un haz triunfal del sol, por todos los ámbitos del orbe.

Y vino a nuestra América en el nervudo empuje del conquistador español, todo osadía; a mezclarse con la indómita y rebelde sangre incásica, toda altivez.

De ese cruzamiento sublime injerto de dos razas fuertes surgió el alma americana, nuestra alma argentina; y haciendo honor a la heroica estirpe cuyos blasones eran el heráldico león del escudo famoso y el Sol, emblema del Inca, esa alma nació invicta e invencible.

No podía, pues, causar asombro que la primer oportunidad viera libre al pueblo; se dijera que al ruido que produjeron los grillos en el estremecimiento de extrañeza de quién se da cuenta de estar aprisionado, siguió el clamor de las cadenas rotas! ...

El culto de los héroes nos congrega hoy. Cúmplense cien años que entrara en la inmortalidad para usar la expresión del orador magnífico uno de los dioses lares de la patria.

Hoy nos es dado evocar su gran figura patricia. Dice Mitre que su libro sobre Manuel Belgrano es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época. Severa y justa la voz de la Historia confirma plenamente al notable historiador.

⁸ NdC: Publicado en *Palabras al pasar*, B. Butazzoni Imprenta, 1939.

La gran figura aparece desde el tiempo del Consulado colonial, desde las invasiones inglesas; se yergue en el grito del día 25 de Mayo como precursor y coautor del movimiento y miembro de la Junta; vélese un poco en el Paraguay, para agigantarse definitivamente en estos mismos sitios al frente del ejército del Norte, y llegar hasta los mismos cielos de su símbolo, adonde no alcanzan las nieblas de Vilcapujio y Ayohuma.

“No era militar”, dicen los libros en que bebió nuestra niñez la gloria del país. Sin embargo, se hizo como en un momento dado todos fueron héroes. Era menester prodigios para que triunfe la revolución. Los prodigios fueron hechos. Y él, el más abnegado de todos, entregado íntegramente a su patria, seguía, como los guerreros antiguos a los Dioses, adonde lo llevaba su patriotismo sereno y profundo.

Pero el que nos interesa, sobre toda la larga actuación del hombre que marcha paralela a la de una época, es la del General Belgrano que en la hora más incierta desplegó, como una túnica que reconforta y abriga sobre el pueblo que gemía al peso de una empresa sobrehumana, la bandera azul y blanca... desplegada como las alas del cóndor, que, similar al del ideal poético que consagra al Héroe, iniciara el vuelo anunciando la nueva nacionalidad.

Blanca y azul como los cielos, como los mares, como las nubes, como todo lo puro y noble; como todo lo grande!...

Y los símbolos necesitan sus consagraciones. La más pura de las consagraciones es la que surge del martirio, la que proporciona el sacrificio, la que se obtiene del dolor.

Nuestra insignia la tuvo. La alcanzó antes que los dones de la gloria le depararan cien victorias en la marcha triunfal que fue a libertar pueblos desde el Plata y tras los Andes.

Hubo un pueblo dormido en la placidez del valle; guarecido por montañas plenas de bosque tropical y cumbres enhiestas de perenne nieve. Arrullado por las brisas más puras y el cielo más benigno, con hombres emprendedores, mujeres bellas y buenas; pueblo en plena prosperidad y desarrollo, centro comercial y como un complemento exquisito con una sociedad cultísima de patriarcal distinción.

Por bien nacidos habían seguido desde el comienzo el movimiento emancipador. Y habían acogido cariñosamente al General que desde Buenos Aires llegó a ponerse a la cabeza de las fuerzas maltrechas por el revés del río Desaguadero, y que encontraba un alivio de sus tareas arduas entre las mujeres bellas y los hombres buenos en los brevísimos instantes de descanso.

...Un día se supo que una división del General Goyeneche, el valiente y sanguinario aventurero, hacía irrupción a marchas forzadas tras las armas patriotas.

Ante ese anuncio los tranquilos habitantes debieron quedar asombrados en un silencio profundo que ocultaba el celo de la patria mancillada, la rabia contenida contra el invasor, la atónita exclamación ante la hora del sacrificio que llegaba y al que irían todos con el mayor estoicismo.

No era preciso el “terrible Bando” con que Belgrano ordenaba el éxodo. Ya estaba en la conciencia de todos en aquel silencio que parecería enmudecer hasta el rugido del torrente vecino.

El pueblo de Jujuy se fue tras de Belgrano llevando todo lo que fue posible y destruyendo lo demás. Cuando los invasores llegaron vieron solo ruinas y desolación en aquella ciudad que se mostraba antaño al viajero como una delicada flor de la quebrada.

Así cumplieron nuestros antepasados su juramente a la Bandera. Y la llevaron en la fuga angustiada, a presenciar cómo, de su dolor y de su martirio, surgían los triunfos de Tucumán y Salta; cómo se afianzaba en la enseña desplegada vencedora en el Pasaje, la nueva nacio-nalidad!

La Bandera consagrada fue donada al Cabildo de la ciudad heroica por su creador que, comprendiendo más que nadie la acción del pueblo, quiso corresponderle y en otra genial inspiración se la entregó como si le entregara su propia gloria!

Jujuy la conserva con toda la unción de las reliquias y ha negado, por boca de su gobernante, el traslado a la gran capital para convertirse en su santuario único.

Señores:

La comisión pro-homenaje designada por el Gobierno de la provincia, como uno de los actos conmemorativos ha organizado estas conferencias alusivas al Prócer y a su inmortal creación. En este sitio tres veces histórico, frente a la vieja organización colonial, desde donde ha de vibrar después de un siglo la antigua campana del Cabildo, llamando a la misa de campaña en el día centenario.

Sus tañidos llevarán sonoridades extrañas y evocadoras. Fue la única que no llegó a la fundición para improvisar cañones porque tuvo la misión de anunciar el momento del patriotismo mejor demostrado en la hora trágica del éxodo terrible.

Bajo esa evocación y tras la misa solemne, juraremos todos la Bandera.

Presidirá el acto el Gobernador de la Provincia que sentirá al tomar el juramento, repitiendo las sagradas palabras del Patricio, la emoción más intensa de su vida de ciudadano y mandatario. Jurarán las damas jujeñas, inspiradoras de los más grandes sacrificios, que prolongan a través del tiempo la belleza y distinción de la noble stirpe; los bizarros batallones, custodia de la patria; las escuelas; la columna gaucha que hará pensar en los famosos entreveros y el pueblo todo, frente al símbolo repetido dos veces, en el altar, donde oficiará un sacerdote descendiente de Gorriti, y en el cielo; y ante el respetuoso silencio de las colectividades extranjeras.

Volverá luego la vieja Bandera a la Casa de Gobierno y seguirá el pueblo de Jujuy haciéndole la guardia a la reliquia noblemente envejecida, mecida por todas las auras y las brisas de nuestro múltiple clima, agitada por las gloriosas manifestaciones del triunfo, sacudida por los estremecimientos angustiosos de los días inciertos; envuelta más tarde en los sahumeros del histórico templo y ahora triunfal en su apoteosis, segura del porvenir brillante de la patria que simboliza y aclamada por todos sus hijos que hoy con más orgullo que nunca podemos gritar a todos los ámbitos la frase del genial Sarmiento: “La bandera blanca y celeste, ¡Dios sea loado!, no ha sido atada jamás al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra”.

He dicho.

Horacio Carrillo

EL ROMANCE DEL ÉXODO⁹

Fue una tarde trágica de dolor y de angustia aquella del 23 de agosto de 1812, cuando el pueblo jujeño se puso en marcha, hacia el Tucumán, cumpliendo la orden “impía” de Belgrano, según la clasificara el enemigo “godo”.

Rojo era el cielo, de púrpura estaba teñido el Chañi tutelar, bermejas eran las claridades del incendio y hasta los árboles, los grandes ceibos de las lomas, estaban también cárdenos, con las florecencias tempranas de aquel agosto sangriento.

Hacia la playa del Xibi-Xibi la muchedumbre se iba apiñando y era un doliente entrevero de cabalgaduras, de recuas alborotadas, de carretas repletas, de hombres armados, de mujeres llorosas, de indios inmutables, de mocetones fornidos, luciendo ya el uniforme que sería de gloria de los “arribeños” legendarios. Y en medio de la confusión y del tumulto, como una prenda de tranquilidad y de esperanza, vestido de fiesta para infundir la fe en el ideal que los movía, elegante en su ajustada “chupa-verde” con su rostro suave, sus ojos claros y su mirar de niño, firme en su bayo escarceador, Manuel Belgrano atendía a todos y en todas partes daba órdenes de mando o derramaba dulces palabras de aliento, cargado su espíritu con la oculta admiración por ese pueblo, jugándose así estoicamente por la libertad, heroísmo que premiaría después legándole la sublime enseña de la patria.

Como cuando se encierra en los apriscos de piedra los rebaños montañoses, sacados precipitadamente de los andenes verdes y empujados por los riscos, las faldas y los desfiladeros, donde madres y recentales deben formar filas que van dibujando las curvas de los senderos serranos; y luego, dentro del redil, hay apuros y lamentos para reunir los hijos dispersos a la vera de la materna intranquilidad, llena de sobresaltos y apremios —tal aquel pueblo en su tarde bíblica, cuando la noche del trópico iba poniendo sobre la desolación en marcha la clara lumbre de los astros propicios.

⁹ NdC: Del libro *Tres novelas jujeñas*, edición facsimilar que realiza la Universidad Nacional de Jujuy en el año 1991 sobre la 2da edición correspondiente al año 1943. La 1ra edición no es mencionada ni en el prólogo ni en las portadillas. Sólo al final de cada uno de los tres textos que integran el libro, el autor coloca la fecha. En el caso del “Romance del Éxodo”, figura *23 de agosto de 1923*.

El ejército de reclutas cerraba la columna civil tras la cual iba toda la impedimenta del pueblo jujeño. La orden del “Chupa-verde”¹⁰ de cabellos ondeados y terso rostro femenino era de una rudeza y concisión formidables: marcharían todos o serían pasados por las armas; se llevaría todo o se incendiaría todo. Y todos iban y no quedaba ni un charqui en las sogas, ni un almud en las eras; no quedaba un queso en los zarzos, un animal en los corrales, un cántaro en las alacenas, un pabito en los mecheros, un lienzo en las petacas. Ni aun podían vibrar las dulces campanitas mañaneras sobre las casonas solitarias: ya tañerían tocando a rebato y a gloria en los cañones fundidos con ellas, ahí, en la maestranza desmantelada, sobre la barranca del Río Grande.

De los últimos en salir fue un hombrecito cenceño, moreno, de rostro áspero, cribado por la viruela, de andar nervioso y de mirada penetrante, con ese algo de fijeza y de dominación que tienen en la pupila las grandes aves de las cumbres. Un poncho “puyo”, un sombrero alón y unas nazarenas de plata, completaban su indumentaria cerril, y era con donaire como palpaba sus alforjas y acicateaba su mula parda. Nadie hubiera descubierto bajo el poncho su hábito talar ni hubiera distinguido entre las manos un rosario de “guairuros” rojo y negro que golpeteaba sobre el corvo del apero. Aquel viajero era el Canónigo Gorriti y había quedado en la Curia hasta el último, dejando sus instrucciones al viejito campanero para que cuide los enfermos graves, que ubicaran en la casa principal.

Pronto se reunió al grueso de la columna, que ya subía los altos de las lomadas, para orientarse por el camino de Las Postas. Miró por última vez el valle donde dejaba la ciudad querida, siempre plácida y riante, recostada al arrullo de sus dos ríos y al abrigo tutelar de su Chañi, ese enorme picacho, que parece un gigante petrificado en el instante en que se contraía o se agazapaba para saltar hacia el dominio del sol.

Las carretas iban llenas; las madres llevaban en “árganas” a sus pequeños y parecían aquellos “pozuelos”, forrados en gruesas cobijas de la Puna, nidos redondos de aves silvestres, donde asomaban las cabecitas rubias o morenas mirando con grandes ojos absortos aquel extraño trajín. ¡Cuánta gloria vieron aquellas pupilas infantiles!

La muchedumbre acampó luego y entre el humo de las fogatas y el alerta de los centinelas una voz argentina, desde el patio de un rancho humilde, que servía de cuartel general provisorio, se levantó en el silencio de la noche que los envolvía y principió el rezo del rosa-

10 “Chupa-verde” es el apodo con que en Jujuy se designaba familiarmente a Belgrano. (Nota de la edición original)

rio: “en el nombre del Padre...” Era Gorriti arrodillado junto a Belgrano. Aquella voz era la misma que en la iglesia abandonada había tenido tonalidades épicas, definiendo a la patria que nacía, cuando también “en el nombre del Padre”, dejó caer el agua de los cielos sobre una seda blanca y azul, que aquella muchedumbre ya había jurado sostener.

Bajo los grandes árboles, en torno de los fogones y cerca del rancho aquel, estaban todos los jujeños conocidos, firmes, sombríos, hoscos en aquella primera noche del exilio homérico. Ahí estaba de pie, un poco encorvado, con su gran cabeza pegada en los hombros y su espesa barba sobre el pecho, con su frente amplia y su rostro un tanto eslavo, Don Teodoro Sánchez de Bustamante, encarnando el espíritu de la democracia que nacía. Ahí estaban el Dr. Zegada, el inolvidable Iriarte, los Goyechea, los Otero, el primer gobernador de Jujuy Don Mariano de Gordaliza, el célebre Alcalde de Primer Voto Don Manuel Fernando Espinosa, los Portal, los Carrillo y tantos otros. Y ahí estaban todas las familias, en una batahola de gritos, de ruegos, de llantos, de zozobras; todos querían rodear ese humilde rancho, y sus caras enjutas, macilentas, estragadas por la endemia, se iluminaban con los reflejos cárdenos de las fogatas y como enfebrecidos sólo los ojos centelleaban, diríase en algunos con aquella fiebre que parecía vibrar en el rostro de Alonso de Quijano...

Y por las caras ceñudas y las barbas hirsutas, muchas lágrimas corrieron, al igual que por la faz de Don Rodrigo, el de Vivar, cuando su Rey le obligó a salir, por un bien muy alto, del predio que le vio nacer.

¡Así se gestaba la patria argentina!

El ejército español fuerte, disciplinado, soberbio después de Huaqui, bajaba por Humahuaca, dispuesto a recorrer los dominios del Rey, desde las ruinas milenarias de Tihuanacu hasta el Mar Dulce de la ciudad revoltosa de Garay.

Belgrano había destacado grupos exploradores a lo largo de la Quebrada para informarse de la marcha de ese ejército, y aquella retirada, resuelta en esa forma brusca e inexorable, tenía por objeto dejar tras de sí un erial, un yermo, donde el español no pudiera proveerse, pues el Alto Perú tenía entonces sus almacenes en las hoy provincias del Norte argentino, florecientes entonces por el comercio que se hacía hacia el Plata.

Entre esas descubiertas de la Quebrada de Humahuaca, había un pelotón de “decididos” a las órdenes de un joven jujeño, Manuel Sarazíbar, cuya familia también iba entre la montonera migratoria, montonera que en esos instantes comentaba el último hecho oficial, transmitido por los cabildantes viajeros: al retirarse y cerrar el infolio capitular, Belgrano lo había rubricado escribiendo: “Aquí comienza el libro del tiempo de los tiranos”...

Y entre esa muchedumbre había también una silueta femenil, llena de gracia y de *donaire*, arrodillada en la penumbra, bajo la ramosa y amplia carpa de una tipa secular, en cuyo tronco se apoyaba para ocultar su angustia. Tenía en la mano un grueso papel estrujado, y sólo por el pedazo de una oblea que tenía adherido, podía sospecharse que había ido desde lejos. Era Sara Gordaliza, la novia de Sarazíbar.

Era éste, como acaba de decirse, jefe de una partida de Decididos —el primer grupo de gauchos organizado militarmente en el Norte—, que tuvo su trabajo inicial y glorioso en aquellas descubiertas de Humahuaca. Hijo de una familia pudiente, propietaria de varias “haciendas” en Jujuy, había recibido una educación casi conventual —como toda la de aquella época memorable— en casa de los Zegada y bajo la dirección espiritual de Gorriti, el de las famosas “Reflexiones”. El joven había leído en su retiro intelectual las páginas admirables de la literatura de entonces, circuladas después de la venida de los ingleses u ocultas en las bibliotecas sacerdotales. Era un espíritu culto en aquel medio ambiente colonial, con esa cultura y fineza intelectual que muchas veces no se sospecha, aun hoy mismo, entre la gente de las provincias, que, a veces, como las flores de las orquídeas, se prenden muy alto y despliegan la magnificencia de sus corolas insuperables en el retiro umbrío del bosque o en la calma silenciosa e inmutable de los trópicos...

Sabía así mucho de la revolución francesa, de las ideas filosóficas de la época, de las letras de la Madre España, y era, a su vez, un patroncito viril y fuerte en sus estancias, donde pocos lo igualaban en las corridas de las hierras, o en el juego de los toros, cuando la aldea colonial estaba de fiesta, esperando que los mocetones garridos pusieran el trajín de sus caballerías en las calles polvorosas, tras la fiera enfurecida, especialmente cuando Carnaval vestía la tranquila dulcedumbre de aquel nido de horneros con sus colorinches festivos y la gracia de las doncellas de grandes y profundos ojos apasionados, luciendo bellos peinetones y amplios miriñaques, en los tablados construidos *exprofeso*, desde donde admiraban la destreza de los donceles fornidos, manejando el caballo y el lazo y su osadía racial ante la fiera bravía. Y

luego, con sonrisas más dulces que los sorbetes de mora y quirusilla, brindaban a los gráciles corredores el vaso de mistela casera...

Unía así Sarazíbar a su cultura intelectual el viril deporte de los campos y sabía tanto de las Partidas y las Leyes de Indias como bolear reses alzadas y pialar orejanos en los corrales de la heredad de sus mayores. Y cuando Jujuy dio sus haciendas y sus hijos a los ejércitos de Castelli y de Belgrano, el joven altivo y recio se entregó todo entero a la revolución, como se había entregado ya a los hermosos ojos soñadores de Sara Gordaliza. Con el último chasqui enviado desde el altiplano, cuando las vanguardias patrias iban a retirarse ante la avalancha realista —ese chasqui incásico, al que no le dan alcance ni las más briosas mulas serranas, y que hace sus jornadas de a pie, día y noche, cortando escarpas, cimas y precipicios sin cansarse jamás y con solo un puñado de maíz tostado y una “chuspa” de coca— había enviado Sarazíbar una carta a su novia, en la que, entre otras cosas, la niña había leído esto, traducido a nuestro modo de expresión actual:

“...Hemos llegado en descubierta hasta el inmenso altiplano, donde parece que todo se espiritualiza y la aridez de la tierra lo levanta a uno y lo confunde con la beatitud de este cielo añilado, para llevarlo como algo incorpóreo y sutil y volcarlo sobre el pueblo lejano, dándome así la ilusión de llegar hasta ti con mis anhelos, con mis ansias, con mis esperanzas, con todo mi amor...

Cuando era muy niño recuerdo que mi abuelo castellano, nos relataba las andanzas del caballero de los ensueños locos por las planicies de España, y he vuelto a recordarlo ahora en medio de este inmenso erial puneño, y he sentido también la extraña sensación de ver enemigos en cada roca enhiesta, en cada pedrusco del camino, en cada cardón solitario, en cada rebaño de llamas, disperso en los secadales de las sierras que bajan hacia los ciénagos. Y también, mi amor, te he creído descubrir en el brillo de las estrellas enormes de este cielo de zafiro; en el rayo de luna que parece materializar figuras plateadas sobre el agua temblorosa de los grandes bañados; en el estremecimiento indeciso de la atmósfera cuando el sol calienta el aire de las llanuras reseca en estos mediodías de fuego; en el espejismo extraño que finge grandes lagos y densas poblaciones en los lindes de un horizonte hacia el cual andamos y adonde nunca llegamos... ¿irá a ser así esta dicha que ansío y que me mueve, con fuerzas incontenibles y misteriosas, hacia ti?

...Pienso en la Patria que queremos formar y que allí hemos jurado defender en un rapto de extraño entusiasmo, y recuerdo luego a mi madre y sus lecturas en el comedor de la casa

patriarcal, y en seguida me viene a la memoria la vida leída de aquella santa mujer de Avila, aquella fémica andariega que cruzaba las llanuras de Castilla, sola e inerme, con un gran amor en su corazón y gran ideal en su cabeza nimbada por Dios, y entonces tengo que enderezarme en mi duro lecho, tendido sobre los guardamontes, porque un no sé qué extraño me dice que por la llanura esta, solitaria y humilde, voy a ver cruzar una figura ideal, blanca y suave como tú, impulsada por un ardor incontenible que sólo puede bajar del cielo y que busca, casta y pura, la redención, la liberación de todos los hermanos americanos, y ante la cual el alma conturbada se inclina y ama como a la madre. Esa se me ocurre que es nuestra Patria. Porque la Patria, como nos lo decía últimamente el Canónigo en sus pláticas, tiene fuerzas del cielo y amores de la tierra; el impulso evangélico de los santos y el ardor de todas las pasiones castas; el ideal supremo de que todos sepan de los bienes de la libertad y el afán terreno de labrar una grandeza inmensa en el solar donde la muerte guarda, como raigambre y como simiente, los cuerpos y los ideales de los abuelos; donde hay la tibia caricia del hogar, donde nacen nuestros amores y crecen las familias y se hinchan los pueblos, con una misma bandera, con una misma lengua, con un aire único y exclusivo... Y por eso estamos ahora en guerra y por eso estás tú lejos y yo aquí, en las avanzadas del sacrificio, para fundamentar en esta tierra esos ideales. Sufro y quizá moriré, pero puedes saber y estar segura que la última titilación de mi luz interior será siempre para ti y que moriré firme y seguro, porque antes que darte mi nombre te habré dado mi patria, la tuya, la de mis hermanos, la del porvenir...

Ahora bajamos precipitadamente hacia esa ciudad, porque el enemigo está encima..."

Tal la carta que la niña estrujaba en el campamento de los aledaños de Jujuy, en aquella noche doliente, cuando las almas parecían encarrujarse como se encarrujan las hojas de los árboles al soplo cálido y seco de los vientos del norte, que en agosto hacen gemir, como cuerpos en cilicio, las pesadas tablazonas de las alcobas silentes. Y ese viento misterioso, como un vaho de fuego, venía de Humahuaca en bocanadas sucesivas y el vapor del aliento era polvo espeso en los caminos y arena espejeante en las playas resacas, y era para la montonera algo fatídico y siniestro: era el respirar del león ibero, con sus zarpas tendidas y sus crines mesadas por las furias, que bajaba por el amplio callejón de la Gran Quebrada, husmeando el rastro de ese rebaño humano y dispuesto a no permitir que se separe este mugrón de España.

Y la niña pedía en rezo a la Virgen del Paypaya que su Manuel vuelva, que las furias no se lo arrebaten, que sus ojos ardientes se fijen de nuevo perennemente en ella y que sus manos temblorosas rocen siempre las suyas, como cuando eran niños y atrapaban pececillos en las

vertientes del Chingo, en el bajo de Jujuy. En su plegaria entrecortada por los sollozos decía: “¡Oh Virgen santa, oh bendita Madre del Río Blanco, pura y sencilla como el agua de tus manantiales, Virgen de amor y de clemencia: mueve de nuevo tu bastoncito milagroso, como cuando detuviste las hordas salvajes en el formidable malón, bajo el gran algarrobo de tus taururgias! ¡Detén Madre mía, la invasión que baja! Haz que esta peregrinación angustiosa se termine. Ampara a mi Manuel en su situación peligrosa y salva a este pueblo. Yo te prometo, Señora, que hablaré, que imploraré al General, para que se te ofrezca un testimonio público de todos nosotros. ¡Madre: ten piedad de él, de mí, de todo este pueblo!...”

Terminado el rosario, Belgrano recorrió con Gorriti el campamento, dando instrucciones, auxiliando, sirviendo, proveyendo, urgiendo, ya que era necesario seguir inmediatamente. Ese día la vanguardia realista había llegado a Volcán.

Y, naturalmente, conocía a Sara y sabía de su amor y de su angustia, teniendo palabras profundas de unción y de fe. Pudo la niña hablar un instante a solas con él y el diálogo fue espartano:

— Mi novio, mi amor, está lejos, está en contacto con el enemigo, va a morir!

— Su novio sirve a la patria y hará bien si muere.

— ¡Yo me angustio, yo no vivo, Señor!

— Usted, su pueblo, el ejército, van al sacrificio en aras de un ideal ante el cual todo amor es pequeño.

— Sí, General, pero yo le quiero, yo no resisto, yo no veo salvación sino por un milagro del cielo y acabo de pedir a nuestra Virgencita de Paypaya esa gracia de la salvación, ofreciéndole implorar a Vuestra Merced una ofrenda grande, simbólica, de todo esto, si nuestro calvario termina pronto y un éxito siquiera se vislumbra.

Belgrano, conmovido, le dijo entonces:

— Bien, hija mía, no sólo haré esa ofrenda, sino que nombraré Generala de nuestro ejército a la Santísima Virgen, si el milagro se realiza. Tenga, niña, esperanza y tenga fe en el ideal tras el cual vamos confiados en las fuerzas del cielo y en nuestros pobres medios de la tierra.

La muchedumbre siguió su marcha penosa por el camino polvoriento y reseco, rumbo a Cobos. Las carretas se desarmaban bajo el peso excesivo de las cargas; las bestias retrocedían

rumbeando a la querencia; las fiebres, con la vida desordenada y al aire libre, hacían presa de los organismos debilitados por aquella fatiga inusitada, y había pesadumbre en las almas y espasmos de derrota definitiva en todos los corazones.

El ladrido de un zorro en la noche era para la muchedumbre como el primer grito de una carga enemiga; el silbar de las ramas en los coletos y guardamontes, golpeados también con las lonjas de los encargados de conducir los ganados —que lidiaban entre el monte para volver a los rebaños los animales descarriados— fingían para la multitud sugestionada algo como el rumor de la metralla en el bosque circunvecino. Una caja de municiones explotó cerca de Cobos, refiere el General Paz, y las gentes al oír los estampidos sucesivos tuvieron la evidencia del primer combate. Y ese sobresalto no era injustificado, porque luego no más el grito de carga fue efectivo y el zumbido de las balas puso temblores trágicos en la selva.

Ante el anuncio de la retirada del Ejército del Norte y el abandono de la región por las armas revolucionarias, las familias y buena parte de la población de Salta se pusieron también en marcha para incorporarse a la falange migratoria, realizándose la unión en la playa del Río, antes de Cobos, en las cercanías de lo que hoy es Güemes.

Casi tuvo aquel encuentro el aparato silencioso de los hermanos que se reúnen en el camino del Campo Santo y llevan al descanso definitivo, unidos por la misma angustia y el mismo dolor, el cadáver querido, que en este caso pudo ser el de un ideal.

Las descubiertas en la Quebrada de Humahuaca, al mando de Díaz Vélez, habían retrocedido rápidamente y casi pudieron reunirse con el ejército y el pueblo apenas retirados éstos de Jujuy. La vanguardia realista llegó a la ciudad abandonada por la tarde del 24 de agosto y hostilizaron inmediatamente a los patriotas. De ahí que, a poco andar, la vanguardia revolucionaria de la Quebrada pasó a ser la retaguardia en la retirada. En Cobos hubo ya una ligera escaramuza y en el Río de las Piedras se formalizó el primer choque, que, a pesar de la confusión y el desaliento, dio un laurel inmarcesible a la montonera heroica.

Un incendio en los pajonales, un crepitar de fusiles, dos guerrillas de “pardos y morenos” tendidas por los flancos del bosque, una altura defendida por los godos en avance, una columna de polvo en el camino, un vibrar de lanzas gauchas, un joven centauro a la cabeza de las caballerías piafantes —el tucumano aquel de las vidalitas y los caramelos, de las cargas inmortales y los desnudos estupendos, La Madrid— un vocerío de rabia, de dolor, de agonía y un fulgor de victoria sobre el Ejército del Norte: he ahí el combate de Las Piedras.

Prisioneros, sangre de hermanos fecundando el campo de la reyerta inolvidable, muchos fusiles como presea de triunfo, la revista del General-Ciudadano en aquella tarde caliente y ventosa —mientras los bisoños sabían ya de la guerra, del dolor de las heridas y de la suprema tranquilidad de la muerte, cuando los ojos sin vida de los caídos eran cristales vueltos al infinito, reflejando un cielo azul empavesado de nubes blancas: he ahí las primeras consecuencias del triunfo.

Había de nuevo fe y había también orgullo por el éxito de la primera prueba sangrienta. Cuando el General pasaba por delante de los cuerpos que habían tenido pérdidas, se detenía y llamaba por sus nombres a los caídos, y ante el silencio, dice la Historia, exclamaba: “¡No existen, pero viven en nuestra memoria como mártires de la libertad!”. Ello influyó también en el ánimo del Jefe para resolver el hincapié de Tucumán, la gloriosa jornada del Campo de las Carreras, el retorno victorioso y el remache en Salta de la épica aventura.

El Negro Miguel era hijo de esclavos, nacido en la casa solariega de los Sarazíbar, familia de viejas vinculaciones con la de los Gordaliza. Era el confidente de su “amito” Manuel y el perro leal de toda su juventud.

Naturalmente que Sara apreciaba al Negro por el vínculo que lo unía a su novio y por su aspecto bonachón, su resistencia hercúlea y la bondad ingénita de su alma, casi hecha para la sumisión y la servidumbre, por las taras ancestrales de su raza.

Y es conveniente anotarlo: antes de la Gran Asamblea del Año Trece, la libertad definitiva de los esclavos se había hecho patente en esa “vía-crucis” de los jujeños. El gran dolor colectivo de aquella migración, la angustia sobresaltada de la muchedumbre viajera, la sugestión colectiva que hacía de todos uno y de cada uno un autómatas, fundiéndolos a todos en la amalgama de un solo sueño trágico, había igualado las castas, había medido a todos en el cartabón del peligro común; y en realidad la democracia argentina nacía así en la intemperie de los campos, de las selvas, de los ríos, de los cerros, glorificada por este esfuerzo de un pueblo —al que supo disciplinar su gran Cabildo, en la forma que alguna vez hemos de relatar— que, como el enjambre de un colmenar, iba, tras la reina blanca y azul de sus ideales, a destilar la miel de sus ensueños redentores en la pradera tucumana.

Las fosas que quedaron a lo largo del camino de Las Postas, bien podían ser las tumbas del “pueblo desconocido”, donde las generaciones argentinas encontrarán la raigambre más fecunda de su realeza democrática. Tumbas civiles que no ostentan en su decorado externo ni el casco de un imperialismo ni la bayoneta de un odio, pero que jalonean el camino de la más fraterna y más igualitaria de las democracias de la tierra!

No habían castas ni caudillos –porque Jujuy no los tuvo ni los admitió nunca– y los negros esclavos y las zambas del servicio doméstico iban con sus patrones hermanados por el mismo latido patrio y la sincrónica pulsación del mismo temple estoico. Comían juntos y juntos se dormían bajo el ala ennegrecida del bosque.

Así fue que en todo el tiempo del viaje, como un lebrél guardián, al viajar Gordalizas y Sarazíbares juntos, el Negro Miguel flanquease la cabalgadura en que se arqueaba, como un amancay de los cerros, el cuerpo mustio de Sara, llenándola de cuidados y atenciones durante toda la marcha.

Sara no tenía noticias de Manuel y el padre de éste había tenido que retrasarse para averiguar de su hijo. Supo que vivía, guerreando diariamente en la retaguardia, y la seguridad de la vida dio alas al amor para tejer nuevamente el siempre renovado arabesco de los sueños por realizar. Los “decididos” eran el sostén de la columna en marcha y Sara estaba segura de que Manuel sería en todo momento el doncel audaz de todas las aventuras arriesgadas y el soldado firme de la revolución.

Cuando se produjo el choque relatado, el Negro Miguel volvió grupas y regresó hacia el lugar donde se sentía el fragor del combate. Las familias siguieron un trecho, pero todo fue confusión luego.

El Negro vio, en ese galopar de centauros y humear de pistones de Las Piedras, firme y audaz en su tostado favorito, al patrón Manuel arremeter, en un bote de carga gauchesca, a la vanguardia realista; lo vio en el ímpetu de la primera atropellada, pero luego lo perdió entre los arbustos y las ondulaciones del terreno, cuando la caballería perseguía a los dispersos de la vanguardia realista, que había rebasado demasiado lejos de su núcleo principal. Pasado el primer momento y afirmado el triunfo, el Negro Miguel vagó, preguntó, inquirió en todas partes por su “amito”, pero no se le daban noticias. Recorrió el campo del combate, ayudó a levantar heridos, revisó muertos, constató por todos lados que Manuel Sarazíbar no estaba allí, y se adelantó por el camino, tras de los perseguidores, dando con su voz de clarín, los gritos

peculiares que su patrón conocía perfectamente, allá en la hacienda de los cerros, cuando de loma a loma se anunciaban el descubrimiento de la res que buscaban.

Entre tanto, el entrevero del pueblo, por los cañadones, por el bosque, por la playa, había sido grande. Cuando se silenció todo rumor de pelea, la selva se pobló de leves llamadas, de rumores atemperados por la precaución, de voces veladas, de cuchicheos, chistándose los conocidos, voceándose las familias e imponiendo luego orden y seguridad al grueso de la columna militar. Y, en seguida, salieron los fragmentos de las cabalgatas, cortados en el bosque, aparecieron las haciendas y el rumor de las carretas y de las acémilas se perdió después en una nube de polvo, hacia el sur, en marcha enfebrecida por un continuo acicateo. Pasaba así lo que sucede con esas aves de los campos, cuando el temor a la alimaña hace dispersar por la hojarasca o los baches del terreno la nidada de polluelos, que el sabio mimetismo de la naturaleza oculta y protege, y, pasado el peligro, la madre, que ronda y que vigila, reúne después con suaves cloqueos, con gritos intermitentes, con golpes de alas y vuelos cortos y rápidos.

Cuando se juntaron Gordalizas y Sarazíbares, no estaba ni Sara ni el Negro Miguel. Este seguía buscando a su patroncito y aquélla, en el arrebato de la lucha y del peligro, se había extraviado en el bosque y quiso también cerciorarse de que su novio no había perecido en medio de esa humareda, de ese vaho de fuego, de ese reventar de disparos y chocar de aceros. Vagó así por el bosque, remontó una pequeña quebrada y llegó hasta el filo de una loma, desde donde pudo otear el escenario de la lucha. Así supo de la confusión del principio, del combate de las guerrillas y del choque de las caballerías en medio del tierral del camino. Y luego vio también la persecución furiosa y desordenada, el correr de jinetes sin caballos y de rocines sin dirección; vio escuadrones y vio prisioneros. Era de tarde cuando se decidió a bajar hacia el lugar del encuentro, y luego vino la noche y el silencio. Estaba extraviada y, gimiendo de miedo y de angustia por su amor, se quedó llorando en la playa del río.

La caravana no podía detenerse y siguió su marcha. Churrasqueando en las aguadas, durmiendo en los rincones de las peñas y bajo el boscaje tupido, iban jujeños y salteños sig-nando el derrotero con crucecitas toscas sobre las tumbas abandonadas, dejando el tendal de sus rebaños y pedazos del corazón a la vera de aquel largo camino —que después se abandonó

para tomar el de Las Carretas— abierto siempre hacia adelante, cerrado atrás por una nube de polvo maldito, flanqueado perennemente por sombras agoreras.

Era aquel el camino de la Conquista. La primera picada también se abrió viniendo del Norte, cuando Diego de Roxas, férreamente estupendo, se lanzó en su inverosímil aventura. Y por su sendero de sangre y de epopeya cruzaron después las figuras superhumanas de los primeros conquistadores, titanes de una leyenda jamás superada. Por ahí pasó el primer comercio, las primeras caravanas que desparramaron pueblos y fijaron rumbos a la gran aventura, ante la mirada absorta y tímida del indio, dominado por el misterio del blanco. En ese sendero quedó impresa la sandalia de un peregrino del ensueño místico, de la suave esperanza, de la mansedumbre y de la fe, la rústica ojota de Francisco Solano... Por él subió después, como un reyezuelo de la Arabia, con su recua de camélidos de la Puna, ante el fulgor de una estrella, el estudiante porteño hacia Chuquisaca, la sabia: era uno de esos niños Mariano Moreno, el precursor de esta otra marcha en que un pueblo entero amasaba con su esfuerzo magnífico, con sus bienes y con su sangre, la democracia argentina...

Y allá iban los arribeños torvos, graves y adustos, flanqueando sus carretas en los fuertes caballitos serranos, en las pequeñas mulas, ágiles y firmes, cuidando sus amores, escoltando sus damas, que, a pesar de sus angustias y sus sufrimientos, tenían fuego en sus ojos profundos y sabor de miel en sus bocas bermejas. En medio del bosque, al sacudón de una carreta chirreante, asomaba una de aquellas cabezas, retocada como una árabe con los grandes pañolones de antaño; y parecía que una luz suave se irradiaba en el camino y un vivir nuevo se expandía bajo los árboles y en la orilla de las playas, dando alientos, valor y entusiasmo a esos varones desfallecientes.

Las pesadas carretas, con sus ruedas toscas, sus toldos llenos de polvo y sus flancos abiertos a las brisas traicioneras, eran hogares y tálamos, cunas y capillas funerarias. A su vera nacieron amores, en las noches interminables, cuando el bosque ponía sombras que no penetraban en el baño de plata de la luna. Y en la murmurante soledad del campamento nunca faltaba la voz de algún juglar entusiasmado que entonara vidalas y cielitos al compás de alguna maestra guitarra, o rubricara el suelo con el giro de sus tacones en el baile nativo.

Las canciones del gaucho, breves y sobrias, mezclaron desde entonces, como en el trenzado de sus lazos, una fibra fuerte y silbadora al tenderse en las estiradas más recias: la voz de la patria, el sentimiento ya profundo de la nacionalidad. Por eso la patria y la dama tuvieron

allí, en aquel éxodo legendario, la más peregrina de las consagraciones. Aquellos eran los primeros vagidos de la Argentinidad.

Nadie podía separarse de la ruta. Nadie podía desprenderse de la columna en marcha, y un rezagado era, como en el símil del poeta, una rama rota en la miseria de aquella selva humana.

El Ejército siguió firme, con la subordinación única de los soldaditos del Norte, y pardos y morenos, dragones, arribeños y decididos, todos no oyeron otra voz que la de su General, ni se rindieron a otro imperativo que al del deber supremo de salvar la nacionalidad que nacía. Oprimidos por todas las angustias, desgarrados los corazones por desgracias de todos los días, en las cuencas profundas de sus ojos ya no habían lágrimas, mientras sentían la debacle de sus querer en lo más hondo del pecho.

Así siguió aquel pueblo y aquel ejército hasta Tucumán. ¿Qué podían ser las tragedias de las almas, la tragedia de Manuel Sarazíbar, si estaba más arriba la necesidad suprema de salvar la colectividad, de salvar la patria?

Los perseguidores de los vencidos en Las Piedras los habían corrido una media legua por el camino, rumbo al norte. De ahí regresaron y se incorporaron de inmediato a la retaguardia de la columna en marcha, desparramados por el bosque, en procura de godos rezagados. Así fue que el Negro Miguel no encontró en el camino a ningún decidido y menos a su “amito”, el más encarnizado perseguidor de dispersos por entre el bosque. Fue más lejos que todos y regresó solo, rumbo a la playa del río. En la ribera, como una mustia “puyapuya” de los campos, como ese liriecito humilde y fragancioso que aparece en las praderas del Norte después de las primeras lluvias, estaba ahí Sara desfallecida.

La sorpresa, el pasmo del Negro fue grande. Aturdido, temeroso, con delicadezas de madre novicia, levantó aquel adorable cuerpo y lo acercó al río. Mojó la frente pálida, arregló los bucles en desorden, la abrigó con sus ponchos y le hizo almohada de sus pellones.

La noche estaba ya encima y los escuadrones siguieron rumbo al sur por el camino, para incorporarse a la columna. La revista pasó luego y todos se movieron rápidamente, paladeando el sabor acre de aquel primer éxito.

El Negro, sin saber qué partido tomar, quedó ahí solo, taciturno, de pie delante del cuerpo desfallecido de Sara, que permanecía inerte. Era necesario salir de allí, porque el humo del incendio, que crepitaba todavía en las faldas boscosas, era traído por el viento, encajonándolo en la playa y parecía que la noche lo aplastaba desde el firmamento, tendiéndolo a ras del suelo. Era así el humo espeso, sofocante, asfixiador. El Negro acercó los caballos y llamó a la niña a gritos. Esta, al fin, volvió en sí y pudo darse cuenta de la situación, pero no podía moverse. Un gran frío, un temblor lleno de espasmos, la agitaba y sentía la cabeza por estallar. Era la malaria, el paludismo, enseñoreándose de su organismo, debilitado por la tremenda crisis nerviosa. Era tan fuerte el chucho, que las carnes de Sara se estremecían todas, pulpas de magnolia, pulpas de jazmín, sacudiéndose contra la voluntad y por sobre toda voluntad, como si un jardinero criminal machacase la planta y estremeciese los pétalos hasta deshacerlos.

Hizo Sara un esfuerzo supremo y pudo levantarse. Silenciosa se acercó al caballo y sin decir palabra ocupó su montura y siguió al Negro que había recogido agua en su chifle de cuerno de vaca y la daba a beber.

Quisieron tomar el camino, pero el bosque les impidió encontrarlo. Entonces siguieron por la playa, hasta dar con la cuenca del Pasaje, alejándose así del humo asfixiante. Río abajo anduvieron un buen trecho, pero Sara no pudo más y el Negro volvió a usar sus delicadezas para tenderle un lecho a la enferma.

El frío se había convertido en calor, en fiebre, en un ardor inmenso que corría como en oleadas por el cuerpo de Sara. Todo el incendio de los pajonales parecía consumir aquella pulpa blanca y sedosa, manjar de dioses. Y Sara comenzó a delirar.

El Negro desesperado oía las palabras incoherentes de la niña: hablaba de su dicha, repetía el nombre del amado, entremezclado con palabras ininteligibles. Ora era un inmenso terror, porque sentía a la muerte hundiéndole sus garras frías; ora era un río de sangre gimiendo entre las piedras de la playa, nacido ahí, en el campo del combate; ora la embargaba un suave deliquio, porque parecían pasar por su memoria instantes eternos de placer, fugitivos estremecimientos, como si paladeara la boca amada y manos viriles acariciasen su mejilla, sus bucles, su garganta... ¿sería verdad?, ¿serían sueños presentidos?...

Después una transpiración copiosa inundó su cuerpo y una sedante tranquilidad fue apaciguándola. Pasó la crisis y un sueño profundo y reparador terminó con el acceso palúdico. Era más de media noche.

Cuando Sara despertó su dogo leal estaba ahí para atenderla. Una gran paz había en la playa, en el bosque, en las lomas. El día se iba tendiendo, en lampos de luz sobre los cerros lejanos, sobre las cuchillas próximas, sobre las copas de los árboles. No había ni un rumor en la playa ni un estremecimiento en los follajes. La calma de los campos, la santa calma de las praderas vírgenes, acalló en los labios resecos de Sara sus gimientes suspiros, hundiendo en el pecho la tormenta moral de su situación.

El Negro preparó en su jarro de asta la mezcla de harina tostada, miel y agua, que era el desayuno de todos los días y para el cual, felizmente, tenía abundante provisión en sus alforjas. Como un autómata, Sara tomó el brebaje y se recostó nuevamente, porque estaba sumamente débil. Entre tanto, el Negro había descubierto en las cercanías unas yerbas amargas que curaban o prevenían las fiebres, tomadas en infusión, y así pudo, más tarde, curar a su amita.

Casi a mediodía estaba Sara ya fuerte y pudo seguir la marcha. Pero entonces se sintieron rumores del lado del norte y la angustia fue grande cuando Miguel comprobó que los godos se acercaban nuevamente y que una columna bajaba por el camino de la lucha del día anterior. ¿Qué hacer? No había más remedio que alejarse y así lo resolvieron, desde el momento que el camino era ya todo del enemigo. Siguieron entonces el curso del Pasaje hacia el sureste, mientras la columna enemiga pasaba por el camino, hacia el sur.

Vagaron mucho, marchando unas veces por la playa y otras por entre el bosque de la derecha, hasta que por la tarde dieron en una llamada con un extraño espectáculo: parecían las ruinas milenarias de una población antiquísima. Había algún muro en pie y la maleza y los árboles retorcían sus raíces en montones de piedra que hubieron de ser cimientos. Eran las ruinas de Esteco, la población de la conquista que aniquilaron los terremotos.

Reorganizada la marcha, orgullosos de su primer éxito, los dragones y decididos fueron agasajados por la montonera. Manuel Sarazíbar, héroe del encuentro, consiguió la venia de sus jefes, y acicateó su tostado hacia la muchedumbre viajera. Con la ingenua alegría de un estudiante en vacaciones se precipitó entre el pueblo en busca de su familia y de los Gordaliza.

Como en el verso clásico, la noche se hizo en mitad del día: mustio, oprimido por una terrible angustia, el centauro de la gran atropellada quedó aplastado con la noticia del extravío

de Sara. Y el dolor de Sarazíbar era el dolor de toda aquella tribu nómada, donde nadie tenía secretos y el amor contaba con el amparo de todas las simpatías.

El extravío de Sara solo podía explicarse por un golpe del destino y su cautiverio por el invasor estaba descontado. Pero Manuel recapacitó luego y pensó que la desaparición del Negro Miguel era sintomática y que bien pudiera ser él quien hubiese amparado a la niña, y ésta era la única esperanza en su espíritu conturbado.

¿Y qué hacer? Nadie podía abandonar la columna; nadie podía dejar su puesto, y después de muchas tentativas Manuel sólo consiguió de sus jefes la distinción de quedar el último, con los paisanos armados, para cubrir la retaguardia.

Fueron días largos de suplicio y de luchas internas. Pensó retroceder solo, pero el honor militar se lo impedía y aún soñando la idea de la deserción sublevaba su espíritu argentino. Tenía, además, la vaga esperanza de que en cualquier momento aparecería atrás, picando las cabalgaduras, el Negro con su preciosa custodia. Pero nada: atrás no había más que polvo y adelante el brillo de las lanzas revolucionarias, en las que el sol parecía encender llamaradas, columnas de fuego que orientaban en el inmenso desierto la marcha de la montonera, como en los éxodos bíblicos.

Así pasó el decidido los días más negros de su vida, y una suprema resolución aquietó, en parte, las congojas de su alma atormentada: morir. Estaba resuelto a morir y lo haría en el primer entrevero, cargaría solo, como le había enseñado el jefe tucumano, y entraría en las filas enemigas hasta donde le dieran espacio las lanzas gauchas.

La vanguardia realista seguía por el camino de Las Postas y fue a detenerse adelante de Yatasto. Después, creyendo aquel camino ya abandonado el jefe español, coronel Huici, se adelantó con sólo dos asistentes hasta penetrar en Trancas. Pero cerca estaba la milicia armada de Sarazíbar, la guardiana de la retaguardia revolucionaria, y viendo entrar gente extraña al poblado entró anhelante al caserío y tomó prisionero al coronel español. Era una bella oportunidad que los gauchos no perdieron y ahí estuvo Sarazíbar, el primero, para averiguar de su amada. Los españoles no tenían noticias. Una nueva esperanza y una nueva ansiedad oprimieron al decidido.

La retirada siguió; fueron cruentos días de zozobras, de ansias, de lloros silenciosos e íntimos sobre el apero en las noches interminables; cuanto más negra la tiniebla, más profundo el dolor del guerrillero. Sí, la muerte, clamaba, la suprema liberación!...

Y fue, al fin, Tucumán. Allá, en la derecha revolucionaria, estaban los escuadrones de gauchos a las órdenes de Balcarce. A una señal de los timbales de dragones, la ola gauchesca se precipitó en el claro de pelea al galope formidable de los redomones criollos. Se estremeció todo el Campo de las Carreras y fue un espectáculo único, policromo, salvaje. Eran ponchos rojos, eran duros guardamontes colgados como alas en los flancos de los pingos nerviosos; era un revolver de boleadoras y de lazos silbantes; era un brillar de picas terminadas en cuchillos, un punzar de lanzas agudas, un relucir de corvos gloriosos. Fue aquello una tromba, un alud y la derrota de los patriotas de la izquierda se convirtió, por obra y gracia de aquel torbellino, en la más milagrosa de las victorias argentinas por su forma y por sus consecuencias.

Sarazíbar cargó con el ímpetu de siempre y con la firme resolución de hacerse matar. Ni siquiera se inclinaba cuando pasaba por sobre su cabeza el enjambre zumbador de plomo que las tres líneas de fusileros españoles dirigían, como por oleadas, a aquellos centauros infernales. Atropelló, desgarró, hendió con su sable, se ensangrentó delirante con los cálidos borbotones que abría en los cuerpos enemigos; gritó hasta quedar ronco, y rompió su acero en un fusil que apuntada a otro decidido. Sin arma en la mano y cuando la dispersión adversaria se pronunció, desató de los tientos de su apero las boleadoras y *las tres Marías* supieron echar por tierra a los jinetes que disparaban. Perdidas las boleadoras, desató su lazo y también supo desmontar godos y detener parejeros en desbandada.

Pero si dio muerte, la muerte no lo enfrentó y salió de la pelea sin un rasguño. Triste y abatido, a pesar de saberse triunfador, mientras sus camaradas gozaban del éxito, el desgarrón interior de su espíritu conturbado lo reducía a un autómatas, casi a un guiñapo de carne, como esos que se retorcián y gemían en el campo de la gloria.

Contra el lienzo semiderruido de un muro centenario, en los escombros de Esteco, el Negro Miguel había construido una guarida de ramas y paja, para proteger a su amita. El espíritu fuerte de la niña había reaccionado y supo afrontar la situación con esa alma dura de las mujeres de antaño, que si a veces florecía en cándidos pétalos de azucena mística, como en Rosa de Lima, se abría también con las rojas corolas de aquella walkiria implacable que fue Juana Azurduy de Padilla.

Sara ya no tenía miedo, salvo en las noches cuando las ruinas fosforescían con los fuegos fatuos o los insectos luminosos del trópico, y se poblaban de extraños rumores, como si un trajín de fieras sueltas pusiera en su alma sencilla todo el horror del misterio y la superstición. Pueblo arrasado por los terremotos, antro de vicio, como diz que son todas las ciudades que la entraña de la tierra quema y traga, Esteco era lugar maldito. Pero era también por ello mismo lugar seguro, y el Negro Miguel hizo ver esta seguridad a Sara, pues nadie se atrevía a acercarse por ahí, fuera de quedar apartado del camino conocido.

El Negro estaba en todo. Aseguró la guarida, la protegió, hizo su cubil en la puerta misma de aquel toldo indio de Sara, para velar siempre, y se arregló de modo que pudo carnear y hacer charqui de una res abandonada de las de la montonera en viaje y consiguió menesteres y vituallas en equipos abandonados por la multitud, cuando el combate de Las Piedras.

Realizaba frecuentes salidas hacia el camino para informarse o para buscar compañeros que pudieran acudir en procura de los extraviados. Pero sólo conseguía descubrir el paso de los correos enemigos y con ellos nada quería saber, volviendo con las noticias de que todo estaba entregado a las euménides incontrarrestables del Rey.

El alma de Miguel era un alma de niño. Tenía un respeto profundo por la novia de su patrón, que era para él algo intangible y sagrado. Pero aquella soledad, aquella convivencia, aquel compartir de sobresaltos, de angustias, de esperanzas y hasta de alimentos, si no de sueños, empezaron a atormentar las potencias viriles del Negro, que se sentía hombre y se sentía protector.

Esa fue la penuria más grande del simple y sumiso Miguel. Él era capaz de afrontar solo un asalto de godos y de luchar contra todos los pumas de las sierras, y se sentía fuerte para comprender que no eran de almas en pena sino el ulular del viento entre las ruinas los gemidos que en la noche estremecían aquellas soledades; y, en fin, no tenía miedo ni al hombre cimarrón, el hucumari, morador extraño de la selva, cuyos alaridos habían sentido una noche y cuyo rastro había descubierto en las arenas del río...

Pero la fiera interior, la bestia en celo que iba poco a poco haciendo presa en él, era algo fantástico y horrendo. Más, podía aún dominar sus sentidos, y Sara nunca pensó en el peligro de aquel perro fiel. Y no lo supo porque jamás sorprendió ni siquiera un fugaz resplandor en aquellos ojos donde el negro y el blanco parecían fundirse en calma completa y sumisión serena. Pero en la noche, cuando entre ponchos y pellones Sara soñaba con su amado, en la

puerta, en el cubil, la fiera humana se retorció en espasmos de lujuria y los ojos eran ojos fosforescentes de jaguar...

Si aquella extraña vida se prolonga, quién sabe qué tragedia de amor hubieran albergado de nuevo las ruinas centenarias. Pero un día el Negro regresó del lado del camino con una gran noticia: las columnas españolas que pasaron hacia el sur, volvían de nuevo al norte y visiblemente derrotadas. Era seguro que venían perseguidas y no tardarían en presentarse las fuerzas revolucionarias.

Una gran alegría inundó el alma atormentada de Sara y dio nuevo vigor a su fe, rezando mucho aquella noche a la lejana Virgencita del Paypayá. Al amanecer una suave fragancia penetró acariciante en sus sentidos: recién notó que los árboles estaban floreciendo y que la primavera ponía calor de vida en todos los seres.

Así, ¡qué hermoso le resultó ese lapacho florecido que se erguía entre las ruinas y en el que no había reparado el día antes! Era una nube de arrebol y nácar; era una mejilla ruborizada ofrendándose al beso de las brisas; era el capullo de su ilusión de novia; era el rosado sueño del doncel querido, que ponía a su vera aquel madrigal en flor...

Animosa, resuelta, ordenó al Negro, como en los días cruentos del gran viaje, levantar campamento y marchar. Un secreto presentimiento le decía que su vida se orientaba nuevamente hacia rumbos felices, salvando la crisis de aquellas ruinas, que casi hubieron constituido sus ruinas de mujer.

En cuanto se acercaron al camino sintieron rumor de caballerías y el polvo marcó el trajín de una columna que venía del sur. Era una avanzada de dragones a las órdenes de Zelaya, que luego no más, en Las Piedras, volvió a lidiar y vencer a un destacamento español, haciéndolo prisionero. Y tras de la columna venía otra y ahí se vieron, desde lejos, los guardamontes de los gauchos. Y ahí venía Manuel Sarazíbar. Se trataba de la columna de Díaz Vélez, que enviaba Belgrano para picar la retaguardia enemiga y que hostilizaba al ejército español desde Tucumán.

Sara y el Negro, en la orilla del camino, esperaron a la columna. Como una virgen del bosque, la niña era para el guerrillero un milagro. Era la aparición taumatúrgica de su sueño hecho carne, hecho vida en aquel cuerpo de reina, en aquellos ojos de tan hondo, dulce y ardiente mirar. Fue para el decidido la verdadera gloria que le salía al camino, con sus brazos, con su sonrisa, con su amor; era su ansia, era su anhelo, era toda la aspiración de su juventud tremante.

¿Cómo pintar la efusión de aquel encuentro, de aquel abrazo, de aquel largo y apasionado beso, delante de toda la columna complaciente y dichosa?

El teniente Manuel Sarazíbar, que había ganado sus galones en el campo de batalla, recibió de Díaz Vélez la orden —orden de hondo y placentero humanismo— de regresar a Metán acompañando a la joven, dejándola ahí en segura custodia.

El trayecto hasta Metán fue corto para las expansiones efusivas de los jóvenes. El Negro Miguel, ceñudo y solo, se fue adelante, luchando en su corazón con todas las fuerzas más contradictorias de la vida. Atrás iba la pareja narrándose sus cuitas, estrechados como náufragos en salvo, por un nuevo vivir. Sara narró la historia de las ruinas; Manuel relató sus combates; Sara dijo sus dolores, sus tormentos, sus miedos terribles; Manuel le contó sus angustias supremas, su decisión de morir, sus audacias legendarias. Y entre frase y frase, marchando los dos juntos, se unían las manos y los relatos se confundían en las bocas ardientes...

En Metán Sara se juntó con una familia que viajaba a Tucumán y hacia allí marchó, flanqueada siempre por el Negro Miguel, y Sarazíbar regresó a incorporarse a la columna, paladeando sus deliquios de amor. Adelante peleó feliz y con el denuedo de siempre. Estuvo con Zelaya en la arremetida a Jujuy, el 8 de octubre de 1812, defendido por el Coronel español Socasa, probando recién el sabor del fracaso y resultando herido de consideración en un hombro; pasó a Salta y regresó con la columna hacia Tucumán, lleno su espíritu con la fragancia presentida del azahar que allí le esperaba.

Llena de polvo, la columna llegó cuando la nueva Generala, la Virgen de las Mercedes, recorría el campo de la lucha y estuvo ahí, en formación de honor, cuando Belgrano le entregara, como presea de victoria, su bastón de mando, para que lo ostentara, como la imagen del Paypaya, simbolizando el poder milagroso de contener invasiones, tal como lo prometiera en los días tremendos de la retirada.

En el templo de la Merced, el Canónigo Gorriti bendijo luego, en sencilla ceremonia, la unión de Sara con Manuel, quien tuvo licencia especial del Jefe, en vista de su comportamiento y de sus heridas, para acompañar a las familias en el retorno hacia los lares de sus mayores. Y una tosca carreta, al paso sosegado y firme de los bueyes pacientes, fue —como ha sido tantas veces para los hombres del norte— la cámara nupcial de aquella unión...

Tucumán había cambiado el destino de los pueblos, y la victoria orientó en forma nueva la marcha triunfal de las armas argentinas.

Hacia el Norte no volvió la montonera heroica rodeando un núcleo militar: volvió el ejército argentino, organizado y fuerte y sin el peso muerto de la gran impedimenta civil.

Jujeños y salteños tornaron a sus hogares por atrás de las armas vencedoras y por un camino que nunca jamás recorrerían ni recorrerán los enemigos de la argentinidad.

Salta coronó el esfuerzo, después de aquel juramento de fidelidad a la Gran Asamblea, realizado en las márgenes del Río histórico, donde ondeó definitivamente la Bandera de Jujuy, la cara enseña tras la cual se jugaron todos en el éxodo memorable, y que tuvo por corolario magnífico el aniquilamiento completo del soberbio ejército de Tristán, copado en Castañares.

La villa silenciosa del Salvador esperó largo tiempo el retorno de sus hijos y muchos jamás volvieron...

Pero un día, en una mañana estival, cuando el Chañi —el “colosse chauve et nu”, del verso de Hugo— derretía a la gloria del Sol la cargazón de granizo que las tormentas del verano dejan en su espalda de titán, mientras el astro de los Incas bruñía un cielo de cobalto y la tierra ubérrima desprendía ese vaho húmedo, henchido de fecundos anuncios, que es como el aliento pujante de los trópicos —y la selva era más verde y los ríos más turbios de limo y las flores más fragantes, una caravana de carretas y una larga fila de jinetes cruzaban de nuevo el Xibi-Xibi, en procura de los hogares libres ya por toda una eternidad.

La villa silenciosa y devastada estaba ahí levantando sus torres blancas, abriendo sus portales enormes, bajo los aleros ennegrecidos. Ahí estaban las arcadas del Cabildo, sobre las que flameaba ya la “bandera nacional de nuestra libertad civil”, bandera que necesitó de la férrea contextura de las montoneras del Norte, como de un asta colosal, para enarbolarse definitivamente sobre la República.

Volvían las filas muy raleadas de esos romeros de la patria, que, como los anacoretas de la India, habían dejado en los vastos desiertos recorridos todas las pasiones bajas y tenían ya el don milagroso de crear un mundo de heroísmos, de fijar el sol entre las franjas de su enseña y sustituir los viejos dioses caducos. Y las figuras cenceñas estaban radiantes como la

montaña tutelar: ese sol nuevo, al igual que en la cumbre nativa, derretía la pesadumbre de las tormentas pasadas y los dolores del exilio no eran sino un sueño de pesadilla.

Venía como flotando sobre la multitud inmigrante un orgullo de vencedores, y en medio de ella, el amor triunfante, el amor de este humilde romance en la plenitud excelsa de todas las realidades.

Y los zahareños hijos de Jujuy encontraron en el Libro Capitular nuevamente escrita la sentencia espartana del General-Ciudadano:

“Aquí concluye el Cabildo establecido por la Tiranía que fue repulsada, arrojada, aniquilada y destruida con la célebre y memorable victoria que obtuvieron las armas de la Patria el 20 de febrero de 1813, siendo el primer soldado de ellas MANUEL BELGRANO”

Jujuy, 23 de Agosto de 1923

Mario César Romano

CHABELA MENDEZ¹¹

Y EL ABUELO COMENZÓ...

Muy entrada debía ser la mañana cuando me recordé. Nada pudo el zorzal tempranero, que desde su jaula de clavillo, había iniciado con la primera claridad, su himno a la vida. Corto y suave al principio como una plegaria; sonoro y violento ahora, como si afianzado de la virtud de sus escalas, quisiera, ebrio de ostentación, dominar con sus trinos el tranquilo silencio provinciano.

Nada pudo la violencia con que hirió mis pupilas ese puñal dorado, que a través de una rendija de la añeja ventana, filtraba los rayos de un sol de trópico.

Más violento que la luz tropical y el canto del zorzal, es el sueño de la juventud, de la divina juventud que sólo es egoísta cuando duerme.

El cansancio del viaje y las emociones de la noche anterior, exigían de mi cuerpo y mi cerebro una reparación profunda, y cuando los trinos del zorzal llamaron finalmente a mis sentidos embotados, tuve la sensación de que me encontraba, ¡por fin!, “en la muy Noble y Leal Ciudad de San Salvador de Jujuy”.

Despierto ya, eran las diez de la mañana y, acallados los ímpetus salvajes del señorito de la selva, tuve la extraña y grata sensación que tanto he añorado en mi vida agitada y sin descanso: la sensación del silencio.

Sensación de beatitud, de paz, de tranquilidad y recogimiento. Tranquilo recogimiento para el alma, porque lejos de la política que dominaba el sud de nuestra Patria, serían muy tenues sus efectos. Salud para el cuerpo, porque libre el espíritu de rencores, sólo ese cielo y ese suelo podían haber dado a Belgrano, los soldados de sus victorias.

11 NdC: Éste y los siguientes dos cuentos fueron extraídos del libro *Éxodo* (cuentos), edición dirigida por la Municipalidad de la Capital en el año 1927. Se trata de una publicación de los trabajos premiados en el Certamen Literario del 23 de agosto del mismo año, concurso realizado con la intención de “*despertar en la juventud estudiosa el interés en nuestra epopeya civil...*” (Prólogo de la edición original). Este cuento obtuvo el Primer Premio: medalla de oro.

Allí la gente debía vivir mucho; y esa viejecita que me miró tan profundamente la noche anterior, cuando reté a los muchachos que la mofaban, debía ser “eterna”. Y debía serlo por la magrura de su cuerpo, por su piel rugosa, por la miseria de su boca. Ni hablaba ni oía. Aunque tenía la convicción de que los muchachos querían hacerle mal, no se defendía, y cuando yo intervine para que la dejaran tranquila, pude adivinar los últimos destellos de su inteligencia, porque, al mirarme profundamente, me dijo:

— ¡Golverá!...

Los muchachos dispersos ya, insistían desde lejos:

— ¡Chabelita!... ¿Golverá?...

La tarde de enero de 1880 que mi padre cayó enfermo, recibió de Potosí, una carta que le produjo una muy grande contrariedad. El hombre humilde que fue a implorar su protección, que ocupó después en su escritorio y que terminó por ganarle su confianza y ser su socio industrial en un gran negocio de minas en Bolivia, le escribió que la veta del mineral había desaparecido, que necesitaba más dinero y que tratara de levantar las obligaciones que había firmado.

Cuando mi padre leyó la carta, su cara enrojecida por la fiebre se puso lívida. Tuvo la certeza de haber sido miserablemente engañado y, hasta su muerte, le dominó la obsesión de que quedábamos a la calle.

Por eso, apenas llegado de España, donde me recibí de abogado, y a los pocos meses de nuestra desgracia, mi madre resolvió que yo fuera a Potosí, para ver si todavía era posible salvar algo de la catástrofe.

Ya en Jujuy, y cuando me proponía seguir viaje, se recibió la noticia de una revolución en Bolivia, y ésta fue la causa por la que tuve que permanecer cinco meses allí. En esos cinco meses aprendí a ser argentino, bebiendo en las fuentes mismas de nuestra epopeya: allí donde cada camino evoca una marcha, cada plaza un himno, cada iglesia una plegaria y cada casa un héroe.

Allí se decidió el destino de mi vida, aquella tarde en que camino a San Pedrito, detuvimos nuestras cabalgaduras para contemplar en medio del paisanaje azorado, los tristes despojos de Chabelita, víctima de un “mal” que la libró de la vida.

Al proseguir nuestro paseo, mi compañera, la que fue después la dulce compañera de todos mis días, contestó la apremiante pregunta que quedó en suspenso:

— Sí; esperaré su vuelta... aún a riesgo de morir en el camino, como esa pobre enamorada...

Y en un incomparable crepúsculo jujeño, al iniciarse un amor feliz, sentí la historia del amor desgraciado de Chabela Mendez, “la loquita del Éxodo”.

CHABELITA

I

Cuando allá por el año 1791 corrió por Jujuy la noticia que, desde Lima venía con su esposa un señor español, para establecer un gran negocio de artículos ultramarinos y que después llegarían más de cincuenta mulas cargadas con una cantidad de cosas nunca vistas, hubo un sacudón de sorpresa tan grande, que durante mucho tiempo suavizó el comentario apasionado de las cosas pequeñas.

No venía a probar fortuna don Gregorio Mendez. La tenía de sobra en sus petacas y en los ojos y el corazón de su mujercita, una hermosa limeña. La tenía también en el tesón de sus empeños; pero como buen vasco, era terco hasta darle con dos palos, y se los hubieran dado los patriotas, si Lucía, su mujer, no le hubiera implorado de rodillas que abandonara el Perú. Don Gregorio se había declarado acérrimo enemigo de todos los peruanos que pudieran insinuar una remota libertad de su patria. Los perseguía y denunciaba, hasta que aquellos resolvieron vengarse. Tuvo que huir a media noche, y los mismos patriotas facilitaron después la salida de Lucía y la carga de todo su negocio.

Durante muchos años, “A los Pirineos”, fue el centro de reunión de la sociedad jujeña. Había allí frazadas de “Castilla”, vistosas bayetas, tarlatan del mejor, una inmensa variedad de percales y percalinas, botones de vidrio, lienzo especial para ropa interior, botines de elásticos para caballeros y botas de larga caña para señoras.

Tuvieron suerte y no debían quejarse. ¡Ah! pero cuando sintieron realmente la mano de Dios fue a los cinco años de casados y a los dos de estar en Jujuy, el día que don Gregorio, rabiando por no lagrimear, dio el primer beso a su hijita.

Siendo ella americana, debía llevar el nombre de la verdadera señora de América: Isabel

la Católica. Y terco hasta en la ternura, sentenció:

— ¡Se llamará Isabel!

II

Chabela había heredado de su padre la austeridad de principios, la parquedad en la expresión, la justeza del concepto y ese pleno desarrollo del cuerpo y la inteligencia, como características de su raza.

De la madre tenía la dulzura infinita de su corazón, la suavidad encantadora de su voz y esos ojos profundos, de ensueño y de bondad, de misterio y seducción de las hijas de Lima. — Es un don de Santa Rosa —decía la madre al besarlos.

— Tendrán que ponerles grillos. ¡Sí, sí! —decía don Gregorio al estrujarla con sus manazas— porque en mi tierra a estos ojos le llaman: ¡ladrones!

Pero ella era jujeña, ¡oh, muy jujeña! No había más que sentirla hablar de su terruño, de la belleza de su suelo, de su clima incomparable, del añil profundo de su firmamento. Quería a Jujuy como lo quieren los jujeños: con ese egoísmo lugareño que no admite ni réplica, ni comparación. Jujuy era para ella el patrón con que medía todo lo que su cerebro asimilaba. Cuando oyó el cuento del gigante que cuidó el sueño de Pelusilla, se figuró que Jujuy estaba protegido por el Chañi. La leyenda del País Encantado, debió ser escrita desde los Montes de la Viña; “un vergel florido”, podía muy bien representarse por el camino de Cuiaya y “una pasión incontenida” o “un empuje irresistible” o “el tronar del cañón lejano”, tenía que ser el Río Grande, aquella noche de enero que oyó a su padre decir: Ha llovido... ¡cuánta agua tiene, Dios!

Como a Jujuy, quería a su padre. ¡Y cómo lo admiraba! Debía ser muy bueno y su madre una santa cuando no recordaba entre ellos ninguna escena de esas que lastiman profundamente la inocencia de los hijos.

Don Gregorio era hombre de su casa. Algunas veces, muy raras, volvía tarde de la tienda y entonces doña Lucía extremaba los cuidados de la comida y el arreglo de la mesa avivando con comentarios propicios el cariño de su hija. Era que su Gregorio había tenido contrariedades a causa de que nunca entendería que todos los hombres no eran como él. Y entonces aplicaba su principio, de que después de un mal negocio, había que poner el mayor tiempo en llegar al hogar.

Un poco de ejercicio o un tute sacaban el veneno y evitaban muchas injusticias con la mujer. Y cuando después de besar “a sus dos hijas”, como decía aludiendo a la lozanía de su mujer, se sentaban a la mesa, era la paz que sólo reina en el hogar de los buenos y los fuertes.

Profunda impresión debió, pues, causar a Chabelita, la indiferencia de su padre aquella noche de junio de 1810, en que al correr a su encuentro, advirtió en la penumbra del zaguán la palidez de su semblante.

Bien sabía ella que siendo el último día de la semana, no había estado desocupado; pero ni aún contrariado y todo, había él olvidado nunca de pagar con creces el cariño de su hija.

¿De su hija? Ahora pasaba frente a Lucía balbuceando un saludo para seguir derecho a la “dormida”, donde hizo crujir con la caída violenta de su cuerpo, la “marquesa” matrimonial.

Allí lo encontraron “sus dos hijas”, sentado en el extremo de la cama, y allí tentaron acariciarlo, presintiendo la una un peligro lejano, angustiada la otra por no poder suponerlo.

Doña Lucía rompió el silencio. Debía decirles lo que le pasaba y si los negocios le quitaban la tranquilidad, que los dejara, que ya bastante había trabajado y su recompensa tenían. Con la fatiga mental viene el mal humor, los nervios se cansan y hasta podía hacer un viaje por España, ya que sus viejos padres tanto le llamaban. Necesitaba tal vez cambiar de ambiente por un tiempo... salir de Jujuy...

Don Gregorio no pudo más: ¿Salir de Jujuy, ahora? ¿Dejar de trabajar cuando más necesitaba de su plata?

Chabela que nada entendía de lo que pasaba, creyó conveniente salir en ayuda de su madre. Ella no era ya una criatura; había cumplido 17 años y su “tatita” debía oírla. Tenían ya lo suficiente, tal vez eran los más ricos de Jujuy, no necesitaban más dinero...

Don Gregorio lanzó rencoroso:

— El dinero que necesito ganar no es “pa vosotras”; es “pa mí”, “pa” gastarlo en mi patria, más grande, mucho más grande que la familia, y como tu madre ya me conoce y tengo que hablar con ella...

— ¡Isabel! Tú te retiras.

Aquella noche nadie comió. Ni durmió. Hasta el amanecer Chabela sentía el rumor del tono seco y terminante de su padre y un susurro como de súplica de doña Lucía.

Los primeros rayos del nuevo día, dibujaban apenas los objetos de su cuarto, y al destacar la blancura de su ropa almidonada para lucirla en la misa de diez, lloró la tristeza de su primera pena. Y cuando para consolarse iniciaba una salve... el sueño la venció.

III

Cuando Chabela entró a la Iglesia, no se sentía bien. Ya el oficio iniciado, tuvo deseos de decírselo a doña Lucía, a quien notaba “bien pálida”. Haciendo un esfuerzo y como un voto por “tatita”, esperó la Elevación. No pudo más, y al cruzar los dinteles de la puerta atraviesa, tuvo un vahído. Apoyó un brazo sobre su madre y sintió que, por el otro, una mano vigorosa la sostenía. Segundos después al volver en sí, se vio acompañada por un caballero que no conocía. Ante el agradecimiento de las señoras, retiró su apoyo cediendo su mano, y al saludar militarmente para despedirse, cambiaron la primera mirada.

Y cuando en su “cuja” dorada recordó una sonrisa y unos ojos, no pudo reprimir la curiosidad de ver si estaba acentuado el rosado de su brazo donde la había sostenido aquella mano.

IV

— Entonces, Capitán, ¿no puede postergar su viaje?

— No Chabela. Los militares deben cumplir las órdenes que reciben, salvando todos los obstáculos y acallando todos los sentimientos. Siento un honor inmenso de haber sido designado para traer a las provincias la noticia de la libertad de la Patria. Y si al forzar la marcha adelantando en cuatro días las jornadas que se me han señalado, no había pensado más que en mi propia satisfacción, ahora me parece que Dios ha querido premiar mi sacrificio.

— ¡Chabela!... Si esto es amor, el amor es tan grande como el heroísmo. Nada puedo pedir a Ud. después de sólo cuatro días que me ha conocido; pero le ruego me conteste: Si consiguiera volver para defender este pedazo de la patria, ¿me daría Ud. esperanzas?

Instintivamente Chabela quiso mirar el suelo; pero la hermosa conjunción de la sangre que había heredado, hermanando la franqueza y la ternura, la hizo levantar el rostro y, mirándolo a los ojos, le dijo:

— La vida de una mujer, Carlos, depende de una palabra y Ud. me pide que la pronuncie. ¡Sea! Vuelva Ud., si es cierto que el amor es tan grande como el heroísmo!

Y al final de aquella breve despedida, sellada con la presión de las manos y el largo mirar de sus ojos, musitó hincada con el alma ante la Virgen de Paipaya:

— Madrecita de Dios! . . . ¿Volverá?

Esa noche era la última del novenario que se rezaba en la casa de misia Liberata Ezcurra de Ortiz de Zárate por el descanso del alma de don Ginés Ortiz de Zárate y Mendoza, fallecido hacía un mes.

Allí fue presentado a Chabela el Capitán don Carlos Lavalle, el mismo domingo que la conoció.

Él traía una carta de recomendación para doña Liberata. Chabela se sintió mejor de su indisposición y no quería perder el novenario iniciado, porque creía, así eran sus ideas religiosas, que, al interrumpirlo, perdía la virtud de sus oraciones anteriores.

Lavalle, que se había criado en Buenos Aires en un ambiente religioso, se sintió obligado a ir todas las noches para seguir los rezos.

La primera noche él debió explicar los motivos de su viaje y, entonces, ella pudo examinarlo.

Era un apuesto oficial del regimiento de Patricios, alto y fornido. Sus ojos grandes y la virilidad de su rostro tostado por los soles del viaje, hablaban de la nueva raza argentina. Por su trato se veía que además de patriota ardiente, era un consumado diplomático. Lo demostró alabando las bellezas panorámicas de Jujuy, conociendo que así se ganaba las simpatías de las señoras. Sólo después se dirigió a Chabela, aludiendo al estado de su salud.

Durante los rezos de la última noche, Chabela oraba con los ojos cerrados para reconcentrar su devoción. Quería pedirle a Dios algo para sí misma: que le diera fuerzas para no engañarse, y discernimiento para comprender lo que había de sincero o de diplomático en las palabras de Lavalle.

— ¡Perdóneme Señor —decía— si no puedo dominar este amor que nace; pero dadme fuerzas para ocultarlo!

Dios no quiso oírla, porque cuando el capitán Lavalle le anunció su partida, sintió el ahogo de un sollozo...

Esa noche lloró mucho en el regazo de su madre.

Lloró para desahogar sus lágrimas de pasión, y lloró más amargamente cuando doña Lucía, le contó la tragedia que se desarrollaba en el alma de su padre.

Cuando don Gregorio supo que un capitán rebelde llamado Lavalle, traía la noticia de los sucesos desarrollados en Buenos Aires el 25 de mayo, frente al Cabildo, y que las pro-

vincias del Virreinato del Río de la Plata se declaraban “libres del yugo de España”, creyó al principio no haber oído bien; pero cuando comprobó la magnitud de lo sucedido, tuvo miedo de encontrar a ese tal capitán, pues no respondería de su brazo. Se tuvo miedo a sí mismo, y entonces corrió a su casa aquella noche que en Jujuy se celebraba la fecha más grande de la historia argentina.

Don Gregorio se exasperaba considerando la libertad de las naciones americanas, como la ingratitud de los hijos mayores.

Los americanos no estaban preparados para gobernarse, y puesto que abandonaban la Madre Patria dolorida; ¡a conspirar entonces!...

Doña Lucía lo dejó decir. Lo besó en la frente y le tomó las manos. No le contradecía; por lo contrario, su actitud obedecía al mismo amor patrio de los criollos. Su deber era defender al Rey, y no podía aceptar tranquilo la actitud de rebeldía de los argentinos. Pero él mismo había hablado de los hijos mayores, es decir, de una ley de la vida para los pájaros, para los hombres, para las naciones.

Fue inútil. Hablaron hasta el amanecer, con el resultado que desde entonces había casi abandonado su negocio y vaciado sus petacas.

Habían pasado cuatro días y esa noche, muy tarde ya, sintió Chabela que su padre entra.

En la negrura de su cuarto comprobó con horror que el hombre que le traía la primera ilusión, traía tal vez el desastre de su hogar. Vio por primera vez que a pesar de ser buena y querer a Dios, podía ser desgraciada.

Pensó en su padre... en Carlos... y la sobrecogió el abismo.

VI

Han pasado dos años. Jujuy sigue adormecida por el murmullo de sus ríos y vigilada por el Chañi.

Las mismas casas chatas, con sus techos de torta, frentes blanqueados y zócalos chillones. Aquí y allá un altillo con geranios. Portales con grandes aldabones y zaguanes empedrados, que algunos viracochas adornaban con guías de tabas en pininos, y que según la distancia que las separaba el artista, dejaba en las familias las características de sus siluetas en marcha. Lo que fuera, nunca se ha sabido si las hileras de hueso servían de guía a los trasnochadores

alegres, impidiendo que se perdieran en los amplios zaguanes; o fue una incursión morisca como rudimento del arte del mosaico.

Por las angostas calles polvorientas, corría la acequia comunera, vida de los jardines y canchones, y hasta de las cocinas mismas, cuando en las noches de luna podían las chinitas del servicio gambetear con sus porongos toda vez que la corriente destacaba, bogando en el lomo luminoso de ese inmenso gusano, cierto cuerpo inconfundible, como resultado de la opería de algún gracioso.

VII

Cuando se supo la llegada del ejército patriota por un “chasqui” que traía para el pueblo de Jujuy un saludo del General Belgrano, pasó por sus habitantes algo así como una corriente de entusiasmo.

Se barrieron las aceras, se regaron las calles y se cargaron los arcabuces. Para hacer los arcos triunfales de la calle Real, se maltrataron los sauces de la barranca, las maravillas del Huaico hondo y los multiflores de Cuiaya.

No quedó en los jardines ni una flor, ni “vinagrillo” en las tiendas. Los arcones vaciaron las ropas domingueras, se ostentaron los collares de coral y, en cada enagua, había un primor en raudas y un platal en almidón.

La negra Máxima, consagrada por su habilidad en masas y confituras, no se daba tiempo para la atención de todos los pedidos, y sudaba hasta en la cabeza, a juzgar por los pequeños diamantitos que, bailando sobre sus motas, refractaban los colores del arco iris.

Cuando el General Belgrano apareció aquella tarde de abril de 1812 al frente de su ejército, pareció que en él llegaba encarnada la libertad de la patria, la patria misma; y, en la multitud ansiosa, puso su gallarda figura un vidrio en los ojos y un nudo en las gargantas. Era el silencio antes de la tempestad, que vino por fin, para hacerse ensordecedora, mientras todas las flores de Jujuy arrojadas de los portales y ventanas de la calle Real, alfombraban el camino de los héroes...

Sólo un portal permaneció cerrado y Lavalle, reconoció la casa. Era la de don Gregorio Mendez.

VIII

Por primera vez desde que se conocieron, Chabela y Carlos pudieron hablar ampliamente de sí mismos. Los dos necesitaban abrir sus corazones, porque ambos tenían muchas cosas que decirse.

No justificaba Lavalle que don Gregorio hiciera ostentación de su hostilidad para con el ejército patriota. El hermetismo de su casa de la calle Real el día de su llegada; la contestación hiriente al Intendente del ejército: que su negocio estaba cerrado “por luto”; la inasistencia de Chabela al Tedéum, a la jura de la Bandera el 25 de mayo y al baile de gala de esa misma noche; la actitud huraña de don Gregorio para con sus amigos, algunos de los cuales empezaron a alarmarse por encontrarla sospechosa; todo esto preocupaba a Lavalle, y alguna vez tuvo ímpetus de decirle a Chabela que eso podría traer a su padre algún disgusto ¡y quién sabe si hasta un peligro! A su vez, ella necesitaba hablarle de esto mismo. No se sentía con fuerzas para seguir sufriendo. Ella adoraba a su padre; pero desde el día que le habló de Carlos y de su cariño, confirmó el abismo que había sentido.

— Un porteño —sentenció don Gregorio— debe ser como todos los insurgentes, como su General Belgrano, ¡un chupaverde!... Aventureros —decía— que andan a salto de mata, sin más habilidad que dejar vales en las estancias y enamorar doncellas; rebeldes que cuando no tienen enemigos al frente, se pelean entre ellos. Ya verás tú lo que les espera a tu General y a tu capitán ¡y lo que les queda de ese ejército dentro de pocos días! Si ese capitán —agregó con vehemencia— cumpliera su palabra, ¡que lo dudo!, yo no daré la mía, y para que la tuya tenga valor, deberás esperar que me muera o que me maten.

Y dando un golpe en la mesa, terminó:

— ¡Si me dejo!...

Ella no entendía el sentido de esas palabras; pero la palidez profunda de su madre y sobre todo su silencio, le indicaron como otras veces la necesidad de no contradecirle.

¿Quién iba a matar a su padre si él no era soldado, ni hacía mal a nadie? No iba a las fiestas patrias ni se mezclaba con argentinos, pero no debían olvidar que él era español y que su patriotismo era muy respetable. Después agregó:

— “¡Si me dejo!”. . .

¡Pero si tampoco podía defenderse porque en su casa no había ni un fusil!

Al oír esto de labios de Chabela, fue Lavalle el que se puso inmensamente pálido, porque el General había recibido la denuncia, todavía no comprobada, que dentro de un cargamento de artículos de tienda consignados a don Gregorio Mendez, habían venido armas y municiones para los españoles.

Chabela terminó:

— Usted es creyente, Carlos; rece como yo a la Virgen de Paipaya, para que nos ayude, y que el crucifijo que Ud. lleva en su pecho y que me acompañó en mi primera comunión sea la mejor bendición de nuestro amor.

Lavalle necesitaba también desahogarse. Quería a Chabela con toda el alma y tenía el inquebrantable propósito de unirla a su destino; pero era militar y, valiente sin saberlo, en los momentos de peligro no se acordaba más que de la patria.

Se sentía herido también por la actitud del señor Mendez, que le negaba caballeridad por el hecho de ser argentino, lastimando profundamente el corazón de su hija.

Temía que se comprobaran las denuncias de que el señor Mendez era enemigo activo de nuestra libertad, que guardaba armas, tenía reuniones secretas y conspiraba.

Sabía Lavalle que de ser cierto, el General Belgrano lo haría fusilar sobre el tambor.

Todo esto no podía decirle a su Chabela. Ni esto, ni lo peor, que era la situación de su patria con un gobierno tambaleante, y la profunda desmoralización de su Jefe a raíz de un pliego que había recibido de Buenos Aires y que Belgrano contestó con una nota llena de humildad y altivez.

El Triunvirato lo amonestaba por el juramento de la Bandera, acto “inconcebible” después del pliego que “recibió” en Rosario, en que lo desautorizaba por haberla creado, y terminaba por notificarle que, gracias a los servicios que había prestado a la patria, no le aplicaba el castigo que merecía. En esta forma un poco brusca condensaba Lavalle en su imaginación, la nota culta y suave en cuya redacción Belgrano creyó reconocer la pluma de Rivadavia.

El General no durmió esa noche, y cuando al otro día lo llamó para que se redactara la respuesta, pudo admirar la serenidad de esa alma, la tranquilidad de esa conciencia, la bondad de ese espíritu al dictarle la frase: “Recibiré con resignación cualquier padecimiento, pues no será el primero que he tenido por proceder con honradez y entusiasmo patrióticos”.

Cortó el hilo de sus reflexiones para decirle:

— Chabela... no quisiera agravar sus aflicciones con el relato de las mías; pero debemos estar preparados para soportar nuevas pruebas.

Y ante el asombro de ella, dijo muy despacio el capitán:

— Ante la amenaza del ejército español que viene por el norte a marcha forzada hacia Jujuy, el General ha recibido instrucciones de retirarse hacia Tucumán, y tiene un bando preparado, por el que se ordena el éxodo de toda la población y el transporte o destrucción de todo lo que pueda ser útil al enemigo. Aunque en el Bando se disponen medidas severas para los que no cumplan sus disposiciones, los españoles no serán molestados, y en consecuencia Ud. quedará. Pero debo decirle, y esto es un secreto, que el 28 por la noche volveré...

No pudo terminar Lavalle porque la dueña de casa, doña Mariquita Eguren, traía para la pareja dos vasitos de mistela y la noticia que Belgrano mandaba llamar al capitán.

Se despidieron casi en silencio como si los dos sintieran el acecho de la desgracia.

IX

Eran las nueve de la mañana del 28 de agosto de 1812 cuando Chabela volvía con su madre de la Iglesia. ¡Su pobre madre! Ella era su único refugio. Pero también a ella le faltaban las fuerzas ahora. Con todo, se sentía más tranquila, después de haber ofrecido a la Virgen su llanto silencioso. Las palabras del canónigo Gorriti, después de oír su confesión, la habían confortado. ¡Cuánta mansedumbre y bondad en las advertencias y consejos del anciano sacerdote!

Cuando después de la Comunión, leyó en su libro de oraciones “por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa”, y creyó que el llanto nuevamente la invadía, se sintió culpable de su flaqueza y, como una rebelión contra su propio dolor, irguió su corazón al conjuro del voto, de ¡su último voto!, de confiar en adelante, sin una lágrima, en la misericordia de Dios.

Ahora veía las calles polvorientas y sucias. Desde el día del Éxodo, Jujuy parecía un cementerio. Todavía se sentían las ráfagas de aire caliente que venían de los rastros quemados para que los realistas sólo encontraran cenizas y despojos. Por las calles discurrían perros famélicos y pilas llorosas, que extraviados de sus dueños ambulaban de día adosados a los muros, reuniéndose de noche en lúgubres conciertos, mientras el viento tocaba, cual fúnebre tambor, en el parche de las puertas mal cerradas.

Como una pesadilla, Chabela recordaba la tarde del 23. Era un desfile interminable. Soldados agobiados por el peso de la impedimenta, paisanos demacrados, mujeres llorosas,

niños asustados de tan rara caravana. Pequeñas carretas, burros cargados, perros... mientras su padre parado en medio del portal, abierto ahora de par en par, se decía a sí mismo:

— Nos os apuréis, que mañana os alcanzan...

Después recordó que como una tromba pasaron las avanzadas realistas. La alegría primero de su padre cuando creyó que llegaba Tristán con el grueso del ejército; su fastidio después cuando se enteró que sólo se trataba de un cuerpo destacado para hostilizar la retaguardia del “Caudillo Revolucionario Velgrano”¹². Pero cuando supo que Tristán vendría a los pocos días y que Jujuy quedaría definitivamente en poder de los españoles, su espíritu se tranquilizó y parecía como si de golpe se hubiera olvidado de todo el mal que quiso hacer, por su Patria y por su Rey.

Como siempre, los recuerdos de Chabela terminaban en Carlos. Ahora pensaba en el billete que le había mandado la noche del 22:

“¡Volveré el 28. Espéreme en la ventana a las doce de la noche!”

Él le previno que vendría a cumplir una misión delicada. Seguramente a llevar documentos o a inquirir noticias. Recordaba bien que dijo «delicada» y no «peligrosa». No era, pues, a pelear, porque en tal caso vendría con soldados y no podría verla. Sí, sí; estaba tranquila: ya no la manejaban los nervios como los otros días; ahora razonaba y hasta se sentía contenta. Había obtenido de doña Lucía, el permiso de esperarlo en la reja, mientras ella velara. Como “tatita” no volvía hasta las tres o cuatro de la mañana, “porque acompañaba a un amigo enfermo que seguía muy grave”, no tenía que temer su injusto reproche.

Al entrar a la casa y ver a su padre recién levantado, corrió a sus brazos, cubrió de besos su frente e imploró:

— ¡La bendición, tatita!

Don Gregorio que desde hacía tiempo se había retraído de “sus dos hijas”, sintió que su conciencia lo acusaba de haber sido injusto y, confundiendo en un solo abrazo a su hija y a su mujer, contestó:

— ¡Dios te dé su gracia! Y tú, Lucía, ¡perdóname!...

12 NdC: Esta forma de nominación está textualmente tomada de un oficio enviado al cabildo de Jujuy por José Manuel de Goyeneche, quien enaltecía a aquellas familias que permaneciendo fieles al Rey desobedecieron las órdenes de abandonar el territorio.

Cuando después de cenar anunció Don Gregorio que “su amigo” mejoraba y que ésa sería la última noche que saldría, Chabela, para pagar a su padre la paz que hacía renacer en su casa, cantó en el clavicordio aquella vieja canción jujeña:

Acuérdate de mí, cuando el destino
Ausente de tu amor me haga sufrir

Cuando terminó, Don Gregorio se hacía que buscar el sombrero que tenía en la mano para ocultar sus ojos enrojecidos y, ya en la puerta de la sala, se detuvo de golpe para decirles: — Os juro que ésta es mi última noche. En adelante viviré sólo para vosotras y, por lo demás, Chabela... ¡sí no has de quererme... pues... quiere a tu capitán!

Y como avergonzado de su derrota, dio un portazo y disparó.

X

Aquella noche, Don Gregorio estaba triste. Pasado el primer momento de arrebato, comprendía que como la otra vez en Lima, se había excedido en su celo patriótico. No le importaba el tiempo perdido ni el dinero gastado. Pero le había llegado al alma el dolor resignado de su hija, de esa pobre criatura que había sufrido por su culpa. Había sido un egoísta y un grosero. La ley del embudo, ¡sí, sí! Su hija jujeña no podía casarse con un americano; pero él, español, lo había hecho bonitamente con una americana. Y dándose en la cabeza un trompazo que resonó en el silencio de la calle, lanzó su juramento:

— ¡Por el árbol de Garnica!...

Pero esto terminaba. Esa noche entregaría a sus compañeros los documentos que venían dirigidos a Belgrano y que un espía le había robado al chasqui de posta que los trajo. Él los tenía enterrados en el canchón de aquella casa, frente a la Tablada, donde se reunían secretamente los españoles. Las armas serían entregadas a Don Pío, cuando llegase, lo mismo que las municiones y el dinero. Los documentos tenían mucho valor para Belgrano, pero no para ellos, porque estaban cifrados. Podían hacerlos cenizas y así terminaba la preocupación de guardarlos. Además habían sido obtenidos matando por la espalda al pobre soldado que hacía de chasqui. Muy cierto era que en la guerra todo era permitido, pero... a él le quemaban esos papeles y bien sabían que no era un cobarde.

Dando un rodeo por la calle de las Zegada, bajó hasta el río, subió nuevamente la barranca, tomó por el camino del Perú, y saltando dos pircas entró por los fondos.

Tres horas después había convencido a sus compañeros y, acompañado de un sevillano, se dirigió al fondo para sacar de debajo del piso de un horno deshecho, los documentos que tanto les había costado y que tan poco les sirviera. Cerca del escondite el sevillano preparó su navaja, y asombrado de que su compañero no tuviera armas, le pasó un puñal que don Gregorio aceptó sonriente... ¡Estaban, tan lejos Belgrano y sus soldados!...

XI

Cerca de las doce de la noche serían, cuando dos paisanos doblaban la calle de San Francisco; uno siguió hasta la casa de Mendez.

— ¡Chabelita!...

Dos manitas heladas por el frío y por la emoción se refugiaron en las curtidas manos del capitán Lavalle.

— Chabela... no puedo perder un minuto porque el tiempo apremia. He venido a rescatar unos documentos. Me acompaña el único hombre que sabe dónde están. No te aflijas... perdóname, pero debo salir con la mayor urgencia para alcanzar al General en el Río Pasaje, donde hará descansar su tropa.

Cuando Chabela sintió que el frío de sus manos le invadía el cuerpo, hizo un supremo esfuerzo para hablar y, acercándose hasta tocar la reja, le ofreció la frente susurrando.

— ¡Vuelve!...

Carlos la besó en la boca y partió.

XII

Para el indio le fue fácil guiar a Carlos hasta el horno, donde muy cerca había dormido una noche su borrachera. Quiso encargarse solo de sacarlos, y si no lo dejaron fue porque sabían muy bien que él no entraba a Jujuy, sin dejar de tomar sus “pata de cabra”, hasta que se le subían a la cabeza “como si fueran sombreros”.

Ya estaban allí, buscando sin encontrar, cuando sintieron un ruido. Sería tal vez ganado, porque... al incorporarse Carlos, para observar, chocó violentamente con otro cuerpo... Sintió un grito ahogado de la sorpresa y un brazo que lo aferraba por la espalda. Antes de que se diera cuenta de lo que pasaba y sin tiempo para desviar el arma del contrario, sintió que el

crucifijo de Chabela le apretaba el pecho, que después resbalaba y luego un dolor, un frío en el corazón; vio como si la sangre de su boca manchara la cara del agresor... Después sintió mucho sueño...

XIII

Cuando don Gregorio, que se creía agredido, examinó al hombre que tenía a sus pies y quiso comprobar si tenía vida, encontró el crucifijo de Chabela.

Al reconocerlo, lo arrancó inconsciente, y dando un alarido que retumbó en los montes de la Banda, corrió, corrió hasta su casa.

Nadie pudo encontrar al otro día a don Gregorio Mendez. Salía el sol cuando su casa de negocio empezó a arder. Por la tarde no quedaban más que los adobes, y alguien creyó ver por la noche el ánima de su dueño, incendiario y suicida.

Chabela, inconsciente, está ahora más tranquila. En su desvarío espera a Carlos, y su crucifijo le repite con cariño:

¡Volverá!

XIV

Doña Lucía tuvo que vender su casa para vivir. Después vendió sus joyas y sus muebles. Minada por el paludismo y agobiada por la anemia, vio con dolor de madre cómo su hija pasaba de la melancolía a la locura. Cuando murió a los cinco años, estaban en la miseria y un alma caritativa, ¡madre también!, recogió a la pobre loquita que, a los veinticuatro años, era ya un despojo humano. Después se hizo rebelde y no pudieron contenerla.

Desde entonces, cuando sale de su cueva, en las barrancas del Xibi-Xibi, ambula como el “crespín”, llamando a su amor perdido...

XV

— ¡Chabelita!... ¿Golverá?

AMOR DE MADRE Y AMOR DE PATRIA¹³

I

En la mañana del 23 de mayo de 1812 llegó uno de los oficiales ayudantes del General Belgrano, a la casa de la señora María Iriarte, viuda de Zegada, a invitarla, de parte del General, a la solemne Jura de la Bandera que iba a efectuar el pueblo, conjuntamente con el ejército, el 25 de mayo, frente al Cabildo, para festejar así el 2° aniversario de la revolución de mayo.

La viuda de Zegada, como cariñosamente se le llamaba, atendió al ayudante con aquella exquisita cultura que le era característica y, después de escuchar el mensaje del oficial, dijo: — Trasmítale al señor General, que agradezco la atención y que tendré el alto honor de concurrir con mis hijos, al solemne acto a que se me invita.

El oficial se retiró para seguir su cometido con las demás familias. Nuestra matrona, una vez sola, se entregó a la meditación sobre este acto que jamás había presenciado, pero sí, había escuchado de labios de su finado esposo relato de estos juramentos.

No transcurrió media hora, cuando llegó su hijo mayor Miguel, mocetón de 21 años, altivo y recio, de cutis bronceado por el sol, un tanto inocentón y entrañablemente cariñoso con su madre y sus dos hermanos menores: Eduardo, de 16 y Elena, de 14. Hacía diez años que había perdido a su padre, y desde entonces su consejera y guía había sido siempre su madre. Esta, al ver entrar a su hijo, lo llamó, e indicándole una silla que estaba próxima a ella, hízole seña para que se sentase, y le dijo:

— Miguel, has de saber que hace un momento estuvo el ayudante de “Chupa Verde” a invitar-nos para concurrir el 25 al Cabildo, donde van a jurar el pueblo y el ejército la bandera ideada por él y, como supondrás, le he prometido concurrir con todos ustedes.

13 Op. Cit. pág. 61. Este cuento obtuvo el tercer premio: medalla de plata.

En este momento su conversación fue interrumpida por la llegada de un indio, que les anunció que el almuerzo estaba ya servido, por lo que, pasando al comedor, continuó su interrumpida conversación, girando siempre alrededor de la jura de la bandera, acto sobre cuyo significado la señora explicaba a sus hijos. Por las palabras que dirigía al pequeño grupo de oyentes, futuros defensores de la patria, parece que el corazón de esta mujer hubiera presentido el secreto propósito de Belgrano, pues imaginaba que la celebración se haría con inusitada ceremonia, para reanimar en este valle el amor a la libertad, ya que él veía que muy pronto tendría que servirse del patriotismo de sus moradores, por lo que quería con esto contagiarles el inextinguible ardor patriótico que vibraba en su espíritu; quería que los jujeños, al defender una frontera ventajosa y una posición decisiva, como era Jujuy, dieran al mismo tiempo el ejemplo a los decaídos habitantes de las demás provincias, de esa fuerza invencible que forma en sus músculos la fe en el triunfo de la revolución, que había de hacer grande a toda la Argentina.

II

Por fin amaneció el día 25 de mayo, que fue saludado con el frenético repicar de las campanas y las rotundas salvas de la artillería, cuyos ecos se repetían en las más profundas entrañas de sus cerros. Toda su población despertaba entre aquella música de campanas y de armas; salían a la calle para presenciar el festival que comenzaba y la gente que congregábase en la plaza, cuando oyeron varios cañonazos que les anunciaba que la bandera era sacada de la casa de Belgrano. Corría la muchedumbre hacia este lugar, cuando entre los ponchos rojos de los indios y las casacas azules de los militares, apareció el baron de Holmberg, que avanzaba en mitad de la calle, seguido por su escolta de honor, conduciendo la bandera hacia el Cabildo, donde estuvo expuesta durante todo el día.

Como se acercaba la hora de la solemne misa y del tedeum, a la que asistirían el Cabildo, ejército y demás autoridades, apareció Belgrano bajo el arco central del Ayuntamiento, y desde el cual dirigióse hacia la Matriz. Todo el pueblo abrióle respetuoso camino, lo mismo que al cortejo que le acompañaba.

Concluía ya la misa, cuando el General mandó traer la bandera a la Matriz. Al entrar y ser bendecida por una de las más destacadas figuras de Jujuy, el canónigo Gorriti, reinó en la concurrencia un silencio sagrado: latían los corazones, poseídos de la más grande emoción.

Nunca habían resonado, en el recinto de la iglesia, voces más profundas y caras al sentimiento nacional.

La viuda de Zegada, al ver flamear la bandera en los balcones del Cabildo, ante las tropas formadas, y al escuchar las salvas que la saludaban en medio de los acordes de una marcha guerrera, sintióse dominada por la emoción a tal extremo, que no pudo contener el llanto, al punto de alarmar a Miguel, quien le preguntaba qué tenía, mientras ella, enjugándose los ojos, le decía:

— No es nada hijo; son lágrimas de alegría. Déjalas que corran, que quizá muchas y muchas más tengamos que derramar para vernos libres de todo yugo opresor.

Terminado el acto, encaminóse de nuevo, con sus hijos, a su casa, a esperar el momento ansiado para la jura de la bandera.

Llegó la tarde. Vistiendo sus mejores galas, madre e hijo se dirigieron al Cabildo, a cumplir la cita de honor. Una vez allí, escucharon la arenga que el General Belgrano dirigía al ejército y al pueblo. Decía el guerrero que Dios había concedido esa bandera, que mandaba sostenerla siempre triunfante, y que primero debían perecer antes que verla ultrajada en el carro del enemigo. No es dable poder pintar el efecto que este acto produjo en la entusiasmada muchedumbre, y mucho menos en el corazón de esta viuda, que habiendo sido siempre su preocupación hacer de sus hijos hombres de bien, vio ella en esa bandera algo así como una estrella que guiaría los sentimientos del hombre, al más puro de los ideales, al seno de la misma patria, donde el más débil se transforma en el más fuerte de los guerreros, y que muy bien su hijo mayor podría incorporarse al Ejército, por si algún día llegara el caso de defenderla, fuese el primero en encontrarse donde su deber le señalara.

Así fue que misia María, a todas partes que iba de visita, no hablaba de otra cosa que de la libertad, de Belgrano y de su bandera, siendo en casa el tema obligado, hasta que llegó a convencer a Miguel que debía enrolarse en el regimiento de “Decididos”, cuerpo que recién se había creado y que lo constituían los jóvenes más distinguidos de Jujuy. Debía marchar este contingente a reforzar a los gauchos que había reclutado Balcarce en Humahuaca y que, conjuntamente con éstos, debían formar la vanguardia del ejército del general Belgrano, a las órdenes de Díaz Velez.

El 5 de junio, Miguel llamaba aparte a su madre para manifestarle su resolución de ingresar al ejército, lo que en el primer momento produjo un serio efecto a la viuda, como si hubiera recibido una herida en el corazón; pero pasada esta primera impresión, después de

unos segundos de silencio y haciendo un esfuerzo supremo para demostrar serenidad y altivez ante su hijo, le respondió:

— Nunca podéis haber pensado nada mejor, hijo mío, y sólo te voy a recomendar que no olvides que tu padre fue un hombre honrado y de carácter, y que su ejemplo debes seguir.

— Hoy, que te separas de mí —continuó— te pido que, cuando te encuentres al frente del enemigo, no pienses ni en tu madre ni en tus hermanos, ya que ellos estarán rogando al Todopoderoso por ti, y sí piensa en tu patria, que hay que libertarla; y que libertada y arrojado lejos el enemigo, ella será grande. Feliz tu madre, tus hermanos y tus semejantes.

Y agregó:

— Arregla tu montura y lleva el moro de tiro, mientras yo preparo las alforjas.

Retiróse a las habitaciones, donde recién permitió que corrieran sus lágrimas, y entre sollozos y suspiros tomó las alforjas, las que llenó con ropa, vitualla y otros avíos.

No bien había terminado estos arreglos, cuando se le presentó Miguel con sus caballos, que venía a despedirse. Aquí la pobre matrona tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano, pues era el momento de la partida de su más caro hijo, ¡y sólo Dios sabía qué suerte iba a correr!

Le señaló las maletas y, ayudándole a levantarlas, púsolas sobre las grupas del montado; desprendiéndose la bata, se quitó un escapulario de la Redentora de los Cautivos, que pendía de su cuello y, besándolo, se lo colocó a su hijo, a quien estrechó fuertemente entre sus brazos. Al besarlo no le dijo adiós, y sólo pudo pronunciar, penosamente, estas breves palabras:

— ¡Buena suerte, hijo mío!

Miguel, con los ojos llenos de lágrimas, abrazó a sus hermanos a los cuales besó por repetidas veces; montó a caballo y alejóse en dirección a la Quebrada, dejando todo su corazón en este desesperado hogar.

Misia María, seguía de pie, contemplando a su hijo, hasta verle desaparecer. En este instante recién pudo desahogar esa pena que alberga el corazón de una madre al ver partir a su hijo, que bien podía volver a su lado cubierto de gloria, como también sucumbir en el campo de batalla, como un héroe, inmolando su vida a la causa sagrada.

Después de la muerte de su esposo, éste fue el golpe más cruel y la tarde más triste de su vida.

Sus horas eran sin reposo y sus noches sin sueño; pasaba todo el día cuidando a sus hijos y su casa, únicos testimonios de sus días felices. Siempre en sus rezos encomendaba al hijo que había marchado en aras de la libertad. La separación de Miguel, acrecentó más en la

viuda el amor de madre y el amor a la patria, por lo que se dedicó a visitar todos los días a sus relaciones, hasta que llegó a convencer a la mayoría de las mujeres, que debía ir al parque a ayudar a la maestranza a rellenar cartuchos para el ejército, mientras otra parte se entregaría a la tarea de hacer vendas e hilas. Desde la partida de su hijo, se había convertido en un apóstol de la libertad y, de todas las señoras jujeñas, fue tal vez la más decidida en pro de sacrificar todo por la patria.

En este tiempo, Belgrano vio llegado el momento de la lucha, en la que el pueblo de Jujuy debía contribuir, en la medida de sus fuerzas, a la realización de su plan.

El 29 de julio Belgrano hizo conocer el famoso Bando, que produjo perplejidad y desorientación. Como la mayoría de las mujeres no alcanzaba a comprender lo que se proponía el General, su actitud dio pábulo a la murmuración y a la condena unánime; pero, apenas se encontraban con la viuda, ésta trataba de convencerlas que si el General había publicado ese bando, tendría su razón de ser; que tuvieran presente que era más inteligente y más preparado que ellas y, por último, las invitaba a resignarse y a ir preparando sus efectos para la gran marcha, como lo haría ella, no obstante ser viuda y que recién se desprendía de su hijo, ignorando su suerte.

III

Llegó el 23 de agosto. La viuda sólo una carta había recibido de su hijo, y por ella sabía que estaba bien. Como todas las demás familias, había cargado su carreta con lo más indispensable. Listos, ella y sus hijos Eduardo y Elena, esperaron la hora de la partida.

Dieron las cinco de la tarde, hora fatal en que debía cumplirse la orden de Belgrano, aquella orden que fue la base del triunfo sobre el enemigo “godo”, —al mismo tiempo que representó para los jujeños, algo así como un ultimátum, en que el pueblo debía cumplir su juramento de honor— que tan bien lo llevó a cabo en esa hora melancólica de la oración, en que el disco del sol, próximo a desaparecer detrás de las cumbres del Chañi milenario, contempló en ese momento el sacrificio más sublime de un pueblo inspirado por el patriotismo.

Con los últimos reflejos del crepúsculo, partió aquella angustiada muchedumbre que se había congregado en las playas del Xibi-Xibi, llevando en sus corazones, como único sostén, la fe en el ideal que los movía, y cuyo mejor representante se encontraba en medio del gentío, elegante en su ajustada chupa verde, con su rostro suave y sus ojos claros: Manuel

Belgrano, que al mismo tiempo que daba órdenes de mando, prodigaba consuelo y esperanza a este pueblo, por el que sentía admiración al contemplar cómo tan valiente y resignadamente abandonaba su terruño, sus casas, su cuna, para seguir lo que la patria moralmente imponía.

Fue éste un momento tristísimo, una escena de dolor para todo aquel pueblo y, en particular, para la viuda que, al mismo tiempo que lamentaba más que nunca la inmensa pena de verse alejada por toda una eternidad de su querido esposo, sintió la necesidad, por lo menos, en aquella tarde de agosto —que a causa del viento norte que soplaba, la hacía más pesada— de estar rodeada de sus hijos. Pero hasta este único consuelo le negaba su destino, porque allá lejos, en medio de los cerros de la Quebrada, en la falda que mira al Río Grande, se encontraba su hijo mayor, entre el regimiento de los “Decididos”, que en ese momento constituía la retaguardia de ese ejército y caravana.

Entonces toda su alma creció ante el altar doméstico, elevándose en solemne y fervorosa plegaria, para que el Dispensador de la vida protegiese aquel fruto de amor. A medida que sus ruegos llenaban el aire, sobrecogióla un pensamiento más vivo aún; su mente se transportó con su amado hijo a las escabrosas sendas de los desnudos y hoscos cerros, vagando con la imaginación por sus angostas y profundas gargantas. Toda ella se estremeció al considerar los peligros que allí correría; su plegaria fue entonces más ferviente, suplicando a Dios, que es fuente de toda pureza, que se lo conservase con serenidad, para poder cruzar aquellos caminos que más parecen haber sido hechos para los vientos y para el desfile nocturno de los espectros que para ser hollados por humana planta, y que siempre fuese valiente y nunca deshonre a su patria. Cuando los acentos de su plegaria se desvanecieron en el silencio de la noche, sintió rodar en sus mejillas las lágrimas que habían empañado sus pupilas y, secándose las, siguió muda y sola con sus recuerdos, en medio de la caravana. . .

En este instante llegaba el Canónigo Gorriti, gran sacerdote de la libertad, quien muchísimo cooperó para que se cumpliera, sin resistencia, el bando del General Belgrano, elevando con su elocuencia la moral de los emigrados y enseñando a cada uno el valor de una resignación firme en las pruebas más duras de la vida que la justicia de un ideal imponía a los fieles y a los soldados de la fe.

IV

Miguel, que se había incorporado al Regimiento de “Decididos”, tuvo la suerte de contar en gracia entre sus superiores y camaradas por ser un gran jinete y un excelente compañero en todas las comisiones que se le habían confiado.

En esas largas noches de guardia, en que la vigilancia sobre el enemigo era extrema, al punto de que no se permitía a nadie ni aún arrebosarse, por tener que emplear más el oído que la vista, como experto y cumplidor centinela, cuando llegaba a ser relevado de este servicio, se encontraban tanto él como sus compañeros poco menos que inmóviles, por el intenso frío que se sentía en esas alturas; y muchas veces medio desorientados, debido a la cautela con que tenían que marchar, llegaban un tanto retrasados al cuerpo de guardia, en donde a la luz de un fogón, hábilmente oculto para no ser visto por el enemigo, recién se veían los rostros. Y en sus espaldas y sobre el ala de sus grandes sombreros, se distinguía el blanco de las heladas. Era aquí donde Miguel hacía derroche de camaradería, pues, era el primero que corría a calentar un poco de agua y brindar a sus camaradas un jarro de “yerbiao”, el que bebían con ansias locas, acurrucados en el fogón.

Así pasó todo ese tiempo, hasta que el 23 de agosto esa vanguardia se convirtió en retaguardia del ejército de Belgrano, poniéndose en marcha hacia Jujuy. Aquí, Miguel, que iba al mando de un sargento, y acompañado de otros dos soldados, como centinelas de la retaguardia, divisaron sobre uno de los cerros una patrulla enemiga, compuesta de varios hombres. El sargento ordenó su persecución. Miguel, que tenía un buen “flete”, fue el primero en escalar el cerro, poniendo en fuga a los soldados españoles. En su entusiasmo y deseo de chocar con el enemigo, no había advertido que él solo estaba en las alturas como un centauro victorioso, pues sus compañeros aún no habían llegado a la cumbre, por no habérselo permitido sus cabalgaduras.

Al ver la precipitada fuga de los realistas, Miguel regresó trayendo el parte al sargento, por lo que éste, como premio, lo abrazó y, más tarde, cuando fueron relevados, dio cuenta a su capitán de la conducta del soldado Zegada. El capitán resolvió entregar a Miguel, como recompensa, las escuadras de cabo, y recomendarlo ante el batallón formado.

En uno de esos pocos días que tenían de relativo descanso, Miguel escribió a su madre para hacerle llegar la carta con el primer chasqui que se mandase al ejército en marcha. Esta carta la viuda vino a recibirla en Cobos. Y si alegría le proporcionaron las cartas anteriores

de su hijo, ésta fue doble; y con la vanidad propia de mujer y madre, se las leía a todas sus compañeras de infortunio. La carta empezaba así: “Querida madrecita: Perdonarás que no pueda cumplir lo que me pediste al despedirme de ti, es decir, que no pensara en ustedes, pero apenas el corneta anuncia el toque de diana, al incorporarme, se me presenta tu imagen sonriente y cariñosa, rodeada de Elena y Eduardo. No desaparece esta visión de mi mente, hasta que empiezan mis faenas cotidianas, y esta visión, créeme, madre mía, es la que me da bríos y valor para luchar en esta vida, tan llena de sacrificios y privaciones; pero que a la larga son recompensados, como que hace ocho días que este premio me tocó a mí, después de haber dispersado una patrulla enemiga. El capitán me ascendió a cabo y todos mis compañeros, después de este acto, me abrazaron y felicitaron. Como ves, mi madrecita, esto quiere decir que estoy bien y que pensando en ti y, en mis hermanos, mi brazo será más fuerte para empuñar las armas contra el opresor, estando seguros que, con tus ruegos al Todopoderoso, pronto, muy pronto, veremos nuestra patria grande y libre.

No soy más extenso por temor de perder la estafeta, y ruégote te cuides mucho, lo mismo que mis hermanos. Para todos, mis mejores besos y, especialmente para ti, el más cariñoso abrazo. Tu hijo que ansía verte. Miguel.”

La retaguardia seguía lentamente su retirada. Cuando llegó a Jujuy, a todos los componentes del Regimiento de “Decididos” se les oprimió el pecho, pues jamás imaginaron tan desolador espectáculo: doquier dirigían sus miradas, se les presentaba la ciudad desierta, el recuerdo de los tiempos pasados, la comparación del estado presente, el denso e impenetrable velo del porvenir. Parecía todo un lúgubre esqueleto; la tierra, erial e inhabitada, no parecía sino un vasto cementerio, pero un cementerio sin cruces, donde reinaban todas las penas de los que vivieron en esta tierra.

La impresión fue tan grande que, entre sí, después de maldecir todos al enemigo, juraron vengar la pérdida de sus hogares, los sacrificios de sus familias, y fue también así que cuando estuvieron en Cobos, en contacto con los peninsulares, como si en ese instante vieran ante sus ojos las ruinas de su terruño, las patrullas se lanzaron con toda energía, contra los pelotones de la vanguardia de los osados realistas.

Al llegar al Río Piedras, los realistas volvieron a tomar contacto con la retaguardia de Belgrano; pero aquí las avanzadas ya habían sido reforzadas, por lo que fue menester emplear casi todo el regimiento de “Decididos” para darles su merecida lección y ponerlas en desbande. Miguel tuvo en la escaramuza una acción destacada, que le valió el ascenso a sargento. Or-

gulloso de sus promociones, mantenía la esperanza de poder abrazar a su madre y hermanos, con las jinetas de este grado, ahí, en Las Piedras; más la suerte no quiso que así fuera, pues inmediatamente fue mandado con su sección al extremo de la retaguardia.

Siguió esta penosa marcha, ya que a partir de esta jornada ya no habían días de descanso, a causa del enemigo que de continuo acosaba a las fuerzas de la retaguardia. La caravana protegida por estas fuerzas, penetró en Tucumán, y allí fue a buscar la bendición de Nuestra Señora de las Mercedes. El 24 de septiembre, el General Belgrano libró en el histórico Campo de las Carreras, la gran batalla; en ella todos los patriotas lucharon, como verdaderos héroes, sobresaliendo en el empuje, en la tenacidad y en el coraje, el regimiento de “Decididos”, cuyos soldados habían jurado en Jujuy vengar el devastamiento de su pueblo.

Miguel Zegada había sido agraciado después de esta batalla, con el grado de alférez.

Así que habían cesado las hostilidades y derrotado que fue el enemigo, toda la caravana de familias jujeñas que estaba acampada en Tucumán, avanzó hasta el ejército, para poder abrazar a los suyos; entre ellas venía la viuda de Zegada, que aún ignoraba si su hijo había salido con vida y sano de esa batalla, y más aún que había tenido el honor de ascender a oficial.

Se había provisto en el comercio de Tucumán de cigarros, tamales, yerba, azúcar y alguna ropa, colocándolo todo en una canasta, y con sus dos hijos y un indio viejo de su servicio, montaron a caballo para hacer una visita a su Miguel.

Apenas pasó por entre los primeros centinelas, ya supo dónde estaban los “Decididos”, hacia donde se dirigió con el ansia loca de una madre que desea ver a su hijo.

No tardó mucho, pues, Miguel, que estaba en rueda de camaradas y que en ese instante fue relevado de su servicio, al distinguir su madre y a sus hermanos, salió corriendo a su encuentro; la madre que no lo había reconocido por su indumento, por la barba y el cabello largo, se vio sorprendida cuando le tomó las riendas de su montado y le gritaba:

— ¡Mamita! ¡Mamita!

Y sin darle tiempo casi a que sacara el pie del estribo, la abrazó para ayudarla a desmontar. La impresión de la madre y del hijo fue grande, confundiéndose en un largo e interminable abrazo, dando ambos rienda suelta a sus lágrimas de alegría y a sus efusiones de ternura, mientras sus hermanos, que ya lo tenían tomado, se esforzaban por separar a la madre para poderlo besar también.

Serenados ya los ánimos, fueron caminando hasta el campamento que distaba 50 metros, donde tomaron asiento en unos troncos de árboles; mientras tomaba mate con su madre

y hermanos, después de tanto tiempo, Miguel les narraba los principales pasajes de su vida de soldado, hasta su ascenso a alférez.

Llegó la hora de la oración, en que por reglamento tenían que formar todas las tropas, para pedir al Todopoderoso protección para el ejército.

La viuda se hincó frente al escuadrón donde estaba formado su hijo, y también elevó su plegaria al cielo, pidiendo por la vida de Miguel y la de todos sus compañeros.

Terminado este ritual y rotas las filas, Miguel comunicó a su madre que tenía que abandonar el campamento, porque las ordenanzas así lo exigían. Resignóse la buena señora a esta separación forzada y despidióse de él, con la pena de ver prolongados sus sacrificios; pero a la vez alentada en las durezas de la prueba por un orgullo satisfecho de madre, se iba con el corazón desahogado, sintiéndose feliz y, si se quiere, con la gloria de tener un hijo oficial, ascendido por méritos en el campo de batalla, donde luchó por la libertad de la patria y el bienestar de su semejantes.

V

Aún no habían tenido tiempo de reponerse de las pasadas fatigas de una serie de combates, cuando el General Belgrano ordenó a Díaz Velez que, con sus “Decididos”, emprendiera la persecución del enemigo; y he aquí que, lo que ayer era una retaguardia, hoy se convierte en vanguardia, que marcha con empuje y la bravura que da una victoria, no obstante la separación del grueso del ejército que es donde siempre quedan los bagajes: lo que quiere decir que si a los “Decididos” les tocó esta poca suerte, tuvieron en cambio el alto honor de ser los protectores del ejército de Belgrano.

Cumplida esta orden de Belgrano por Díaz Velez, aún cuando más tarde tomara otro camino que el que llevaba el enemigo, no dejaba por esto de vigilarlo, hasta que llegaron las fuerzas combatientes a Lagunilla, el 18 de febrero de 1813, donde el General Belgrano da la gran batalla decisiva, el 20 del mismo mes.

Jujuy dejó de estar, desde la victoria de Salta, bajo el poder realista. A ella empezaron a llegar, de retorno, los primeros emigrados del año anterior. La viuda de Zegada conjuntamente con otras familias, entró a Jujuy con sus hijos, sus petates¹⁴ y sus criados, el 3 de marzo; y no

14 Este vocablo es mejicano. Se da el nombre de “petates” al equipaje de los pasajeros. (Nota de la edición original)

obstante haber ya en este valle algunas pocas familias, su impresión fue grande al contemplar el devastamiento y las ruinas de su tierra. Llegó así hasta el solar de su casa, en donde la alegría de encontrarse bajo su techo, se confundía con la pena que le causaba ver sus árboles secos por falta de cuidado y destrozadas las puertas de su hogar, las que habían sido arrancadas para hacer leña de ellas, en el furor de verse burlados los invasores. Se dedicó de lleno al arreglo de su casa, para poder dejarla en condiciones de vivir, queriendo que cuando llegara su hijo, la encontrase más o menos como la dejó.

Pero, en lo mejor que estaba en ésta ardua tarea y cuando ya la terminaba, el día 16 de marzo le trae un chasqui la fatal noticia de que su hijo había muerto a consecuencia de las heridas, el 20 de febrero, en la batalla de Salta. Esta mala noticia fue dada sin preparación alguna, lo que produjo en la pobre viuda una crisis nerviosa, teniendo que correr en su auxilio sus hijos, criados y vecinos. Vuelta en sí de su desmayo, dio rienda suelta a su llanto, y en su dolor de Madre, maldecía interiormente al enemigo, autor de la pérdida de su hijo, que ella lo soñara en la mañana un hombre grande y útil para la patria, como guía y ejemplo para sus hermanos menores.

Resignada un tanto con su fatal destino, como piadosa creyente, le quedaba en su conciencia el dulce consuelo de haber cumplido con el amor de madre y con el amor de patria; y de poder repetir con garbo lo que las matronas porteñas, en su famosa nota dirigida al gobierno, decían: “Yo armé el brazo de este valiente que aseguró su gloria y nuestra libertad”

Pero con ese orgullo de madre patricia y con esa resignación de cristiana que vence todas las adversidades, llevó el luto interior, el recuerdo que llenaba cada hora de su vida y que tenía un eco en cada latido de su corazón.

LAS EMPANADAS DEL ÉXODO¹⁵

Hace mucho tiempo, allá por el año 1812, la pequeña ciudad de San Salvador de Jujuy, amenazada por el ejército español, que al mando de Pío Tristán, avanzaba por la Quebrada de Humahuaca, se levantó en una peregrinación enorme hacia el Tucumán.

Las tropas patriotas al mando del General Belgrano, escasas de munición y armamentos, eran reducidas, y no podrían rechazar al enemigo godó, numeroso y disciplinado.

¡Todo caería en su poder!...

Desesperado el General Belgrano, en un bando trágico, pronunciado desde la azotea del Cabildo, ordenó a los jujeños, para salvarlos, abandonar su pueblo, sus hogares, arrear sus haciendas, vaciar sus despensas y guardar sus riquezas. ¡Ningún hijo de la patria debía quedar y nada deberían dejar para los realistas. ¡Nada! So pena de ser pasados por las armas.

La mañana del 23 de agosto, las callejuelas solitarias y románticas, tenían un movimiento de colmena; la gente iba y venía. Y los templos de la Matriz y San Francisco, estaban atestados de fieles que rogaban fervorosos a Dios, por la patria y sus familias.

En todas las casas se preparaba la partida; carretas chillonas, de pesadas ruedas, cargadas hasta el tope de costales de harina, maíz, trigo... salían entoldadas al paso lento de sus yuntas de bueyes, azuzadas por la picana larga e incansable del carretero.

Por todas partes asomaban, entre la polvareda de las estrechas calles, recuas de mulas y burritos con sendos aparejos de charqui, quesos y chalonas.

Las familias ricas guardaban sus caudales, enterrándolos: cajas, petacas, ollas y birques de barro repletos de onzas de oro y monedas de plata, quedaron en “tapaos” estratégicos, enterrados en los patios y jardines de las casonas solariegas.

De las estancias vecinas afluían coyas¹⁶ arreando cabalgaduras ensilladas para sus amos, que debían partir con ellos, engrosando el ejército de la patria.

Había un ambiente febril de heroísmo y valor...

15 Op. Cit. pág. 61. Este cuento obtuvo la cuarta mención de honor del Certamen.

16 Debe ser “colla”, en vez de “coya”. (Nota de la edición original)

Doña Dolorita Archondo, matrona criolla, decidida y valiente, se preparaba también, con resuelto carácter, a partir con la caravana.

La noche de la víspera, entre mate y mate, había manifestado el deseo de obsequiar al General Belgrano, con empanadas preparadas por sus manos. En el pueblo era muy sabido que tenía un arte especial para fabricarlas. ¡Nadie como ella para repulgar la sabrosa y rosada masa que escondía el jugoso “recado”!

Secretamente pensó en las penurias del “éxodo”, y visiones ópticas llenaron su alma de dolor. Tal vez no volvería más a sus lares queridos, y su obsequio era como una despedida íntima a sus habilidades caseras.

En efecto, el manjar criollo resultó más exquisito que nunca.

Llamó al negrito Miguel, su criadito fiel y obediente, y entregándole la bandeja de plata con un riquísimo “tapa fuente”, le dijo:

— Dirás al General que las reciba por ser de manos criollas, y que Dios querrá que no sean las últimas que preparo.

Salió el mulatillo rebosante de júbilo, y con cara simpática y opios de ascuas, repetía al general la consabida retahíla:

— Dice mi amita que acá le manda estas empanaditas.

El “Chupa Verde”, levantando un extremo del mantelillo, dijo:

— Espléndida vista, muchacho ¿De qué están hechas?

— ¡De carne de gallego! —respondió, con énfasis vibrante, reventando el odio fermentado, aquel chiquillo que corriendo fue a contar a su señora que el general quedaba saboreando una empanada.

A la mañana del día siguiente, la ciudad “muy leal y constante”, parecía un palomar desierto. Sus casitas blancas, enjalbegadas de cal con sus ventanas enrejadas, estaban silenciosas, los campanarios mudos y ni una sola alma andaba por las calles.

El Chañi, como un centinela soberbio, vigilaba el valle despoblado; el Xibi-Xibi y el Grande murmuraban quién sabe qué canciones de Esperanza y Gloria entre las aguas cristalinas quebradas en los cantos rodados de sus playas.

EL ÉXODO JUJEÑO¹⁷

(Un episodio de importancia capital en la guerra de la independencia argentina)

Nos ha tocado encarnar en la vida argentina la edad de la adolescencia. Constituimos la indecisa realidad humana que Waldo Franck ha penetrado con inteligencia aguda, buscando la razón del ensimismamiento que pone en nuestro espíritu y en la exterioridad de nuestra persona física un tono de seriedad meditabunda. El filósofo admirable no ha visto raíz de melancolía en esa apariencia de los criollos. “No es en modo alguno –ha dicho– una tristeza real: es una expectativa, es el hondo y grave sueño de un embrión. Sois una nación potencial perdida en la vastedad de vuestro país. Vuestra tristeza es eso: estar perdidos. Pero desde muy pronto vi en el extraño, lento, profundo sesgo de vuestros ojos –esos incomparables ojos de los argentinos– la dirección hacia lo profundo. Vais hacia el nacimiento por medio de un crecimiento hacia abajo: hacia abajo en el suelo, hacia abajo en vosotros mismos. Nunca en mi vida había tenido yo como en vuestro país una tan clara sensación de hallarme sumergido en un grávido caos. Una vez que hayáis experimentado lo que sois, os hallaréis en camino de dominar lo que seréis...”

No he encontrado en mi conocimiento palabras más adecuadas a la intención de esta fiesta, que aquellas del viajero soñador de la Nueva América. El grupo de argentinos que hemos venido esta tarde a concertar las emociones de una mirada hacia lo profundo del tiempo realizamos en la medida de nuestro poder la obligación de rastrear en los comienzos de la vida nacional los signos, las leyes, la inspiración primera de la Argentina que nos toca mejorar para entregarla a los herederos de nuestra acción.

Asomados al porvenir con avidez de alcanzarlo, nuestra imaginación de pueblo joven a menudo se nos despega de la historia. Marchamos tan de prisa y con los ojos tan anegados por el luminoso mañana incierto, que corremos el peligro de sumar al misterio de la ruta la

17 NdC: Conferencia pronunciada en Buenos Aires el 23 de Agosto de 1930, en la sala Wagneriana, bajo los auspicios de la Asociación de Residentes Jujeños. Publicado en los Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1931.

ignorancia, mucho más peligrosa, del pasado. Y si llegáramos a extraviarnos, no sabríamos reconocer el camino. El “a dónde vamos” nos ha sorbido la imaginación hasta hacernos olvidar, casi, de “dónde venimos”. Yo estoy seguro de que en la afiebrada Buenos Aires son mayoría los compatriotas nuestros, y no hablo de la masa inculta, que se han llamado a sorpresa y novedad al saber que por iniciativa de una comisión de jujeños iba a hablarse a los niños de las escuelas –como hoy se ha hecho– del Éxodo de 1812.

Vanagloria de espíritus localistas, –habrán pensado muchos profesantes de la elegancia escéptica. Pequeñeces desenterradas de los polvorosos archivos provinciales, –habrán dicho, esponjando suficiencia, quienes han resuelto ignorar que las provincias hicieron la Nación, deshaciéndose ellas mismas muchas veces. Luces de artificio; inocente cintajo retórico, –habrán dicho de toda buena fe los más benévolos. Otra sería, sin embargo, la pasta con que elaboramos nuestro mañana, otra la fuerza animadora del mundo que está por nacer de nuestro caos como representación de la Nueva Argentina soñada por las más robustas cabezas de América, si la muchedumbre que vive en nuestro país tuviera de la propia historia el conocimiento que le falta. La escuela le ha dado apenas una borrosa visión panorámica. Le ha inculcado como una superstición el recuerdo de unas cuantas figuras recortadas sobre un mismo confuso fondo de alegoría. No se enseña la verdad civil de la República. Al hombre joven de nuestro tiempo la unidad nacional se le aparece como un repentino engendro de la fatalidad y no como el penoso alumbramiento a cuyas últimas torturas estamos asistiendo. La imagina subsiguiente a la Revolución, ignorando que año tras año, durante más de cincuenta, en cada inminencia de ser, borrascas incontables amenazaron a la patria con una desintegración sobre cuyos despojos habría soplado la anarquía aventando para siempre las esperanzas fundadoras. La guerra de la Independencia, toda entera, tiene hoy en muchas conciencias un reflejo tan adulterado por la luz de las historias escritas con mera inspiración romántica, que el hombre del tipo medio ignora que más de una vez las legiones libertadoras renunciaron a asimilar con los trofeos lo mejor del espíritu del vencido, como si la patria que estaba naciendo no fuera precisamente una criatura americana nacida para dar a un viejo idioma el renuevo de gloria de las verdades nuevas. A la inversa, hechos y pensamientos que hace un siglo eran ya la voz profunda de América se han perdido en la imprecisión de las crónicas escritas con aquella idea absurda de que todo lo pasado –padre de nuestro tiempo y abuelo de nuestro futuro– es un solo designio providencial y no la dolorosa creación de las edades.

En este aturdimiento de la adolescencia, en esta solemne gravidez de un embrión, que son los días actuales, urge como un deber primario el esclarecimiento de la conciencia histórica argentina. Tiene por eso un hondo sentido, un valor de alta docencia la iniciativa de este grupo de argentinos nacidos en Jujuy, que han venido a recogerse en la evocación de un instante trágico en la vida de sus abuelos, y han sabido dar a la fiesta del recuerdo el ambiente que van a darle los instrumentos y los motivos del arte antiguo.

¡La Historia y el Arte! Justamente por estos días nos ha dado la imprenta el regalo de un libro, hijo de la sabiduría de un maestro a quien debe la juventud argentina lecciones fecundísimas. Ricardo Rojas, acaso la mirada más certera de cuantas se hayan hundido en nuestro pasado para sacar a la superficie que es nuestra actualidad el recto sentido del deber nacionalista; Ricardo Rojas, cuyos juicios y palabras he de repetir más de una vez en esta conversación para referirme con verdad a la época del Éxodo, acaba de explicarnos en su “Silabario de la decoración americana” la posibilidad de que las formas, emociones o ritmos del arte indígena puedan resucitar en el alma moderna. Historiador y poeta, Ricardo Rojas, a quien ya debíamos la emoción penetrante de sus crónicas, envuelve ahora la historia de la fundación nacional con el restaurado perfume del incienso antiguo, que el Arte ha de quemar en sus modernos pebeteros.

¡Historia y Arte! Vuestra propia preocupación de esta tarde, señoras organizadoras de la fiesta. Nos habéis reunido para regalarnos, junto con la rememoración del Éxodo, los sonos quejumbrosos de la quena, la atormentada dulzura que se ahueca en la voz de los herquenchos, la risa metálica de los charangos, la ondulante gracia de la danza indígena, el color y la línea de los indumentos arcaicos, y el divino milagro de la rima vibrando en las estrofas de los poetas que supieron aprisionar en palabras el espíritu de la patria chica... Algo más, todavía, se propusieron estas damas beneméritas, pero cortó la realidad el vuelo generoso del deseo. Quisieron que desde esta tribuna una voz se alzara para hacer el lírico elogio del pueblo mártir y para que el sortilegio de la elocuencia creara en vuestra imaginación la silueta del caudillo del año 12 y os hiciera andar con el pensamiento las heroicas etapas de los fugitivos que en una tarde de agosto calcinada por el viento inclemente de las Punas se arrancaron de cuajo a su solar nativo y fueron a esperar en los llanos de Tucumán el juicio de Dios sobre la causa de

América. Esa parte de vuestra intención, señoras, no sé si podrá realizarse. Mi desvalida buena voluntad no hará más que desenvolver la cinta de los sucesos; toda luz que consiga proyectarlos en su debido tamaño provendrá de vuestra emoción, conocedora del escenario y en muchos casos templada por el hervor de la misma vieja sangre de los héroes.

El Éxodo no es solamente un episodio en la época de los sacrificios que costó a Jujuy la fe revolucionaria. Cuando se escriba la historia civil de las provincias y se asigne a cada una su justo papel en las horas de incertidumbre, las crónicas del año 12 destacarán a ese pueblo como una de las más altas luces en el campo de la acción emancipadora. Belgrano lo hizo testigo del primer juramento prestado a su bandera y pensó en él para hacerlo depositario de la insignia porque quiso señalarlo a la posteridad con un indestructible signo de su gratitud. Gratitud por la gloria compartida y por haber sido jujeñas las horas más amargas en la vida del gran conductor. De esa masculina mezcla de júbilo y tristeza estaba hecha, como todas las alianzas perdurables, la de Belgrano con Jujuy. La luminosa aldea que el día del juramento, estremecida en vítores y salvas, le dio la sensación de lo que podía esperarse de su espíritu en bien de la patria, fue la que en una aciaga tarde de ese mismo invierno prestó su acogedor silencio, la protectora sugestión de sus montañas, el apagado eco del río Grande, la serenidad incomparable del crepúsculo y acaso el sedante murmullo de la acequia callejera, –todo lo que la naturaleza tiene de serena dulzura o de quieta majestad– para que no estallara en un arranque de desesperación la cabeza desquiciada por una injusticia tremenda. Tocada por el destino para las grandes empresas, Jujuy fue junto al general en jefe del Ejército del Norte el gran amor que desde la hora primera del mundo hasta que el mundo deje de ser escoria viajera en el espacio, estuvo y estará siempre sosteniendo la voluntad de los hombres que han de perdurar en la memoria de la especie.

El Éxodo, su tiempo y su escenario son hechos, horas y campos decisivos para la Revolución. En el comienzo de aquel año flaqueaban las cabezas responsables. Con Moreno había muerto la claridad del pensamiento de Mayo, y el gobierno de Buenos Aires negociaba en las

cortes de Londres y Río de Janeiro mintiendo fidelidad a Fernando VII y apoyándola en una hipócrita restauración de la escarapela borbónica. Ni siquiera podía decirse con propiedad que la colonia luchara contra la metrópoli, porque, en los hechos, Lima reñía con Buenos Aires. “Lima –ha escrito Ricardo Rojas al margen del Archivo Capitular de Jujuy– era la ciudad señorial, donde la cultura española había arraigado en cortesanía, ranciedad y abolengo; mientras Buenos Aires era ya el puerto contrabandista, democrático, juvenil como un mancebo henchido de promesas y de inquieta vida. Pero entre tanto la Revolución, cercada de tan varios peligros, iba de tumbo en tumbo, rodando al abismo que ella misma cavaba. Hubo un momento que las provincias del Norte dudaron de Buenos Aires, acobardadas aquellas apacibles sociedades hasta por las torpezas a lo Dorrego en Jujuy o por las herejías a lo Castelli en Macha... Descreído el pueblo, anarquizado el Ejército, desorientado, pobre y débil el Triunvirato, tal deslizábase –termina el historiador de la Bandera– aquel año infausto que al llegar nuestra primavera de septiembre se tornó propicio sobre los campos de Tucumán, y salvó la revolución argentina”.

En tales circunstancias llegó Belgrano a Jujuy. Eran los primeros días de abril. Un año atrás, la tea libertadora había pasado incendiando los campos de Córdoba, Santiago, Tucumán, Salta y Jujuy en brazos de Castelli. Iba con él el ímpetu infundido por Moreno, porque con él iba la convicción de que para sacudir el sueño de siglos acumulado en resignación en el alma de aquellas poblaciones era indispensable que la voluntad de Mayo se manifestara fulminante y terrible, para escarmiento de los unos y estímulo de los otros, inflexible y despiadada como una fuerza de la naturaleza. Liniers mismo, a quien debía Buenos Aires la reconquista, pagó en Córdoba con su vida el error de su oposición al ritmo de aquel avance. El alud llegó a Sui-pacha, y no fue el de Liniers el único fusilamiento: la noticia de la ejecución de Sanz y Nieto cundió por el norte como una trágica advertencia.

Eso había sido un año antes. Pero en 1812, cuando Belgrano, sucesor de Pueyrredón, fue llevado a Jujuy sacándolo de las barrancas del Rosario donde acababa de enarbolar bandera por propia iniciativa, Moreno había muerto y el desastre de Huaqui amenazaba con anular todas las conquistas de la revolución en el Alto Perú. Quedaba abierto a la reacción realista el camino de la Quebrada de Humahuaca. Y como saldo cierto de la derrota de Castelli, algo todavía peor: la hostilidad, primero contenida y después franca y vengadora, de las poblaciones azotadas por la soldadesca bárbara.

“La desconfianza y el desánimo –ha escrito Rojas, y citaré entero el párrafo magistral– siguieron como fantasmas de la derrota a los vencidos de Huaqui en su retirada al Tucumán. Con ellos mismos llegó a la frontera norte el desencanto de la revolución. El jefe, destituido y llamado para un juicio de guerra a Buenos Aires; la oficialidad, anarquizada; la tropa, dispersa y sin cohesión; la burguesía acobardada por las exacciones; los campesinos amedrentados por la tala de campos y el robo de haciendas; y sobre todo ello, cerniéndose una fatídica leyenda de templos profanados, de hogares deshonorados, de conventos violados por la demencia de los héroes o la demencia de la tropa, no eran por cierto condiciones propicias para afirmar el voto de la revolución en ciudades como Salta o Jujuy, más ligadas al Alto Perú que a Buenos Aires, según la economía y la administración del Virreinato. Separábalas de Buenos Aires un camino de un mes, peligroso y largo, por donde iba ahora el jefe vencido. Uníalas al Alto Perú su tradición; y, transpuesta la Puna, entraba por la Quebrada de Humahuaca el ejército vencedor. Al término meridional de la Quebrada, yacía al pie del Chañi la silenciosa aldea de Jujuy, primera víctima ofrecida al realista en el Tucumán, pequeña y harto debilitada ya por los tributos marciales de 1808 para Liniers y de 1810 para Pueyrredón y Chiclana. ¿Cómo podía su vecindario arriesgarse solo a una resistencia quimérica, por una revolución que ellos no habían proclamado y que sus jefes abandonaban sin haber sabido justificar? Fue ese peligro enorme lo que hizo vacilar a Salta y Jujuy en los primeros meses del año 11, pero fue ese mismo peligro y la providencial aparición de Belgrano con su bandera del año 12, lo que unió a todas las ciudades tucumanas en el destino de Buenos Aires”.

Goyeneche se fortalecía en lo que hoy es el sur de Bolivia y amenazaba con echar cuesta abajo las renovadas legiones que enarbolaban el estandarte del rey. Belgrano, apenas llegado a Jujuy, quemados sus ojos por la visión del desaliento en que habían caído las poblaciones del trayecto, envió a Rivadavia una carta en la que se leen estas palabras: “Estas gentes han nacido para esclavos...”. Hay que recordarlo todo, incluso esa despiadada afirmación del Padre de la Bandera, para que resalte en toda su magnitud lo que fue el despertar de Jujuy, galvanizada su fe por la palabra y la acción de quien había de apoderarse de su voluntad hasta imponerle como una dulce carga el horrendo sacrificio del Éxodo.

A principios de mayo las avanzadas españolas ya no se contenían más allá de la Puna. Las conoció Humahuaca y se asomaron un día a la misma cuesta del Volcán, como si en los ojos de sus jinetes exploradores hubiera querido recoger Tristán la electrizante tentación de la presa que dormía en el fondo del valle. Batir a Belgrano era franquear el camino de Tucumán y preparar la expedición que arrasaría con la resistencia de Córdoba. Batir a Belgrano era la victoria en la máxima vastedad de lo posible.

Belgrano —que era en aquellos días la patria— se hizo fuerte en la fortaleza de Jujuy, para defenderla. Y no ha de haber derecho a decir que una trágica ignorancia de nuestra historia mantiene hasta hoy en la media luz de las monografías —algunas magistrales, pero todas ellas limitadas en el vuelo de su alcance popular— la significación heroica de los días del Éxodo!

El problema que era la travesía de la Puna retardó unos meses la arremetida realista. Y en esa concesión del tiempo explayó Belgrano sus proyectos y concibió la idea de prolongar la desolada hostilidad de la Puna hasta el Río Blanco, limpiando la tierra de todo vestigio de vida, arrasando la Quebrada, limpiándola de todo lo que pudiera dar al invasor no ya una realidad, pero ni siquiera una ilusión de apoyo.

El caudillo habló al corazón de los jujeños con el lenguaje universal del propio ejemplo. Alrededor de sus maltrechos cuadros aguerridos fue formando los cuadros de los bisoños. Como aguas que buscan su cauce fueron bajando a la ciudad los jinetes y los infantes de Tumbaya, de Purmamarca, de Tilcara, de Ocoyas; treparon los del sur y del naciente, y la ciudad entera quedó convertida en campamento. Sueño y reposo fueron renunciados para instruir a los voluntarios, muchos de los cuales habían visto merodear como emisarios de la muerte a los exploradores del rey. Adensóse hasta el colmo la capacidad de la villa y cada mañana brotaban de las casas, obedientes a la diana, millares de aquellos hombres a quienes el desaliento había prestado poco antes la engañosa apariencia de la esclavitud. El mundo de cada cual fue estrechándose en reducto: para los pastores venidos del norte, hechos a caminar de sol a sol y a medir la libertad por el alcance de los ojos señoreando horizontes, las exigencias de la disciplina debieron ser muy penoso ejercicio aunque fueran promesa de futuros desconocidos. Nacía el invierno en la Naturaleza y en las almas: total sacrificio de concentración para hacer posible el subsiguiente prodigio de la primavera...

Hacia mediados de mayo el ejército no cabía en Jujuy. Como sondas de la jactancia realista, ahora vigiladas en León por las vanguardias de Belgrano, Tristán no osaba ya asomar al sur de Yavi los ojos de sus patrullas de reconocimiento. Dijérase que en cada pucará de la

Quebrada los espectros de los caudillos quichuas hubieran paseado por entre las filas de los cardones coléricos –brazos de la tierra– sus siluetas amedrentadoras... Dios sabe qué luces agoreras descubrieron en la alta noche sobre el lomo de las fortalezas milenarias, aquellas avanzadas que se atrevían a hollar los dominios de los Señores Antiguos!

La proximidad del 25 de mayo, segundo aniversario del pronunciamiento, sugirió a Belgrano la idea aprovechar la fecha para hablar al corazón de sus soldados y reafirmar con un gesto categórico su vieja aspiración de la bandera. Tres meses antes, en la batería Libertad y en vísperas de su viaje al norte, el general había enarbolado una divisa blanca y celeste que era no más que una insignia militar y como tal fue jurada. “La mandé hacer conforme a los colores de la escarapela” –dice en su mensaje al gobierno, fechado el día mismo en que el gobierno lo destinaba al Ejército del norte. Aquella escarapela era la de la Reconquista, pero en Buenos Aires se supo con escándalo que en las barrancas del Paraná había sido izada y jurada una enseña que podía significar temerario desafío. Era por lo menos imprudente el gesto de Belgrano, y un oficio de dura reconvención, probablemente redactado por Rivadavia, llegó al Rosario el 3 de marzo, cuando ya Belgrano llevaba 24 horas de marcha hacia Jujuy. Ignoraba su texto el general cuando sus tropas preparaban en la ciudad de Xivi-Xivi las ceremonias fundadoras de las fiestas mayas y el primer juramento prestado a la bandera del Rosario, no ya como insignia militar sino como símbolo de nacionalidad.

No voy a intentar siquiera, el relato de lo que fue aquel 25 de mayo del año 12 en Jujuy. Del acto del juramento, del júbilo popular y de la unción profunda con que fue conocido por la multitud y por el ejército el primer trapo que nos distinguió de las demás naciones de la tierra, ha hecho el prologuista de las Actas Capitulares un relato que todos conocéis y en el que se unen el celo prolijo del investigador con las galas de un estilo armonioso y brillante como la jornada misma.

“La veréis de nuevo el día de una gran victoria”, –prometió Belgrano a sus hombres aquella tarde, cuando terminado el desfile frente a la casa del jefe y guardada ya la bandera, a los últimos ecos de las últimas salvas siguieron las voces profundas del Angelus.

¡El día de una gran victoria! En ella soñaba el General, mediado julio. Debía estar maduro ya el plan del Éxodo y no eran sino las presumibles noticias que desde Humahuaca hacía

llegar Balcarce, jefe de la vanguardia. Las tropas del rey se aprestaban al avance. Días de penosa tensión en los espíritus y de pesada labor en el Ejército. Todo lo preside el propio general y en todo están su mirada vigilante y la exigencia implacable de su severidad. Ya es un conjunto orgánico la multitud de ayer, y ya son soldados de la patria los torpes voluntarios de un mes antes. Las jornadas de Belgrano son tan largas como la luz. Es noche cerrada cuando bajo las arquerías del Cabildo se ve aún al general paseando sobre las sonoras lozas de la acera, el frío del invierno y la inquietud de sus pensamientos. Le acompañan tal vez en esa caminata la devoción invariable de Gorriti, la verba cultísima de Teodoro Sánchez de Bustamante, asesor del Cabildo y después congresal de Tucumán, la distinción del doctor Mariano Gordaliza, la noble prestancia de don José Antonio del Portal o de don Torcuato de Sarverri...

Una noche de esas –la del 17, suponen los historiadores más veraces– el grupo se disgrega con el presentimiento de que algo grave ha ocurrido. No durmieron, seguramente, aquella noche, los confidentes de Belgrano, devanando suposiciones pesimistas. Nada dijo el general, pero dijeron mucho sus silencios, una contracción dolorosa de su gesto, una visible tortura que no han conseguido aventar las chanzas de uno ni las discretas alusiones de algún otro. Ese día había llegado un chasque de la posta. Noticias de Abajo. Algún pliego de Buenos Aires ¿Qué ocurre, que el gran afectivo no revela? ¿En qué cárcel de necesario secreto guarda Belgrano la pena que lo hierde? ¿Cuál es su desazón? ¿Qué desolado fervor es presumible que latiera en la última oración del canónigo Gorriti, aquella noche!

Hoy sabe la Historia lo que acaso ignoraron por mucho tiempo los amigos de Belgrano. Aquel 17 de julio recibía el general la nota de reconvención por su audacia del Rosario y un verdadero ultimátum por su agravada reincidencia del 25 de mayo en Jujuy. La bandera era casi un crimen! “Ha comprometido usted nuestra política exterior –dice, poco más o menos, el gobierno– Oculte disimuladamente la bandera, reemplácela por esta otra que le enviamos (¡la de la Colonia!) y procure en lo sucesivo no anticiparse al gobierno”. Debe igualmente prevenirle “que ésta será la última vez que el gobierno sacrificará hasta tan alto punto los respetos de su autoridad. A vuelta de correo dará V. S. cuenta de lo que haya hecho en cumplimiento de esta superior resolución”.

No falta nada en el episodio para que queden calificados Belgrano y los hombres de Buenos Aires, la acción revolucionaria y el desvarío medroso de los teorizadores, la patria y sus inconscientes enemigos internos. ¡Véase otra vez lo que fueron el Éxodo y sus consecuencias militares!

Belgrano apuró la hiel de la humillación, guardó silencio, contestó como un soldado obedeciendo y fió al porvenir el juzgamiento de sus actos.

El plenilunio próximo iba a caer en los últimos días de agosto, y para ese entonces fijó el general la fecha del repliegue sobre Tucumán. Pero era necesario que la tierra misma se replegara, mezquinándole al invasor, si fuera posible hasta la caridad del agua y de la sombra. Que al cabo de la travesía de la Puna, cuando las cansadas huestes del virrey se prometieran descanso en el rellano de León, todo el resto de la escalera enorme de Humahuaca uniformara su agresivo desierto con aquellos peladares ventosos del altiplano donde Tristán y los suyos iban a sufrir a la vez la nostalgia y la tortura de la Mancha...

El 29 de julio fue publicado el bando de Belgrano, dirigido a las poblaciones de Salta y Jujuy y llamándolas a reunirse con el ejército y a seguirlo hasta Tucumán.

No hay en las palabras del bando otra cosa que la escueta claridad necesaria de una orden: hombres, mujeres y niños cargarán con las armas, municiones, alimentos, vestidos, aperos de labranza, granos y forrajes; cederán sus ganados y, con todo lo que fuere susceptible de utilización humana, se entregarán bajo la custodia del ejército, a lo que el destino quiera. Esa era la orden y éste fue su cumplimiento: el 23 por la noche, cuando los jinetes encargados de amparar las últimas filas de la columna hicieron su última ronda antes de enfilear el camino de la Punta de Diamante, uno de ellos, soldado en el regimiento de los Decididos, como casi todos los jóvenes principales de Jujuy, encontró en la calle de los Zegada, allá por la iglesia de Santa Bárbara, caído al borde de la acequia, un hombre que exhalaba en sollozos un hilito de vida, apenas perceptible. Era un mulato, labrador en La Almona, rezagado del grupo de sus comarcanos y a quien éstos habían dejado la misión de pegar fuego a los campos. En ancas se llevó el niño Bautista –de la familia de los Aranibar, dice la crónica salteña de que me sirvo– a “aquel único ser viviente que iba quedando en la ciudad del Éxodo”.

Del norte soplaba el día 23 un cálido mensaje de agosto. Del mismo rumbo de los campamentos realistas venía ese heraldo de su amenaza. Por eso dispuso Belgrano aprovechar las horas de la tarde y luego el amparo de la luna para que se moviera el grueso de la columna popular. De mañana, protegidos por un escuadrón de caballería, partieron la impedimenta del ejército y los ganados. Hacia las 12 cruzaron el río Chico por el vado de Pucaritas los grupos trabajosos: viejos, mujeres y niños. Hacia las 4, cuando comenzaba a azularse en el recobro de su normalidad el acero bruñido del firmamento —flojo ya en su rigor el viento de la Puna— un agudo clarín de órdenes, cuya voz prolongaron los rebotes del eco en las montañas, dio la señal suprema del Éxodo: iban a partir los infantes y con ellos el Estado Mayor y el General y el pueblo. Ya estaban desiertas las casas. En los amplios patios no quedaba otra señal de vida que la amarilla mirada absorta de las Flores de Paja, parásitas en el tallo trepador de los rosales añosos.

Era llegada la hora del sacrificio. Habíalo aceptado el pueblo mártir con decisión absoluta, pero al hacerse realidad visible el abandono del hogar, la realidad mostrábase recién en toda su trágica grandeza. Debieron tener un máscaleso sabor de sal las lágrimas sorbidas por aquellos hombres, cuando de cara al sur rompieron la marcha, camino de la incertidumbre, los primeros infantes de Belgrano. Sonaron las cajas repicando en el parche un redoblado que hería los corazones, y hacia las 6 no quedaba de Jujuy, a la vista de los fugitivos, otra cosa que el atisbo de las torres cristianas.

Cuando los Decididos de la retaguardia, cumplida la ronda aquella, recobraron contacto con la columna, la Cruz del Sur abría sus brazos acogedores en la limpidez maravillosa de ese cielo jujeño que da como ningún otro la sensación de la concavidad.

No tardó en aparecer sobre los cerros de Zapla la rojiza protección de la luna llena. Mirando hacia atrás, descubrieron los caminantes, como mojones del sacrificio consumado, las hogueras colosales en que se consumían los campos.

Con aquella legión iba la suerte del país argentino, pero no iba desplegada, sin embargo, la bandera de los argentinos. Dormía el estandarte su sueño de condenación en los equipajes del general. Buenos Aires estaba pendiente de una victoria que iba a ser ganada, desde su encierro vergonzante, por el trapo jurado en Jujuy el 25 de Mayo...

Tres semanas después de la partida, llegaron a la ciudad de San Miguel los últimos legionarios del Éxodo, y el día de Nuestra Señora de las Mercedes, se melló en Tucumán la espada realista. Es bien conocida la historia de la batalla del 24 de septiembre.

Empezaba enero cuando Belgrano reemprendió con sus huestes vencedoras el camino del norte. Otra vez, en la naturaleza y en las almas, una armonía de transformaciones: al invierno de la emigración y la incertidumbre seguía el glorioso verano del retorno y la victoria. Cuajaba en reconquista eterna el sacrificio de Jujuy. Esa marcha hacia la altura de las tierras nativas fue una sucesión de júbilos y una afiebrada aceleración del paso, para alcanzar de nuevo al realista y cobrarle los saldos de su cuenta. El 13 de febrero llegó Belgrano a las márgenes del Salado. Funcionaba ya en Buenos Aires la Soberana Asamblea General Constituyente y era la Logia Lautaro la que imponía la acción revolucionaria. La de San Martín era la cabeza conductora. ¡Había sida pronunciado el fallo de Dios!

Allí, junto a las aguas del que había de llamarse río del Pasaje o del Juramento, detuvo por unas horas su ejército el creador de la Bandera, sacó de su cárcel el trapo de Jujuy, lo enastó para siempre como guión sagrado de los esfuerzos nacionales y le hizo prestar otra vez un juramento que también comprometía fidelidad a la Asamblea.

Siete días más tarde fue la batalla de Salta, y cuatro semanas después, el 21 de marzo, entraban en Jujuy, desplazando a las tropas de Socasa, los fugitivos de agosto. De puño y letra de Belgrano, pueden leerse en las actas del Cabildo, las dos anotaciones puestas por el General, para encerrar en un paréntesis los días del exilio:

— “Aquí comienza el Cabildo del tiempo de los tiranos”.

— “Aquí concluyó el Cabildo establecido por la Tiranía, que fue repulsada, arrojada, aniquilada y destruida con la célebre y memorable victoria que obtuvieron las armas de la Patria el 20 de febrero de 1813, siendo el primer soldado de ellas Manuel Belgrano”.

He hablado a vuestra imaginación y tengo que decir algunas palabras a vuestra voluntad. Los hombres de la época heroica impusieron a su descendencia un mandato que, por razones que ignoro, no se cumple.

En estos días, obligado por el encargo que he cumplido tan malamente, he debido recrearme en la lectura de las Actas Capitulares de Jujuy. Se ha gozado la fantasía en un mundo de las más variadas figuraciones: he visto actuar hombres tan eminentes y, sin embargo, tan desconocidos como el doctor Mariano de Gordaliza, iniciador del movimiento autonomista que dio a Jujuy jerarquía de provincia, y primero en la lista de sus gobernadores: he sentido vibrar ancestrales emociones; he visto en esos papeles, hasta el trazo sensacional —magnífica

pasta de novela— de un idilio epilogado en raptor y del que aparece como culpable un coronel patriota, sin duda seductor y apuesto como su mismo jefe... Y en el acta que corresponde al Cabildo del 17 de julio de 1813, la constancia de un voto pronunciado por aclamación. Los cabildantes acaban de proveer lo necesario para que se instale sin tardanza la escuela que Belgrano decidió costear con sus emolumentos, y sigue a esa certificación, esta otra: “Se acordó de un unánime consentimiento que desde luego quede establecida por una asistencia de las de Tabla, la del día 1 de enero, que es el cumpleaños del Señor Fundador, en el cual se cante todos los años en la Iglesia Matriz una solemne misa de gracias a que asistirán los jóvenes de la Escuela, presididos por su maestro, a rendirlas al Todopoderoso por la conservación y dilatación de la vida de su ilustre bienhechor, debiendo ésta ser de Requiem después de sus días y cantarse en el primer día hábil después de la Pascua de la Natividad del Señor, que es el 15 de enero, con igual asistencia del Cabildo y jóvenes de la Escuela, que concurrirán a ella enlutados todos los que puedan, en demostración del justo sentimiento que debe causarles la pérdida de tan insigne bienhechor”.

Bien; en vuestras manos está, el que la emoción patriótica de esta tarde se condense en obra perdurable, y que renazca en la ciudad de vuestros amores, que también son los míos, una tradición interrumpida tal vez por los azares de la patria naciente y también por ese despego de la historia, en que ha caído el pasmo de la adolescencia argentina. Os invito a trabajar para que sean restauradas las ceremonias públicas en recuerdo de Belgrano, aunque tal vez, conviniera modificar en algún detalle la decisión del Cabildo de 1813. No el 1 de enero, en que Jujuy suele desbandarse por temor al verano, pero sí el 21 de marzo —fecha de la Reconquista, que ningún monumento perpetúa, como os lo hizo notar con perentoria palabra Ricardo Rojas— debe celebrarse en el templo que la catedral de Gorriti prestigia, un funeral en sufragio del alma de aquel soñador que vivió al pie del Chañi la hora más grata y también la hora más triste de su vida.

Serán magníficas de sugestión patriótica esas ceremonias de los 21 de marzo, porque Jujuy conserva todo lo necesario para reproducir, ahora con una religiosa y cívica intención de gratitud, la jornada del nacimiento de la Bandera: la Bandera misma; intactos la plaza y el Cabildo, el templo y el púlpito, el encanto de la ciudad arcaica...

No puedo creer que falte en los espíritus la llama animadora.

LA EMOCIÓN DEL ÉXODO¹⁸

Hoy, después de 123 años que han puesto de por medio, si no el olvido por lo menos la indiferencia por los sucesos trascendentales que jalonaron nuestra historia, se percibe, a poco que se penetre en los dominios de la evocación, la emoción profunda de la jornada. Jornada de sacrificio, de entereza, de patriotismo, que fue el éxodo del pueblo jujeño.

Despunta una pura emoción al recuerdo de aquel acontecimiento, convertido en sillar de nuestra nacionalidad, por todo lo que fue de voluntad firme y de sacrificio en aquella época incierta.

Salvar los ciento veintitrés años que nos separan de la hora de incertidumbre que vivió el pueblo jujeño y penetrar aguzados los sentidos para captar la emoción del momento, significa para los argentinos un puro goce de espíritu. La angustia de todo un pueblo alejándose de su tierra natal, se torna con la pátina del tiempo en legítimo fulgor heroico que puso un sello a la nacionalidad futura en las postrimerías del año 12.

La acción honra a Jujuy. La retirada no fue sólo militar. Siguieron al ejército todos los habitantes llevando consigo lo que era posible transportar. Lo demás era destruido. Al sacrificio de las comodidades, uníase la pérdida de bienes e intereses; el abandono, quizá para siempre, del hogar que ata con dulces lazos al hombre, y sobre todo la depresión moral que significa toda retirada, lanzándose a la ventura en largas jornadas de tristeza e incertidumbre en pos de lejanas tierras.

¿Qué depararía el destino? La tragedia de un pueblo arrojado de sus lares, o la hermosa realidad del retorno, permitiendo saludar de nuevo las bellas montañas, el murmullo amigo de los ríos familiares, las noches bendecidas de estrellas?

Aquel contacto trascendente, acometido por todo un pueblo, era como un salto a un abismo cuya profundidad se ignora. La marcha heroica trazó el vía crucis en aras de la patria que nacía.

18 NdC: Publicado en *Fugaz y eterno. Prosa y poesía*, Manrique Zago Editorial, Buenos Aires, 1990. No contamos con el dato sobre el lugar donde pronunció este discurso, solamente el año: 1935.

Hacia el sur, que en las tardes grises de agosto corría su cortina de desesperanza, iba dejando su estela el humo del incendio y el polvo del camino.

Cumplióse el bando de Belgrano sin necesidad de recurrir a sus penalidades, por el patriotismo del pueblo jujeño.

Inminente la invasión de Goyeneche que, triunfante en Cochabamba se lanzaba sobre las provincias argentinas del norte y ante la orden del gobierno, vino como un imperativo la sabia medida de la retirada que permitió luego hacer pie en zona mejor provista de recursos naturales, premiando así el sacrificio que impusieron las circunstancias.

Así ante la gravedad que tomaban las cosas, se produjo el combate del Río de las Piedras, que tras las zozobras trajo la tranquilidad para continuar la retirada y que fue como un anticipo del glorioso 24 de septiembre.

El éxodo, magno en los fastos de un pueblo, que fue como su bautismo de fuego, no ha sido hasta ahora conmemorado como merece, por Jujuy.

El pueblo todo debiera agruparse y levantar con su óbolo el monumento recordatorio que reclama semejante acción, para que así las futuras generaciones puedan, en un día como el de mañana, ir en santa peregrinación a recordar y nutrirse de las enseñanzas del hecho insigne.

(Año 1935)

Elvira Palacios de Zorraquín

EL ÉXODO. HISTORIA Y ROMANCE¹⁹

I

Corría el año 12, horas de incertidumbre
vive la patria; en armas se levanta aguerrida
contra todo invasor:
por defender derechos y afianzar posiciones
la patria se desangra como un gran corazón.

El gobierno indeciso marca rumbos inciertos.
Álzaga es la cabeza de una conspiración.
Montevideo acecha amparada en la sombra,
y en todas partes laten signos de rebelión.

Si el triunfo de Suipacha marcó días de gloria,
el desastre de Huacqui abrió al Alto Perú
el camino estratégico, tantas veces soñado,
que conduce hacia el sud.

Mil ochocientos doce, año de dura prueba,
de intrigas, de pasiones y desorientación,
año de desaliento en que aún peligraba
la causa tan sagrada de la Emancipación.

19 NdC: De la Revista *Jujuy* N° 14, Año 2, agosto de 1938.

Y fue Jujuy la humilde, la lejana, la triste.
la que un día de gloria allá en el Tucumán.
(exilio, voluntario de sus heroicos hijos)
decidió con el triunfo de las armas patriotas
la causa santa y noble de nuestra libertad.

II

Promediaba Agosto, las huestes hispanas
por el Humahuaca vienen hacia el sud;
afán de conquista guía a estos varones
que vienen en nombre de Fernando Séptimo
en alto la espada y en alto la cruz.

Tristán los comanda, son tres mil quinientos
que avanzan altivos a paso marcial;
son los vencedores de Huacqui,
son las orgullosas
y las casi intactas armas de Abascal.

Sueñan con la gloria de llegar al Plata
dominando al paso ciudad por ciudad
y hacer del quimérico sueño de conquista
una realidad.

Comanda Belgrano la tropa norteña,
que no ha de enfrentarse con el invasor,
porque es la dispersa, diezmada y maltrecha
que después de Huacqui, dejó Pueyrredón.

Un plan estratégico concibe Belgrano,
replegar las fuerzas hacia el Tucumán;
no en cobarde huída ya que palmo a palmo
durante la marcha
todo el suelo patrio lo defenderán;
sino como un medio de alcanzar el triunfo
rotundo, seguro, eficaz.

Por eso es que lanza su bando de Julio
conminando al pueblo jujeño a partir,
levantar cosechas, arrear los ganados,
y que nada quede después de salir
sino el campo yermo, las trojes vacías,
talados los huertos; fúnebre botín
para el enemigo que del Altiplano
llegara a venir.

La crueldad del bando no halla resistencia,
el pueblo en masa se apresta a marchar,
Para gloria eterna del pueblo jujeño,
no cuenta la historia en sus recias páginas
mayor heroísmo, sacrificio igual.

III

Veintitrés de Agosto, un alba borrosa
sorprende ya al pueblo en actividad,
se cargan carretas, se alista el ganado
para la jornada que ha de comenzar;
y hay algo de trágico en estas figuras
que a la luz del alba parecen fantasmas
que vienen y van.

Sopla viento norte que empolva los cerros,
aúlla en las quebradas como maldición,
y es en las callejas tristes, desoladas,
un gemido largo y desgarrador.

Como arca enorme que se va vaciando
queda a media tarde la heroica ciudad,
todo el pueblo espera reunido en la plaza
el momento trágico de emprender la marcha
hacia el Tucumán.

Declina la tarde, allá en el poniente
el filo del monte rasgó el hondo cielo,
y sangra el ocaso, se enrojece el cerro,
y el camino largo, largo y polvoriento
tiene tintes rojos y manchones negros.

Una clarinada larga, dolorida,
dice que es llegada la hora de partir,
se anuda un sollozo en cada garganta
y hay en cada pecho un hondo latir.

Lloran las mujeres llanto silencioso,
elevando al cielo ferviente oración,
los hombres parecen máscaras de piedra
que talló el dolor.

Crujen las carretas ya por el camino,
como cinta al viento ondula el convoy;
desfile dantesco de un heroico drama
que se consumió.

Es lenta la marcha de la caravana
y ochenta las leguas que han de atravesar,
cuanto más se alejan es más honda y nítida
la visión querida del viejo solar.

Hombres y mujeres que el destino empuja,
Y ata con los lazos del mismo dolor,
un dolor sin nombre, altivo, sereno,
dolor resignado
que ni busca ni quiere consuelo.

Caravana triste de hombres y mujeres
que un impulso heroico los movió a partir,
dejando tras ellos convertido en ruinas
lo que fue hasta entonces
su dulce y serena razón de existir.

IV

Queda al pie del Chañi la ciudad deshecha,
las casas vacías, las calles desiertas,
quemados los campos, taladas las huertas,
sola, abandonada, está como muerta.

Silencio de tumba, mudez de alto cielo,
mortaja de polvo que ha tendido el viento;
alto campanario, iglesia del pueblo,
porqué tus campanas no tocan a muerto?

Patios provincianos, blancos jazmineros,
noches de romance, estrellas del cielo,
¿dónde están las novias?
¿dónde los abuelos?
¡Ya no hay serenatas ni se cantan cielos!
¿Dónde están madres?
¿dónde los pequeños?
Las cunas vacías,
las flores sin dueño!
¿Dónde están los mozos, y dónde los viejos?
¿Por qué amargas rutas callados se fueron?

Arboles del monte,
Piedras del camino,
aguas transparentes,
ceibos florecidos,
responded! adónde? adónde se han ido?
Los llamó la patria, los tocó el destino,
y allá van dolientes, cansados, vencidos
por ásperas rutas cumpliendo su Sino.

Tito Maggi

ROMANCES DEL ÉXODO²⁰

I

A la ciudad de los Reyes
Dora ya el sol vespertino.
En un balcón del palacio
Al aire da sus suspiros
El Brigadier Goyeneche
Que aunque de América es hijo,
Tiene el corazón de Godo
Y a estas tierras nunca quiso.
Pero en América hay algo
Que le ha robado el sentido,
Por eso mirando al Sud
Se lo pasa a los suspiros.
A la causa de sus penas
Siente y ve en sus desvaríos;
La ve adornada de azahares
Asentada cabe un río,
Y la siente perfumada
Envuelta en el aire tibio.
Al despertar de su sueño
El dolor se hace más vivo:
¡Ay Jujuy de mis desvelos!
¡Ay cuándo estaré contigo!

20 NdC: Publicado en *Aires Jujeños*, Edición del autor, 1943.

II

Era por el mes de Abril,
Va el rumor de boca a oído:
“A defender a Jujuy
Diz que Belgrano ha venido
Porque avanza desde el norte
Ese godo Tristán Pío”.
Las gentes de la ciudad
No muestran cara de amigo:
“Si antes estábamos mal
Ahora seremos perdidos.
¡Qué entenderá de batallas
Este mocito lampiño!”
Belgrano que los escucha
Dice allá para consigo:
“Estos que hoy me recelan,
mañana vendrán sumisos”.

III

Otro baile como aquel
La noche del veinticinco,
Con tanta dama galana
Tanto brillo y regocijo,
En donde el alférez Mena,
Nunca Jujuy había visto.
Las velas y los quinqués
Como el mismo sol dan brillo
Y hay tapices en los muros
Y hay alfombras sobre el piso
Que valen un Potosí,

Y muebles de lo más fino.
Allí está el bravo Díaz Vélez
Capitán de “Decididos”,
Balcarce y el barón Holmberg
De porte tan distinguido
Y de damas un millar
Ricas joyas y atavíos.
Entra Belgrano al Salón
Con chupa verde vestido,
Blanca gorguera de encaje
Blancos puños de lo mismo.
Ya la música se escucha
Y el baile tiene principio.
Qué guapo que está Belgrano
Con las damas ¡qué cumplido!
¡Qué bien que baila el minué!
¡Qué bien que baila el cielito!
Las jujeñas tan lozanas,
Caras de marfil y lirio,
Siguiéndolo con los ojos
Un paso no le han perdido.
Los hombres que con él hablan,
Y que de cerca le han visto,
Comprenden que aunque es tan guapo,
Tan galán y tan cumplido,
Tiene un pecho de león
Con una cara de niño
Y si le cumple ser fuerte
No se irá con paños tibios.

IV

En vela la larga noche
A Belgrano se le ha ido
Y por mucho que cavila
No está menos indeciso.
De las armas españolas
Ya en Jujuy se escucha el ruido;
Para defenderla tiene
El valor y el patriotismo
De jujeños y jujeñas,
Pero luchando ha aprendido
Que para ganar batallas
Tener armas es preciso,
Y que cuentan los fusiles
Tanto como el heroísmo.
Aunque sus hombres son bravos,
Son pocos y desprovistos,
Y vienen bien pertrechadas
Las huestes del enemigo.
Allá por la madrugada
Su plan tiene decidido.
Toma una pluma, la afila,
Estas palabras ha escrito:
“Al pueblo jujeño todo,
Esto pido y esto exijo:
Los que armas tenéis, venid
A haceros soldados míos;
Labradores, enviad
Al Tucumán vuestro trigo;
Hacendados, las haciendas
Mandad al mismo destino;

Comerciantes, dejaréis
Vuestros negocios vacíos
Y los demás estad prontos
A marchar a mi pedido.
El que no cumpla este bando
Por traidor será tenido”.

V

Cuando leyeron el bando
Hablaron los del Cabildo:
“Mirad general Belgrano
Que el paso es muy atrevido,
Y dirán, si nos marchamos
Que huimos del enemigo”.
Belgrano los mira firme,
Estas palabras les dijo:
“Yo no lucho por mi fama
No me importa el nombre mío;
La patria está de por medio
Y la patria es el motivo.
Iremos al Tucumán
Ya lo tengo decidido;
Al que no quiera seguirme
Le pesará mi castigo

VI

A la puerta de la iglesia
Las mujeres lo han leído.
Todas allí se juntaron
Alzaron gran vocerío:

“Yo no me iré de mi casa
Ni sola, ni con los míos;
Allí me tuvo mi madre,
Allí nacieron mis hijos,
Primero que yo la deje
Que el godó nos queme vivos.
El Canónigo Gorriti
Hubo de escuchar los gritos.
Después que cantó la misa
Este sermón les ha dicho:
“Por salvar a nuestras almas
Hizo Dios morir al Hijo,
Y por salvar a la patria
¿No haréis este sacrificio?”
Cuando salen de la iglesia
Llevan el ceño fruncido
Pero van dándole vueltas
A lo que Gorriti dijo.

VII

Siendo ya del mes de Agosto
Veintitrés días corridos,
Antes de ponerse el sol,
Alrededor de las cinco,
Todo el pueblo de Jujuy
Para partir está listo.
Ya está montado Belgrano
El estandarte ha consigo
Y lo escoltan de a caballo
Los “Patriotas Decididos”.
El Canónigo Gorriti

Lo sigue, y va revestido;
Él lo toma a procesión
Porque es hombre de su oficio;
Y después vienen descalzos
Los frailes de San Francisco.
En las carretas han puesto
Los enfermos, y tullidos,
Los que no pueden moverse
En la iglesia están tendidos;
Que la Virgen del Rosario
Les dé consuelo y alivio.
Los gauchos de Goyechea
Formaron junto al Cabildo
Y por la calle Real,
Por la plaza y junto al río,
Hasta donde puede verse
Está apretado el gentío.
El clarín toca ¡Marchar!
Todo el mundo se ha movido.
Las carretas van despacio
Los ejes a los chirridos;
Los cargueros, los caballos
Van metiendo grande ruido,
Más recio que suena el Grande
Cuando se viene crecido.
Belgrano marcha delante
Cabalgando pensativo.
No caminara gran trecho
Que se alzaba en los estribos.
La cara volvió a Jujuy
Apretó los labios finos;
Vio las tejas de la iglesia,

La torre de San Francisco;
Los ojos tiene brillantes,
Pero nadie los ha visto.

VIII

Allá va la caravana,
A cumplir con su destino
Como el pueblo de Israel
Cuando se marchó de Egipto
Y como nuevo Moisés
Belgrano muestra el camino.
Marchan hombres y mujeres,
Marchan viejos, marchan niños;
Amos marchan y criados,
El blanco marcha y el indio
Y los presos de la cárcel
Con cadenas y con grillos.
A los pies hieren las piedras,
Al cuerpo punza el espino,
Pero tienen que seguir
Y seguir los peregrinos;
Trepando por las montañas,
Atravesando los ríos,
Que Tucumán queda lejos
Y atrás viene el enemigo.
Caminaron varias horas,
Del sol no se ve ya el brillo,
Las cargas son más pesadas,
Se oye llorar a los niños;
Mujeres se desvanecen,
Hay viejos que caen rendidos,

Pero hay manos que sostienen
Y que ayudan al vecino.
La noche que viene entrando
Hace aflojar los espíritus;
Lo que aguarda a los que marchan
Como la noche es sombrío.
No saben si volverán,
Ni cuantos llegarán vivos,
Ni qué será de Jujuy
Cuando la hayan invadido.
Por fin se mandó hacer alto;
Los fuegos han encendido;
La lumbre el alma levanta
Y al cuerpo le presta bríos.
“Qué importa lo que dejamos,
Qué importa cuántos morimos,
Ni si volveremos pobres
Los que antes éramos ricos.
Por el pendón bicolor
Que juramos y seguimos
Nuestras haciendas y sangre
Daremos en sacrificio.
Somos criollos y jujeños
Y nuestra palabra dimos,
Y seguiremos luchando
Hasta el último suspiro.

Delia Murguiondo

DEL JUJUY HEROICO²¹

Canto I

*Donde el pueblo de Jujuy jura la bandera
creada por el General Belgrano.*

La mansedumbre del tiempo
sobre la tarde gotea,
y están repicando a gloria
las campanas de la iglesia.

Por los caminos del cerro
baja la gente morena,
como un romper de tambores
golpea la ojota en la tierra.

En la ciudad el gentío
desborda por las veredas,
la plaza está engalanada
con arcos y escarapelas.

Los uniformes, los ponchos,
las levitas, las galeras
y la inquieta algarabía
dan colorido a la escena.

21 NdC: Primer Premio en el Primer Concurso Poético de la Comisión Provincial de Cultura de Jujuy (1949). Publicado en el libro *Poemario*, Ed. Vinciguerra, 1996.

Ya forma la tropa en cuadro,
hay una tremenda espera,
desborda a flor de los rostros
presentir de patria nueva.

Hay murmullos conmovidos,
Manuel Belgrano se acerca;
cuando sube a la tribuna
se hace un silencio sin mengua.

Todos observan sus gestos,
su porte, su vestimenta;
parece hombre de romance
más que varón de pelea.

Mortal ansiedad de pronto
por los semblantes se vuelca,
y es cuando toma en sus manos
y levanta la bandera.

Bajo el cielo tan azul
parece un ala de seda,
beso de luz, esplendor,
caricia, fulgor, grandeza.

La multitud la proclama
recién nacida ya eterna;
se funden en un latido
el corazón y la tela.

Habla el creador, la emoción
quiebra la nota en la arenga,
pero el eco se agiganta
tras el tiempo y las fronteras.

“Esta que veis en mis manos
es la divisa primera
—exclama— que hoy ya os distingue
de los pueblos de la tierra.”

“Sabed que es obra de Dios,
que Él os concede esta enseña,
y con decoro y honor
os impulsa a mantenerla.”

“Jurad por Él —continúa—
por Él jurad sostenerla.”
El pueblo agrega: “La vida
daremos por la bandera.”

“¡Viva la patria! Exclamad
de que la juráis, en prueba.”
Y a ese ¡Viva! Respondió
hasta el alma más ingenua

que la patria aunque muy grande,
es el rancho y las ovejas,
y los hijos y el amor;
todas las cosas pequeñas.

Sintieron así de pronto
despertar un ansia nueva

y estrujarse el corazón
como embrujado de tierra.

Mariposas de rubíes
danzan en la luz violeta
y la tarde provinciana
tiene olor a madre selva.

Canto II

*El éxodo. Donde se exalta el sacrificio del pueblo de
Jujuy cuando abandona sus solares y se dirige a Tucumán.*

Quien viera talar un bosque
o devastar una selva;
en un apacible lago
abatirse una tormenta;

quien viera destruir mil nidos,
oscurecer mil planetas,
el agobiar desmedido
de aquel Jujuy comprendiera.

En la esquina del Cabildo
al son del tambor, alerta,
presta al grito de la patria
la multitud se aglomera.

Vocerío indescriptible,
incertidumbre secreta;
con voz de sentencia alguno
cosas muy graves comenta.
Ya las armas de Abascal

con Goyeneche y Lambera,
para someter al criollo
buscan de Jujuy las puertas.

Antes de haberse extendido
el pregón tiene una fuerza
que sobrepasa el afán
y asegura la entereza.

Dice el Bando: “Labradores:
levantad vuestras cosechas.”
“Comerciantes: Recoged
y enfardelad vuestras prendas.”

“Hacendados: Sin tardanza
reunid y arread vuestras bestias.”
“Hombres bien intencionados:
incorporad vuestras fuerzas.”

“Al ejército patriota
cada cual haga la ofrenda,
en arma o en municiones
de los valores que tenga.”

Por veinticinco jornadas
la gente no se da tregua;
levantarse con la aurora
y dormir a noche abierta.

Pronto se inicia la ruta
con la forzada galera,

y lentos crujen pesados
los huesos de las carretas.

Todo el ardor de la raza
se desborda por la senda
el pie desnudo, la ojota
y la bota con espuela.

Fatiga el atardecer
un rojo sol de tragedia,
no hay una nube en el cielo
pero es cielo de tormenta.

Olor a cedrón y alfalfa
allá por el valle queda
y la ciudad se acurruca
como paloma que tiembla.

Lento descolgar de lunas,
por las lomadas y sendas
la procesión paso a paso
va aniquilando las leguas.

Como un ópalo la noche
destrenza su cabellera
y derrama en el camino
la lumbre de sus estrellas.

¡Cuántos cayeron vencidos
en este avanzar sin tregua,
por dar albergue a sus huesos
se hace más santa la tierra!

Jujuy entrega a la patria
sacrificio como ofrenda,
la libertad tiene un precio,
¡qué noble el alma jujeña!

Canto III

*Cuando Belgrano entrega a Jujuy, como reconocimiento
a su lealtad, la Bandera bendecida por el canónigo Gorriti
y jurada por el pueblo jujeño.*

Otra vez las mismas calles,
otra vez la misma iglesia
y otra vez el aire ungido
de airampos y enredaderas.

Con sus rizos de oro niño
el sol salta y juguetea
y así se aproxima al templo
y forma guardia a la puerta.

Las damas de señorío
lucen mantilla y peineta,
las ancianas el rebozo,
las “coyas” blusa y pollera.

Junto al humo del incienso
en la penumbra que vela
el rumor de la oración
es sándalo que se quema.

En el solemne Te Deum
presente está la Bandera
al lado de su creador,
resplandeciente y serena.

Hecha del paño más fino
entre las más ricas telas,
hizo pintar en su centro
las armas de la Asamblea.

A Jujuy la habrá de dar
de su sacrificio en prenda;
aunque nacida recién
él sabe que será eterna.

El oficio ha terminado
la última nota se enhebra
y es el minuto solemne
de hacer del lienzo la entrega.

Un murmullo tembloroso
flota por la nave densa,
busca refugio en los pechos
y se derrama hasta afuera.

A tiempo que majestuosa
sale la bandera, al verla
el pueblo enarbola un grito
de aclamación sin reserva.

Porque al mirarla flamear
nadie sabe a ciencia cierta
si el firmamento ha bajado
o todo el cielo es bandera.

Rubén Alejo Barros

LOS DECIDIDOS²²

I

Allá van sobre la muerte
cabalgando decididos;
no los para la pobreza
ni los plomos enemigos.
Renacieron los ardores
de los corajes antiguos.
La selva los amamanta
como si fuesen sus críos
y en la alfombra de hojarasca
hunden su paso felino
pregustando en el acecho
y astutos mimetismos,
las sorpresas pavorosas
en que alardean sus bríos
cobrando sus venganzas
al sepultar los cuchillos.

Muchos los que van quedando
a lo largo del camino;
sencillas cruces de palo
señalan héroes caídos.

22 NdC: Publicado en *Primeras Gavillas*, Ed. Riba & Cia, 1953.

Rumiando recuerdos duros
aguardan los Decididos,
ocultos por la maraña
de sus hazañas testigo,
el avance de los godos
que militan en El Fijo.

Tascan los rudos frenos
los caballejos cansinos
mientras el jinete rumia
no sé qué ocultos designios
y el agorero carancho
describe fúnebres giros
sobre los campos desiertos
en que duerme algún caído
en la pasada refriega,
de hambruna y de plomo ahíto.

Ya viene el godo soberbio
avanzando prevenido,
firme el paso y desemboca
sobre la playa del río;
ya brillan sus correajes
sus cascos y sus barbijos,
el plomo de las espadas
y los ojos atrevidos
que los contornos escrutan
maliciando Decididos.

El río sigue su curso
y en los setos convecinos,

se avistan vaquillonas
como paciendo al descuido.
¿Suyas serán esas vacas
que el godo ganoso ha visto
y ya prepara los lazos
y cruza resuelto el río?

Cuando parte de los montes
igual que parte un grito,
—por el filo de los vientos
irrumper los alaridos—
la tromba de ponchos patria
perforando su escondrijo.

Turbóse el hosco silencio
entre las frondas dormido,
y saliendo al claro llano
desde los sotos umbríos,
cruzó la heroica turba
con un alarde inaudito,
la pradera que la separa ;
de los cuadros enemigos.

Flecos de pavor y asombro
las “calchas” y los estribos,
guardamontes y caronas ,
gloriosos con su destino,
Cual astro desorbitado
rasga los aires heridos,
en nubes de polvo envueltos,
—girones son sus vestidos
que flotan como bandera

convocando Decididos—,
vienen en potros criollos.
centauros de nuevo tipo,
aperados o en “empelo”,
con ruidoso vocerío,
a estrellarse en la carga
contra la roca de El Fijo.

II

Allá se astillan las lanzas
en el confuso entrevero:
ruedan cascos y arcabuces,
un cuerpo y allá otro cuerpo;
ilustran el encontronazo
los desordenados fuegos
que perforan con sus bocas
la nube de polvos densos.

Riega la sangre los pastos
en rico y fecundo riego
y el deflagar de la pólvora
y su acre tufo y acerbo,
los gritos que enarbolan
las rabias y los despechos,
tornan aquel escenario
digno del canto de Homero.

Y en medio del remolino
que forma el choque sangriento,
se oye un cornetín lejano
convocando a los dispersos,

que es táctica del nativo
el sorpresivo entrevero.

En un santiamén se unen
al pie del bosque materno
dejando burlado al godo
y mordiendo su despecho
aún formado en el cuadro
como clavado en el suelo.

Lentos los gauchos se internan
del bosque en los vericuetos
sudados de gloria y sangre
al trote de sus peleros
y un Viva la Patria saluda
sus esperados regresos
y el grito Viva la Patria
multiplicado en el eco,
retumba por las quebradas
alborozando los predios
del viejo solar nativo
del gaucho macho jujeño.

III

Sus sementeras de trigo
o sus amelgas de alfalfa,
pasto han sido a la voraz
hambruna de las mesnadas
realistas de Pezuela
que asolaron las comarcas
y tuvieron la osadía

de incendiar la Escuela Patria,
legado que fue del Héroe
cuyo recuerdo se guarda
por punto de honor altivo
tras de juradas venganzas
que alzan un bosque de picas
de improvisadas tacuaras.

La mano del invasor
como a traidores los trata;
la soldadesca soberbia
con las mujeres se ensaña;
sólo han quedado mujeres.
El hombre empuñó la lanza
mordido por los rencores
y sin promesas ni paga,
enderezó al campamento,
que ilustraron tantos Arias
y desde allí el cuadro observa
del incendio de su casa.
El humo que sube anubla
su antes serena mirada.
Una sed de arena le ahoga
hasta asfixiar su garganta;
turbión de sangre le trepa
turbión de sangre y de rabia
y un alarido enarbola
que servirá de oriflama
para convocar a la lucha
todo el ardor de su raza.

Y vinieron los Iriarte,
los Rojas y los Dávila,
rivalizando en furores
con los Quintana y Zelaya
éstos fueron decididos
y mil otros que se calla.
Todos merecen escudos,
escudos de ilustres armas
en que el coraje campee
sobre un fondo de batallas.

Ellos vendieron vajillas
viejas vajillas de plata
que evocaban a virreyes
en lo ricas y en lo rancias;
poros, doblones, zarcillos
primores de filigrana
y se vendió en almoneda
finas mantillas de España.

Todo se volvió rejonas,
chuzas, facones, moharras
en cuyas puntas vibraron
angustiadas esperanzas
Oh, de los viejos recuerdos!
Oh, de la hazaña olvidada!
Tantos azahares de novias
guarda la historia en sus páginas
y en el hábito prendidos
de la Virgen del Paypaya!

Carlos Hansen

CANTO DE AMOR JUJEÑO²³

SENCILLA TEATRALIZACIÓN DEL ÉXODO

1812 — 23 de Agosto — 1928

El acto se desarrolla en un altar civil, donde hay un escudo de Jujuy, un cóndor simbólico, un cardo grande y a la derecha, un paisaje donde hila una peona, junto a la tristeza de la majada.

PERSONAJES

La Madre Jujuy, un niño de la ciudad, un “runita”, un “puesterito” y un chico del suburbio. (Todos con sus trajes típicos)

LA MADRE JUJUY: *(en su trono)*

— ¿Saben ustedes por qué, este rincón Argentino está embanderado y de fiesta? ¿Por qué palpitan de júbilo todos los pueblos y villas; desde esta ciudad de San Salvador, relicario del pendón más santo, pasando por la Tumbaya melancólica y llegando a la Humahuaca de la Epopeya y pisando La Quiaca del confín? ¿Contestarme ustedes querrán?

EL HIJO DE LA CIUDAD:

— Madre nuestra, señora de esta tierra:

Yo sí que lo puedo, porque ayer la maestra nos dijo que en un día como hoy hace 116 años, los hijos de este suelo, que tiene un Cabildo donde por primera vez flameó el Lábaro Sagrado, que tiene una plaza provinciana, desde donde se lanzó el Viva Inmortal, todos los vecinos de esta ciudad, nos decía la maestra, abandonaron sus surcos, su comarca y su tierra bien amada y emprendieron camino de peregrinación hacia el Tucumán.

23 NdC: De *Motivos del Solar Jujeño*, Ed. Luis Ezequiel Aramayo, 1954.

LA MADRE JUJUY:

— ¿Y tú, vástago de mi carne de este retazo, más seco que piedra, algo podrías decirme?

EL “RUNITA”:

— Vergüenza tendría si no supiera hacerlo. También en mi escuelita campesina, triste como una ermita, hemos hablado de esa caravana de dolor, que fue arrancada de este predio en una fecha como la presente, dejando vacía la aldea colonial, cargando su angustia, su ganado, sus charquis y portando en el cofre de sus corazones el tesoro sagrado de un ideal...

LA MADRE JUJUY:

— ¿Y tú descendiente de mis selvas y de mis montes, agregar algo te sientes capaz?

EL PUESTERITO:

— A veces cuando mi madre está haciendo cuajada y yo vuelvo de “campiar” los orejanos, ella me cuenta, que hoy es el cumpleaños del día que salieron en marcha al desierto, todos los vecinos, quedando la Villa en un silencio tremendo, enorme, sin un alma y agrega que ni un perro toreó esa noche, ni un gallo cantó esa madrugada.

LA MADRE JUJUY:

— ¿Y tú, retoño del calor de mi seno, aumentar alguna cosa sabrías?

EL CHICO DEL SUBURBIO:

— Cuando regreso de vender mis diarios y mientras plancha ropa mi madre, en las largas veladas invernales, suele narrarme que por el barrio de La Pucarita, en una oración como hoy, partieron todos los moradores, llevando sus penas, sus cargas y sus zarzos y petacas. Que pasaron crujiendo las carretas, llenas de gente en dirección al Tucumán y que tras iba el Héroe arreando la libertad.

LA MADRE JUJUY:

— Compruebo con dulce contento, que en todos los hogares de mi heredad, arde la llama que prendieron los varones de la gesta, que se oyen todos los días las voces de los mayores y que sienten el tropel de los cruzados y en su homenaje, arrodillados digamos a coro:

(Se arrodillan)

Alma de la tierra jujeña, diosa aborigen corporizada en Pachamama, que veláis por la vida de la estirpe; haced que siempre nos una el amor perdurable con las otras hermanas, que riegue su suelo la savia que derramó el Héroe, que sus manes nos conduzcan en el presente y el porvenir, por los caminos de la armonía argentina y que sea completa la dicha de mis renuevos y de todos los que vengan a mi seno feraz.

¡Así sea!

JUJUY EN EL DÍA DE SU PRIMER ÉXODO²⁴

...Y en emocionada evocación, veámoslo a Jujuy en aquel 23 de agosto de 1812, día de su primer éxodo.

Cargado de luces el amanecer remontaba la boscosa giba del Zapla, avanzando adolescentes claridades sobre el vencido repliegue de acuchilladas sombras. Suaves lechosidades se derramaban por el ámbito indeciso en colores, imponiendo paulatinamente la supremacía de sus tonos, mientras que el encendido semicírculo del sol que emergía, desperezándose en rayos, aniquilaba la última estrella que la noche en su huida había dejado abandonada, en el remoto recodo donde se hundiera.

Profundidades sangrientas junto al cerro, rosas y malvas más distantes, anunciaban la presencia entera del sol, que rojo como una herida, proclamó la victoria espléndida de la luz, bautizando la existencia de un nuevo día: 23 de agosto.

Empapado de albores, chorreante de madrugada, el valle mostraba a la pequeña y blanca Jujuy, caída en su seno como un ramo de jazmines atado en la sonora cinta de sus ríos, que en la fronda de sus durazneros, albergaba los rosas ya destituidos del cielo, y en las lomadas vecinas los cárdenos y violetas se prendían en sus ceibos y lapachos florecidos.

Cansado y sucio, luego de su desbocada carrera a lo largo del geográfico tajo humahuaqueño, el viento de agosto se expandía en el valle estableciendo temperatura de horno y enturbiando el paisaje con la polvareda de su loco galope.

Desde muy temprano la ciudad vibraba en un trajín tan intenso como inusitado de sus moradores: voces, idas y venidas, agitación, actividad y alboroto en todas partes, denotaban que algún suceso extraordinario en la vida de aquella plaza colonial —dormida siempre en el silencio de su rutina y calma— despertábala hoy, conmoviendo profundamente su territorio y entregando a la totalidad de sus habitantes a un trabajo extraño y formidable.

24 NdC: De *Otras páginas*, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, 2002. La primera edición corresponde al año 1982 y la realiza Ed. Buenamontaña. Publicado en la Revista “Estampas del Norte”, de Tucumán, en agosto de 1958 (Nota de la edición original)

Se cumplía con febril apresuramiento el Bando con que Belgrano fulminara a los jujeños, aprestando la partida a Tucumán ese mismo día, pues la vanguardia realista ya ocupaba Volcán, mientras que las avanzadas de Díaz Vélez, retrogradando la Quebrada, habíanse replegado hasta Yala. No había un minuto que perder. Se abandonaría el suelo, todo sería llevado y transportado: provisiones, cosechas, bienes, animales..., lo que quedara, entregado a las llamas y la destrucción. La pena de muerte a aquel que no se uniera a la marcha o no cumpliera con la mayor escrupulosidad lo ordenado. La retirada “se llevará a ejecución venciendo imposibles mismos”, repetía Belgrano. La guerra se anunciaba terrible. El hecho de haber tomado las armas contra el Rey implicaba el vuelco total de todas las voluntades, a través de todos los sacrificios y todas las luchas, para llevar adelante y con gloria la causa elegida.

La táctica de “tierra arrasada”, prolongando el erial puneño, privaría de abastecimientos, pastos, remonta y facilidades al ejército español, que después de casi un mes de marcha a través de los desolados caminos que desde Suipacha, atravesando la Puna y la Quebrada los llevaba a Jujuy, contaban encontrar en ésta, el remanso de su valle, el descanso cómodo de su ciudad y el aprovisionamiento en su fértil campiña... La desolación y la ruina los esperaba.

Durante toda la mañana y la tarde de ese día el desasosegado movimiento no decreció un instante. Desde todos los puntos que convergían a la ciudad llegaban entre el griterío de sus conductores, caballadas de todos los pelos, recuas de mulas serranas, tropas de cenicientos burritos de enfloradas orejas, chivos asustadizos y saltones, rebaños de encardilladas y sucias ovejas, astudas vacas de azorados ojos que se resistían asustadas a penetrar en aquel tropel ruidoso. Bajaban también los carros crujiendo bajo el peso de sus cargas de maíz, zapallos, costales de cebada, trigo, papas, y las cabalgaduras que los puesteros traían a tiro para sus patrones. La campaña, vaciados sus trojes, incendiados sus campos de labranza, abiertos sus corrales, se volcaba en presencias.

La ciudad, en tanto, hervía en un tráfago de extraña feria. Las carretas junto a las casas recibían increíbles cargas: petacas de peludo cuero se encajaban entre el laberinto de ropas, bultos, frazadas, enseres; las alforjas mostraban por sus bocas abiertas los bollos recién horneados, el charqui, los tamales. Los comerciantes vaciaban las estanterías, encajonando los géneros, asegurando los sacos. Se extraían los tesoros de los templos y se transportaban los restos que aún quedaban del archivo municipal, llevado el día anterior y restituido mucho después en forma incompleta y en terrible confusión. Terminábase la fundición de algunos cañones en las maestranzas del Chingo. Los pozos eran cegados y las acequias desviadas y

desbordadas. En el fondo de alguna quinta, ocultamente se enterraban joyas o tesoros familiares. Ensordecía el continuo ladrar de los perros abalanzados sobre las bestias y carruajes en paso, o trezados en terribles peleas, los flacos y sufridos del campo con los de la ciudad, gozosos de esa libertad sin límites que se les ofrecía.

Por sobre el griterío de las despavoridas gallinas perseguidas por las chinitas y los perros, se imponía la estridencia de las otras aves ya encerradas en las jaulas de clavillos que colgaban de los carros. El llanto de las criaturas aumentaba la nerviosidad diligente de las madres, entregadas estoicamente a la gran tarea. La clara nota de los cencerros se repetía en cada movimiento del ganado, uniéndose al golpeteo seco de los guardamontes y los desaforados gritos de los arrieros, tratando de organizar y separar sus tropas, o atajando el empuje de los animales empecinados en regresar a la querencia.

Enredada en la agitación, los esfuerzos y el ruido, toda esa compleja muchedumbre de soldados, civiles, mujeres, niños, indios; todo ese vaivén de carros, animales y carga, formaba un conjunto sonoro, policromo, extraño, que se fue desplazando hacia las playas del Xibi-Xibi, organizándose para la partida. El viento norte, soplando tenaz todo el día, presidiéndolo todo, incansablemente desnudaba la floresta realizando desde las alturas la dorada siembra de las hojas muertas, mientras remolineaban en esa atmósfera densa, pegajosa, como extraños pilpintos negros, los restos de las quemazones de chacrales y rastrojos vecinos, cuyas humaredas, afoscando aún más el ambiente, ponían otras lágrimas en los ojos.

Hacia las cinco de la tarde todo estuvo listo: el ejército, pueblo y la impedimenta. La vanguardia que llegaba al mando de Díaz Vélez se incorporó a las fuerzas en Jujuy, pasando a formar la retaguardia.

Cesó el viento..., la tarde puso algún frescor en el aire, se insinuó en vaguedades azulosas y curvándose sobre el poniente, lo anaranjó de un brochazo. El sol, al hundirse tras el Chañi, descargó los colores que en la mañana forjara junto al Zapla, y el paisaje entristecido exhaló silencio, que avanzando entre incipientes sombras, aquietó los árboles, las cosas..., penetró en la ciudad vacía y aliándose con el dolor de la partida, se distendió sobre la doliente caravana cerrando todas las bocas, pero dejando entreabierta las almas a la meditación y el recuerdo.

Vibró una orden, chasquearon los látigos, crujieron las ruedas, se espolearon los animales y la multitud se puso en movimiento tomando el camino de Las Postas. El silencio huyó

entonces a lo alto, y cuando la marcha ajustó su ritmo al paso tardo de las bestias y el dolor embargó todos los espíritus, se aposentó de nuevo sobre ese pueblo que emigraba.

La ciudad fue perdiéndose lentamente en la lejanía y la noche que avanzaba; se ocultó entre el bosque de sus quintas, dijo su último adiós en las torres de sus templos y desapareció a la vista de los emigrados.

Sitiado de penumbras, el ocaso distante desesperó una última claridad, y la noche que bajaba cautelosamente, condecoró la gloria de aquel día agonizante con la titilación de su primera estrella.

Marcos Paz

CANTO AL ÉXODO. POEMA ÉPICO.

(Fragmento)²⁵

Lo que más impresiona de este acontecimiento histórico fue la tremenda y espontánea adhesión de todo el Pueblo de Jujuy, que sobreponiéndose a las dramáticas situaciones de la hora, prefirió el arrasamiento de la nativa tierra y el holocausto de los hogares, antes que ver mancillados sus ideales de libertad.

El Bando militar del 29 de julio, fue así, el punto de partida de la expatriación heroica.

CANTO IV

“A VOSOTROS SE ATREVE ARGENTINOS
EL ORGULLO DEL VIL INVASOR...”

El Bando es reto que se alza,
tambor de guerra que late,
anuncia a los cuatro rumbos
su dramático mensaje,
vuela desde tierra fértil
hacia cumbres desafiantes.
Convocatoria de plomo
se aventa por los tolares.

25 NdC: El poema tiene como subtítulo “Homenaje a la Gesta Jujeña del 23 de Agosto de 1812”. Obtuvo el 2do premio en el Concurso Literario del Instituto de Arte y Cultura de la Pcia. de Jujuy en el año 1959. El texto se publicó por primera vez en 1960-61 (1960 figura en la portada y 61 en el pie de imprenta). La segunda edición, que se realizó en el año 1977, registra algunas variantes. El presente fragmento corresponde a esta última.

Toda la aldea se mueve
en alas de aquel enjambre.
¡Que nada quede. En los huertos
se aniquilen los frutales!
¡Sólo encuentre el enemigo
por cada paso que avance,
jirón de renunciamentos
rebelión de altiva sangre!

Chispazos de bravo signo
es la estrategia gigante.
Prolongación del desierto
en holocausto de hogares.
Niños, mujeres y viejos,
comulgan con el coraje
y cumplen los hacendados,
labriegos y comerciantes.

Se arrearon ya los ganados
y quemaron pastizales.
¡Qué nada quede. ¡Es la orden
dramática y desafiante!
“Tierra arrasada” que gime
bajo una cruz que es de nadie,
que es de todos, larga herida
cubierta por salitrales.

La “tierra arrasada” es guerra
en Puna, Quebrada y Valle,
mortaja gris que se extiende
por siembras y manantiales,
llamarada que aniquila

la vida en campos y hogares,
pasión de yunque y martillo
donde golpea el coraje.

Todo Jujuy es la inmensa
soledad de soledades...
Borbotones de humos densos
hilan largas espirales,
formas oscuras que trepan
para morir en el aire,
perseguidas por los filos
de flamígeros alfanjes.

Por el Camino de Postas
y a las cinco de la tarde,
desgarrón de la partida,
cicatriz de suelos lares.
Andando por esos rumbos
un pueblo se hizo estandarte,
albas señales que asoman
en azules siderales.

Cuyaya quedó meciendo
el adiós de los follajes,
de lapachos y de ceibos,
de alisos y guayacanes...!
Lo que se va siempre vuelve
es la leyenda del Valle,
donde reza el Xibi Xibi
y brama en su andar el Grande...

Año doce que desborda
vertientes de drama y sangre.
En el norte se dan cita
relumbrones del coraje.
Jujuy erige su credo
paladín de lanza y sable,
en la gesta y en el bronce
de los pueblos inmortales.

Domingo Zerpa

CANTO AL GENERAL BELGRANO Y SU BANDERA²⁶

(Homenaje a Jujuy en el sesquicentenario del Éxodo, 1812-1962).

He aquí tu bandera,
General Belgrano:
lirio y paloma,
paloma y lirio en nuestros brazos.
Como en el primer día,
tu corazón, intacto.
Tu voz cada mañana,
con el canto del gallo,
une los cuatro puntos cardinales del alma
y torna a ser tu antigua voz de mando.

Sí, General Belgrano, es ésta tu bandera,
la tenemos nosotros, no soñamos,
bien que parezca un sueño que fuera ésta
la que estuvo en tus manos,
la que en el año doce, frente a nuestro cabildo,
en el día más alto de la Patria: 25 de Mayo,
nos la enseñaste así, como está ahora,
pura como tu nombre, General Belgrano.

26 NdC: Publicado en los libros: *Celeste y Blanca*, edición del autor, 1962, y *La Puna en poesía y prosa. Antología inicial de Abra Pampa*, editado por la Comisión Municipal de Abra Pampa, año 1975. La presente versión fue extraída de las *Obras Completas*, Universidad Nacional de Jujuy, 2011.

Nunca sabremos cómo es este goce,
este inefable goce azul y blanco,
que se baña de luz sobre la espuma
y asciende por la escala de los pájaros;
goce de ser y de haber sido casi
desde el Grito Sagrado,
casi desde las mismas barrancas del gran río
por el blanco y azul purificado,
un pueblo hecho estandarte,
un pueblo hecho regazo,
donde se mece entre el jazmín del cielo
y el oro del naranjo,
la historia de tu nombre,
que es nuestra propia historia, General Belgrano.

Rememoremos esto
con el alma en los labios
que las palabras vengan sin llamarlas
y vayan enhebrando,
como en la prosa de las viejas crónicas,
entre una flor y un ángel, las cuentas del relato.
Aquellos años nuestros
eran años amargos,
los de dormir con la lanza en la diestra
y refundir el bronce de antiguos campanarios;
antes de Tucumán y Salta,
antes de Güemes y sus gauchos,
antes del amanecer de San Lorenzo
y de los ciento veinte o veinticinco granaderos bizarros;
cuando la tierra toda se encogía
como un manto sagrado,
para que el cierzo de la noche de Huaqui

no agostara las rosas florecidas en Mayo,
las encendidas rosas de Moreno
y de tus propias rosas, General Belgrano.
Era la hora de una mano en el pecho,
la hora del laurel en la otra mano.
Sobre este nuevo mapa de la América
se jugaba la suerte de los pueblos, entre libres y esclavos.
Jujuy, en la cintura de ese mapa,
tenía su lugar ya señalado;
le faltaba el minuto en que se pasa
del abismo a los astros,
y ese minuto, el 23 de Agosto,
¡nunca será ese día del todo ponderado!
llegó como en las noches de tormenta
llega la luz en el fervor de un lampo,
como llega tu nombre a nuestra sangre
si los cisnes se miran en los lagos,
si las gaviotas cruzan el océano,
si la nube se acuesta en la montaña,
General Belgrano.

El 23 de Agosto por la noche,
enarboló el pañuelo su adiós al campanario,
y la ciudad entera,
arrancada de cuajo,
sísmicamente pura,
con el fervor del agua desbordada del vaso,
inició su camino hacia la gloria,
bajo un cielo estrellado.
Así, como en el Viejo Testamento,
aquí también el cielo fue parte del milagro
donde el monte caía y el río se secaba

para que Jujuy pase con su Grito Sagrado,
su paloma celeste,
su lirio azucarado,
hacia la cruz del sud que la esperaba,
en el mes de las flores y los pájaros,
con el primer laurel de Tucumán y Salta,
que es tu laurel y el nuestro, General Belgrano.

No diremos aquí cómo fue el Éxodo,
cómo el minuto aquel en que la tierra transformada en manto
se plegaba hacia las lindes de la historia
con himnos de presagio.

No diremos aquí cómo las madres y las novias,
las aves y los granos,
y hasta la piedra misma,
¡sea Dios alabado!
buscaban el profundo sentido de las cosas,
no en el cielo estrellado
no en las calientes vísceras,
no en las alas del pájaro;
sino en las hondas vetas de los pechos
dulcemente horadados
por la celeste y blanca floración de tu genio,
General Belgrano.

Y así fue como el 23 de Agosto
del año azul y blanco,
antes de Tucumán y Salta,
antes de Güemes y sus gauchos,
antes del amanecer de San Lorenzo
y de los ciento veinte o veinticinco granaderos bizarros,
vino la gloria y nos dejó en la frente
la luz inextinguible de tu estrella, General Belgrano.

Marcos Paz

AURORAS DE LIBERTAD

(Fragmento)²⁷

Acto Primero

[...]

SOLDADO — ¡Permiso, mi General! está a visitarlo el Padre Gorriti, viene acompañado con un arriero que al parecer llega de lejos, por la traza parece ser hombre del sur...

BELGRANO — Adelante, hágalos pasar, el Padre Gorriti siempre es buena visita para mí.

GORRITI — Buenos días, mi General, como de costumbre, tan temprano usted ya en su trabajo.

BELGRANO — Buenos días, padre, se hace lo que se puede.

GORRITI — Ahora vengo acompañado, este hombre le trae noticias de Buenos Aires, esperamos que sean buenas. Ha recalado en mi Iglesia para agradecer a la Virgen la protección que le ha dado en su larga travesía y averiguando a dónde podía encontrarlo, me dispuse a traerlo hasta aquí.

BELGRANO — Gracias padre, y bien soldado, aquí me tiene.

SARGENTO — Permiso, mi General. Sargento Nicanor Rojas, del Cuerpo de Patricios de Buenos Aires. El Gobierno manda este parte para usted.

BELGRANO — Lo esperaba. ¿Qué tal su viaje, Sargento?

27 NdC: El presente texto se encuentra en la Biblioteca Popular en formato de cartilla mecanografiada. Allí se expone el siguiente título: *Comedia Dramática en tres actos en torno a la epopeya del Éxodo jujeño. Son las Auroras de Libertad por Marcos Paz. 1965*. Recientemente publicado en la Colección Bicentenario del Éxodo Jujeño, editada por la Secretaría de Turismo y Cultura de Jujuy y la Universidad Nacional de Jujuy, 2012. (Vol. VI).

SARGENTO — Nueve jornadas he galopado desde Buenos Aires, mi General, ayer llegué a la Posta de la Ciénaga y ahora ya estoy aquí pa' cumplir la orden de mi Gobierno... Lejitos había sío este Jujuy, ¿... sabe?

BELGRANO — ¡Asistente!

SOLDADO — ¡A la orden, mi General!

BELGRANO — Acompañe a este Sargento de Patricios, que se le den comodidades, que preparen buenas cabalgaduras, debe descansar lo mejor que pueda, mañana debe regresar a Buenos Aires llevando mi respuesta.

SARGENTO — ¿Mañana?, ¿mañana?

BELGRANO — Tenemos muy poco tiempo para todo, sargento. Cuanto más rápido, mejor será para nosotros. Así que vaya a descansar, que mañana tiene que andar fuerte. Buenos Aires debe saber cuanto antes cómo la estamos pasando aquí.

SARGENTO — Un sargento de Patricios sabe cumplir. ¡Permiso, General! *(Se cuadra mientras se retira con el asistente de Belgrano)*

BELGRANO — Padre Gorriti, ahora veremos cuáles son las noticias de Buenos Aires *(abre el sobre y lee)*. Ya me parecía, lo de siempre, vivimos las horas más difíciles de nuestra campaña... ¡Dios no ha de permitir que suceda lo peor!

GORRITI — Dios nunca desampara a los que luchan por la concordia y justicia de los pueblos... Pero ¿qué es lo que lo aflige tanto, General?

BELGRANO — Verá usted, padre, el enemigo avanza sojuzgando sangrientamente a los pueblos del norte que se oponen a sus intentos de esclavitud. Cochabamba ha sido bárbaramente reprimida, un ejército superior en número y en armamentos amenaza y sus tribunales de muerte siguen funcionando. Todo esto me desespera, ante la impotencia de no poder ir en auxilio de esas pobres gentes. ¡Hasta cuándo lo vamos a soportar!

GORRITI — Dios nos ha de ayudar General.

BELGRANO — Y aquí tiene lo peor, Buenos Aires me ordena que abandone estas regiones. ¡Esto ya es el colmo! ¡Nuestra causa se derrumba así! Me mandan a hacer la guerra y ni si-

quiera armas, ni municiones, ni pólvora me envían, solamente reconvenciones, protestas... y hasta quieren que no exhiba más nuestra bandera.

GORRITI — ¡Cómo!, también eso... ¿nuestra bandera?

BELGRANO — Sí, padre Gorriti, esa Bandera que usted mismo bendijera y que nuestro pueblo y ejército la juró sostener por encima de todas las adversidades... ¡Ah!, ¡padre!, pero esta bandera yo no la desharé, ni la sustituiré por ese estandarte real que aún ondea en el Fuerte de Buenos Aires. Nuestra bandera azul y blanca, la guardaremos para el día de una gran victoria por el Ejército y si nuestro pueblo nos acompaña, como lo espero, ese día llegará pronto para nosotros...

GORRITI — ¡Muy bien, General!, con hombres como usted se forja la Patria.

BELGRANO — Mire usted padre Gorriti, lea usted, estas son las órdenes que me vienen de Buenos Aires.

GORRITI — (*Leyendo*) - “Bajo ningún pretexto debe enfrentar al enemigo. Con todos sus efectivos, armas y vituallas debe abandonar sus posiciones y con la poca tropa que quedara a su mando, debe replegarse cuanto antes hasta Córdoba, para esperar allí nuevas órdenes...” (*Luego de una pausa*) — ¡Protesto, General! ¡Protesto...! Esto sí que no puede ser. ¡Los que hacemos la guerra estamos aquí, frente al enemigo...! Cómo puede Buenos Aires ordenarle que abandone estas tierras y a este pueblo, que está dispuesto a defender con uñas y dientes su libertad...

BELGRANO — Ya ve, Padre Gorriti, cuál es el motivo de mi aflicción.

GORRITI — Sí, General, pero admitamos que hemos contraído un juramento ante Dios... ¿recuerda? Pues bien, conozco a mi pueblo y puedo asegurarle que cualquiera sea la decisión que tome, la hemos de cumplir, ¡por la Patria y la libertad de nuestro suelo!

BELGRANO — Hermosas palabras, padre Gorriti. Usted piensa como yo.

GORRITI — Y entonces General... ¿qué esperamos? Buenos Aires no nos va a resolver nuestros problemas, demasiado lejos están para darse exacta cuenta de lo que aquí ocurre... General, yo creo que ha llegado el momento de decidir algo importante... de eso que hemos

hablado ya en otras oportunidades... ¡Un éxodo de todo el pueblo...! ¡Para que el enemigo sienta bajo sus plantas, arder de rebelión de nuestra propia “tierra arrasada”!

BELGRANO — “Tierra arrasada”... ¡Me preocupa ese plan! Es como un salto en el vacío. El Gobierno de Buenos Aires jamás me perdonaría una desobediencia así... eso y combatir es lo mismo.

GORRITI — ¡Más que combatir, General!, con la abnegación mártir, la victoria vendrá. Ese sacrificio afirmará nuestra causa ante todos los pueblos de América... ¿Y qué otra cosa nos queda por hacer...?

BELGRANO — Tiene razón, padre Gorriti, muchas veces lo hemos conversado, pero como soldado que soy, estoy obligado a obedecer... *(Pausa)* Pero también amo demasiado a estas provincias para cedérselas al enemigo y todo, porque Buenos Aires nos cree derrotados... ¡No, padre, carecemos de armas, pero tenemos en esta tierra algo que vale más que los fusiles y los pertrechos, tenemos aquí el coraje criollo dispuesto a todos los sacrificios y la historia y las generaciones futuras nos juzgarían muy mal si no hiciéramos lo que corresponde!

GORRITI — Y bien, General, sé cuántas angustias va a tener que soportar el pueblo, pero ninguna como la de perder su libertad. Tenga por seguro que hemos de acompañarle en cualquier determinación que tome. Conozco a mi pueblo, General, y sé que la libertad no es sólo una esperanza para nosotros, sino un objetivo que debemos conquistar. Y bien General, ahora voy a dejarlo, usted tiene mucho que trabajar, yo iré por mi parte a mi Iglesia, para implorar a Dios su protección, así que hasta pronto, General...

BELGRANO — Debo agradecerle, padre Gorriti, sus palabras me han hecho mucho bien, créamelo. Hoy decidiremos lo que vamos a hacer y esté usted seguro de que el pueblo tendrá su parte fundamental.

GORRITI — ¡Así lo espero, respondo por mi pueblo...! ¡Que Dios lo bendiga! Hasta pronto, General.

BELGRANO — Hasta muy pronto, padre Gorriti.

(Belgrano ha quedado sólo en su despacho. Se pasea nerviosamente, observa el mapa que cuelga de la pared, luego se sienta ante su escritorio, consulta otros papeles y luego)

BELGRANO — Pero esto no puede ser, si Goyeneche logra dominar estas regiones, se hará lo suficientemente fuerte como para conquistar Córdoba y quién sabe lo que vendrá luego... *(Vuelve a leer sus papeles, medita y luego, tomando entre sus manos el crucifijo)* ¡Ayúdame, Dios mío, ilumina mi mente para que pueda resolver esta tremenda responsabilidad...! Ayúdame *(con sus manos en actitud de rezo)*. Padre nuestro que estás en el cielo...

(Las luces de escena pierden gradual intensidad, un cono de luz cae sobre la figura de Belgrano, que ha reclinado suavemente la cabeza, mientras una suave melodía invade el recinto que ha quedado en penumbras)

UNA VOZ *(La Patria)* *(Con suave música de fondo)*

Meditas héroe en silencio
tus responsabilidades,
la vigilia te acompaña
y te tutelan penates.
¿Qué drama tremendo agita
tus íntimas soledades?
¿La orden tan terminante
que vino de Buenos Aires?

¡Escucha, Manuel Belgrano...
Capitán de Generales,
sin la fuerza de estos hijos
no libres ningún combate.
Ya se anuncia en ti la Gloria
con sus presagios marciales...
¡El pedestal de tu estatua
tiene raíces de Valle!!

(Lentamente la escena vuelve a recobrar la iluminación, mientras cesa la suave música de fondo. Belgrano, como quien despierta de un sueño, luego a tiempo que se incorpora...)

BELGRANO — ¡Ha sido un sueño...! Sí, un sueño... ¡La Patria ha venido en mis sueños...! Dios me ha escuchado (*como recordando*) “Sin la fuerza de estos hijos, no libres ningún combate...”. Está claro ahora... ¡es la Patria que me impone no abandonar estas regiones...! ¡Nada ni nadie podrá impedir nuestra victoria...! (*adelantándose hacia la puerta*) ¡Guardia!

SOLDADO — ¡A la orden, mi General!

BELGRANO — ¡Que el Capitán Helguera y el Teniente Sanchez se constituyan de inmediato ante mi presencia...!

SOLDADO — ¡Sí, mi General, con permiso!

BELGRANO (*hacia el centro de escena*) — ¡Dios no nos desampara! Este pueblo, que ha tenido el privilegio de jurar con el Ejército fidelidad a la Primera Bandera Nacional desplegada en mis manos, tiene ahora la gran oportunidad de proyectarse a la historia, en una de las páginas más sublimes de abnegación y renunciamento, y quiera Dios, que nuestra empresa triunfe sobre los enemigos de la Patria...

SOLDADO — ¡El Capitán Helguera y el Teniente Sanchez están presentes!

CAPITÁN HELGUERA — Permiso, mi General. ¡Presente!

TENIENTE SANCHEZ — ¡Presente, mi General!

BELGRANO — Capitán Helguera, mande al corneta a tocar generala. Los señores Jefes y Oficiales se reunirán de inmediato en mi despacho. Haga decir al Vicario del Ejército, Padre Gorriti, que le esperamos en esta reunión, él comparte nuestras decisiones... y cite a todos los señores miembros del Cabildo a una reunión especial que se hará esta tarde a las cinco. ¡Anúncieles que el General Belgrano les hará conocer una importante determinación...! ¡A cumplir la orden, Capitán!

HELGUERA — ¡En el acto, mi General, con su permiso!

BELGRANO — Teniente Sanchez...

SANCHEZ — ¡Ordene, mi General!

BELGRANO — Ubíquese en aquella mesa, voy a dictarle... *(mientras el Teniente Sanchez se prepara a tomar nota)* ¡Hoy es el día de una gran decisión...! ¡La Patria está necesitando de un gran ejemplo...! Escribid:

“Cuartel General de Jujuy, 29 de julio de 1812... Bando Militar... Desde que puse el pie en vuestro suelo, os he hablado con verdad... Llegó pues la época en que manifestéis vuestro heroísmo... y vengáis a reuniros con el Ejército de mi mando, si como aseguráis, queréis ser libres... ¡Hacendados, apresuráos a sacar vuestros ganados vacunos, caballares y lanares, que haya en vuestras estancias y al mismo tiempo vuestros charquis hacia el Tucumán...! ¡Labradores! Asegurad vuestras cosechas extrayéndolas para el mismo punto... Comerciantes, no perdáis un momento en enfiardelar vuestros efectos y remitidlos a Tucumán... *(mientras pronuncia estas palabras va bajando el telón)* Estad listos a marchar con mi primera orden...”
(TELÓN) *Al cierre de telón se escucha en el fondo un toque de clarín.*

FIN DEL PRIMER ACTO

Ernestina Acosta

BELGRANO, EN EL ÉXODO²⁸

Más allá de un tiempo centenario
en este ángulo de luz
que la múltiple geografía de mi patria
llama la muy lejana provincia de Jujuy...

Más allá de un tiempo centenario;
entre el polvoso reino del viento solitario
por las leguas de Jujuy enamorado
de las azules nubes de los tarcos,
y de la fronda rosa del lapacho,
bajo estos cielos aldeanos,
cabalga el general Manuel Belgrano
cabalga por metales y ensueños escoltado.

Atrás queda lo fundado y lo vivido.
Los labradores crucificaron el trigo
sobre una cruz de fuego;
y cien arrieros fugitivos (cuesta arriba de los gritos)
arriando van las estrellas
por cañadones ardidos.

28 NdC: Este poema aparece publicado en el libro *Pequeña Antología* en el año 1967. Con algunas variantes, aparece luego en *Diez poemas, una patria* del año 1981. Esta última versión es la que se presenta aquí.

En las antiguas riberas del río
el arenal y las piedras son milenarios testigos
de un General que cabalga
hacia un destino de siglos.
Un horizonte enterrado
ante el pueblo fugitivo.

Detrás del general Belgrano
la turbulencia azul de la Quebrada...
(por los cielos de la historia
se esparce un tiempo bronce de batallas)

Más aquí del tiempo centenario
en esta lejana provincia de Jujuy
que mi canto (oscura artesanía)
llama el solar del oro y de la luz;
por el tiempo de agosto, el de los vientos y los cardos
entre bermejas quebradas y solitarios airampos,
bajo estos cielos aldeanos,
por mediodías y por leguas escoltado
siento llegar al general Manuel Belgrano.

Jujuy flamea en su costado
y sale a regresar en la elegía tenaz
del encendido Bando.

Jujuy... empujando la patria hacia el verano
Jujuy, ¡tan cantar de gesta en suelo deshallado!

Miguel Ángel Pereira

ÉXODO JUJEÑO²⁹

Fue aquí, en este luminoso predio de desbordados encantos, donde el subtropical ardoroso se reclina sobre los valles templados y la desolación gris de la Puna:

En esta tierra del milagro hecha para el asombro, donde Dios citó la diversidad geográfica del mundo.

En este señalado palmo de la Patria, donde existe, embellecido, todo lo existente. Fue aquí, en Jujuy, tierra alta en la geografía y la esperanza.

Y fue este pueblo, abanderado, que siguió heroicamente por entre el polvo de cientos de combates y el guerrear constante de quince años, el ondear de la bandera en la victoria o la derrota.

Este pueblo, mártir, donde se estrellaron las encontradas corrientes de la guerra libertaria, que subían frenéticas de ideales del Buenos Aires revolucionario y bajaban arrasantes del Alto Perú, realista y poderoso.

Este pueblo, muralla, que taponó con sangre gaucha la Quebrada de Humahuaca al poder invasor, que no pudo flamear sus pendones más allá del Tucumán de la victoria.

Este pueblo, primero en la República que juró fidelidad a la bandera presentada en las manos de su creador insigne y primero también donde se bendijo la enseña de la Patria, divinizando su causa el Dios de nuestros antepasados.

Este pueblo, que en Yavi inició la contienda emancipadora y que fue el último en Tumusla en bajar las armas de la guerra americana.

Fue este pueblo, el pueblo jujeño, cuya historia de sacrificio, desprendimiento, valor y gloria, es la historia misma de la bandera.

Y fue en agosto, turbia presencia de vientos polvorosos adumbrando el dorado paisaje de la tierra.

En agosto, denso aliento grávido y quemante, inundando nuestra geografía comarcana.

29 Op. Cit. pág. 139. Discurso pronunciado en representación del Gobierno Provincial el 23 de agosto de 1968, en la Plaza Belgrano de la Ciudad de San Salvador de Jujuy. (Nota de la edición original)

En agosto, trágico de ululante viento norte, estéril de resquebrajadas sequedades, hostil de secas ramazones.

En agosto, triste, desolador, sombrío en su naturaleza, pero luciente y puro en la gloria y el honor de los jujeños. Mes consagratorio de su fama y de su espíritu. Divisa airosa que señala su decisión y amor por la libertad y la patria, unidos en un solo amor santificado.

Fue aquí, por este pueblo, en agosto, un domingo 23 de 1812, cuando la epopeya multitudinaria del Éxodo llevó a Jujuy hacia la gloria, pero también a la miseria y el derrumbe.

No relataremos su desarrollo. No cronicaremos los hechos y acciones ocurridos, para todos nosotros conocidos. Sólo cabe la reflexión. El meditar sereno, porque para llegar a comprender y a sentir en toda su grandiosa magnitud el gesto heroico de Jujuy en el día de su primer éxodo, es menester que cavemos muy hondo en el sentimiento patriótico y que bajando hasta la entraña misma de la nacionalidad, encontremos, tibio y vivo como un corazón tensado en eterna diástole, el amor a la patria, síntesis cabal de todos los desprendimientos sublimes y los más nobles atributos del alma humana.

Porque esta fecha, 23 de agosto, la más heroica en el calendario de gesta de Jujuy, no nos congrega para exteriorizar el alborozado recuerdo de una victoria de armas, ni nos reúne en plañidero coro para lamentar una derrota. El éxodo jujeño trasciende la alegría y la pena, supera la adversidad y la buena fortuna, sobrepasa los azares y vicisitudes, levantando por sobre esas circunstancias elementales en la vida de un pueblo, el silencioso y hondo ejemplo de su total sacrificio por la Patria que nacía.

Porque era necesario haberla amado hasta el delirio, para desprenderse en un día de todo lo logrado a lo largo de una vida. Porque era necesario haber creído fanáticamente en la concreción de sus ideales, para marchar a la ventura abandonando el terruño amado. Porque era necesario haberse encendido en sus ardientes anhelos libertarios, para emprender esa larga peregrinación de muerte y penurias. Porque era necesario haberse convencido hasta la ceguera, para dar la vida a su menor llamado. Y porque era necesario haberse desangrado en desprendimientos a sus patéticos pedidos, para marchar algunos llevando tan sólo lo que podía caber en sus bolsillos.

El éxodo jujeño es el nuevo ideal hecho carne de realidad en el alma de un pueblo. Es el germen mudo y fecundo de la democracia argentina madurando en la marcha de agosto. Es el gesto decisivo que proclama la existencia rotunda de la Patria. La respuesta magnífica de la tierra a los sueños de opresión de la conquista. La tremenda inmolación que todo un pueblo

deposita como primera ofrenda a los pies de la nacionalidad que surgía. El sacrificio civil cumplido en silencio y sin alardes. La simiente luminosa de la victoria germinando por los caminos del destierro el florecer magnífico de los triunfos en campos tucumanos y salteños. Y es, finalmente, la prueba decisiva que la Patria exige a nuestra tierra, para luego enastar en el elevado fervor de los jujeños, el trapo impoluto de su primera bandera.

Celina Padilla de Mengual

A JUJUY Y SU HEROICO ÉXODO³⁰

Emocionada sigo paso a paso
el luminoso trazo de tu historia,
tras tus ocasos lentos y solemnes
como el rito oriental de las pagodas...
Remontando la sangre de tus héroes
—por el dolor que te ciñó laureles—
llego a la cumbre misma de tu gloria
y engarzado en el cuarzo de tus cerros
—como esquiras de luz— dejo mi llanto,
para que alumbre siempre mi memoria.

30 NdC: De *Poesía y Prosa en Jujuy*, Universidad Nacional de Jujuy, 1993 (1969).

Jorge Hugo Chagra

LA 23 DE AGOSTO (ZAMBA)³¹

Ruidos de cañones atruenan los cerros,
el cóndor agita sus alas tenaz,
al Chañi ha llegado el grito de guerra
el valle ha perdido la calma y la paz.

Allá van jujeños cortando quebradas
el cielo enlutado los mira marchar;
la tierra está yerma, el godo ha llegado
la caja penada dejó de tocar.

Mis versos te evocan centauro jujeño,
tus hijos recuerdan que en prueba de amor,
regaste con sangre tu tierra norteña,
blandiendo machetes al son del tambor.

Siguiendo a Belgrano, cruzaron el Zapla,
el Fuerte de Cobos, Cabezas de Buey,
y allá en un recodo del triste camino
por nuestra bandera juraron morir.

31 NdC: Del disco *A Jujuy siempre se vuelve*, 1974, Sello Viltipoco. Este disco presenta una reseña y dos canciones cuyas letras fueron compuestas por Marcos Paz.

Las recuas de mulas acallan los versos
de alguna baguala robada al cacuí,
qué de pena anidan esos pechos tristes,
qué solo y lejano se ha queda'o Jujuy.

Mis versos te evocan centauro jujeño,
tus hijos recuerdan que en prueba de amor,
regaste con sangre tu tierra nortea,
blandiendo machetes al son del tambor.

Rodolfo Álvarez

EL ÉXODO JUJEÑO³²

Con su bandera al viento,
señuelo de su Agosto enardecido,
Jujuy es una llama que se extiende
y avanza buscando su destino.
“Hay que llevarlo todo o destruirlo
—ha dicho el Jefe con su voz de bronce—
para que nada encuentre el enemigo
que viene hacia nosotros desde el norte”.

Y allí quedó el hogar y las haciendas
y los sembríos del esfuerzo manso,
nutriendo aquella hoguera que daría
eterna lumbre para el sueño patrio.
La tarde es una aurora cuyo fuego
manando de las almas y las prendas,
se trepa por el Chañi en resplandores
que alumbran las distancias y las sendas.

Todo es ansia, pasión, renunciamento
en el éxodo heroico de Jujuy,
cuya acción sigilosa y decidida
repercute en los erkes del cacuy.

32 NdC: De *Jujuy en piedra y nube*, edición del autor, año 1974.

Se han trocado campanas en cañones
y se tornan mil lanzas los facones.
Y los mansos pastores y labriegos
se transforman en bravos guerrilleros
al ver a las mujeres preparando
proyectiles y vendas con sus manos.

La patria es una niña que subsiste
por la savia vital de su linaje,
frente a la saña histérica del Godo
que pretende su muerte o vasallaje.
Es una angustia que desgarrar el pecho
y apuña dedos gauchos en sus lanzas...
un corazón que amarra corazones
y una estrella temblando en la distancia.

La patria está en la luz de esa bandera
recién nacida para el estro gaucho,
y en la voz llameante del poeta
que mandaba a la lucha con su bando:
“Hay que llevarlo todo o destruirlo
para que nada encuentre el enemigo;
que la victoria exige el sacrificio
del hogar y la hacienda y el destino.”

Y el río de coraje y heroísmo
ruge y avanza por las leguas acres,
entre asombros de cóndores y montes
que saludan con alas y ramajes.
Los ranchos del camino van sumado
su valor y fuerzas al patricio afán,
en tanto los baqueanos descubrían

una luz celeste mostrando el Tucumán.
Era el lucero que Manuel Belgrano
mostró a las huestes del Jujuy patriota,
para animarlas en la estoica marcha
hacia los campos de la eterna gloria...
No tarda en sofrenar el enemigo
ante la humeante plaza abandonada,
y en lanzarse a la zaga mal herido
por la trágica burla no esperada.

Las piedras y las leguas y los soles
ahondan sus hambrunas y fatigas...
que poco valen reales y cañones
en las tierras hostiles y enemigas.

Las huestes de la patria mientras tanto
ya están en Tucumán atrincheradas...
han crecido ya en número y potencia
con el caudal de San Miguel y Salta.

Lamadrid va animando el campamento
con vidalas y cuecas y huainitos,
aguardando el histórico momento
de cantar a los triunfos presentidos.

Y en el campo inmortal de las carreras
el enemigo cae a pocos días,
enredado en el lazo que tendiera
el General, fingiéndole que huía.

Más luego cayó en Salta, ya abatido
por el pujante afán de los patriotas
que regresan al Chañi bendecidos
por un año de luchas y de glorias.

Y otra vez en la plaza de sus sueños
Belgrano enarboló la noble enseña
que en la iglesia matriz se bendijera,
y les habló así a los jujeños:

“A vosotros, jujeños, os confío
la enseña primigenia de la Patria,
por el grande valor con que habéis ido
a defenderla en Tucumán y en Salta.”

Lucía Rueda

ÉXODO JUJEÑO³³

Clarines anuncian que el día ha llegado,
las campanas tocan tañidos de duelo,
se emprende el camino con destino incierto:
Belgrano adelante, detrás todo un pueblo.

Equipan las cargas, devastan los campos,
pesadas carretas... la recua está en marcha;
humo y polvareda se elevan al cielo,
como una plegaria a Dios por la Patria.

¡La ciudad amada se queda desierta!
Ancha caravana sigue el derrotero,
rostros demacrados musitan plegarias
y lloran mujeres y niños y enfermos.

Quién sabe qué nubes ha poblado el cielo,
cuántas esperanzas se ven esfumar;
el río repite su eterno lamento
y el Chañi nevado los mira pasar...

33 NdC: De *Ecos de Quena*, edición de la autora, 1974.

ÉXODO JUJEÑO – 1812³⁴

Corre el año 1812. Estamos en la ciudad colonial de San Salvador de Jujuy.

Es un año donde el suelo americano se ha estremecido, desde 1810, bajo un manto de rebelión, de sangre y de fuego.

En algún lugar de América ha sonado el clarín de la libertad y las colonias del Virreinato del Río de la Plata se han hecho eco del mismo y unieron las manos en busca de libertad e independencia.

Es un atardecer apagado y mustio, en los que gimen los primeros vientos de Julio.

El río Xibi-Xibi, con sus aguas mansas corre serpenteando carrera abajo, bañando las piedras grises, en tanto en sus recovecos flotan algas verdes y relucientes.

La playa se muestra desierta, silenciosa; aquí y allá se yerguen sauces añosos, amarillentos, que barren los pedregales con su rala cabellera; de tanto en tanto una pareja de teruteru lanza su grito de alerta por la proximidad de algún animalejo dañino, mientras un ceibo corpulento, con pocas y amarillentas hojas, recibe la visita de una bandada de tordos que se posan en él, en alegre jolgorio.

Oscuro está el cielo, como envuelto en una áspera tristeza. Al ganar la orilla opuesta de la playa, nos encontramos al pie de una pequeña lomada, donde un sendero de arena y piedras, nos lleva a lo alto; allí, el maizal maduro de la chacra, se balancea, haciendo crujir las hojas secas de las cañas, mientras las mazorcas se aferran a los mismos con la tenacidad del fruto que no quiere caer. Es una canción sin nombre la que canta el viento jugueteando con las plantas, monótona, ahogada.

Un estrecho camino de tierra corre parejo a la chacra, mostrando la mano del hombre, detrás de ella, con su indiferencia de adobe y paja se levanta el rancho.

Estrecha la puerta, chiquitas las ventanas bajo el alero. En el patio de tierra, justo en el centro, se yergue una corpulenta morera, que junto con su fresca sombra, entregará sus frutos

34 NdC: Este cuento obtuvo el 2° Premio en el Concurso de Cuentos para el NOA “Éxodo Jujeño” 23 de Agosto de 1974 de la Municipalidad de San Salvador de Jujuy.

para cuando llegue la primavera, pero ahora sus ramas descarnadas se extienden en todas direcciones cubiertas de hojas amarillentas que se esparcen por el suelo.

A la izquierda está el horno apagado con su negra bocaza, y debajo de él, se amontonan las herramientas del campo; a un costadito está el pozo de agua cubierto con una tapa de cañas bien trenzadas, que lo resguardan por lo que pudiera caer adentro. Al fondo, muy al fondo, los cerros que dan color y leña.

Todo parece cobrar vida de pronto, un perrazo de amarillento pelaje sube la cuesta y tras de él, jadeante, un niño de seis años abrigado con un poncho y un “chulo” de lana, que a los gritos, intenta alcanzarlo. Detrás del niño, una mujer que lleva en sus brazos un pequeñuelo dormido. Noble es el rostro, despejada la frente, ojos negros serenos, fina nariz, la boca pequeña, obstinada, sonrosadas las mejillas donde dos hoyuelos ponen alegría al semblante, en tanto dos trenzas azabaches caen sobre los hombros donde descansa un viejo mantón de lana que abrigan a la mujer y al niño.

Como cada anochecer, después de un buen jarro de mazamorra y leche, les habló dulcemente del padre ausente...cómo trabajaba la tierra, cómo manejaba a los bueyes...o había construido el horno...pero la patria lo necesitaba y él se había enrolado en sus filas...y los niños lo recordaron con los ojos del corazón. A la luz de la vela los arropó bien y los dejó dormidos en la tosca cama de madera que había fabricado el ausente.

Las sombras cubren el patio. A lo lejos el aullido de algún coyote se deja escuchar. Pasea sus ojos en la oscuridad y un hondo suspiro le escapa del pecho.

— Pedro, Pedro, dónde estás? — gimen sus pensamientos...si le parece verlo el día aquel en que Pedro, apareciendo a galope tendido en el patio del rancho se descolgó del caballo, besó a los niños y luego con entusiasmo en la voz y un brillo inusitado en la mirada contó lo que había presenciado en las calles del solar nativo.

— ¡Si viera mi niña el ejército que ha llegado, de paso a las tierras de Alto Perú, donde van a combatir a las fuerzas realistas que se han formado por aquellos pagos y que quieren por todos los medios invadir y derrotar a Buenos Aires para que el rey de la España siga mandando en nuestros pagos...¡qué ejército...nunca había visto tantos soldados juntos con ganas de hacerle morder el suelo a los “maturrangos”...el teniente Coronel don Antonio Ramón Balcarce, viene desde Buenos Aires y en la puerta del Cabildo se ha dirigido al pueblo y ha pedido la ayuda de todos los hombres, blancos, negros, indios, todos serán bienvenidos; ha dicho que si hoy no se defiende a la patria del avance de los enemigos, nosotros y nuestros hijos siempre

seremos esclavos de los que gobiernan la España, y aunque hayamos nacidos aquí, nunca seremos dueños de nuestra tierra...luego con voz vibrante agregó:

“Aquellos que sientan latir en su pecho un corazón de patriota que se unan al ejército, si tenemos el valor de buscar nuestra libertad peleándola, defendiéndola de todos y contra todos, nunca volveremos a ser sometidos ni avasallados, a todo aquel que desee ingresar en sus filas, el ejército lo espera sin distinción de cuna, ya sea un noble, un esclavo o un paisano”...como yo, terminó Pedro.

Nada había respondido ella. Como si no lo hubiera escuchado. Y Pedro volvió al tema una y otra vez, cada tanto con más energía. Angélica callaba, sabedora que el momento crucial llegaría...y ella amante esposa, debería agachar la cabeza, guardar sus miedos y dar al amado compañero el adiós que le estaba pidiendo con los ojos.

¿Él, el que se conmueve con lágrimas de niño ante el dolor ajeno, que tiene suave la mano para el animal enfermo y es delicado como una novia ante el milagro de la semilla florecida, partir a la guerra? ¿Podrá su fervor de patriota anular su sensibilidad de hombre bueno, de instinto pacífico, de mano sembradora y generosa, para empuñar un fusil o una lanza?

Corta fue la noche de la despedida. Tomados de la mano, él se inclinó sobre la cama de sus hijos dormidos y dejó en sus caritas un beso de padre, un ahogado sollozo de hombre. Muda fue la plegaria de los dos corazones que latían unidos por el amor. La luna llena, pálida y fría, se metió por la ventana del rancho, alumbrando con su blanca palidez, la mano entrelazada de los esposos. ¿Cuántos eran los hombres del suelo jujeño que aquella noche repetían la misma escena? ¿Cuántos corazones de madres, hermanas, novias, esposas e hijos de hoy en más aguardarían el regreso de los que partían a la guerra?

Se disiparon las sombras de la noche. El tordillo esperaba impaciente, avanzando y retrocediendo atado al palenque, conteniendo el resuello de sus dilatadas narices.

— No me muestre lágrimas mi niña, no me quite el valor; la dejo guardiana de los hijos, patrona del rancho, la patria me necesita y por ella los dejo rogándole al buen Dios que algún día vuelva a juntarnos. — Nada contesta Angélica, nada puede contestar. Nunca será más tierna y llena de amor la mirada de los esposos, el beso prolongado del amor.

Allá va, embozado en su poncho, las riendas flojas, sombrero doblado al viento, cantarina las espuelas, prietos los guardamontes. Hombre y caballo bajan la cuesta. A lo lejos se divisa el sol elevándose tras de las montañas, con su cara anaranjada y su sonrisa alegre, mientras las nubes le forman un sonrosado cortejo, queriendo hacer más bella la mañana del adiós.

Con ojos anegados en llanto lo vio partir...cada vez más lejos, más allá, tratando de sondear la niebla de la fría mañana...y escuchó el repique de las campanas sonando a la distancia, despidiendo a los valientes al son de los tambores y el rodar de los cañones. Y llegaron días de tristeza y apatía donde solo se consolaba con el amor, y el cuidado de los hijos. Y fue madre y padre, y aporcó la tierra, y sembró la semilla y recogió los frutos... y cuando acompañada de sus hijos bajó a la ciudad a venderlo la miraron con respeto, al igual que tantas mujeres que estando solas, debieron enfrentar la lucha por la subsistencia del hogar. En la calle del Comercio (que antes se llamó Real y después del 25 de Mayo se le cambió el nombre) se reunían todos los vendedores a pregonar sus mercancías. Era la más concurrida, en ella se daban cita esclavos, indios y mestizos y hasta señoras muy encumbradas acompañadas de sus sirvientes para hacer las compras.

El canónigo Gorriti, el cura del pueblo, le brindó siempre su generosa ayuda y ella le confiaba sus miedos y esperanzas...ciegas esperanzas de que Pedro no había caído en el desastre de Huaqui, porque el día que el ejército, vencido y maltrecho pasó por Jujuy, rumbo a Tucumán, nadie supo decirle si había muerto o estaba prisionero. Mañana bajaría al pueblo llevando a sus hijos al hospital, especialmente a Juanito que de un tiempo a esta parte, comenzó a decaer visiblemente, preso, cada dos o tres días de una fiebre severa que atacaba en el momento menos pensado para retirarse luego dejando al niño mojado en sudor.

Sacude sus pensamientos, entra al rancho, en la puerta, sumiso y alerta, Sultán, el perro, vigila. Como toda madre laboriosa realiza los trabajos del hogar entre las risas de Salvador, el mayor de sus hijos, la enfermedad de Juanito y la atención de los animales de la chacra. La noche llega pronto, duermen los niños y ella, con el rosario en la mano desgrana oraciones a favor del ausente y de los que sufren.

Y la noche se duerme y se despierta con el alegre cantar del gallo. Angélica, diligente, atiende todo, luego se prepara a bajar al pueblo con sus niños. El tostado espera con su mansedumbre de siempre; coloca a Salvador detrás y a Juanito adelante y tomando las riendas conduce al animal cuesta abajo, hasta cruzar el río, luego, diestramente monta ella y con un galope corto y parejo, emprende la marcha. Salvador se prende a su cintura y el más pequeño se acurruca en sus brazos buscando calor en la fría mañana de invierno. Angélica siente una extraña sensación, como si algo fuera ocurrir.

Por las calles polvorientas llega a la Plaza de Armas, ata el caballo en un palenque que está cerca del Cabildo, y luego va con los niños al hospital donde el médico, después de revi-

sarlo le entrega unos jarabes, después va con sus hijos a la iglesia donde ya ha terminado el servicio religioso y las niñas y sus madres salen envueltas en sus mantones, haciendo crujir el almidón de sus enaguas.

El padre Gorriti, al verla llegar se acerca con su franca sonrisa, acaricia a los niños y le dice:

— Esta mañana ha pasado un correo de Salta para Buenos Aires, y ha dejado una carta para ti, Angélica; vengan, vamos a buscarla, y no te preocupes, lo de Juanito no debe ser más que un resfrío, nada que el doctor Aguirre no pueda curar. Ella asiente, recibe la carta, donde reconoce la letra de Pedro, en un sobre bastante manchado. ¡Dios! ¡cuánto ha esperado por ella!

Ha llegado la noche. Los niños descansan en su mundo de sueño. Angélica tomó la carta que no ha querido abrir en la mañana...la miró tiernamente, la acarició con la punta de los dedos, acercó el candil más cerca suyo y con manos temblorosas la abrió.

“Mi niña, estas líneas, borrosas, manchadas, se las mando de las áridas tierras del Potosí y ruego al buen Dios que las haga llegar a sus manos alguna vez. Dos largos años hace que partí de su lado y mi corazón los evoca cada día. Con la inseguridad de la pluma, mi niña, la llevaré a recorrer los caminos desde el momento en que la dejé con el alma oprimida en la puerta del rancho. ¡Cuánta soledad hay en las tierras del Norte, cuánta pobreza! Salimos hacia las regiones del Alto Perú por la Quebrada de Humahuaca; por senderos escabrosos pasamos la Puna milenaria, desértica y fría, donde los cardones parecían decirnos adiós y el frío nos calaba hasta los huesos...no contaba el cansancio de nuestros cuerpos ni el hambre; todos éramos uno entreverados con las mulas y las armas. Largo sería contarle los detalles de nuestro viaje, algunas cosas es mejor olvidarlas. Cuando el Ejército llegó a Cotagaita, con nuestro Coronel don Balcarce divisamos a las tropas realistas y al ver que estas huían, las perseguimos, pero todo fue una emboscada, poco más y nos destrozan. De allí nos retiramos hacia el Sur y en Suipacha nuevamente nos enfrentamos con el enemigo, y con un campo de heridos y muertos los patriotas salimos vencedores ¡qué triunfo más merecido para los que sosteníamos la revolución de Mayo! La victoria llenó de alegría y orgullo a nuestra tropa. Pero ya estaba escrito que no todas serían victorias. Después de esto seguimos la penosa marcha hacia el alto Perú y nos ubicamos en las orillas del Río Desaguadero mientras en la orilla opuesta el General realista Goyeneche, no nos perdía pisadas. En esta ocasión nuestro General y el general Castelli, firmaron un armisticio con el enemigo, por el cual durante cuarenta días ninguno entraría en combate, pero el acuerdo fue roto y tres semanas después nos sorprendieron y nos

dieron una paliza. ¡Ah, mi niña, si usted viera como quedaron nuestras fuerzas se espantaría... allí, en campo enemigo y tierra americana, cientos de valientes patriotas dieron lo único que tenían para ofrecerle a la patria, sus propias vidas. No se asuste por lo que voy a decirle mi niña, prisionero y herido, junto a otros compañeros nos llevaron a Potosí, pero sé que pronto partiremos para Salta. A la distancia la beso y beso a nuestros hijos y los llevo en el corazón! Si esta carta llega a sus manos sabré que tata Dios no va a abandonarnos ni abandonar a la patria. La besa, su Pedro”.

Con ojos llenos de lágrimas, Angélica se arrodilla ante la imagen de su Cristo crucificado para darle repetidas gracias y alabar su nombre. ¡Ah, nunca agradeció tanto a su padre, un viejo gaucho, que le enseñara a leer lo poco que él sabía...y que mañana ella enseñaría a sus hijos para engrandecer la tierra que los vio nacer!

El pueblo de la colonia está agitado por tremendas nuevas. El invasor, Pío Tristán, primo de Goyeneche se va acercando a Jujuy con agigantados pasos y en su camino va dejando la muerte y la destrucción. Tres o cuatro meses antes, el General Manuel Belgrano había llegado a Jujuy con el mismo maltrecho Ejército derrotado en Huaqui y se propuso reorganizarlo y ponerlo en condiciones de enfrentar al enemigo. El General Belgrano, el mismo que conmovió el corazón más humilde y el más encumbrado de la ciudad colonial al hacer bendecir la blanca y celeste bandera que izara por primera vez en las barrancas del Río Paraná y que las manos del padre Gorriti le dieron su bendición aquel 25 de Mayo; orgulloso la paseó luego por la plaza principal en medio del alborozo y patriotismo del pueblo, el mismo General que hoy está pasando por críticos momentos de incertidumbre: de las lejanas tierras del Buenos Aires, se le ordenaba retirarse con su ejército hacia Córdoba, dejando a “la muy noble, leal y constante San Salvador de Jujuy” la que está acunada por dos ríos, y tiene la sombra del Chañi milenario, y es pródiga, generosa con la mano que la trabaja, la que tiene poesías en sus flores, verdor en las montañas, color en los lapachos...la que ha visto partir, hace dos años el corazón ardiente y patriota de Pedro y hoy mira sufrir a Angélica.

Los pocos remedios que le ha dado el doctor no parecen aliviarlo de la fiebre que padece. Su valiente Salvador es quien acompaña al niño cuando ella, azada en mano, prepara la tierra para la siembra. Mañana volverán a ver al doctor.

El mes de Julio de 1812 va llegando a su fin. La noticia que le da el médico la deja sin color en el rostro: el médico, no da esperanzas para su niño, herida en su carne y en sus entrañas de madre, ha dejado a Juanito en el hospital; mientras cruza con Salvador la Plaza de

Armas para volver a su rancho, se detienen atropellados por la gente, que al son del tambor, se ha reunido para escuchar al pregonero leer un “bando” en presencia de los vecinos, ávidos por enterarse de las últimas novedades... en dicho “bando” se podía entender que el General Belgrano ordenaba, bajo pena de muerte, que todos los habitantes de Jujuy, hacendados, comerciantes, labradores, retirasen sus ganados, sus cosechas, así, al llegar el enemigo, nada encontrase, declarándolos traidores a la patria a los que no cumpliesen sus órdenes y se unieran a su ejército...mientras escucharon al pregonero reinó un profundo silencio, cuando éste terminó, se escucharon gritos y llantos por parte de las mujeres, en tanto algunos orgullosos españoles adictos al rey levantaban su voz de protesta.

Pero nada haría que el General revocara su orden. El pueblo debía prepararse para dejar el terruño, llevando cuanto tenía y quemando o enterrando lo que no podría llevar. Angélica escuchó la noticia sin que un músculo se moviera de su rostro. ¿Es que podía haber peor noticia que la que el médico había comunicado?

Los días pasaron con rapidez. La vida de Juanito se fue apagando hora por hora... y una fría tarde de invierno la tierra acunó en sus brazos al pequeño cuerpecito. Angélica, abrazada a su hijo mayor dejó sobre su tumba todas las lágrimas... hoy más que nunca tenía que ser fuerte.

En cántaros de barro escondió las semillas y las enterró profundamente cerca del horno. Sus dos ovejas fueron sacrificadas y la carne hecha “charqui”, amasó el pan para el viaje, dobló frazadas, enceres y jergones en el lomo del tostado y con un atado de ropa en sus espaldas al lado de Salvador y de Sultán estuvo pronta aquel 23 de Agosto de 1812 para seguir al General y su ejército. A las cinco de la tarde se dio la orden de partida.

La ciudad quedó casi vacía. En las calles ardía todo lo que no se podía llevar y el viento Norte avivaba las llamas de las quemazones mientras en el cielo un sol rojo empezaba a caminar hacia el poniente. Los que se quedaban, escondidos en sus casas, eran los enemigos de la libertad y la independencia.

Los “Decididos”, ejército formado por Belgrano con los jóvenes de la ciudad, se repartían para que la población guardara el orden, mientras Díaz Vélez cuidaba la vanguardia el capitán Zelaya velaba por la retaguardia. Belgrano estaba en todas partes alentando a los peregrinos, infundiéndoles valor y fe. El enemigo no les da respiro. Al llegar al Río de las Piedras, el invasor se les viene encima, pero después de unas horas de combate, Belgrano y sus hombres logran abatirlos lo que significa un pequeño triunfo que levanta el ánimo de las tropas patriotas. Otra vez la sangre ha cubierto la tierra americana. Y amanece y anochece, pocas

horas de descanso y otra vez el camino los espera. El cansancio hace presa de las mujeres y de los niños pero nadie se queja...seguir, seguir es la consigna...treinta días de incierto camino, treinta días de sufrimientos, de miedos, de pedir protección al poderoso para no quedar bajo las balas del enemigo, esta es una tierra de valientes por la gracia de Dios.

Treinta días y Tucumán está a la vista. El pueblo los recibe con verdaderas muestras de solidaridad y pide al General que no los abandone...el pueblo tucumano está pronto a unirse a los jujeños para combatir a los españoles. Como 400 gauchos, mal armados y peor vestidos se ponen al servicio de la patria y de Belgrano.

El 24 de setiembre de 1812, cuando la primavera muestra todas sus galas, el ejército revolucionario se enfrenta con el adversario y le infiere una aplastante derrota. La victoria ha coronado el desmedido sacrificio de Belgrano, tucumanos y santiagueños, y sobre todo del heroico pueblo jujeño.

Nadie se ha dado reposo, en el hospital de campaña, Angélica, junto a otras mujeres, lavan heridas, colocan vendajes, o simplemente prestan su mano para el momento final. Los realistas, con Pío Tristán a la cabeza, amparados por las sombras de la noche, huyen a Salta. Por orden del General, Díaz Vélez los persigue, regresando a las pocas semanas con enemigos que tomaron prisioneros en algunos combates que sostuvieron con el invasor, y con prisioneros que rescataron de Salta.

Y allí están. Mirándose sin verse porque las lágrimas nublan los ojos. El abrazo es estrecho para cobijar a la mujer y al niño.

Cinco meses después, el 20 de Febrero de 1813, en Salta se libra otra batalla y los patriotas volverán a levantarse con el laurel de la victoria. Allí, mezclado entre los vítores del gauchaje y los soldados cubiertos de sangre y barro, pero con el corazón rebosante de patriotismo, está Pedro. El orgulloso General Pío Tristán debió agachar la cabeza, firmar la capitulación y salir del territorio con la amargura de la derrota. El General hace cavar una fosa común, allí entierran a criollos y españoles y hace colocar una cruz donde dice:

“A los vencedores y vencidos en Salta el 20 de Febrero de 1813.”

Después del combate, los jujeños que acompañaron al General en tan brillante acción, regresan con sus familias al solar jujeño. Seis meses han pasado desde aquel 23 de Agosto de 1812.

La ciudad estaba en ruinas. Todo el daño que pudo hacerle el invasor, estaba hecho... pero también era cierto que a los patriotas jujeños les sobraban energías para levantarla de nuevo.

Al pie de la pequeña tumba, Angélica, Pedro y Salvador, dejaron sus plegarias y un ramo de flores... flores de la libertad.

SOTA DE BASTOS, CABALLO DE ESPADAS

(Fragmento)³⁵

[...] En una habitación de paredes desiguales, enjalbegadas, gruesas, rugosas, el caudillo, en camisa, pantalones de paño de bayeta blanca y botas, escribe y piensa de a momentos sobre una mesa pequeña. Su preocupación ahora son los animales de montar — mulas y caballos —. Ha puesto precio a la cabeza de los traidores y la víspera condenó a muerte a un hombre principal, acusado por su esclavo de haber hecho explotar un carretón de pólvora. Al esclavo convirtió en liberto y ordenó ahorcar al amo, “sin forma alguna de juicio”.

El caudillo es un hombre joven aún — pisa los cuarenta — pero está enfermo. Hay algunos días en que la hidropesía — que él confunde obstinadamente con mal de ijada— le hincha el vientre hasta parecer obeso, y otros en que la flatulencia se le sube al rostro, rubicundo y de piel suave, y entonces semeja un niño grande y torpe. Hoy no ha subido a verlo Cosme, su asistente mulato, como todas las mañanas en que acude con el loro en el aro, estrepitoso, de plumas de un verde incendiado, procaz e insensato — y está del peor humor.

El general había escrito ayer al gobierno, con letra desigual: “No admitiré excepciones fundadas en la riqueza, ni toleraré que sólo sea carga de los pobres miserables exponer su vida para que los poderosos se mantengan gozando del sudor de aquellos...”

El gobierno y el diputado le habían pedido morigerar el bando. El caudillo, regordete y en camisa, su espada colgada sobre el muro del costado, se incorpora y a través de la pequeña ventana contempla la calle. Jujuy era una plaza de mulas, la más rentada entonces, desde Potosí, incluyendo a Buenos Aires, esa ciudad de tenderos gallegos y resaca británica; tenía entonces veinte manzanas y otros tantos propietarios — destiladores de aguardiente y muleros los principales — desde los Altos de Quintana al Chijra. Nada había alterado la calma, salvo unos folletos, dos o tres ejemplares, sospechosamente impresos en Charcas que circulaban entre los hombres sin mucha hacienda. Todo lo demás sólo había sido el murmullo de ambos

35 NdC: La primera edición de esta novela es del año 1975, realizada por Crisis. Aquí hemos tomado la del año 2003 efectuada por Alfaguara.

ríos, algunos rebuznos, tal vez un trueno descerrajándose sobre el valle y el viento de agosto cálido y súbito como una tentación.

El espectáculo de la calle, del mundo, nunca le ha gustado al general; él es un humanista, un teórico de la economía –piensa– acaso un ratón de librerías, y esta carga de soldado le viene mal; pero aún cree que las ideologías son más importantes que la vida, y vuelve a su escritorio. No cambiará una sola palabra del bando, leído ya en todas las esquinas redobles previos de tambor *Mi bando se ha de cumplir con la mayor exactitud posible*. Vino el diputado y pronunció un discurso pidiendo por las mujeres, los ancianos y los niños, en ese orden, y, para redondear, hizo una frase, de acento clásico, sobre la insensatez de las guerras. Mientras el diputado hablaba –una palabra, cada frase empujaba a la otra y todas se encajaban en una suerte de musicalidad– el caudillo, que había empezado a notar la hinchazón en sus piernas sintiendo así lo presencia de sus botas como el prolegómeno de una tortura, abría y cerraba los dedos de sus manos, miraba subrepticamente a través de la ventana *yo no oigo los clamores de los particulares, sino el bien general... mis medidas están tomadas*. Un quitupí, agorero, gritó como si estuviese adentro y el sol asomó en la calle y *ellas se han de llevar a cabo sin réplicas ni excusas*. Pero el discurso del diputado era largo, elegante y salpicado de citas en latín vulgar. De pronto se escuchó un ruido en la puerta y Cosme, el asistente, entró, ahora con el papagayo posado en su antebrazo.

El diputado y asesor del Cabildo calló; en realidad su discurso había concluido desde un principio; su frente amplia, muy prolongada ya hacia el cráneo a pesar de sus escasos treinta y tantos de edad, estaba cubierta de gotas de sudor; un mes de agosto pesado; sus patillas y suaves cabellos abermejados deslucían húmedos y lacios después del discurso interrumpido; el diputado parecía evidentemente molesto por la entrada de Cosme e inquieto, inseguro, a la vista del papagayo, el cual para colmo comenzó a proferir palabrotas con fuerte acento tucumano, sin alterarse, con esa tranquilidad característica de los pájaros.

—La patria es preferible a las lágrimas, señor asesor –dijo el general. Tenía entonces la cara tan pálida como su camisa, los ojos dilatados por la fiebre y la acción de bálsamos y enjuagues de aguas benditas– Yo vengo a ser un general ahora, no una plañidera de Viernes Santo, y debo preferir la seguridad de las armas. –En este momento el papagayo, que había repetido casi ininteligiblemente el final de la palabra “lágrimas”, saltó del brazo de Cosme y fue a posarse sobre el escritorio del caudillo derramando el tintero; nadie se preocupó por esto; ni siquiera Cosme, aunque el general desandara un paso para poner a salvo las cuartillas donde

había estado garrapateando, junto a un folleto escrito en idioma extranjero por otro general de apuro.

—La seguridad de las armas —repitió, mientras observaba al pájaro salpicado de tinta— es preferible a la desdicha de los que quedan infelices.

—Yo cumplo una misión, señor general —dijo el asesor del Cabildo, ahora derrumbado en una silla, sin poder sacar aún los ojos del papagayo— Y esa misión consiste en evitar la ruina que amenaza a este pueblo. —Luego agregó, algo más compuesto— Entendemos, señor, que muchas de las disposiciones fueron tomadas *ad terrorem*, pero ya la equivocación o el entusiasmo han cobrado vidas de gente decente.

De pronto los postigones de la ventana se golpearon a causa de un viento súbito y caliente, que abochornó aún más la habitación. Cosme convenció al pajarraco de que trepara nuevamente a su brazo y, conscientes de la inoportunidad, ambos salieron en silencio, sin ser advertidos. Al abrirse la ventana llegaron hasta adentro como ecos lejanos, las estridencias y escándalos de la calle. El caudillo se sentó a su vez junto al escritorio y con uno de sus dedos mojado en el charco de tinta comenzó a dibujar quién sabe qué manchas o figuras sobre la superficie; ahora sentía las piernas hinchadas, del todo entumecidas y un fuerte dolor en las caderas.

—Señor general —dijo el asesor del cabildo.

—Ustedes han pasado por encima de mi mando y yo conozco la denuncia hecha ante la Junta, cuya recomendación a favor me ha sucedido con ninguna otra. Lo entiendo a usted: si yo cedo, seré un jefe lleno de virtudes; si no, un flagelo para los pueblos. Pero quiero señalar una cosa a ese Cabildo preocupado en salvar lo que la guerra necesariamente debe consumir: todas estas medidas no las han llevado a mal los amantes de la patria y, los que no lo son, tan enemigos serán con ella como no habiéndolas tomado.

El diputado ya estaba de pie y se iba. El caudillo tenía los dedos de la mano manchados por la tinta derramada. Ninguno de los dos se miraba ya a los ojos.

—Viene usted a abogar por aquellos que me negaron el lienzo y el hilo y el cordobán para las camisas y el calzado de mi tropa, sabiendo que está descalza y desnuda; y por los que nos vendieron cada mula como si fuese de oro ocultando al mismo tiempo los caballos.

—¡Señor! —dijo el diputado, abriendo los dedos de la mano que sentía entumecidos y húmedos—. La gente principal es también la gente rica y la de mejor conciencia.

—*¡Mierdas!* —dijo el general, pero en francés y aun así se arrepintió del exabrupto—, Señor asesor: siempre los ricos han sido egoístas, y los que no, son tan raros como el ave fénix. — Luego agregó—: En la guerra no hay partes congruas, son siempre los pobres los que mueren.

—*Los ricos no son invulnerables.*

—No —pensó el caudillo— No lo son; pero son menos, son unos cuantos y mandan; la gloria o la fama está reservada para esos pocos; en cambio el pobre cuando muere, muere del todo y se desangra y se pudre para siempre sin rostro y sin nombre.

Cosme volvió a entrar, ya sin el papagayo.

—Señor Diputado —dijo el general—. Vea usted la diferencia: el pobre sólo siente ganas de vencer; para el principal, en cambio, el sentido del honor, cuando combate, es más fuerte que esas ganas. Y en todo siempre más honrado es quien gana. ¿Comprende ahora?

Pero el asesor del cabildo ya se había ido.

Cosme ha entrado con una jícara humeante en la mano y permanece unos instantes observando las espaldas un tanto encorvadas de su jefe, que a su vez observa a través de la ventana. La vida no es una ciencia experimental —piensa el general que ha quemado sus pestañas entre el *trivium* y el *cuatrivium*— sino una perpetua aventura. Tampoco la experiencia existe. ¿A qué seguir, entonces? Ahora el general no está pensando en la guerra, sino en las letras. Desde hace un tiempo ocupa sus ratos de ocio en el afán de traducir una carta muy extensa del general George Washington, con ayuda de un pequeño diccionario forrado en piel de cabrito al cual le faltan varias hojas. Pero no hallaba tranquilidad ese día, ni siquiera en esta hora séptima tan simbólica de soledad o recogimiento. Al despuntar de esa misma mañana unos gritos le hicieron asomar al patio de armas. Era una mujer, oscura de piel y de ropas, que forcejeaba con la guardia. A su orden, la mujer fue conducida hasta él por dos de los soldados.

—¿Qué es lo que pasa, mujer? —dijo el caudillo—. Déjenla hablar. ¿Quieres irte? ¿Sabes la orden que hemos dado?

La mujer parecía no entender; tenía rasgada la camisa por el forcejeo con los guardias.

—Es mi hijo, señor —dijo la mujer, no bien suelta de manos.

—¿Tu hijo?

—Quiero que lo mates.

El caudillo dispuso que los dos soldados saliesen y ya estuvo a solas con la mujer que lloraba, temblando como con fiebres.

—¿Que matememos a tu hijo?

—Sí. La villa está enterada del bando y debemos irnos. Sólo que mi hijo no tiene piernas, es mudo y opa y es como una estatua que mira. De ahí que sea pura carga.

—¿Y que lo maten, dices?

—Sí, pero por otros... ¡Señor, yo no puedo matarlo de mi mano! ¡Si acaso pudiera llevarlo de arreo, como a mis cabras!

—¿Qué hacías hasta hoy, mujer? —preguntó el general, abotonándose la chaqueta, ya con la espada ceñida.

—Nada. Cultivaba la tierra.

—¿Cuál tierra?

—La que está ladera del río, vecina a los corrales del estanco.

—¿Cúya es la tierra esa?

—De su dueño ha de ser.

—¿Y el dueño?

—Nadie lo sabe. Pero toda tierra tiene su dueño.

Es ya entrada la noche. Desde esa parte de los Altos de Quintana se ven, aislados, los resplandores de las hogueras; también se divisa, enhiesto, humilde, sin fama, el campanario de la iglesia matriz. Es noche de luna con algunas estrellas en el cielo y, de tanto en vez, pasa una nube, más oscura que la noche, bogando lentamente hacia abajo. A ratos aislados se oyen gritos y retumbares de galopes, también descargas cerradas, probablemente disparadas al aire, toques de atención o ruidos de meras impaciencias. Pero en medio de ese caos hay un orden implícito y ricos y pobres están sujetos a ese bando impío dirigido sobre todo a “labradores, hacendados y comerciantes”, más que a los hombres sin linaje, siervos de familia o peones, que nada tienen que perder.

Ida la plañidera —para el caudillo, entonces, un mero espectro de la guerra—, ceñida su chaqueta de paño azul grosero, la espada al cinto, trepó a su caballo y, con dos coraceros mal calzados por escolta, sin contar a Cosme, salió de trote desperejo por el callejón principal.

Un perro mal encarado y lanudo, sucia la pelambre y con el hocico manchado por la carroña, llegó trotando desde un costado y se detuvo, apartadizo, a contemplar el paso del general y su escolta, a mirarlos, sin ladrar o amedrentarse. Ni el general ni el par de coraceros vieron al perro, tan sólo Cosme, que iba zaguero, lo miró e hizo un ademán amenazante con la punta de las bridas; el perro vagabundo dio un salto, un alarido y luego se lanzó a la carrera cuesta abajo por el callejón. Nadie más volvió a verlo, ni siquiera la luna, esposa y amo de los

perros, cuyo halo pálido —apenas una claridad— anunciaba noche fría y la noche comenzaba a aposentarse, consuelo de los miserables, de los ladrones, de los roedores que mastican a escondidas y en silencio.

Casi justamente al final de las Chacras Altas, entre un zapallar diezmado por los chanchos y la playa del río, al abrigo de una amplia galería se había improvisado el parque y la fábrica de cañones. Los soldados de la escolta se adelantaron al trote para advertir a los centinelas apostados; el general, las piernas colgando a los flancos de su jaca, traspuso el portón y, al apearse, sus botas se enterraron hasta los calcañares en el barro.

—¿Quién manda aquí? —preguntó el general.

—Yo, señor; en ausencia del señor barón.

—¿Cómo es que no tienes chaqueta ni insignias?

—Me las están haciendo, mi general. La otra, la que tenía, me la robaron; ahora las mujeres se ocupan de la nueva.

El general contempló su propio calzado bajo la luz pálida y no replicó.

—¿Cuántos hay listos, de los cañones?

—Están preparados tres; otros tantos probándose en la falda, y no han vuelto. Pero todo va bien; estos últimos costaron trece pesos no más.

—¿Trece pesos? ¿Cómo tan escaso y servirán?

—Al menos para hacer ruido, mi general.

El resplandor de los fuegos de una docena de fraguas iluminaba los fondos de la cuadra y todo el costado de la galería; de la parte en sombras llegaban ruidos de bigornias y martillos y, frecuentemente, el chasquido de fierros fogueados al ser sumergidos en el agua de los toneles de boca abierta. No muy lejos de los fuegos y formando un corro, sentadas como cuando se ocupaban del laboreo con los paños domésticos, estaba una veintena de mujeres, entre jóvenes y marchitas, animando a los hombres y haciendo cartuchos de proyectiles.

El general, que por momentos sentía unas salivas desabridas en la garganta, pálido, y sus piernas inseguras y gordas, no pudo menos —al observar el resplandor de las hogueras— que volver a pensar en Dios, sobreponiendo la recóndita imagen de Dios a la del mundo. Los minerales crecen en el vientre de fuego de la tierra y afloran enfriados; y nosotros convertimos oscuras piedras duras y frías en espadas y máquinas nuevamente con la ayuda del fuego y es la metalurgia así como una partera perenne de la vida y de la muerte, o de esa resurrección constante que tanto le preocupaba y le espantaba, por momentos, cuando comprobaba que sus

ocurrencias teológicas no eran precisamente aquellas de sus confesores y capellanes. *Con el fuego creado por sus manos el hombre ha reemplazado la obra del tiempo, cree descubrir. El hombre acelera los días del mundo como cuando mata para salvar la vida.* Ahora contempla los rostros abajados de esta gente y se pregunta si no habría sido injusto o duro con el diputado que abogaba por los decentes. Sabía que tuvo que pagar hasta diez pesos por mulas no tan jóvenes, incluso por las viejas y chúcaras —casi tanto como uno de estos cañones— debiendo conformarse con ellas porque se le había asegurado que no había caballos, ya escondidos como estaban por ellos mismos para hacer buenos negocios luego, vendiéndolos a buen precio a los invasores. Pero quizá fuese cierto: hay una verdad para los ricos y otra para los pobres y quizá los pueblos necesiten, como el mineral al fuego, a los extorsionadores de pueblos para hallarse, y primero haya de venir el rigor de la miseria y del hambre para que la discordia pueda nacer, como llamada por un silbido que se repite en el bosque y puedan así llegar los grandes ahorcamientos, los hombres desvelados, flacos y fríos, aquellos que no se permitan la sal ni el pan y sólo vivan de nomás unas palabras claras, antiguas y terribles; los que vengan a hacer justicia al pueblo. La honra de los ricos no es aquella de los pobres; los ricos sienten piedad por el prójimo, en tanto que los que no tienen nada ni siquiera la sienten de ellos mismos. Él había amenazado con fusilar al asesor en realidad porque éste había invocado el favor para los ancianos, las mujeres y los niños, callándose el interés de los pudientes, ocultándolo, así como éstos ocultaron las cabalgaduras a la necesidad de su ejército.

El caudillo se había sentado en un pequeño bulto muy cerca de una de las fogatas, con los brazos sobre sus rodillas; tenía vaga la mirada, parada en las llamas que apenas si se movían, los cabellos claros aplastados y húmedos por un sudor malsano; Cosme sujetaba su cabalgadura teniéndose del borrón del apero y los soldados de la escolta permanecían en pie y alertas, cuando alguien llegó hasta él ofreciéndole un vaso de chicha.

—Válgale Dios, mi señor —dijo.

Recién al cabo de un momento el jefe se dio cuenta del otro, un hombre casi viejo, ciego de un ojo y desdentado, que lo miraba sonriente. Cosme se acercó, abandonando el caballo.

—¿Quién es éste? —preguntó el general.

—Es Desiderio, hijo de Filón González y es herrero, como su padre de él, que fue maestro.

Al hombre también le faltaba un brazo, al que sustituía la manga mugrienta de su camisa.

—Alcanza un candil que te ilumine la cara para más verte. ¿Qué es lo que quieres de mí al acercarte, hombre?

—Sólo mirar a un general, y alcanzarle algo para beber. No quiero nada; soy un herrero de oficio, no un adulator.

—¿Tienes una herrería establecida?

—Ahora ya no; pero soy propietario de una fragua, del torno y de tres mulas; ahora ayudo aquí.

—¿Y sabes que de un momento a otro se ha de ordenar la marcha y abandonar lo que se tenga?

—Eso he oído.

—¿Y no te preocupa dejarlo todo?

—Será como si nunca lo hubiese tenido; me bastará con eso.

—Todos seremos pobres y no tendremos nada, quizá.

—Quizá. —El tuerto titubeó, dejó en el suelo el candil que hasta entonces había mantenido muy cerca de su cara, y olvidándose que al jarro de chicha lo había traído para el general, se lo empinó, haciendo una buchada con el último trago que después arrojó a un costado—. Quizá, mi señor —dijo—. Pero la vida oscura es igual que el trabajo.

El caudillo lo miró atentamente:

—¿No estás enfermo o malo de algo?

—No, que yo lo sepa, señor.

—¿Sabes cocinar?

—Sólo el pan de nosotros, y eso más bien sin destreza, pero me conformo; no tengo otras bocas que la mía.

—Bien —dijo el general—. Te vendrás conmigo y desde ahora serás mi cocinero.

Ya era noche franca cuando el general, los hombres de su escolta, Cosme y el flamante cocinero abandonaron el parque de artillería.

Entonces recorrieron de vuelta el camino, aunque dando un rodeo impensado. Hacía noches que el caudillo no dormía de pleno, a pesar de los ungüentos de beleño en las sienes y de los ejercicios, rezos o largas cuentas; así, desde semanas atrás, unas noches más blancas que otras pero todas igualmente inquietas, sin paz suficiente para convalecerse.

Eran inciertos los sonidos de esa noche y la llovizna volvía a caer cuando, a la vuelta de una esquina, del otro lado de un tapial y entre el ramaje de un alto sauce distinguieron el cuerpo de un hombre ahorcado. Los cinco jinetes se acercaron y entonces pudieron ver

al muerto, en cuyo hombro se había posado un pájaro negro que huyó sólo después que el general le disparó un balazo que fue a dar sordamente en el pecho del muerto; luego ordenó lo descolgaran. Ya en el suelo, el resplandor frío de la luna iluminó la cara del ahorcado que había muerto lanzando un alarido. Puesto el cuerpo en el suelo parecía de mayor tamaño que cuando colgaba de la rama del sauce.

Los cinco hombres estuvieron un momento contemplando al ahorcado que yacía descalzo, despojado de sus botas por algún ladrón.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó Cosme, pasada la sorpresa, cuando la oscuridad y la llovizna eran mayores.

El general estaba pálido y ensimismado, contemplando al hombre muerto.

De la vida sólo piden los años abundantes... Ahora lo vemos. —Recuerda vagamente un pasaje obligado por estas circunstancias.— Esta pésima gente no quiere oír mis palabras... Pero la vida no es sólo el tiempo en que se llenan de vino todas las copas.

Entre las ramas altas del árbol aleteó, oculto, porfiadamente en acecho, el pájaro negro y la luna iluminó otra vez un pedazo del rastrojo. El viejo herrero se había apeado y orinaba junto a su mulo y los demás esperaban, en silencio, la decisión del jefe, en cuyos pensamientos se mezclaban ahora vagas ideas de economía política, de teología y de piedad.

—¿Qué manda mi general? —vuelve a preguntar el sirviente, que ahora está de rodillas y ha puesto una piedra debajo de la cabeza del muerto; alguna de las cabalgaduras relinchó impaciente, en tanto la llovizna volvía a cohibirse.

—Vean ustedes, mis hombres —dijo el general, y fue su voz aflautada y dura. En eso, callejón delante, pasó al galope una partida dando gritos.

Asido con ambas manos al arzón de la montura, el general parece un fantasma; tiene los cabellos mojados y los labios entreabiertos. *La guerra no es sólo música, coraje o salvas de artillería —piensa—. Tampoco ser valiente significa escupir a los que se allanan, como sobre los perros... ¿De qué me están sirviendo mis destrezas en latín o inglés, en gramática y hermenéutica, ante la vista de la muerte, lívida y fría y la desgracia de los pueblos dada por mi mano y lo de otros por virtud de una idea?*

Cosme, ayudado por el herrero y un hombre de la escolta, había encendido una fogata junto al cadáver y las llamas gualdas, violáceas, blancas, le alumbraban la cara y parte del pecho desnudo.

El hombre que ha muerto es como el agua que se estanca, pacífica en principio, y clara, y descompuesta e intranquilizante al final.

El caudillo se apeó y anduvo unos pasos en dirección al muerto. Luego se detuvo casi junto a la pequeña hoguera que no alcanzaba mayor esplendor por la ausencia de viento, y de pronto dijo:

—Vean ustedes: este hombre, que lo tenía todo a juzgar por su cinturón y el paño de sus ropas, ha elegido la muerte y la deshonra al desarraigo, seguramente.

Los demás comenzaban a impacientarse por el frío que apretaba ya a esas horas de la noche. En tanto, una de las cabalgaduras se abrió de piernas y meó con estrépito.

—Señor, ¿qué hacemos? —preguntó Cosme.

El general, montado nuevamente, ordena con voz clara:

—Vuélvanlo a colgar.

Desde el comienzo de la tarde el general esperaba el regreso del barón, ya coronel de este ejército descalzo, diestro en matemáticas, artillería y metalurgia, a quien había designado jefe de su estado mayor, un prusiano flaco de cuerpo y tan rojo de cara que parecía siempre recién salido de aquel suplicio del palo que consistía en tener colgado a un hombre de los tobillos. Había enviado al barón a Salta con una encomienda secreta y estaba ya tardando en demasía. Mal embajador —piensa el general— para ante aquellos rúbulas que todo lo discuten y malversan.

Si no abren sus bolsas de buena o mala gana —había prometido el barón con ese tono poco vehemente y de buen humor de los que están decididos— les despojaré hasta de las campanas de sus campanarios o las fallebas y cresterías de sus puertas para fundir cañones.

Luego de ello, con diez lanzas, una culebrina y media docena de tiradores armados con fusiles de cartuchos de papel, con más tres baqueanos, se había marchado por el camino más difícil y breve.

El caudillo se acercaba al cuartel frente a la plaza de armas seguido por sus hombres y aunque la luna se había ocultado no estaba demasiado oscura la noche. Al doblar una esquina distinguió a una mujer que corría llamando a gritos a un niño que escapaba callejón abajo. Él tenía ahora algo más de cuarenta años y antes no había pensado jamás en la guerra. Era un hombre moderno que había dedicado su vida al estudio de las leyes y casi hasta ayer mismo hubiera podido contentarse con su creación de la Escuela de Geometría, Náutica y Perspectiva; tenía una idea muy concreta de Dios, apartado de los hombres, ni generoso ni bueno, pero

justo; un dios exacto e imponderable, fuente de la Arquitectura y de la Moral, dos formas de un orden jerárquico indiscutible cuya convicción le aparejó ese carácter humilde, casto, terco y candoroso de los fanáticos. Sentía así horror de la concupiscencia, idea que unía a la de la excitación de los sentidos, del amor y la muerte, de allí que desconfiara profundamente de las mujeres y despreciara la guerra, como una misma calamidad. Pero el destino es forzoso e inevitable y él comenzaba a sentir que había sido puesto en donde estaba para consumarlo, sin pedirle a la vida lo que no puede dar, puesto que tampoco —entre sus escasas debilidades— contaba con la imaginación que, bien sabía, era un rasgo de mujeres, las cuales llegan siempre a pecar por eso, y también de hombres débiles. No comprendía así ni justificaba a aquel salteño, comandante de gauchos, cuya conducta licenciosa con esa mujer del pueblo nombrada la *Iguanzo*, escandalosa por ser pública, no podía tolerar y ayer mismo había pedido al gobierno su relevo y traslado. Siendo el amor y la guerra una misma cosa, tan sólo la mujer pervierte el valor, peligro que debía conjurarse como la peste. Pero, ¿por qué a él, un científico, un hombre concienzudo y sobrio que no había amado ni odiado de verdad a nadie, le tocaba ese papel de jefe y de verdugo? Nadie está más solo que estos dos; los de jefe y verdugo son los únicos oficios incompatibles, donde no caben la piedad o la duda, la desdicha, el entusiasmo ni la alegría. Estos que van detrás —reflexiona— no saben lo que quieren; confunden deseo con realidad. Pero yo lo sé. La realidad y el deseo son también una misma cosa y la una y la otra van unidas siempre en el corazón de los hombres como los ojos a los párpados. Saben que deben combatir y todos piensan que serán otros, y no ellos mismos, quienes morirán. Porque, sin embargo, les importa la vida mucho más que a los traidores y mercenarios, a quienes sólo les interesa vivir.

Ahora el caudillo sentía frío mientras andaba, y abajaba la cabeza, el cuello hundido en su bufanda, tiesas las manos que sostenían sin sentir las riendas flojas, dejaba que su cabalgadura, que ya tenía por querencia el pesebre enlodado de los bajos de la comandancia, lo guiara. Ahora, a más del frío y la humedad de sus manos sentía hambre, pero esa hambre era tan sólo como una ausencia de alimentos puesto que sabía que su estómago no toleraba trozo de comida sin que lo devolviera frío y sin apenas digerir.

La mujer que llamaba dando de gritos por fin había alcanzado al niño y ahora estaba zurrándolo con una varilla, hasta que el chico volvió a escapársele de las manos y ambos otra vez se perdieron en las sombras, justo al momento en que entró por una de las bocacalles, crujiendo, una carreta que llevaba a un hombre por todo pasajero, amarrado a la cruceta y,

por detrás, cuatro milicianos montados. El hombre amarrado, grueso y de baja estatura, pedía misericordia, pero en voz grave y baja, como sin fe ni ganas y llamaba a una mujer por su nombre.

Detrás de la carreta y de la guardia, a distancia de cinco trancos, iban dos o tres perros cabizbajos y oscuros, en silencio.

Ya en el guardapatio y aún montados, el caudillo ordenó a Cosme que se fuera, le dijo que esa noche ya quería estar solo y no deseaba asistente para nada; enseguida se apeó y caminó en dirección a su aposento en los altos, escaleras arriba; a los cuatro o cinco peldaños comenzó a jadear, se detuvo unos instantes y notó que volvía a transpirar frío; la espada le pesaba en la cintura y se la quitó para usarla de sostén; dos murciélagos volando de pronto, agitadamente, casi le rozan la cara y tuvo que agacharse para no toparlos. En su cuarto había ya una lámpara encendida con aceite suficiente para toda la noche, como siempre, puesto que desde hacía mucho le aterraba la oscuridad silenciosa, a la que unía o relacionaba con el frío, con el abismo, con pájaros picudos, negros, de ojos inmóviles y muertos. Ya en el cuarto —poblado por una alta cama adosada a la pared, con baldaquín descolorido y ruinoso, una pequeña mesa, un tapete de esparto y un aguamanil de Talavera, con garrafa y aparejo de madera— el general dejó la espada colgada en una de las puntas de la cama y se quitó las botas con gran pena debido a la hinchazón de sus pies; descalzo parecía más grueso. No había un solo espejo en la habitación, detalle que es común en gente solitaria. Se dejó caer en la cama, pero sentado y trató de repasar los hechos de ese día. Sólo algo más de un par de horas de sueño le quedaba y ya vendría la aurora, tiempo de cumplir formalmente con Dios y celebrar, puesto que, por costumbre —lo cual puede ser aún más vehemente que la convicción—, el caudillo seguía dividiendo el tiempo según aquella vieja trinidad impuesta por el edicto de Saulo III: aurora, mediodía y medianoche, únicas oportunidades para misas y recogimientos. Se contempló los pies hinchados y blancos y las manos pequeñas mientras se desabotonaba la chaqueta azul con una fimbria de mugre en el borde rígido del cuello; y luego, abrigado tan sólo por una camisa de bayeta apedazada, en calzoncillos, se echó de espaldas sobre la cama. Era un general improvisado, con más derrotas que triunfos hasta hoy y eso mismo servía para afianzarle en la certeza de su propio destino; hay siempre más grandeza y gloria en las derrotas que en las victorias, como lo probaban sus conocimientos del drama, especialmente francés, sólo a la plebe le contenta ganar porque vive en el instante. Una mosca zumbona, rara para la estación, penetró en el cuarto por algún resquicio y estuvo sobrevolando tontamente hasta que

desapareció entre los cañizos del techo. Después no quedaron nada más que sus propios pensamientos desordenados y el ambiente pesado del cuarto que, como en vísperas de tormenta, olía a yerbabuena, a nebrina y cebo de candelas consumidas. Ni un gallo, ni un perro, ni un gato, animales estentóreos de la noche, amedrentados ahora por el entusiasmo del pueblo que no dormía excitado por el latrocinio y los apetitos carnales liberados en vísperas de combates y de muerte. El general de pronto sintió hambre y fue hasta la alacena donde sólo halló un queso amarillento y duro y una mosca posada en el queso. Después vio, a esa distancia, las cuartillas sobre el escritorio, blancas y vacías y sin saber ni averiguar por qué, se sintió más solo. Entonces, para ahuyentar el sentimiento de la soledad que —no ignoraba— es una forma de la concupiscencia, tomó su rosario de cuentas de abedul y comenzó a desgranarlo, de rodillas junto a la cama; pero poco a poco ya no pudo, justamente cuando sintió que su rezo era dicho como por labios de otros, ajeno y vacío; fue entonces hacia el aguamanil y se mojó la frente con cierta torpeza; después se quitó la ropa y se metió completamente desnudo entre las cobijas. Trataba de eludir en su memoria la imagen del hombre ahorcado, de sustituirla con otras pero sólo acudían ahora imágenes de mujeres, remotas y sin nombre, a quienes ni siquiera había conocido e intentaba darles forma, rasgos, miradas o gestos de algunas pocas que pasaron por su vida. Entonces se cubrió la cara con la punta de la sábana tratando de pensar en el queso y la mosca. Ahora por el extremo del tubo del candil salía un humo gris y ese olor predominaba. Había demorado bastante más que media vida humana en averiguarlo, pero estaba seguro: el amor de las mujeres sólo es la memoria del cuerpo. El hombre debe estar solo frente a la Muerte, puesto que el amor y la amistad son tráficos venales ya que exigen siempre un pago. *Y la vida y la muerte son dos juegos a los cuales nos sometemos.* ¿Aquel esclavo que él mismo liberó por haber denunciado a su amo de provocar la explosión de un carretón de pólvora, no había jugado? Jugó y ganó, como él mismo, que había sido una pieza en aquel juego, pero ¿para qué? Seguramente dentro de poco su cuerpo duro y viejo crujiría entre las llamas o estaría pudriéndose mutilado en una charca, o tal vez, dentro de más, muy viejo y más torpe esperaría, aun sin saberlo, que la muerte le llegara, callando, como acude inevitable el día. ¿Y aquella otra mujer vieja? ¿Y las jóvenes, cinco o seis —las recordaba— de asombrados ojos de novilla, negros, indefensos, con ese gesto de inocencia propicia que provoca nuestra crueldad, recorriendo el campo de batalla para lavar con agua fresca la cara de los guerreros muertos? No existen noches más pacíficas y lentas que las que siguen y preceden al combate; ya lo sabía. Al cabo de la batalla algunas de las mujeres —que no comprenden la

ruina o la dicha sino en función de los hombres— merodearon su vivac de comandante; él salió a verlas y hablarles, afiebrado y vacío; ellas estaban de rodillas junto a la hoguera, las caras semicubiertas con sus negras testeras y cuando él, enmudecido y marcial, les tomó de la mano para agradecerles, lloraron aparentemente sin consuelo, excitadas, entregadas, indefensas y triunfantes en ese ritual de la mujer en que se confunden —y son sustituibles— el goce y el llanto. Las altas voces graves del retén sonaron ventanal afuera, pero como si viniesen desde mucho más lejos, no desde la distancia sino del tiempo. El caudillo, desnudo el cuerpo entre las sábanas, tibio y destemplado de a momentos, padecía este insomnio. Estaba solo porque era el jefe y únicamente entre esas cuatro paredes podía aceptar sus propias dudas. Además, las noches son equívocas e inquietantes para los que quieren dormir y no pueden y tratan de vencer al sueño como los toros al paño. Al igual que otras tantas veces sus párpados, tan ténues ahora, se aplastarían en el momento en que Cosme acudiera a cajonear la puerta con el mate en la mano.

El alba, el rocío del amanecer son como la cola de la noche que se bate en retirada; el general tiritaba entre sudores, adormecido. La guerra, como las ratas del monte, roía ya las raíces de los árboles para dejar yermo al país. Soñaba semidespierto porque desde que era jefe no había vuelto a dormir intensamente, a caer en esa región del sueño de que gozan los justos, los imbéciles, la gente fatigada. Y aquí, a estas horas destempladas, desnudo y yaciente entre las sábanas, abrigado en las cobijas de picote recuerda de pronto a esa anciana flaca, de cabellos echados hacia atrás que había visto deambulando por la villa en su camino al parque de artillería. ¿Por qué de pronto en las sombras nuestra mente se detiene en pequeños detalles, en gestos, en rostros anónimos? Habrá grandes amontonamientos de calaveras, de huesos, de cántaros y lanzas y espadas rotas; de ceibas carbonizadas, al cabo de esta contienda de odios limpios y vehementes. *No combatimos por la plata sino por la ideología, de modo que no podrá haber tregua ni pactos y las espadas filosas serán como las avispas alborotando las flores.* De pronto abrió los ojos y vio un pedazo del cañizo del techo sostenido por las gruesas alfajías; el postigón de la ventana estaba caído y una luz lechosa y neutra esclarecía el cuarto. Cuando dirigió la mirada al suelo descubrió sobre el piso el pequeño bulto de un pájaro muerto; saltó de la cama y torpemente fue hasta el pájaro, levantándolo en la mano, entonces le vio un hilo de lana blanco y negro anudado al cuello; el pájaro tenía el cráneo ensangrentado y los alas y las patas quebradas y unas hormigas diminutas caminaban ya por entre su plumaje marchito;

muy cerca del pájaro muerto, sobre el piso, había también un pedernal oscuro y esponjoso, como de yesca, envuelto en chalas secas de maíz. Y vio que la vieja lo miraba en ese instante con sus ojos de pájaro nocturno —era la misma anciana de las calles y la misma que deambulaba entre los cuerpos de los soldados muertos en la quebrada de Chorrillos, acompañada de un niño grueso o de un enano taciturno y melencólico prendido a su refajo— y no habló con la lengua y con los labios, pero ahora él sintió que dijo: son muchos los muertos aunque no de tu mano. Un viento tibio penetró por la ventana y, a través de la ventana, alcanzó a distinguir como el resplandor de una llama que desapareció de pronto, cuando se vio, desnudo y de rodillas, junto al pájaro y el pequeño envoltorio de chala de maíz, y escuchó o imaginó la voz de la vieja cuyas palabras vio enseguida escritas frente a sus ojos *los combates de los hombres son agradables a los ojos del Señor, Él lo ha puesto, lo ha grabado así en un omóplato de buey.*

“¿Dónde está?”, dijo el caudillo, de rodillas y desnudo.

Está escrito, dijo la vieja. Este pájaro muerto, con hormigas y el pedernal envuelto, todas señales fáciles, tratan de distraerte de la búsqueda. Pero no las devuelvas al viento.

“Ya las he tirado —dice él—. Ya no las tengo; y ni siquiera las he visto bien.”

Mala cosa. Un pájaro con las alas quebradas y un pedernal del cielo. Ambos señales de gloria y de muerte porfiada. Debes ir y recobrarlas de la calle.

“Ya no estarán”, piensa el caudillo, de pie en el centro del cuarto, cubierto ahora por una de las frazadas de picote, agitado e incoherente.

Ahora llaman nudillos a la puerta. El general, asomado a la ventana, observa la calle despejada, el confín inquietante del amanecer y, más cerca, un grupo de perros disputándose un trozo de carroña. “Venerable señora”, murmura. “Doncella y abadesa. He leído que cuando suenan las campanas se alegran los sepulcros; pero sé que no es verdad... Yo no creo en los pájaros de la noche ni en los menjurjes que quiebran las leyes de las ciencias morales. Pero quiero volver a hallar esas señales que dices”.

Has de cerrar los libros porque de ahora en más será mejor hablar como los sordomudos. El pájaro que dices está ahorcado de una rama del árbol de Judas y no volverá a vivir hasta después.

“No lo entiendo”, dice. “Soy sólo el comandante de una tropa inobediente y díscola”.

Después de esto el caudillo regresó hasta su cama, apagó con los dedos el último resto del pabilo y sin oír los golpes de nudillos cayó en un sueño hondo, confuso, por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Afuera, en las calles, en los campos aledaños, llovía y era un amanecer de agosto, terco y desolador.

Muy temprano en el alba comenzaron a sonar las campanas. El padre Urreta, Previsor, Maestro de Artes, Teólogo y Canónigo Penitenciario le había relatado días atrás la crónica de las campanas y campanarios de Jujuy. Dijo que antiguamente en esta villa hubo un solo fundidor de campanas y ése fue quien fabricó la primera, de cinco arrobas y cuatro libras y luego otra de cuatro arrobas para el cura de Humahuaca, a costa de los indios feligreses; es decir, fue aquél mismo artesano, maestro fundidor y tonelero que fundió la de San Francisco, de veintidós arrobas, a doscientos seis pesos de costo, ésa que está sonando ahora, dedicada a Santa María Egipcíaca, y que sirve para recordar a los jujeños que su porvenir está en el trabajo y no en la holgazanería.

“Verá, Excelencia; hasta el siglo V no hubieron campanarios ni campanas, como está probado en los escritos de Anastasio Bibliotecario; antes sólo se servían del estrépito de los leños para llamar”.

El general tenía la cara bañada en sudor; aún dormía y el movimiento leve de las órbitas de sus ojos cerrados delataba un sueño nervioso e inquieto; tenía los cabellos claros empapados y una de sus manos guardaba el rosario, atrapado entre los dedos.

Volvía a llover, sofocadamente.

Doloridos sus nudillos de aporrear la puerta, Cosme dejó de lado la discreción, amanotó el picaporte y entró en el cuarto donde el general dormía, con el mate en una mano y en la otra un rollo de papeles.

—Despierte ya mi jefe. Cumpló sus órdenes, que ya el día hace mucho que parece.

El general se recuerda y lo ve, inmóvil, con esa indiferencia estólida de los recién despiertos.

—¿Qué me ha traído el correo hoy?

—Papeles, mi general; sólo palabras de los doctores, que las tienen de sobra y gratis.

—Tráeme eso aquí.

—La villa comienza a estar despierta, señor; todo huele a podrido y a húmedo y las moscas y los perros son los únicos que se agitan y mueven, la cabeza de los que se van ya ha ganado el confin de las huertas.

El general repasa los infolios leyendo rápidamente; en realidad va arrojándolos a un lado antes de terminar de leerlos; después se sienta en la cama y requiere sus pantalones ordenando a Cosme, con un gesto perentorio, se diese vuelta para ponérselos.

—¿Quiénes son los que ya se van, dices?

—Se van todos mezclados, señor: jóvenes, viejos, gordos y flacos, impedidos.

El general está calzado y llama de un grito al oficial de órdenes.

—Escriba ya mismo —dice—. No. Primero mande una tropa, media compañía a topar a los que se van de punta. Quiero verlos antes. Y ya mismo venga y escriba.

—También ha llegado de Salta el señor barón. Y está durmiendo, sentado en el pasillo, cansado de esperar.

El caudillo se abotona la chaqueta trastrocando los botones, se la desabrocha, maldice y vuelve a abrochársela.

—¿De la retaguardia, qué hay?

Pero el oficial de órdenes se ha ido; volverá enseguida. Cosme permanece de pie en un rincón del cuarto, sin hablar, mientras el caudillo se moja los ojos levantando con sus dedos el agua amanecida del lavatorio.

—He oído decir, mi jefe, que no se han conseguido caballadas en Salta: nomás mulas caras... En realidad he oído maldecir al señor barón, antes de que cayera dormido.

En eso regresa el oficial.

—Siéntese y escriba; y dele a los pregoneros enseguida.

El oficial de órdenes era un hombre joven, casi un adolescente, de ojos asombrados y grandes, con el rostro enmarcado por patillas oscuras y sotabarba.

Antes de que las lechuzas chillen y el pájaro se oculte, habré puesto en cintura a estos mercaderes y pusilánimes. No podrá salvarse la patria con los vendedores de quesos y aguardientes, pero tampoco ellos podrán medrar. Todo el que tenga piernas cabalgará y el que tuviere manos arrojará una piedra; y así hallaremos todos el pretexto de nuestra propia muerte.

—El que pretenda medrar morirá por la espalda —murmura el caudillo.

—¿Señor? No he podido escucharle a usted.

—Diga al capitán que venga y anote lo que voy a dictarle. ¿A cuántas leguas está el enemigo?

—Dicen que la vanguardia sólo a ocho, por las gargantas de Tumbaya. Pero ya se han oído tiros más cercanos, no lejos de Chorrillos, de las avanzadas del coronel Huicí.

La vida es lo que cambia, como el viento ¿seguro? Pero también la muerte cambia, ¿es así también vida la muerte? Sentía ahora un doloroso latido en las sienas, como si estuviesen hinchadas y ya tan de mañana le dolían las piernas. Había olvidado la víspera el baño tibio en salmuera y agua de cilandro y benjuí.

—Confisquen ahora mismo todos los carros y animales de montar y ténganlos hasta que yo baje. ¡Capitán! ¿Dónde está el capitán?

—Aquí estoy, mi general. No me había ido.

—Sientesé a esa mesa, entonces; y escriba.

Sólo un hombre y un niño, que lleva un viejo gorro demasiado grande para su cabeza han escuchado de cerca el bando que el pregonero —después de unos redobles desabridos y apurados acaba de leer con gran dificultad. Sobre el chaflán que hace esquina frente a la huerta de alguien llamado don Isidoro Albornos se ha parado el pregonero y ha lanzado las advertencias de ley. El pregonero es un hombre joven, de perfil afilado y ojos crédulos, más separados que en el común de la gente, lo cual le da un remoto aspecto de perro.

Aquel bando advertía severamente sobre posibles fraudes y disimulos de los que pretendieran eludir el cumplimiento de sus deberes de guerra... *ni el matrimonio servirá de excusa al joven de 18 a 25 años*. En ese momento se acercó un ciego que venía cantando y golpeando el piso de la vereda con su garrota, y luego acudieron —pero a escuchar a distancia de unos pasos— cuatro o cinco personas más y acabó formándose un corrillo.

—Hasta la guerra es penitencia venial para quien se casa —dijo el hombre que estaba junto al niño y miró enseguida a un costado y al otro, pero no halló eco; entonces siguió escuchando resignadamente.

Entre aquellos vecinos que formaban grupo estaba Juan, llamado también el adobero, que no hacía mucho había abandonado su pago de Tumbaya —donde sus antepasados Matías y Casiana tuvieron una fonda de mucha fama— amedrentado por la guerra, para tratar de afincarse en esta villa en busca de fortuna, negada siempre al segundón; y ahora, recién casado y a punto de comenzar a habitar la nueva casa construida por sus manos, tendría que irse, según lo ordenado por el primer bando ¿pero a dónde? ¿qué había más allá? Sólo por mentas sabía de Salta, una ciudad, según decían, poblada de notarios y vendedores de caballos y donde el labrador, como en todas partes, cultivaba su propia miseria. De más al sur nada sabía, aunque muchos afirmaban ahora —quizá por rencor o despecho— que más al sur sólo había tierras llanas como el mar —pobladas de salvajes sin religión y de ingleses—. Pero aquí todos estaban sujetos a los mandamientos del general y él se sometería a su voluntad, sobre todo porque ya comenzaba a correr la voz de que el general era enemigo de los ricos.

—Ninguno lo es —dijo una de las mujeres, aunque sin mirarlo. Llevaba la mujer un atadito debajo del brazo y la cabeza cubierta con un paño largo que le abarcaba los hombros—. Ningún general es amigo de los pobres —dijo la mujer.

—¿Por qué? ¿Quién lo ha dicho?

—Nuestro Señor lo ha dicho. Los pobres no tienen amigos. Vos lo sabís. La pobreza es pan duro de mascar; ¿quién quedaría compartirlo?

—Así y todo habrá que irse. Ya lo estamos escuchando —dijo otro de los hombres, el que estaba más cerca, grueso y prematuramente calvo, que calzaba unos cueros liados, a modo de abarcas. El hombre llamado Juan, que tenía un ojo turbio, la mujer y el niño del sombrero grande lo miraron sin reconocerlo. La mujer entonces se quitó el rebozo y alisó con ademán recatado sus cabellos, luego repasó disimuladamente la juntura de su corpiño y abajó los ojos para concluir el diálogo. Era una mujer bella y ya no muy joven. También el niño se acercó aún más al grupo y comenzó a hurgarse la nariz con un dedo. Enseguida el otro hombre dijo: —Ya es hora de que cabalguemos todos.

El bando, recientemente escrito e impreso de apuro, quedó fijado en el muro, húmedo y brillante:

Solam^{te} pueden exceptuarse del servicio p^r las causas sig^{tes}. 1° Por ser tuerto del ojo derecho. 2° Por Quebrados. 3° Por estar Eticos. 4° Por falta de dientes para morder el cartucho. 5° Por enfermedad del Pecho. 6° Por hábito corrompido. 7° Por sordos, mancos, cojos, corcobados, o que tengan reumathismo incurable. 8° Uno de los Gemelos a elección del Padre o Madre o en su defecto la suerte decidirá. Todo el que quisiere poner a otro en su lugar lo podrá hacer con tal que presente dos, enteramente vestidos, y p^r los que será responsable por el término de tres años. [...]

Domingo Zerpa

ROMANCILLO DEL JURAMENTO³⁶

Erase en el año doce,
un Veinticinco de Mayo.
El Cabildo, la Matriz,
la plaza con sus naranjos.

Del Cabildo a la Matriz,
apenas cincuenta pasos;
cincuenta pasos apenas,
cada paso azul y blanco.

Del Cabildo a la Matriz,
con su bandera en los brazos,
como un astro por el cielo,
pasa el General Belgrano.

Ya en el atrio de la iglesia
(Gorriti está a su costado)
entre la cruz y la espada
levanta el pendón sagrado:

36 NdC: Del libro *La Puna en poesía y prosa. Antología inicial de Abra Pampa*, editado por la Comisión Municipal de Abra Pampa, año 1975. La presente versión fue extraída de las *Obras Completas*, Universidad Nacional de Jujuy, 2011.

—¡Jujeños, por esta enseña
(alta es la voz de Belgrano)
juráis entregar la vida?
—¡Sí, General, lo juramos!

Y así fue como en agosto,
florecidos los lapachos,
marchó Jujuy a la gloria
vestida de azul y blanco.

Carmen Hebe Tanco

GESTA HEROICA
(LOA AL 23 DE AGOSTO DE 1812)³⁷

Sombra funeral, alma dolorida
delirio de fuego en las ruinas del valle.
Puñado estremecido de hombres
titánica aventura, felicidad remota...

Armonía de pasos y de carros
feliz murmullo, música del aire
sueño de libertad, Agosto fragante.

Reviven las campanas en el hierro,
vence la esperanza a las angustias
y es senda la Patria de los cielos
Gesta heroica, por altiva: eterna!

37 NdC: Extraído del libro *Jujuy a mediodía*, edición de la autora, 1976.

Ana María Gius

LA PARTIDA
(AL 23 DE AGOSTO DE 1812)³⁸

Tata cura, tata cura
aquí vengo pa' rumbiar
junto a usté y los soldaos
a tierras del Tucumán.

Nunca hi' salíu de este pueblo
pero dicen, y es verdá
qui todos, ricos y pobres,
van a mandarse a mudar.

Los españoles se vienen
desde el Perú al trotecito
pa' peliar en este pueblo
¡Qué canallas, pagrecito!

Mi enterau qui Belgrano
el qui manda a los soldaos
“Que nadie quede en el pueblo”
en un bando ha ordenado.

Ya se han quemau las cosechas
se han desviau aguas del río
pa cuando lleguen los godos
tuito esté seco y vacíu.

38 NdC: Este poema fue publicado el 10 de agosto de 1982 en el diario Pregón de Jujuy. Luego aparecería también en una Cartilla Literaria impresa por la Secretaría de Cultura en el año 1989.

Las señoras elegantes
pozos han hecho cavar
pa'enterrar menesteres
que no han di poder llevar.

Unos irán a caballo
la mayoría de a pie,
los viejos en las carretas
y los enfermos también.

Los niños miran inquietos
a las mujeres llorando
que piensan si han de volver
sin saber cómo ni cuándo.

Quiero tocar las campanas
al tiempo de la partida
pa' decirle "hasta la güelta"
a ésta mi tierra querida.

I' veniu para ayudarlo
a llevar la Virgencita
mi mama está bajo tierra
ahora ella es mi mamacita.

Vamos ya, tatita cura,
ya se va la caravana.
Voy rapidito a la tumba
a darle un beso a mi mama.

CUENTO DE AGOSTO³⁹

La noche se hizo profunda y misteriosa. Un aire seco y tropical penetraba en la nariz con olor característico a pastos quemados. La luna oculta en una nube de humo y polvo, evidenciaba el deseo de ocultar su tristeza. Los árboles guían –aún en la oscuridad- sacudiendo sus hojas secas, ayudados por ráfagas de viento norte, sin respetar pasillos, galerías ni patios.

El campo no dormía, la casa tampoco. Ambos vivían el nerviosismo propio de una partida. Las personas iban y venían como las hojas secas. Los pájaros inquietos no sabían por qué sus jaulas habían sido apiladas cerca del portón de hierro. Afuera, el ladrido de los perros intuitivos y de alguna lechuza agorera, se oían de vez en cuando.

Los habitantes de aquella casa jujeña, tensos de emociones inciertas y desconcertantes, soplaron las velas de los candelabros. Las pavesas quedaron cuchichiando.

Pasaron varias horas de expectativa agónica. Nadie dormía, sólo los niños en su inocente ignorancia. Afuera, el silbo del viento se oía en monótono estribillo.

ERA LA NOCHE DEL 22 DE AGOSTO DE 1812

No ajena a los acontecimientos, una petaca de cuero apoyada en la pared, observaba todos los movimientos. Sus ojos estaban acostumbrados a escudriñar en la oscuridad. Sabía ya de viajes. Es más, fue ir y volver al Perú en lenta y pesada carreta.

Sabía que le esperaba otro largo viaje. Había sido llenada con toda clase de enseres: ropa, botas, poncho, mantas de abrigo; una caja con yuyos, remedios y vendas. También mercadería como quesos y bollos caseros, bolsas con peras y duraznos secos. Chalana y charqui. Algunos jarros, cuchillos y cacerolas de cobre, etc. Apenas si pudieron cerrar su boca.

Sí... sí... estaba segura. El viaje sería largo.

Desde su rincón observó a su amigo, el cofre, que estaba sobre una mesada de mármol. Nunca lo movían de ahí. Era su sitio, para los grandes acontecimientos, las damas de la casa

39 NdC: fecha imprecisa

extraían de él, cuidadosamente, sus joyas y luego de elegir lo volvían a cerrar con delicado esmero.

En aquel ambiente tenso y oscuro se animó a chistar:

— Chissssst, Chissssst... ¿Estás despierto?

— Sí, respondió el cofre, no puedo dormir, amigo, no sé qué está ocurriendo en esta casa. Me cerraron con llave por primera vez y oí decir que me envolverán en aquella sábana que dejaron sobre la mecedora y me enterrarán en un pozo (ya el patrón lo mandó cavar en el patio del fondo) a pocos metros de la madreSelva.

— ¿Estás seguro?

— Sí... esas son las órdenes. Lo harán al amanecer, antes de partir.

— ¿De partir? ¿Adónde vamos?

— Dónde irás tú -querrás decir- nuestros destinos son diferentes. Yo me quedo aquí, bajo tierra, mientras tú viajarás rumbo a Tucumán.

— Pero, ¿por qué hacia Tucumán?

— Según la versión del collar de perlas, este viaje se viene gestando hace tiempo. Lo oyó decir en una tertulia. Un tal General Belgrano es quien da las órdenes. Dicen que es para beneficio de nuestra patria y para seguridad del pueblo y del ejército. Los españoles vienen por el norte rumbo a esta ciudad y...

— ¡Silencio!... -interrumpió la petaca- Escucho las campanas de la iglesia... Debe estar amaneciendo.

— Sí, alguien abrió la puerta -respondió el cofre- ¡Adiós, amigo! Creo que vienen por mí.

Efectivamente, la petaca vio cómo lo envolvieron cuidadosamente y unas manos fuertes se lo llevaron.

Al rato, ella también fue arrastrada a través de la habitación (sin sus mullidas alfombras) y tristemente fue despidiéndose de los enormes sillones, que semejabán fantasmas, cubiertos totalmente con sendos lienzos blancos.

Con rápidos y torpes movimientos fue colocada en una carreta, en medio de voces agitadas, llantos femeninos y cuchicheo de niños somnolientos.

Desde su incómoda postura, alcanzó a ver con dificultad, al pasar por el patio anterior, cómo a su amigo le echaban tierra hasta hacerlo desaparecer.

— Pobre -pensó- su suerte no es mejor que la mía. Sólo me pusieron unas cuantas jaulas encima, pero resistiré.

¡Adiós, amigo... hasta la vuelta! ¡Adiós..., adiós! Recorrió muchas leguas, andando y desandando caminos. Pasaron muchos días, tal vez meses. No tenía noción del tiempo, pero fue una eternidad.

Era primavera cuando la petaca volvió a ser introducida en la casa. Un poco más vieja, con algunas arrugas y el cuero reseco. El orificio de una bala en un costado -recuerdo de una batalla- y la cerradura algo torcida por el trájín.

Nada importaba ahora, estaba de regreso con todos los miembros de la familia, desde el más viejo al más joven. Un niño -nacido en el camino- ingresaba por primera vez.

Cuando la pusieron en su silla, todo estaba limpio y ordenado. Al recorrer con la mirada la habitación, vio al cofre sobre el mármol blanco.

— ¡Muy buenos días! -le dijo- ¡Qué alegría volverte a ver después de tanto tiempo!

— ¡Muy buenos! -contestó al cofre- Espero que me cuentes con lujo de detalles los pormenores de tu largo viaje. Me imagino que tendrás anécdotas a montones.

La petaca se disponía a hablar cuando de pronto se escuchó el sonido del clavicordio, con un coro de alegres voces. A través de la puerta alcanzó a ver cómo la familia reunida levantaba sus copas para brindar por el feliz regreso.

¡Salud!, ¡salud!

El llanto del bebé completó el brindis.

Alzando la voz, casi gritando para ser oída, la petaca dijo:

— Te lo contaré todo otro día... Ahora, disfrutemos de la fiesta.

Elba D'Abate de Zenarruza

**A LA MUY LEAL Y CONSTANTE
SAN SALVADOR DE JUJUY⁴⁰**

Maduraba esta niña
en los soles de agosto
y también en el viento que corría del Norte,
en el cerro, en el río y en la voz de su gente
con dulzor de naranjas.
Ya empezaban las rejas
a vestirse de brotes
augurando jazmines con blancura y perfume,
con cantos y guitarras, vidalas libertarias,
amor y serenatas.
Flameaba una Bandera,
una Bandera nueva
que coloreaba augusta con estrenado cielo
los jardines, el monte, las piedras de la calle
la Iglesia y el Cabildo;
de pronto los tambores,
de pronto el alarido
y la noche rojiza danzando en llamaradas,
el llanto, la tragedia y arrasando su nombre
el dolor de la nada.

40 NdC: Segundo Premio en el Concurso de Poesía organizado por la SADE-filial Jujuy y la Dirección Pcial. de Cultura en el año 1982.

¡Ay Niña! Qué de prisa se maduró tu vientre;
entre adiós y campanas, generosa y resuelta
cual verdadera madre, ayudaste a tus hijos
a partir con el viento.

Dolorosa María,
las trenzas de tus ríos
alaciados cabellos, quedaron a lo largo
de tu rostro de tierra solitario y vencido
por adioses y ruegos.

¡Quién ha sufrido tanto como tú, el abandono,
la soledad, el fuego, la gloria y el silencio!

Tu madurada sangre por la angustiosa espera
se volvió geografía de mies y de esperanza...
muy leal y constante ¡Heroína de Agosto!

José Saúl Sánchez

EL NIÑO DEL ÉXODO⁴¹

El niño miraba el sol
que destruía la cobija sacra
de su casa.

Miró la tierra y sus entrañas,
carcomidas y resacas
por las llamas.

Sentenciaron los pregones vespertinos
dejar la dulce tierra al enemigo,
mas dejarla desolada.

Sintió callar las guitarras
y el llorar de las carretas
en la tarde azul y blanca.

Contempló el heroísmo de los hombres
buscando otros caminos,
sorteando allende las abras;
patriotas de piedra y carne
se envuelven en la túnica del viento
y avanzan...

41 NdC: Tercer Premio del IV Concurso Anual Literario 1982 “Los Héroes del Éxodo” de la Dirección Pcial. de Cultura. Publicado en *Los íntimos cristales*, Imprenta del Ministerio de Bienestar de la Pcia., año 1983.

El niño miraba el sol,
carcomida pero inquieta
la esperanza.

El niño deja su huella,
resquebrajando el aire
en la mirada.

Pudo mirar a su madre,
que alguna vez reía,
llorar desconsolada.
Pudo mirar las casas,
empapadas en veloz fuego,
y no dijo nada.

Será tal vez
que vio los ojos de Belgrano,
sereno a la distancia;
será que vio esos ojos
que intentaban decirle:
Esto es la Patria.

Vio el valle rojo
de sangre y fuego,
sin una lágrima.
Y en Jujuy la tarde
cayó sobre Belgrano,
que avanzaba...

El niño quiso ser hombre,
y regresar un día
a su morada.

El niño quiso ser hombre,
y en Jujuy había aprendido
a ser hombre de Patria.

Rafael Hugo Reyes

LA PRIMERA JURA⁴²

Y luego de Huaqui,
sombria la aurora,
nefasto el destino
ceder al contrario
las caras conquistas
de la libertad.
Con el sur en mira,
apurar el trote,
cortar el resuello,
volver hacia atrás,
dejar todo el norte
y el gran altiplano;
fatigas y angustias!
Buscar el aliento
de un pueblo tenaz.
Se ordena a Belgrano
que en Jujuy reciba
las tropas cansadas
que del Perú llegan,
apremia la Patria,
la invade Tristán!

42 NdC: Este poema aparece publicado en *Intermedios del camino*, Edición del autor, 1983. Con pequeñas correcciones aparece luego en *Sólo poesías* (1948-1996), Ed. Amaru, 2009. Aquí nos servimos de esta última versión.

Y vibra el coraje...
tan solo una insignia
dejará inflamadas
las fuerzas y el alma
del pueblo y la tropa
de un ansia triunfal!..

Magnífica y bella,
en el veinticinco
la apuesta bandera,
con garbo de cóndor
que aquel triunvirato
dio la orden de arriar,
en tierra jujeña
inflama sus senos
y es madre señera;
entrega a sus hijos
el azul y el blanco
de la libertad.

Y entonces escudo,
brazal y coraza,
la elevó hasta Dios.
Pedazos de nubes
y nieves del Chañi
puso en sus colores,
gallarda y hermosa
con soplos del cerro
sus alas batió;
un pecho de pueblo
gritó a los confines
su voto de amores.

Con las bendiciones,
los cardos y ríos,
la arena desierta,
los cerros desnudos,
el monte boscoso,
con cantos y en himnos
gritaron, gritaron
su grito de amor
y aquel juramento,
cabalgó en el eco
buscando el mañana,
sobre los lapachos
y fuertes nogales,
un viento de voces
su manto tendió.

Irma Romero de Aparicio

ESTANDARTES Y PENDONES IMPERIALES...⁴³

Estandartes y pendones imperiales
Con orgullo en nuestro norte se clavaron
Y las garras de aquellas águilas reales
Indefensa presa, fácil encontraron

El camino hacia la tierra de los Incas
Profanaron con los cánticos guerreros,
y el eco salvaje entre los cerros brinca
Como un ágil y valiente mensajero

La vida tranquila del pueblo jujeño
Aterrada escucha la voz de los vientos.
Y todo parece un espantoso sueño
Envuelto entre las nubes de padecimientos

Se oyen los gritos de desesperanza
Quedará la tierra callada y desnuda
Pero al torbellino con poder alcanza
El bando que ordena una realidad cruda

Atronó el eco infernal de los clarines
En la quieta soledad del cementerio
Despertando a los yacentes paladines
Escondidas tras las murallas del misterio

43 NdC: Fecha incierta

Con un grito de salvaje, ya en agonía,
Lloró el monte triste adiós de madrugada,
Cuando el cielo todo de rojo se teñía,
Con el fuego que brilló tras la alborada

Retumbó el tropel potente de corceles
En el sendero alfombrado de guijarros,
y lejos moría el tín-tín de los cascabeles,
De las bestias que tiraban de los carros.

El cardón, cual centinela solitario,
A la triste caravana vio alejarse,
Con la imagen de su viejo campanario
Que de las mentes, no querían ya borrarse.

Tras los pliegues de la Enseña Inmaculada,
Se marcharon silenciosos peregrinos;
Que dejaron solitaria su Quebrada.
Cuando al Tucumán, buscaron el camino

De viento norte, se acompañó la marcha
Del pueblo que se inmoló en holocausto,
Derritiendo muchas veces la escarcha,
Ante el paso presuroso, casi exhausto.

Y las huestes que siguieron a Belgrano,
A la lucha se entregaron fervorosas.
En el suelo noble y justo del hermano,
Se volvieron bravas fieras victoriosas.

Hacia Salta se dirigen vencedores,
Tras los pasos de los que huyen derrotados;

Ya que al fin de la jornada de dolores,
Nuevo triunfo, con laureles, han ganado.

La doncella con su negra cabellera,
Guardada duerme entre ejército de piedra
Y en la frente el beso del amor espera,
Que con gran fervor, su pueblo se lo diera.

Lluvia de cantos cae, la tierra se moja
Que secará el fuego de la despedida.
Y la ciudad que de todo se despoja,
Siente el beso de la patria agradecida.

RETABLO DE UN SOLDADO DESCONOCIDO⁴⁴

Después entraron seis soldados indecisos. Y el cejudo jefe de la partida hurgándolo con la mirada desde el pañuelo sanguinolento que le ciñe la frente para abajo.

Interrogatorio entre un escándalo de trabucos, bayonetas y sables desenvainados.

Antes habían entrado el aroma cálido del monte y la línea amarilla y lejana de las flores del cerco de tunas.

Con olor a caballo cansado las bigotudas preguntas del más torvo de los milicos se le encaraman en la respiración afiebrada; también se trepan por la techumbre de paja, se adhieren a los cueros y a la chaquetilla del uniforme que cuelgan de las paredes. Su boca permanece aplastada por una lápida de sed y de silencio. Acusaciones porfiadas se revuelcan en la piel trigueña y jactanciosa de su hombría.

La mano derecha, huesuda y caliente, palpa pertinazmente el contorno de la manta marrón que asperea sobre el pecho velludo.

Entornó los ojos. Los abrió. Miró. Arriba, el intricado sol. Soldados; el sargento con implacable obsesión ¿dónde? ¿cuántos? ¿cuándo? Pero su cuerpo pertenece a este camastro de tientos desde hace un mes.

Cerrando los párpados, midió, contó con anhelosa atención el paso de cada segundo por su sangre.

¿Dónde - cuántos? ¿dónde - cuántos? Llegaban indefectiblemente por un camino angosto y escalonado de gruñidos, gritos, escupidas. Nada podía evitar que llegaran.

Cronología.

Palabras exactas que referían hechos exactos.

Él se metió dentro de sí mismo. Se puso a estudiar la ausencia que llenaba el cuarto. Sólo se movía el tiempo pasando leguas y leguas hasta el Chañi que se estiraba como una azul

44 NdC: Del libro *Cuentos de nuestra tierra*, editado por el Consejo Federal de Inversiones, año 1985. Premio CFI, 1983.

bandera de piedra. El tiempo se movía regresando al interminable baño de luz de la selvática Yala. Y al techo blanqueado de su casa.

¡Que cómo! ¡que qué! ¡que quéé!... y las mañanas que atravesara con su largo silbido... ¡y tanta melga verdecida en el valle de Jujuy! Donde las nubes pasan arriba, muy arriba. Entonces él era un hombre que con pausadas manos amasaba el barro y la paja, la paja y el barro para los tapias de la casa del padre Gorriti. Sol al frente, también cumplió esa industria de paz para las arcadas de la Iglesia Matriz.

Las bigotudas preguntas ahora reverberan sobre las expectantes bayonetas y las réplicas, fisgándolo, se hacen vehementes y desconcentradas. ¡Ah, su general Belgrano!, aquella mirada celeste cayéndole como una flor adentro de la sangre. Su pasar junto a él, Gabino Paredes, la tarde en que sembraba la tierra fragante de mayo fue un pasar quedando. Y lo siguió dispuesto a testimoniar la fundación total de su hombría.

Con lentitud anciana se acaricia el pecho con la mano derecha; desde lejos llegan las suaves estridencias de un coyuyo. Entre imprecaciones.

...Y él era un hombre entrando con un clarín interior por la sombrasa y ancha Calle Real.

¡Y cómo sonaban los cascos de su tordillo junto al jinete de poncho ondulante que encabezaba esa procesión tumultuosa de callados hombres del norte! Con agosto polvoso gravitando sobre las cabezas y las manos prendidas a la crin de su tierra. ¡Ah, mi general Belgrano! el viento se hacía pedazos en sus muñecas. Y su mirar repasando la banda del Río Chico y los Altos de Cuyaya, volando de horizonte a horizonte y oliendo las llanuras del sur, hacia donde enfilará el galope; y Jujuy con hogueras donde ardía la seca ramazón del coraje.

¿Hasta cuándo este desbocado preguntarme?

Sí. Era un dios meditativo caminando por la nave central de la Iglesia con la Bandera guarnecida por sus brazos. Fue entonces que vio a la Patria extendida en tan liviana envoltura y se olvidó de sí mismo. Definitivamente. Para ser este indispensable trashumante del país de la guerra.

Exhaló un suspiro por sus labios costrudos de sed. El mediodía desenrolla un calor vertical por las sillas desparramadas a culatazos. Sin embargo una corriente helada le crispó la piel curtida. “Hacendados, apresuraos a sacar vuestros ganados vacunos, caballares, mulares y lanares hacia el Tucumán”. Más allá de la loma estira su figura callosa un árbol monótono. Oye los caballos coceando con los cascos desnudos los terrones sedientos. “Llegó pues la época en que manifestéis vuestro heroísmo y de que vengáis a reuniros al ejército de mi mando,

si como aseguráis queréis ser libres...”. Las paredes de adobe ya están revocadas por las voces de la partida realista, voces que suben, bajan, vuelven a bajar, se extienden sobre su figura de último soldado derrumbado. Su silencio se divide en partículas infinitas, en innumerables fragmentos y fragmentos de ausencia.

En el cuarto nada se mueve, ni el banco perniquebrado, ni el candil con la mecha empapada de grasa. Sólo se mueve el tiempo. A pesar de la creciente vaguedad que la fiebre pone en su mente él sigue sintiendo con las fibras más delgadas de sus nervios el envés del tiempo.

Capricornio al sur, alrededor de otros calendarios, la memoria densa, reasume su vida.

Jujuy. Campo afuera. El lapacho queriendo todo el patio de su casa y el monte en su abandono feliz de hondura y pájaro y las bestias salivando morosamente libres de la redondez del cerco. Su mujer, con ojos en donde nunca se enturbiaba el claro día.

Una madre... pastoral en la costumbre y en la amargura, criolla.

Entonces la humareda de sueño. Entonces su casa crepitando en una sola llamada quieta. Más las tres cosechas de maíz, más lo que fue la enramada, más el telar de ritmo jornalero, más los zarzos, más todo. Y también la lágrima desatada de su angustia y Gabino Paredes en el centro de la hoguera que adoctrina su coraje. Quebrando la calandria en la boca de su mujer. Con la humareda desbocada enrollándose en la guitarra que ya no andará voceando la bailada. Y la embestida de su tordillo en desgarradora gritería. “Se llevará a ejecución vendiendo imposibles mismos...”.

La mano derecha persiste sobre el pecho agitado. La fiebre crece.

Las órdenes del sargento se mueven como sanguijuelas. Algunas escupidas y seis carajos restallantes. Se entreveran gruñidos y bayonetas. Hay apuro.

Y a su lado se detuvo “una presencia” infatigada. Sin moverse, la sintió definitiva y férrea.

Como desplomado de sí mismo caminó pesadamente hasta el palenque y se apoyó en la barra mirando hacia la nada del campo en llamas. Ahora llegan “esas pisadas”, quebrando el viento que repasa y repasa el rescoldo.

El sonido recogido de la espada y un movimiento pensativo.

Una mano fina y fuerte se posa sobre su dolor diseminado. Ahora son dos los que miran largamente el horizonte de churquis y maizales desmoronados en la ceniza. Sumidos en el atardecer. Hombro a hombro.

Hubo un sitio claro junto al viento terco.

GABINO PAREDES: Hoy, 23 de agosto de 1812, yo te condecoro con la patria!

Y en su pecho de meseta prendió una escarapela. Redonda. Brillante. Azul y blanca.

El hombre de manos finas sumerge su mirada imperturbablemente celeste en los ojos rojos, como nacidos de un vino agrio, de Gabino Paredes.

CABO CUARTO PAREDES: Cierra el paso. Desafía.

Sube. Vence o muere! (Y el cabo Gabino Paredes atorado con palabras que no brotan).

¿Morir? ¿Morir? Si él anduvo múltiple y vigilante entre la multitud que retrocedía al sur. ¿Quién olvida su duermevela junto al atolondrado panal que busca el Tucumán? ¡Y cómo recorrió los días de agosto avecindando con sus gestos las voces y la resignación de los pobladores en la plaza de Armas! ¿Morir? No, no. ¿Y el reguero de su guardamonte sobre el arreo de los rebaños por los bajos del río Grande? Nadie como él en la retirada fragorosa entoldando tan religiosamente el poncho quebradeño sobre el cofre que guardaba la Bandera recluida. ¡Ay de estos maturrancos si hubieran visto chispear los ojos de mi espuela en las avanzadas sobre el Tucumán! ¿Y su galopar legüero en Las Piedras? ¡Eijo, la clarinada de Salta! Morir. ¡Ja! Y su costumbre de medirse la escarapela sobre la sangre retadora, con la mano derecha, así, como si tocara la lisura de las lagunas de Yala. Y su siempre dar vuelta por los cuatro costados del coraje, en los días vencidos y vencedores de su general Belgrano. ¿Qué? ¿Ese luto galopando sin caballos en Ayohuma? ¡Ah! él me yace vertical frente a este sargento y su partida gritadora, pero no se guardará memoria de un Gabino Paredes, parpadeando ante tres sables oxidados!

El silencio es grueso como corteza. La mano derecha, incontenible, se hace nido sobre el pecho.

Buen trabajo con el mudo mi sargento — barbotó uno de los milicos. Le ensartó, de un solo tajo! el corazón y la mano con que se lo rascaba.

El cejudo jefe de la partida miraba con desencanto la punta chorreante de la bayoneta.

Estaba seguro que en algún escondrijo de la rotosa camisa el infeliz guardaba la clave de algo. Su tanto tantearse con la diestra el mismo costado... hum, bah! mira, era esto!

La mano salpicada de sangre mostró una escarapela. Redonda. Opaca. Todavía Azul y blanca.

Germán Walter Choque Vilca

LA PATRIA

ALBA DEL 23 DE AGOSTO⁴⁵

El alba de agosto nacía a empujones
detrás de la curva cintura del monte.
El Chañi en la frente se ató una diadema
y el Zapla en los ojos se ató un horizonte.

El cielo tensaba su espalda desnuda
rasgada por largos cuchillos de cobre.
Las grises campanas lloraban de angustia
sus notas redondas golpeaban el bronce.

La gris humareda tendía sus encajes
debajo un invierno de añil y de azogue.
Los vientos llegaban heridos de muerte,
vendadas las frentes con negros picotes.

Vibraba en la parda canción de la tierra
un Bando amarillo con piel de tambores:
¡que nadie se quede! ¡Tan sólo los muertos!
¡Tan sólo el silencio de las quemazones!

45 NdC: De *Los pasos del viento*, Ed. de la Dirección Pcial. de Cultura de Jujuy, 1984.

Atrás van quedando los patios desnudos,
el húmedo aljibe, los altos balcones,
las lágrimas rotas mojando la tierra
que hollarán impuros los pies invasores.

Adentro del tiempo se rompen los ecos,
adentro del alma la pena se esconde,
adiós en el llanto de azules pupilas,
adiós en las viñas, adiós en los hombres.

En brazos del dulce sostén del camino,
más allá del sueño que entibian los soles,
la tierra fecunda se extiende en azúcar
y en blancos azahares descansa la noche.

Allá se descubren los pechos de greda,
las lanzas, los sables, las garras de halcones;
sobre el estirado calor del naranjo
Tucumán y Salta desangran legiones.

Jalón de heroísmo, la gente de agosto
rezada al rescoldo de antiguos fogones.
Un sol de lapachos descende hasta el Valle
por un desbordado caudal de gorriones.

Irma Martiarena

POEMA DEL ÉXODO⁴⁶

Canto 1

(Antecedentes)

Payadores cantaron de la Pampa fecunda
y los bardos, su lira melodiosa y profunda,
por la Patria de Mayo cultivaron veloz.

Defensores austeros de una causa sagrada,
suspendieron las treguas, alumbraron el alba,
y adueñaron del éter, los titanes de acción!

Repartieron sus teas de prosélitas llamas,
y en los cuatro confines palpitaba la entraña,
del gran tronco encendido como ofrenda de amor.

Esos héroes con mano diamantina de espada,
sangres nobles y puras, de fervor adornadas,
con denuedo lucharon y obtuvieron su voz.

Penetrados los ecos de sublime poesía,
se sintió que hasta el Plata transportó cierto día,
por su brecha encantada, el creciente clamor.

¡Argentina! Tus hijos, libertad anhelaban;
y el frenético yugo, inflexible de España,
noble raza de criollos dominaba en su afán.

Mas, serena en la bruma, sondeará como faro
la conciencia de un hombre presintiendo el ocaso
de una causa gloriosa, y en titán se alzará.

46 NdC: De *Recuerdos del terruño*, edición de la autora, 1987.

Canto 2

Belgrano llega a Jujuy

Agitaban el Norte de los yermos peñascos,
inquietudes tremendas cuando llega Belgrano
prodigando cascadas de nobleza y valor.

En las noches cubiertas de neblinas intensas,
se escuchaban las sienes con fragor de pelea,
del audaz desvelado por la atroz situación,

Mientras tanto mostraba su fiereza incolora
en las carnes curtidas, maltratadas y rotas,
el invierno hecho fósil, como un eco al dolor.

Por fortuna Belgrano era clarividente,
y brillante la idea que produjo su mente,
al prestar a sus voces el tronar del cañón.

Así pudo reunirse todo el pueblo jujeño,
que, dejando las cosas de que otrora fue dueño,
decidido y heroico, por la Patria juró.

Canto 3

La Retirada

(23 de agosto de 1812 - 24 de setiembre de 1812)

Y partió por agosto la viril caravana.

El Jujuy de pupila suave, tímida y blanca,
reflejado en las lunas correteando dejó
por el largo camino, su cantar hecho lágrimas.

Su triscar ya longevo desmenuza distancias,
en los ruedos del cerro que horizontes rasgó.

Destilando su savia era tronco desnudo;
confundida en la tierra, fue semilla de surco
señalado y bendito por la mano de Dios.

Si lloraron los huecos, si gimieron los bronce
de los pechos unguados, no fue vano derroche
porque fue desafío, justa liberación.

Su lamento de quena, era un eco paisano.

Su gallardo heroísmo, un trotar de guanaco
invisible entre el polvo que su pie levantó.

Parecía una estrella de la vía celeste
su fugaz llamarada, exaltada y doliente
en los huérfanos campos, irisando doquier,
su conciencia de nácar por la misma pupila
de ese rostro sangriento, faz de Dios, quien moría,
para dar a los hombres su enseñanza más fiel.

Este llanto jujeño, convertía en pueril
la ensañada promesa; y alumbraba el cenit
del feliz equinoccio, una aureola de fe.

Con su grito guerrero que la Puna absorbía,
por la greda bajando decididas venían,
con sus huestes fornidas, las enseñas del Rey,
y al brillar en el suelo de setiembre las armas,
se extasiaron los ojos, y se alzó la muralla
de valor más sublime que se pudo tener.

Tucumán recibía fragorosa batalla.

En su tierra mestiza resonó la metralla
y cubrió de laureles a los criollos de ayer.

Eran “alma del cerro” con durezas de rocas,
y con vahos de tusca, puya-puyas y tolas...!

Consumados Ulises argentinos, también?...

En la bóveda etérea resguardó nuestra historia,
un pañuelo grabado como aquel de Verónica,
patrimonio bendito que produjo su mies.

María Rosa Villalba de Poma

CANTO AL ÉXODO JUJEÑO⁴⁷

*A mi hija María Rosa
Jujeña y forjadora de jujeños*

¡Éxodo Jujeño!
Marchan las carretas hacia Tucumán
hacia el dolor.
Hambre y fatigas, sabrán soportar
con resignación.
Rojo el horizonte se va desangrando
como un corazón.
Llamas y humo negro torna el fértil valle
en desolación.
Finca, huerto, hogar el fuego devora
en su inmolación.
Novel libertad nutres. Argentina
con fe y valor
que pidió Belgrano al pueblo jujeño
quien todo lo dio.
En tu sacrificio hay tesón del Inca
y del Español.
Con dos grandes triunfos, Tucumán y Salta
Dios recompensó.
Y a la Virgen Santa nombró Generala
el gran vencedor
¡Salve, pueblo heroico! Fuerte y abnegado
a Jujuy loor
¡Viva Jujuy!

47 NdC: Del libro *Las tres rosas*, Imprenta Los cristales, 1988.

Fortunato Ramos

AL ÉXODO JUJEÑO⁴⁸

La bella quebrada del norte argentino
mellada se duerme, mirando pasar
al godo aguerrido que viene invadiendo
pensando grandezas, después de triunfar.

Belgrano y su pueblo inician la marcha
ya nada le queda al vil invasor
soldados, mujeres, ancianos y niños
cantando a la patria se van con ardor.

La luna de Salta, coqueta y serena
recibe contenta el gesto de honor;
del pueblo jujeño que marcha callado
¡tal vez encendido a pelear con furor!

¡Arriba jujeños les dice brillando
el sol tucumano que mira llegar
la gran caravana que en pos de la patria,
su sangre y su vida, después nos va dar!

48 NdC: De *Los Runas y los Changos del Alto*, edición del autor, año 1989.

Fortunato Farfán

JUJUY: ¡TIERRA HEROICA!⁴⁹

Tan pronto como comenzara a asomar desde El Plata el magnífico SOL DE MAYO, en Jujuy, empezaron a aparecer los más claros resplandores de una aurora de libertad.

Antes del 25 de mayo de 1810, aquí, ya se vivía un clima premonitorio de libertad, ya se respiraba una atmósfera de cambio, ya se presentía el estallido de una revolución gloriosa y ya se vislumbraba auspiciosamente el atisbo cálido del SOL DE MAYO.

Jujuy, cuna de hombres ilustres e inteligentes, advertía perfectamente los defectos y errores del régimen colonial, se daba cuenta de la debilitada autoridad monárquica, conocía la invasión de Napoleón Bonaparte a España, la prisión de Fernando VII y el ficticio reinado de José Bonaparte.

Nacía en el pueblo la conciencia de la responsabilidad de su propio destino, Jujuy, como América Española, no estaba dispuesto a cambiar de reyes ni de tiranos ni aceptar otras cadenas más leves o más pesadas.

Cuando llegó la comunicación oficial de la Revolución de Mayo, el 16 de junio de 1810, Jujuy la recibió con alborozo sí, pero como un hecho natural y esperado; su posición estaba tomada con anterioridad y abrazó decididamente la causa de la libertad.

El Canónigo Gorriti se transformó en el alma y el cerebro del movimiento revolucionario en Jujuy; sus MEMORIAS, publicadas por Miguel Ángel Vergara, en 1936, documentan la claridad de su pensamiento en aquel momento trascendental de la Patria. Gorriti robusteció con absoluta convicción y clarividencia los fundamentos políticos, jurídicos y filosóficos de la Revolución de Mayo. El pensamiento de Gorriti no solamente alumbró esta tierra jujeña, sino que iluminó todo el norte argentino y contribuyó a cambiar, en gran medida, las opiniones de Salta y Tucumán.

49 NdC: Del libro *Viva Jujuy*, Ed. El Cardonal, 1989.

Así se incorporó, Jujuy a la causa de Mayo y en las luchas por la independencia argentina y americana se destacó por su entrega total, por su renunciamento, por el heroísmo de sus hijos y por el sacrificio holocástico de su pueblo.

Esta tierra se transformó en nido de cóndores, prolífero, milagroso, perínclito, desde donde emprendieron vuelo, interminablemente, los titanes del valor y los paladines de la libertad.

JUJUY FUE EL SOSTÉN DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

La Revolución de Mayo se declaró en Buenos Aires. Allí se depuso al Virrey Cisneros y se formó la primera Junta de Gobierno; pero en Buenos Aires no se libró ninguna batalla, le tocó a las provincias del norte la tremenda responsabilidad de defender y sostener esa apenas germinante revolución.

Jujuy fue la tierra privilegiada que, por un destino histórico, fue elegida para transformarse en lanza y escudo de la libertad. Jujuy era una tierra floreciente, con exuberante vegetación, con fértiles campos, con abundantes cosechas, con pródiga cantidad de ganado y con hombres de estirpe, por sangre y por los méritos que da el trabajo fecundo.

Le tocó a Jujuy el hermoso destino del heroísmo, porque tuvo que sacrificarlo todo por alcanzar la libertad. La Patria le debe mucho a Jujuy y muchas provincias hermanas han quedado también en deuda con esta provincia heroica, una deuda que no se paga, una deuda que no tiene precio porque es el valor de la libertad

AQUÍ SE BENDIJO LA PRIMERA BANDERA

En Jujuy, el 25 de mayo de 1812, fue la celebración más extraordinaria del segundo aniversario de la Revolución de Mayo. Jamás hubo tanto júbilo popular, tanto entusiasmo delirante y tanta adhesión patriótica.

Jujuy es la tierra sagrada donde se bendice y se jura fidelidad a la Bandera Nacional. Aquí se sustituyó, por primera vez, el estandarte del Rey, con castillos y leones, por la Bandera Argentina, azul y blanca, con sol y con gorro frigio.

Si bien es cierto que esa misma Bandera había ya flameado en Rosario, a orillas del Río Paraná, aquí en Jujuy, se levantaba bendecida por Dios, reemplazando definitivamente el estandarte del Rey.

Este acontecimiento de la bendición y juramento de la Bandera Nacional es un hecho histórico trascendente, extraordinario y privilegiadamente excepcional. Es el honor más grande que tiene esta tierra y constituye para cada jujeño un timbre de legítimo orgullo, como aquel que, sinceramente, sentían, entre los incas, los que residían en la ciudad imperial de El Cuzco por haber sido fundada por el primer Inca MANCO CAPAC. Decir que somos jujeños equivale, pues, a decir que somos de la tierra del heroísmo y de la tierra de la Bandera Argentina.

JUJUY FUE EL CUARTEL MILITAR DEL GENERAL BELGRANO

En Jujuy, Belgrano estableció su Cuartel General. Aquí reorganizó los restos de un ejército vencido y desmoralizado.

Aquí, Belgrano se hace cargo de una misión imposible: contener a un ejército realista poderoso, triunfante, adiestrado y cuatro veces más numeroso.

Belgrano recibía en Yatasto un ejército diezmado, sin armas, sin uniformes, falto de soldados y de jefes, sin recursos, sin fe en la victoria y quebrantado en su disciplina y moral.

Sin embargo, Belgrano enfrentó el desafío, comenzó a trabajar y pudo lograr todo esto que parecía imposible:

Aumentó el número de soldados con hombres de esta tierra.

Fundó una Academia para formar oficiales.

Equipó el ejército que estaba sin armas, sin municiones, sin pertrechos ni provisiones.

Alimentó, vistió y uniformó a ese ejército con recursos de Jujuy.

Curó a los soldados afectados por el paludismo.

Disciplinó sus tropas y le infundió fe y optimismo en la victoria.

Y, fundamentalmente, le dio la fuerza moral que necesitaba.

Todo esto pudo lograrlo porque Jujuy era un pueblo animado por una profunda convicción libertaria. Porque Jujuy era un pueblo con fe inquebrantable en el sacrificio de sus hijos.

Jujuy no era un pueblo indiferente, descreído, dudoso, desconfiado. Si así hubiera sido, Belgrano fracasaba y fracasaba aquí la Revolución de Mayo.

Jujuy fue un pueblo heroico que respondió a la convocatoria de Belgrano, que lo apoyó decididamente y le dio fuerza, confianza y fe en el futuro de la Patria.

JUJUY APORTÓ SUS MEJORES HOMBRES A LA CAUSA DE MAYO

Jujuy aportó a la Revolución de Mayo figuras ilustres por su clara inteligencia y profundo pensamiento.

Honran a Jujuy los nombres de Juan Ignacio Gorriti, Teodoro Sánchez de Bustamante y José Antonio del Portal. El pensamiento de estos hombres alumbró los senderos de la Patria en la época inicial de pueblo libre y responsable de su destino.

Pero Jujuy también aportó a la Patria hombres de acción, soldados valientes y Jefes inquebrantables como estos nombres que escribieron, con valor y audacia, brillantes páginas de nuestra Historia Nacional:

CORONEL MANUEL ÁLVAREZ PRADO: Su figura se yergue en el recuerdo cuando evocamos los combates de Hornillos, Puesto del Marqués, Moraya, Tilcara, El Durazno, Jujuy, Maimará, Huacalera. Verdadera pesadilla para los realistas a quienes ha sitiado, ha hostigado y ha perseguido y ha burlado escapándose reiteradas veces después de haber caído prisionero.

MANUEL EDUARDO ARIAS: Me remito a la biografía del héroe escrita por don Félix Infante, pero no puedo desprender su nombre de Yavi, Humahuaca, Orán, Coranzulí, Huacalera, Uquía, Calete, San Lucas, Tilcara.

LA QUEBRADA DE HUMAHUACA FUE EL ESCENARIO MAYOR DE LA INDEPENDENCIA

La Quebrada de Humahuaca fue el escenario principal de las luchas por la independencia. Fue el canal natural por donde debían transitar, obligadamente, los ejércitos enemigos y los ejércitos patriotas. Fue un cañadón oscuro, enigmático, peligroso y temido que no pudieron esquivar los enemigos de la Patria y donde no pudieron presentar batalla formal y donde siempre fueron sorprendidos, minados, extenuados y aniquilados cuantas veces pretendieron invadir con sus ejércitos poderosos. La Quebrada de Humahuaca fue, al final, el teatro heroico donde triunfó la Libertad sobre la Esclavitud.

En cada lugar se libró un combate y cada lugar lleva el nombre de una batalla. Las montañas, las piedras, los ríos quedaron teñidos de rojo de tanta sangre derramada.

La Quebrada de Humahuaca fue el bastión natural y el baluarte de contención del avance enemigo. Como en las Termópilas griegas, era el punto estratégico para frenar las vanguardias enemigas.

Los cardones fueron los mudos testigos del heroísmo de los gauchos jujeños y no modificaron sus gestos de admiración y de asombro. ¿Quién puede negar que, los cardones de la Quebrada de Humahuaca semejan a nuestros ejércitos y a nuestros soldados en permanente actitud de ataque y de defensa?

Gracias al valor, al arrojo y a la constancia de nuestros soldados y gauchos el ejército enemigo no pudo avanzar y siempre tuvo que retroceder.

Bien podríamos decir que la Quebrada de Humahuaca se quedó húmeda, para siempre, de tanta sangre derramada.

PRELUDIO

JUJUY

¡Jujuy! digo tu nombre y me arrodillo
a dar gracias a Dios por tu existencia,
porque tuvo contigo preferencia
al marcarte un destino de áureo brillo.

¡Jujuy! digo tu nombre y me incorporo
a la marcha del Éxodo Jujeño;
y soy de Tucumán y soy Salteño,
pues en mi alma esas glorias yo atesoro.

¡Jujuy! digo tu nombre y me encamino
por la ruta sagrada de Humahuaca
y voy rastreando sangre hasta La Quiaca...

¡Jujuy! digo tu nombre y te defino
como provincia heroica la primera,
a quien legó, Belgrano, su Bandera.

Carlos Santiago Spadoni

ÉXODO JUJEÑO.

“POR UN TIEMPO DE LAPACHOS”⁵⁰

La sombría caravana avanza
por la voluntaria senda del exilio:
horizonte azul y blanco que ya alcanza
el ancestral grito coya del martirio...

La tierra natal se fue quedando
en heroico silencio —adormecida—,
y trepan por un tiempo de lapachos,
los gemidos de carretas doloridas...

Tras la última lágrima derramada,
por el destino del Pueblo Elegido,
sereno y bizarro, sueña el General

prometiéndolo en su postrera mirada
—empañada de llanto compungido—,
amanecer de gloria al regresar...

50 NdC: Este poema, hallado en la Biblioteca Popular entre los recortes de diarios, está firmado por el propio Spadoni con fecha agosto del año 1992. El poema tiene una nota al pie que dice lo siguiente: “*El autor de este poema, es el maestro Carlos Santiago A. Spadoni. Ejerce la docencia en la Escuela N° 48 de Villa Jardín de Reyes. Es, sin dudas, un valioso aporte para el tratamiento del Éxodo Jujeño como tema que motiva nuestra emoción y patriotismo*”.

Amalia González

GESTA HEROICA⁵¹

PATRIA, PUEBLO, TIERRA, DOLOR, CAMINO

Lucharon Todos juntos. La bravura conmovió!
Lucharon Todos juntos; corazones rojos de coraje
Marcharon con Belgrano; Héroe, Fuerza, Pasión.
Sangre abandonada. Vidas sin hogar, sin paisaje.

Criaturitas y enfermos ¿Qué sabían del horror del cañón?
¿A dónde iban desesperados, llorando hambre, sed...?
Padres e hijos, sus penas, calma no hallaron
Sufrieron heridas, frío, dolor ¿Y después?

¡Tierra Pueblo! Jamás quedarían sin Patria
Demasiado valientes almas de principios de hierro
Camino de horas amargas ¡Regreso con ansias!
Gloria, hermanos argentinos. Gesta inmortal ¡Jujeños!

A los que volvieron; jazmines, malvones,
claveles, ceibas y duraznos en flor, guardaron
sus perfumes como premio a la Libertad!...
El coraje, sangre, sacrificio, dolor dado
al éxodo, será bendita herencia heroica
de tiempos en la Historia Inmortal!

51 NdC: *De Huecos de dolor*, Ed. Amaru, Bs. As., año 1995.

Félix Navarro

HOMENAJE AL ÉXODO JUJEÑO⁵²

¡Oh!, beneméritos hombres
De mil ochocientos doce,
Que por quebradas y ríos
Emprendieron el avance.

Una cauta retirada
Con todo un pueblo y soldados,
Salieron aquella tarde
Con el General Belgrano.

Llevaron cuanto pudieron
Y lo demás fue quemado
Como guardianes quedaron
Los enfermos e inválidos.

Ellos serán inmortales
De nuevas generaciones,
Y quedarán para siempre
Grabados en los corazones.

52 NdC: Del libro *Poesías y relatos de la Puna jujeña*, edición del autor, 2009 (2da edición). No contamos con el año de la Primera Edición, sin embargo, podemos saber que este texto se publicó antes del año 2000 en el diario Pregón, puesto que el mismo aparece fechado aunque de manera imprecisa.

Es un 23 de agosto
Que ya en éxodo se van,
Por los senderos angostos
Con rumbo hacia el Tucumán.

Que nada quede en los huertos
Que destruyan alfalfares,
Que todos ya se encaminen
Antes que muera la tarde.

Es que el General ya anuncia
Su dramático mensaje,
Niños, mujeres y viejos
Abandonan sus hogares.

JUJUY ya quedó dormido
En medio de los pastizales,
Lo están velando los ceibos
Los sauces y guayacanes.

Publicado por el diario Pregón, 23 de agosto de 19...

Dora Blanca Tregini

CANTO AL ÉXODO JUJEÑO⁵³

Blanca de luna y aterida por el frío,
gime la noche de la Puna, malherida,
y el resplandor de las estrellas, inocente,
hoy tiene el brillo de las lanzas enemigas.
Son los soldados de Tristán,
son los realistas,
lobos que atacan los rebaños de corderos
con sus colmillos afilados de codicia.

Vuélvete ya... no te persigue
la Cruz del Sur con sus destellos
desde arriba.
Vuélvete ya... que el Paraná con su bandera te desafía.

Ha crecido la tórtola en su nido,
alas de cóndor le han brotado por encima,
alas de cóndor que bajaron desde el Chañi,
para llevar sus esperanzas a la cima.
Le están naciendo dos ríos
con sus canciones de cuna, como si fuera una niña,
(río Grande y río Chico,
almas tenéis de nodrizas),
y allá sonrío y espera
la gloria que se avecina.

53 NdC: Del libro *La escuela está de fiesta*, Ed. Milor, 2000.

Ya está Belgrano a sus puertas
con aquella profecía,
y con aquel señorío
de los que jamás se humillan.
Viene trayendo una enseña
como si fuera su hija,
de las barrancas, del cielo
y de su entraña original nacida.
Con ella tiene la fuerza
de un titán, en las cuchillas,
en los llanos y en las cumbres de las montañas graníticas.
Con ella es capaz de alzar
mil pueblos en rebeldía, como que toda Jujuy
se ha plegado a la consigna:
que el enemigo no encuentre
más que despojos y ruinas,
desolación y silencio
en medio de las cenizas.

La Patria, que está naciendo,
preguntó por sus patricios,
— Van desfilando, Señora,
a través de la Quebrada y por angostos caminos.
Su casa era un lindo sueño
que ahora se halla vacío,
y en sus graneros no hay
más que el recuerdo del trigo.
También se ha muerto su copla
de soledad y de frío.

María Isabel Zelaya

AGOSTO DE LAS CARRETAS⁵⁴

Redonda luz en el cielo
(iridiscente naranja) abajo,
perfil de cerros,
¡jujeña tarde que marcha!

Ciudad de Nieva engalana
de agosto un vellón de lana
San Salvador sobre el puente
despliega ponchos y mantas

Bajando por la Quebrada
(luna nueva en retaguardia)
apura hogueras y estrellas
¡doliente la Pacha Mama!

Pechos patriotas avanzan
(celeste y blanca en el alma)
paso a paso y hacia Salta
rumbo a tierras tucumanas

54 NdC: Publicado en *Corazón engualichau*, edición de la autora, 2000 (1ra edición).

Zambulléndose en los cerros
los ecos de la Proclama
San Salvador amanece
en la plaza con fanfarrias

Agosto de las carretas
(jujeña senda de Patria)
perfil de cerros ardientes
¡victoriosas las campanas!

Pablo Aguiar Cáu

DE LAPACHOS FLORECIDOS⁵⁵

(Fragmento)

EL CURSO DE LA HISTORIA. EL ÉXODO O LAS CIRCUNSTANCIAS QUE CAMBIARON

El ánimo de los pueblos del norte ante el constante avance de los godos, y sobre todo la baja moral de la tropa perdedora en el Alto Perú, se vio recompensada con la llegada de un nuevo jefe.

Después de la derrota de Huaqui, los restos del ejército patriota fueron evacuados del Alto Perú, dejando en pie la insurrección en Cochabamba. Este movimiento fue vencido posteriormente en la batalla de Sipe-Sipe. Las fuerzas patriotas, por su parte, acamparon en Salta y allí comenzaron a recomponer fuerzas; hacia fines de 1811, la tropa llegaba a casi 1800 hombres. El general Pueyrredón decidió apoyar el movimiento de Cochabamba y envió un refuerzo de 800 hombres al mando del coronel Díaz Vélez, quien hizo retroceder a las tropas realistas. A principios de 1812, el realista Goyeneche se dispuso a invadir Salta. Pueyrredón, entonces, decidió replegarse a Tucumán y solicitó ser reemplazado; en su lugar se nombró al general que venía de la campaña al Paraguay. El 26 de marzo, ambos jefes se encontraron en la Posta de Yatasto, y allí el abogadogeneralde lapatria, un abogado que había logrado salir airoso de denuncias infundadas en Buenos Aires luego de una malograda expedición al Paraguay, llegaba con bríos y con la confianza necesaria para salvar a los pueblos oprimidos del norte, únicos perjudicados por una guerra de independencia ordenada desde un despacho capitalino. Con 41 años, asumió la jefatura del ejército del Alto Perú. La situación material era difícil: contaba con menos de 1500 hombres, de los cuales muchos estaban heridos o enfermos; sólo tenían 580 fusiles y 215 bayonetas, 21 carabinas, 34 pistolas y unos pocos cañones. También

55 NdC: La primera edición de esta novela fue publicada en el año 2000, a cargo del autor. El presente fragmento está tomado de la edición realizada por Ed. El Duende en el año 2012, con el agregado del siguiente subtítulo: *El Éxodo, la única y verdadera historia*.

era crítica la visión sobre el ejército que tenían los pueblos. Al respecto, el general le escribió al gobierno: *“Ni en mi camino del Rosario ni en aquel triste pueblo, ni en la provincia de Córdoba y su capital, ni en las ciudades de Santiago, Tucumán y Jujuy, he observado aquel entusiasmo que se manifestaba en los pueblos que recorrí cuando mi primera expedición al Paraguay; por el contrario, quejas, lamentos, frialdad, total indiferencia, y diré más, odio mortal, que casi estoy por asegurar que preferirían a Goyeneche cuando no fuese más que por variar de situación y ver si mejoraban. Créame V.E.: el ejército no está en país amigo; no hay una sola demostración que me lo indique; no se nota un solo hombre que se una a él, no digo para servirle, ni aun para ayudarlo: todo se hace a costa de gastos y sacrificios... se nos trata como a verdaderos enemigos; pero qué mucho ¡si se ha dicho que ya se acabó la hospitalidad para los porteños y que los han de exprimir hasta chuparles la sangre!”*

El incipiente prócer marchaba a caballo por la Avenida de Lavandera, cruzando el río Chico, y frente a la Pucarita apuró el trote y dobló por la calle del Rey hacia la plaza, ingresando al Cabildo con gesto adusto, mirada implacable y el rostro sudoroso de tantas horas de cabalgata. Apenas llegado, dispuso una reunión con la gente influyente, con los que organizaría un gobierno civil y escucharía consejos sobre la forma de contrarrestar la crítica situación de la zona. La gente influyente seguía siendo la misma y el pueblo jujeño, acostumbrado a las frustraciones, continuaba dándoles su apoyo con un voto cantado, sabido de antemano, otorgándoles prerrogativas, impunidades y cargos públicos hereditarios durante 189 años.

Se puso en su condición de abogado y con la crisis de vocación lógica de quien se vio obligado a empuñar un sable, vestir ropa militar y elaborar estrategias de guerra sin siquiera haber recibido la más mínima instrucción en la colimba. Al advertir el rechazo de los lugareños, su ánimo se desmoronó y recordó su pasado entre libros y papeles, sus lecturas de los clásicos franceses y se preguntó qué carajo estaba haciendo en esas tierras inhóspitas. Decidió cambiar de planes y seducir a la población, ganar su confianza con actos demagógicos que le permitan entrar en ella de otra forma.

Corría el mes de mayo de 1812. En el segundo aniversario de la gesta del 25 de mayo, lleno de ardor patriótico, habló así el general a las tropas y al pueblo reunidos en la plaza:

“Soldados, hijos dignos de la Patria, camaradas míos: dos años ha que por primera vez resonó en estas regiones el eco de la libertad, (algunos no entendían por completo sus palabras) y él continúa propagándose hasta por las cavernas más recónditas de los Andes: pues que no es obra de los hombres, sino del Dios omnipotente, que permitió a los americanos

que se nos presentase la ocasión de entrar al goce de nuestros derechos; el 25 de mayo será para siempre memorable en los anales de nuestra historia y vosotros tendréis un motivo más de recordarlo, cuando veis en él por primera vez la bandera nacional en mis manos, que ya os distingue de las demás naciones del globo, a pesar de los esfuerzos que han hecho los enemigos de la sagrada causa que defendemos para echarnos cadenas y hacerlas más pesadas que las que cargábamos. (Otros no creían su acalorado discurso)

Ea, pues, soldados de la Patria, no olvidéis jamás que vuestra obra es de Dios; que él nos ha concedido esta bandera, que nos manda que la sostengamos, y que no hay una sola cosa que no nos empeñe a mantenerla con el honor y el decoro que le corresponde. Nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros conciudadanos, todos, todos fijan en nosotros la vista y deciden que a vosotros es a quienes corresponderá todo su reconocimiento si continuáis en el camino de la gloria que os habéis abierto. Jurad conmigo ejecutarlo así, y en prueba de ello repetid: ¡Viva la Patria!”.

Pocos fueron los que respondieron al llamado del abogadogeneralde lapatria a emitir vítores, hurras u otras demostraciones de júbilo. Ante este cuadro, la primera tarea del prócer fue la reorganización del ejército. Empezó por organizar una compañía de guías, con lo que se armó de una verdadera carta topográfica. Enseguida creó un cuerpo de cazadores de infantería, el primero que se haya formado en el Río de la Plata, dando por razón *“que a su entender era la única tropa para aquellos países, todos de emboscada”*. Para suplir la falta de armamento, dotó a sus hombres con lanzas, dándole así una incontestable ventaja sobre la del enemigo. *“Con esta idea —decía— he dado a los dragones, que no tienen armas de fuego, lanza, y mi escolta es de las que llevan esta arma, para quitarles la aprensión que tienen contra ella y se aficionen a su uso viendo en mí esta predilección”*. En cuanto a la administración, se reorganizó el parque y la maestranza, mejoró el hospital, creó las oficinas de provisión, reglamentó su contabilidad, organizó un tribunal militar y la planta de un cuerpo de ingenieros, ramos mal atendidos o totalmente descuidados hasta entonces.

El abogadogeneralde lapatria dominó con mano firme las resistencias de los enemigos encubiertos de la causa, entre los cuales se contaban casi todos los curas acaudillados por el Obispo de Salta, en comunicación con el enemigo. Habiendo sorprendido su correspondencia con Goyeneche, dio un golpe de autoridad, expulsando al Obispo de la capital, y desde entonces todos comprendieron que no había inmunidades para los enemigos de la libertad.

—Sólo los grandes hombres —dijo solemnemente don Teodoro— son capaces de abandonar sus cómodos sillones de funcionario público y olvidar su vocación para servir a la Patria en

el campo de batalla, para liberar a la Nación del tiránico yugo español. Los aplausos no se hicieron esperar. Sin pausa prosiguió:

—Hay que evitar los comentarios indiscretos sobre su hombría y, sobre todo, castigar a los que insisten en imputarle actos inmorales. Estos actos bajos son propios de los poetas franceses y no de un general de la Patria.

Todos saludaron con hurras, menos el peluquero del pueblo que era incondicional lector de los poetas franceses.

Las palabras del distinguido señor quedaron flotando en la casa de doña Doraliza Blas Eguren de Zenarruza, donde años más tarde y cumpliendo una prometida venganza, manos anónimas empuñarían el arma que daría muerte a Lavalle, motivando estos hechos: la colocación de una placa recordatoria y la posterior expropiación de la vivienda para convertirla en un agradable museo. Don Teodoro Sánchez de Bustamante se despidió de los asistentes y subió a su carruaje nuevo. Los últimos saludos lo retuvieron un instante frente a la casa. Filomena lo miraba sin pudor mientras caía la tarde por entre los cerros de Juan Galán. Entre tanta gente, don Teodoro no reparó en Filomena que, sabiendo del regreso del hombre, había concurrido a la reunión. Quiso acercarse pero no tuvo el coraje para enfrentar los acontecimientos. Afuera comenzaba a lloviznar.

Julio. Las fuerzas de los realistas, poderosas y bien equipadas, amenazaban destruir totalmente lo poco que se había ganado a fuerza de sacrificio y de coraje. Del norte venían avasallándolo todo a su paso.

La situación era muy crítica; pero el ánimo del General no decayó. Estaba resuelto a avanzar, y dirigiéndose al gobierno manifestó: *“Si es cierta la pérdida total de Cochabamba, debemos esperar que el enemigo vuelva sus pasos contra nosotros, y será muy doloroso, muy contrario a nuestra opinión y muy perjudicial al espíritu público si tenemos que dar pasos retrógrados, de que es indispensable la pérdida de intereses y perjuicios consiguientes a estos pueblos, que renovarán sus odios, si es que están amortiguados, o los aumentarán... pues clamarán como lo hacen los del interior (los del Perú), que los porteños sólo han venido a exponerlos a la destrucción, dejándolos sin auxilios en manos de los enemigos, borrón que no debe caer en la inmortal Buenos Aires”*.

Recibió cuatrocientos fusiles de Buenos Aires, y con este conveniente auxilio se dispuso a emprender una retirada.

El abogadogeneralde lapatria fue terminante y preciso: había elaborado su plan y lo trajo en un bando que así rezaba:

“Desde que puse el pie en vuestro suelo para hacerme cargo de vuestra defensa, en que se halla interesado el Excelentísimo Gobierno de las Provincias Unidas de la República del Río de la Plata, os he hablado con verdad. Siguiendo con ella os manifiesto que las armas de Abascal al mando de Goyeneche se acercan a Suipacha; y lo peor es que son llamados por los desnaturalizados que viven entre nosotros y que no pierden arbitrios para que nuestros sagrados derechos de libertad, propiedad y seguridad sean ultrajados y volváis a la esclavitud. Llegó, pues, la época en que manifestéis vuestro heroísmo y de que vengáis a reuniros al Ejército de mi mando, si como aseguráis queréis ser libres, trayéndoos las armas de chispa, blancas y municiones que tengáis o podáis adquirir, y dando parte a las Justicias de los que las tuvieren y permanecieren indiferentes, a vista del riesgo que os amenaza de perder no sólo vuestros derechos, sino las propiedades que tenéis.

Hacendados: apresuraos a sacar vuestros ganados vacunos, caballares, mulares y lanares que haya en vuestras Estancias, y al mismo tiempo vuestros charquis hacia el Tucumán, sin darme lugar a que tome providencias que os sean dolorosas, declarándoos además si no lo hicieseis por traidores a la patria.

Labradores: asegurad vuestras cosechas extrayéndolas para dicho punto, en la inteligencia de que no haciéndolo incurriréis en igual desgracia que aquéllos.

Comerciantes: no perdáis un momento en enfardelar vuestros efectos y remitirlos, e igualmente cuanto hubiere en vuestro poder de ajena pertenencia, pues no ejecutándolo sufriréis las mismas penas que aquéllos, y además serán quemados los efectos que se hallaren, sea en poder de quien fuere, y a quien pertenezcan.

Entended todos que al que se encontrare fuera de las guardias avanzadas del ejército en todos los puntos en que las hay, o que intente pasar sin mi pasaporte, será pasado por las armas inmediatamente, sin forma alguna de proceso. Que igual pena sufrirá aquél que por sus conversaciones o por hechos atentase contra la causa sagrada de la Patria, sea de la clase, estado o condición que fuese. Que los que inspirasen desaliento, estén revestidos del carácter que estuvieren, serán igualmente pasados por las armas con sólo la deposición de dos testigos.

Que serán tenidos por traidores a la Patria todos los que a mi primera orden no estuviesen prontos a marchar y no lo efectúen con la mayor escrupulosidad, sean de la clase y condición que fuesen.

No espero que haya uno solo que me dé lugar para poner en ejecución las referidas penas, pues los verdaderos hijos de la Patria me prometo que se empeñarán en ayudarme, como amantes de tan digna madre, y los desnaturalizados obedecerán ciegamente y ocultarán sus inicuas intenciones. Mas, si así no fuese, sabed que se acabaron las consideraciones de cualquier especie que sean, y que nada será bastante para que deje de cumplir cuanto dejo dispuesto.

Cuartel General de Jujuy. 29 de julio de 1812

Firmado: el abogadogeneralde lapatria”.

En las esquinas, luego de un redoble de tambor, el dicho bando fue leído nuevamente por los oficiales ante vecinos que no comprendían del todo la orden. Un cierto párroco preparó su mula y en un descuido de la tropa salió al encuentro del Coronel Huici, al que anoticiaba de las estrategias usadas por el general, lo que el español comunicó a Tristán, el que lleno de ira llamó *bando impío* a las órdenes del revolucionario argentino.

Los preparativos para la partida fueron varios y significativos. Se quemaron las cosechas y se despacharon los pertrechos al Tucumán. Los religiosos enterraron las joyas de la iglesia en el patio de la casa parroquial, detrás de un limonero o en las paredes del templo. Años más tarde serían encontradas sólo algunas. Las fondas fueron vaciadas por completo y los animales arriados. Algunos quedaron cimarrones en los campos de Ocloyas o en las cercanías de Carahuasi.

Don Teodoro se dirigió a la casa donde residía el general en la calle del Rey esquina Ramírez de Velazco, donde, años más tarde, un grupo de admiradores de su obra dispusiera la colocación de una placa de bronce en el frente de la vivienda, en conmemoración de su paso por la provincia. El abogadogeneralde lapatria se encontraba realizando sus habituales lecturas: *El Espíritu de las Leyes de Montesquieu*, obras de Cabarrus y Jovellanos, Quesnay y Turgot, y libros que atiborraban su escritorio. *El Barcarcel del Oráculo de los Filósofos*, con una encuadernación francesa en tapa de cuero y con el señalador de cinta roja a la usanza de la época, presidía el ordenado desorden. Detrás de su sillón, enmarcado, colgaba de la pared el título de abogado expedido por la Universidad de Valladolid. Sobre la ventana, una cortina de lienzo protegía al general del sol y las miradas indiscretas. Cuando ingresó, don Teodoro comprendió que con el hombre podían hablar el mismo idioma. Al fin y al cabo sus formaciones intelectuales, su pasión por las mismas lecturas, los dogmas del cristianismo y su conoci-

miento de Buenos Aires y la forma de vida los acercaban. El general lo recibió amablemente, ofreciéndole una copa de anís a la que don Teodoro accedió gustoso.

—Tome asiento. De balde se queda usted parado. Aún tenemos tiempo para hablar un rato dijo el general mientras guardaba la birome en el segundo cajón de su escritorio.

—Usted imaginará los motivos de mi visita, y espero que con ella pueda lograr un cambio de actitud —comenzó don Teodoro como preanunciando una larga charla.

—Señor, sabe bien cómo se manejan las cosas desde Buenos Aires. Me ordenan retroceder a Córdoba y creo que eso no es justo. Vamos a retroceder, pero hasta Tucumán, y veremos cuál será la actitud de Goyeneche. Esperaremos que él mueva sus fichas.

—Pero es injusto. Este pueblo sufre todos los contratiempos de una guerra interminable y se le exige un sacrificio demasiado grande. Abandonarlo todo. Por lo menos se podría contemplar el caso de los ancianos, los enfermos y los niños —dijo don Teodoro mientras inclinaba su cuerpo sobre el escritorio como hablándole en secreto.

—*“No busco plata con mis providencias, sino el bien de la Patria, el de ustedes mismos, el del pueblo que represento, su seguridad que me está confiada, y el decoro del Gobierno. Ayúdenme, tomen conmigo un empeño tan digno por la libertad de la causa sagrada de la Patria, eleven los espíritus, que sin que sea una fanfarronada, el tirano morderá el polvo con todos sus satélites”* —contestó el general recostándose en el respaldo de su sillón, en una clara intención de mantener la distancia original con su interlocutor—. Escuche además —prosiguió— esto le estoy contestando al Consulado, que me hace un reclamo similar—tomó un papel y leyó—: *“La Providencia de que ustedes reclaman se ha de llevar a ejecución venciendo los imposibles mismos”*. Ya lo ve. Esto se hará para el bien de todos; tal vez con los años puedan entender el valor de esta retirada. Juntaremos fuerzas y ánimos. Todos tenemos nuestros miedos y dudas; no se olvide que mi estado de salud no es óptimo. Sin embargo, con la protección de la Virgen nuestra empresa concluirá con bien —concluyó el prócer mientras doblaba la carta que tenía en la mano.

—He de comunicar esto a todo el que me pidió que intercediera —concluyó don Teodoro.

Se despidió con un apretón de manos y salió a la calle cuando el frío de julio calaba hondo. Un perro le ladraba a lo lejos.

Las campanas de la Iglesia Mayor sonaron estrepitosamente. La procesión a Río Blanco, pensó don Teodoro entre sueños. Observó el reloj y se levantó con prisa de la cama. Miró por la ventana y vio las montañas con sus cimas blanqueadas por la escarcha de la madrugada.

Con su mano limpió un círculo en el vidrio empañado. Quiso verlo todo, que quedaran en sus retinas esas cerrazones, el color nescuí del río grande. Patria chica en un círculo, el de su ventana, el que ahora volvía a empañar con su respiración. No estamos en octubre, no hay procesión, se dijo. Apartó de su mente tanto paisaje observado. Se vistió con su ropa de campo, se calzó las botas de montar y ordenó que le ensillaran el alazán. Salió de la casa rumbo a los Altos de Chijra. Para no atormentarse se propuso recordar frases en latín. *Nulla poena sine praevia lege poenali*, la había aprendido en sus clases de derecho romano cuando leía el *Corpus Iuris Civilis*, la obra cumbre del Derecho Justiniano, tan de moda en las casas de altos estudios. En su recuento mental había omitido las enseñanzas de la nueva teología que dieran motivo a largas discusiones con el Canónigo Gorriti en la sacristía de la Catedral, ante la mirada atónita de los monaguillos. A dos horas de haber salido de su casa se detuvo bajo un aguaribay. Desensilló el caballo, tiró el apero al suelo y se acostó usándolo de apoyo. Abrió su tabaquera de cuero, sacó el papel, la banderita y los fragata. Armó prolijamente un cigarro con *tabacou rubio inglés*. Pitó largo rato, echando grandes bocanadas de humo, y lloró, sin preguntarse motivos, con todas sus ganas.

Cuando don Teodoro comprendió que lo sucedido en los Altos de Chijra había sido una expresión de debilidad decidió olvidar. Se dirigió a casa de Iriarte para solucionar negocios pendientes; dadas como estaban las cosas, no sabía qué haría con las fincas listas para la cosecha.

—¿Sería factible que hablara con el general para retrasar la partida hasta después de la cosecha? —le preguntó don Iriarte con una irónica sonrisa, como sugiriendo la influencia que ejercía Sánchez de Bustamante en el general de la Patria.

—Ya he hablado con él, créame que es inflexible. Yo también tengo mis intereses en juego; sabe que me estoy jugando mi futuro político. No se ría, es cierto lo que le digo —contestó con un aire de preocupación que don Iriarte fingió creer.

En ese instante surgieron voces del salón contiguo, una reunión de mujeres disfrutaba de un té-canasta, una moda que imitaban de las señoras porteñas. La idea la había traído la señora Isabel Lacunza, de un viaje a Buenos Aires con su esposo. En San Telmo fue invitada a una de esas reuniones sociales. Le costó, en un principio, entender las reglas del juego, pero cuando las hubo aprendido se convirtió en una de las mejores y sus té-canasta adquirieron una fama extraordinaria en toda la región. Fue, junto con la señora de Iriarte, la principal promotora de los pedidos al Club Social. En los peores momentos políticos del país, un grupo de se-

ñoras ociosas decidieron tomar el club para lograr que se destinara uno de los salones para las ruedas de canasta que, de tan famosas, hacía imposible reunir a las mujeres en una casa de familia. Además solían armarse batallas campales, razón por la cual nadie quería ser anfitriona.

Don Teodoro fingió no sentir el alboroto de las mujeres y con disimulo trataba de observar por el rabillo del ojo izquierdo lo que sucedía, mientras continuaba la conversación.

Iriarte proseguía con su discurso mientras don Teodoro creyó escuchar la voz de Filomena entre las mujeres. A partir de ese momento su entendimiento se dispersó, se dispó en mundos ajenos, distantes. El sol apenas entibiaba los cristales del amplio ventanal y su corazón latía con fuerzas. No hubo lugar para otras voces, otras imágenes que no fueran las de Filomena. Se levantó y se fue sin más prolegómenos que un simple hasta luego, dicho con el mayor de los respetos y con un apuro notorio que don Iriarte no pudo disimular.

Era tarde ya y ambos se encontraron por casualidad en cercanías de la plaza, cuando una bandada de loros sobrevolaba el campanario en dirección al Cucho. Se dieron cuenta de que habían cambiado y se miraron un instante sin decir palabra. Don Teodoro avanzó hacia la muchacha y tomándole la mano apoyó sus labios sobre los finos dedos adornados por un cintillo de oro.

—Gusto en verla —dijo el hombre sonriendo.

—No ha contestado usted mi carta. Creí que el tiempo había sido cruel con el destino —respondió cortante Filomena, dándose vuelta rumbo al cementerio.

Don Teodoro la siguió pensando respuestas posibles, ignorando por qué no le había contado la verdad de su sufrimiento en Buenos Aires, el efecto que había producido la carta en su ánimo, los sueños y la fiebre, su repetida imagen alumbrada por la luz del fósforo, el vuelo del pañuelo en la noche, la caminata por los campos de Iriarte cuando su despedida fue el motivo de su encuentro, y dijo:

—No tuve tiempo —con la estupidez propia de los que se ven apurados por una mujer.

—Tiempo. Tiempo es lo que no queda. Ahora todos debemos partir y no habrá forma de que podamos realmente conocernos. Una relación inconsistente, sin duda. Ahora todo puede ser tarde —afirmó Filomena mirándolo con cierta tristeza.

—Aún no hemos hablado de amor, de sentimientos, de futuro —se apuró a contestar don Teodoro mientras le ofrecía su mano para saltar las piedras de la bocacalle.

—Nunca hizo falta. Supimos desde el momento en que nos vimos que nada sería igual, que nuestros destinos se cruzarían indefectiblemente —dijo Filomena.

Las palabras, negaciones y miradas se fueron sucediendo en forma directamente proporcional a la angustia que ambos sentían frente a la situación de un nuevo desencuentro, una nueva partida. En el reparo de un lapacho una anciana de viejo rebozo negro vaciaba su cansada vejiga, dejando al pie del árbol un charco ambarino. Don Teodoro puso el pie en el estribo y montó de un solo salto, con elegancia. Le alcanzó la mano a la joven y la sentó en el anca del caballo. Filomena, prendida de su cintura, el pelo al viento, apoyó la cabeza en su hombro. No hicieron falta palabras para saber que irían a Alto La Viña, en un acuerdo tácito de quienes saben que no hay tiempo para romances prolongados, visitas formales, zaguaneadas, paseos en la plaza. El sol caía detrás de los cerros de La Almona cuando la pareja, sentada en el barranco, miraba la sombra posarse sobre la villa. Algunos fuegos indicaban el cumplimiento de la orden del general. Por el cañadón del río Grande una brisa tibia bajaba desde el norte. Durante horas se contaron sus vidas, sus temores y sueños; acordaron que lo que pasara esa noche sería parte de un destino prefijado para ambos, que la guerra y el destierro los uniría o separaría para siempre.

La madrugada los sorprendió abrazados, tirados en la hierba fresca, bajo un sauce solo (muchos años después alguien dijo en una zamba que se había quedado el sauce “*más pensativo*”). El fuego, la armoniosa disposición de los cuerpos, la perfecta comunión del amor, el dolor de la primera vez, las lágrimas, los porqué, los perdón y toda la mágica sucesión de caricias, besos y más lágrimas. Regresaron en silencio, cuando ya quedaban pocos. Se abrazaron en el portal de la casa de Filomena y se despidieron sin saber si volverían a verse.

Domingo Argañaráz lo encontró totalmente ebrio en lo de Aramayo, derramado sobre una silla de mimbre desvencijada, con una garrafa de ginebra en la mano y con un pañuelo arrugado en un puño. Había vuelto a llorar.

Domingo Zerpa

EL ÉXODO

OFRENDA A LA PATRIA DEL PUEBLO JUJEÑO⁵⁶

Entre la Historia y la Literatura hay una distancia inabarcable, la misma que existe entre la verdad y la mentira; entre la realidad y la ensoñación. En estos tres poemas que vamos a leer: el primero dedicado al Éxodo, el segundo al General Belgrano y su Bandera y el tercero al General San Martín, los toques literarios están sostenidos por una ineludible arquitectura histórica; dicho al revés, la historia es el sostén de la literatura. La historia pura es aburrida, de vez en cuando hay que acicalarla, darle un toque de belleza. No sé por qué, en este momento, me acuerdo de un pasaje de la Guerra Gaucha. Por ahí Lugones nos cuenta que una paisanita de 18 años les estaba sirviendo unos mates a cuatro soldados patriotas cuando apareció de golpe una patrulla realista. La paisanita no vaciló ni un segundo. Se quitó la ropa y atravesó el patio desnuda. Frente a la Venus calchaquí se paralizaron los enemigos y los cuatro patriotas tuvieron tiempo de salvarse. ¡Lo que puede hacer la belleza! Romancillo del Juramento se denomina el primer poema que voy a leer:

La palabra Éxodo tiene resonancias bíblicas. En el Libro de los Libros se cuenta cómo el pueblo judío impulsado por la fe dejó las calles de Egipto y se entregó al desierto. Entre nosotros ¿entre el Río Grande y el Río Chico hubo tal grado de fe? De ninguna manera. Nos replegamos hacia el sur de nuestras latitudes cumpliendo las órdenes del General Belgrano. Esas órdenes del General fueron interpretadas en tres tiempos. Antes de Tucumán era un bando impío; más tarde una corazonada del General y al fin, después de la batalla de Salta, una bien estudiada estrategia que merecía una recompensa de 40.000 pesos. ¡Pobre Belgrano!... de ojos celestes y voz fina, de abogado a General, de Buenos Aires a Jujuy para dejarnos su bandera.⁵⁷

56 NdC: Del libro *Tranco a tranco* del año 2000. La presente versión fue extraída de las *Obras Completas*, de la Universidad Nacional de Jujuy y la Secretaría de Turismo y Cultura de la Pcia. de Jujuy, 2011.

57 En el libro original, a continuación de este texto, aparecen los poemas “1812 (Romancillo del Juramento)” y “Canto al General Belgrano y su Bandera”, pertenecientes al libro *Abra Pampa* (1983) el primero, y al

Uno de los primeros en hablarnos sistemáticamente del éxodo jujeño fue don Joaquín Carrillo en su Historia Civil de 1877, que para orgullo de los jujeños es la primera historia bien documentada de la República. Oficialmente no sé desde cuándo el 23 de agosto es el día del Éxodo Jujeño. Ricardo Rojas, en el segundo tomo del Archivo Capitulár de Jujuy, nos habla del 26 de agosto. Lo cierto es que esa palabra: Éxodo, nos pertenece, con todo lo que tiene de heroico. Ese repliegue de la tierra jujeña hacia el sur, es uno de los acontecimientos históricos más notables del año 12. No fue una simple retirada, una disparada simple, como dicen algunos salteños jocosos. En aquel repliegue de la tierra jujeña hacia latitudes desconocidas, hay un dramatismo indescriptible.

Para nuestro sentimiento de argentinos ¿hay alguna diferencia entre el Éxodo Jujeño y El Paso de los Andes? Desde luego que no. Pero la historia la escriben los hombres y según el enfoque de ellos las tesis varían. Para muchos poetas, no hay nada más prodigioso que El Paso de los Andes: Olegario V. Andrade, Arturo Capdevila, Francisco Luis Bernardes, se han colgado de sus cúspides. Hasta yo he arañado las faldas cordilleranas en este romance dedicado al Santo de la Espada.⁵⁸

libro *Blanca y Celeste* (1962) el segundo (Nota de la Edición UNJu - Sec. de Turismo y Cultura de la Pcia. de Jujuy).

58 Luego de este escrito, aparecen en el libro los poemas “Romance de la muerte del General San Martín” de *Blanca y Celeste*, “Crónicas de mi pueblo” de *Abra Pampa*, “Romance del nombre de Chivilcoy” de *De Jujuy hacia Arriba* (1991), y “Romance del amigo Leopoldo Abán” de *La Puna al Son de las Cajas* (1975). (Nota de la Edición UNJu - Sec. de Turismo y Cultura de la Pcia. de Jujuy).

Alberto Alabí

A modo de epílogo:

ROMANCE DEL VEINTITRÉS

AL PATRIÓTICO PUEBLO DE JUJUY⁵⁹

En el pecho azul del cielo
tajó agosto la mañana,
por el aire lastimado
empieza a manar el alba.
Aunque es de día, el lucero
no brilla como brillara,
es que la sangre del cielo
enluta la luz de grana;
aunque es agosto el Río Chico
no baja con agua clara.
Veintitrés pájaros negros
han soltado las campanas
que oscurecen con su canto
el llanto de la comarca.
El bando del Capitán
no repara en las plegarias
que aunque pidieron silencio
mandó al cabildo doblarlas.
“...y cuando la última toque
partiréis al sur en marcha
y habréis de dejar aquí
tierra muerta, seca o rasa.
Queden viejos, moribundos
queden aquí frutas malas;

⁵⁹ Inédito, año 2020.

en cada charca o acequia
las bestias sacrificadas
den a los cauces su sangre
y se corrompan las aguas.
Una fiera nos acecha
-hoy no es tiempo de plegarias-
¿por muerte viene?, ¡halle muerte!
ese cruel león de España.
Una sola cosa os digo:
quien resista esta ordenanza
verá morir a sus hijos
cuando los juzguen las armas.
Por tanto, sabéis qué hacer.
Es todo y ¡Viva la Patria!”
— ¡Presto levante la niña!,
¡muy presto se levantara!;
no es mañana de dormir
sino de dejar la casa.
—¡Por Cristo!, ¿qué pasa, madre?;
¡decid, por Cristo, qué pasa!
Madre, ¿qué son esos ruidos?,
¿y a qué tanto me apurara?;
¿por qué amanecer de noche?;
¿por qué cierra usted la casa?;
¿por qué motivo la gente
está reunida en la plaza?
¿Y aquel soldado, quién es?
(qué aflicción trae en la cara,
parece viejo y es mozo),
¿a quién tanto increpa y manda?
—Menos pregunte la niña,
y de prisa alce sus arras,
que ha tiempo que veintitrés
campanadas ya sonaran
y el impío bando ha dicho
que esa es la señal de marcha.
—¿Pero a dónde es que partimos?

¿y por qué de madrugada?
—Niña, nos mandan dejar
pueblo, tierra, casa, patria
y que quede un solar yermo
sin frutos, gentes ni casas.
Aquel soldado que dices
y has visto que increpa y manda,
no es soldado es Capitán,
Manuel Belgrano se llama
y ordena que abandonemos
nuestra ciudad bienamada
porque no encuentre reparo
el ejército de España.
—Pero es que ir no puedo, madre,
entienda usted mis demandas:
¿quién regará mi jardín?,
¿quién mis pájaros cuidara?
¿y quién podará los brotes
de las frutas más tempranas?
No están mis labores hechas,
no he terminado la manta
que he prometido a la Virgen
de Río Blanco y Paypaya
llevarle el próximo octubre
en retribución de gracia.
Madre, diga ¿a dónde vamos?
¿y por qué tanto llora mi aya?
—Niña, no importan los frutos
ya ni las mantas bordadas;
no cuenta dejar labores
o las promesas impagas;
cabe ahora, sólo cabe
muy presto dejar la casa
que al Capitán no lo mueve
llanto de madre o de nana:
que si la una llora sangre
la otra lo mismo llorara

(aquella porque es criolla;
la otra, porque es de España).
Así es que, ¡valor y vamos!
rumbo al norte, ya una estancia
por vuestro padre ha dispuesto
nuestra Real Madre Patria.
Por eso, apriesa salgamos
que el Rey triunfará en las armas,
y volveremos a poco
de que él sofoque estaalzada.
—No sigas, Madre y señora,
bien sé lo que hasta aquí mandas.
Y ya renuncio a mis dones
y a mi fortuna y ganancia;
si más renuncia precisas,
también renuncio a tu gracia.
Pero es que al norte no parto
pues si todo resignara
no fuera para ir con vos,
madre, aunque mucho te amara
y junto a vos a mi padre
y a vuestra patria lejana.
Con Belgrano parto al sur,
porque con él va mi Patria.



tiraxiediciones